

EMILIO CALDERÓN

LA COSECHA HUMANA



Lectulandia

Sarah Toledano, española de origen sefardí e inspectora de policía en Jerusalén, es encargada de investigar unos crímenes en los que parecen relacionarse dos temas muy conflictivos: los robos de órganos humanos para trasplantes y la lapidación de una mujer árabe que apostató del Islam. La novela aborda un tema de máxima actualidad: el tráfico de órganos humanos en Israel, un país en el que hay falta de donaciones debido a que tanto la religión musulmana como la judía no lo aprueban.

Lectulandia

Emilio Calderón

La cosecha humana

ePub r1.0

Titivillus 20.03.15

Título original: *La cosecha humana*

Emilio Calderón, 2012

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A los ausentes, siempre presentes

Silent enim leges inter arma.
(Que callen las leyes entre las armas).

CICERÓN

Si de ti me olvidase, Jerusalén, inhabilita mi diestra; pega mi lengua a mi paladar, si no te recuerdo ni te hago centro de mi regocijo.

Promesa realizada durante siglos por los novios judíos durante la ceremonia nupcial

La joven trasteó una pequeña grabadora antes de decir:

—Elena Bravo para Kol Israel Radio Internacional en español, en el dial 106 de la FM. Entrevista a la inspectora de policía Sarah Toledano... ¡Vaya, parece que este cacharro no funciona! Veamos... Sí, no he presionado *record* de manera correcta... Ahora. Empecemos de nuevo. Elena Bravo para Kol Israel Radio Internacional en español, en el dial 106 de la FM. Entrevista a la inspectora de policía Sarah Toledano. OK. ¿Preparada para la primera pregunta, inspectora?

No era la primera vez que la inspectora Sarah Toledano intervenía en un programa de radio, aunque nunca lo había hecho atendiendo a su condición de judía española, sino como miembro de la policía de Israel. No obstante, las entrevistas de Kol Israel solían ser escuetas y amables, teniendo en cuenta la corta duración de las emisiones en castellano.

—¿Qué día y a qué hora difundirán la entrevista? —se interesó.

—Mañana, entre las 20.15 y las 20.30 —respondió la joven periodista.

—De acuerdo. Cuando quiera.

—En el marco de nuestros últimos programas, en los que nos hemos interesado por los españoles de origen judío que un día decidieron retornar a Israel, hoy contamos con la presencia de Sarah Toledano, la primera mujer nacida en España que ha alcanzado el grado de inspectora de homicidios en el departamento de policía de Jerusalén. Inspectora, bienvenida. Imagino que habrá sido un largo camino.

—Gracias. Sí, lo ha sido. Pero me gustaría puntualizar que, aunque he nacido en España, mis orígenes son sefardíes. Durante siglos, mis antepasados, que fueron expulsados de España en 1492 como el resto de judíos, nacieron y vivieron en Marruecos hasta que ese país logró la independencia en 1956. Entonces se produjo un éxodo masivo de hebreos marroquíes, sefarditas la mayoría, muchos de los cuales tuvieron que recalar en España antes de emprender viaje a Israel. Pese a que Franco no reconocía el Estado de Israel, hubo cierta permisividad hacia estos judíos, que en muchos casos procedían de ciudades marroquíes pertenecientes al protectorado español. Mi abuela estaba entonces embarazada del que luego sería mi padre, por lo que tuvo que interrumpir su viaje por prescripción médica y permanecer en Algeciras. Una vez nació mi padre, la estancia se prolongó. Allí nací yo en 1978.

—¿Cuándo decidió regresar a Israel? —preguntó a continuación la periodista.

—Creo que desde siempre, desde que nací. Como acabo de contarle, el viaje de mi abuela fue interrumpido por encontrarse en un avanzado estado de gestación, de modo que en mi familia siempre hubo la sensación de que algo esencial en nuestras vidas no se había completado del todo. Desde hace generaciones, los miembros de mi

familia concluían la comida tradicional de Pascua repitiendo las palabras: «El próximo año en Jerusalén». En 1988, teniendo yo diez años, mi padre falleció en un accidente de circulación. Curiosamente, en esos momentos se encontraba realizando los trámites pertinentes para viajar con toda la familia a Israel, de modo que el regreso a la Tierra Prometida volvió a truncarse. Una vez viuda, mi madre, que es española, prefirió que permaneciéramos en España, pues allí estaban sus raíces y ni siquiera hablaba hebreo. Once años más tarde pude romper por fin la maldición y viajar hasta aquí.

—¿Sigue manteniendo vínculos con España?

—Naturalmente. Toda mi familia, empezando por mi madre, vive en el Campo de Gibraltar. Todos los años suelo viajar a España una o dos veces. Gracias a mi condición de judía española poseo la doble nacionalidad.

—Y un bonito acento andaluz —apuntó la entrevistadora.

—Sí, así es. Me siento orgullosa de ser andaluza. Para que la gente se haga una idea, Andalucía es la Tel Aviv de España. Sus gentes son abiertas y amables y gustan de disfrutar de los placeres que la vida ofrece, desde el clima a la comida.

—¿Qué opina de las relaciones de España con Israel?

—Que podrían ser mejores, naturalmente. Creo que existen buenas intenciones por ambos Estados, pero como ocurre también con otros países, el conflicto árabe-israelí supone un lastre para el buen entendimiento de las partes.

—¿Y de las relaciones de España con la Autoridad Nacional Palestina?

Sarah Toledano escrutó los ojos azules de su interlocutora, con el propósito de averiguar si detrás de aquella interpelación había una doble intención. No en vano ella misma había formulado una pregunta similar a numerosos sospechosos para provocar que se pusieran en evidencia. Empezó a preguntarse si había sido una buena idea conceder aquella entrevista, pese a que así se lo habían recomendado sus superiores. Se trataba de mejorar la imagen que la gente común tenía de la policía.

—Lamento no poder responder a esa cuestión. No creo que un oficial de la policía de Israel en ejercicio deba entrar a valorar un asunto como ese —se desmarcó.

—¿Qué piensa de estas emisiones en español? —inquirió la periodista.

—En el plano personal, me ayudan a conocer mejor ciertos aspectos de la actualidad de España, algo que agradezco de verdad. Escucho otras emisiones de radio en español a través de Internet, pero lo bueno de su programa es precisamente que se emite desde el corazón de Israel. Crea lazos y ayuda al mejor entendimiento entre ambas comunidades. Les felicito.

—El mérito corresponde a las personas que, como usted, se prestan a compartir estos minutos con nuestros oyentes. ¿Algún deseo para el año nuevo?

—Paz y prosperidad para todos en 2011.

—Hasta aquí la entrevista con la inspectora de policía Sarah Toledano. Mucha suerte en el futuro, inspectora.

—Muchas gracias.

—Cuando edite la entrevista quedará perfecta. He de encontrar una melodía para la cabecera y el cierre. ¿Prefiere música sefardí o música andaluza?

—Lo dejo en sus manos.

—Tal vez lo más conveniente sea música andaluza, puesto que Kol Israel Radio tiene también emisiones en ladino y sus responsables suelen utilizar música sefardí. ¿Alguna preferencia?

—Camarón de la Isla.

—De acuerdo.

Cuando la periodista se hubo marchado de su despacho, la inspectora se sintió aliviada. Había evitado hablar de las verdaderas razones que la habían impulsado a emigrar a Israel: la tasa de paro juvenil era en España el doble que en el resto de Europa, siendo la provincia de Cádiz la que contaba con un mayor número de parados entre los veinticinco y los treinta años. Pero hablar de ese asunto hubiera abierto la posibilidad de que muchos oyentes interpretaran aquella realidad objetiva como alguna clase de prejuicio personal. Otro tanto ocurría con la pregunta que había dejado de responder. Tenía su propia opinión sobre el conflicto árabe-israelí y la participación de España en el mismo, si bien estaba mediatizada por una vieja sentencia de su padre, quien solía decir que mientras Palestina era un dedo, Israel era la uña de ese apéndice, de modo que existían tres posibilidades a la hora de atajar el problema: amputar el dedo, arrancarle la uña o, por el contrario, mantenerlo sano permitiendo la coexistencia de ambos Estados.

Tenía al joven en el punto de mira de su fusil. Lo seguía mientras correteaba de un lado a otro con el rostro cubierto con una *kufiyya* y una gigantesca honda en la mano derecha, que de vez en cuando utilizaba para lanzarles piedras o agitaba al aire a modo de afrenta. Como siempre que se veía en aquella situación (que en las últimas semanas, desde que comenzara la segunda Intifada, se había repetido con demasiada frecuencia), se sentía como Goliat luchando contra David, con la particularidad de que la honda que portaba su adversario, en este caso, no podía competir contra su fusil de asalto, menos aún contra el armamento de los helicópteros del ejército israelí que sobrevolaban la zona. Era una lucha desigual; en realidad, ni siquiera era una lucha. Era cierto que, por momentos, llovían piedras, algunas de gran tamaño, pero a la postre la consecuencia más llamativa era la extenuación de los propios atacantes, que a cada nuevo lanzamiento daban muestras de una mayor temeridad y, más temprano que tarde, acababan convirtiéndose en presas fáciles. A veces tenía la sensación de que se trataba de un juego, peligroso, eso sí, pero un juego al fin y al cabo, cuyo ganador era siempre el mismo. Los palestinos lo sabían, pero aun así no cejaban de hostigarlos, persistían en su desafío.

Durante otros dos o tres minutos mantuvo al joven en el punto de mira, si bien su intención era seguir sus movimientos. Por descontado, no pensaba disparar, nunca lo había hecho, y no tenía intención de hacerlo salvo que fuera necesario. Pese a que a doscientos cincuenta metros de distancia todos los jóvenes le parecían iguales, este se le antojó excesivamente magro y ligero. Saltaba como un gamo de un lugar a otro, con suma agilidad; parecía un macho llamando la atención de las hembras en época de celo. Entonces se oyó una detonación y el joven palestino cayó al suelo a plomo como un animal de caza, lo que provocó una batahola de gritos y lamentos. De inmediato, la calle se llenó de nuevos insurgentes que hasta entonces habían permanecido agazapados. Unos cuantos se dirigieron directamente al lugar donde había caído abatido su compañero; los demás intensificaron sus ataques con las hondas. Las piedras comenzaron a volar por encima de sus cabezas como meteoritos. «¡Joder! ¡Joder!», exclamó en castellano al tiempo que, incrédula, comprobaba lo que ya sabía: que la bala que había alcanzado al joven no había salido de su fusil. Luego buscó al autor del disparo entre sus compañeros del *checkpoint*. «¿Quién demonios ha disparado?», preguntó con un tono de voz que reflejaba crispación. «Que se joda», respondió el sargento Yehuda, el máximo responsable del puesto. «¿Has sido tú, sargento?», volvió a preguntar. «Que se joda, que se joda ese cabrón, ¿lo entiendes, Sarah? ¿Cuándo aprenderás a comportarte como un tío?» Esta vez el sargento desgranó su discurso empleando el tono de esa canción que obligaban a repetir, una y

otra vez, a los detenidos palestinos mientras les hacían saltar para ahondar todavía más en la humillación, y cuya letra rezaba: «Un hummus, una habichuela, amo a la guardia de fronteras». Una canción que también cantaban los reclutas; una tonada absurda que demostraba el grado de insensibilidad y el hartazgo que provocaba aquel *checkpoint* entre quienes lo frecuentaban, ya fueran soldados israelíes, palestinos provocadores, terroristas o simples inmigrantes ilegales. Sí, el sargento Yehuda, el tipo obtuso de mirada dura y sin corazón de quien había aprendido a comportarse como un «tío» —para emplear sus mismas palabras—, el soldado entrenado para «no hablar, oír o sentir», como gustaba definirse a sí mismo, había apretado el gatillo. Claro que había sido ella la que primero había apuntado al joven palestino con su rifle telescópico. De nuevo Goliat había aplastado a David, contradiciendo la épica de los textos sagrados.

El timbre del teléfono móvil se enredó en su sueño hasta sobresaltarla. Un sonido parecido al croar de una rana que en mitad de la noche se antojaba la señal de un vaticinio funesto. Lo había intentado con otros tonos, pero no habían funcionado. Su subconsciente se acostumbraba a ellos como un placentero mantra, de modo que solo era capaz de salir del sueño con cadencias secas y estridentes.

—¿Heller? —preguntó una vez hubo encontrado la tecla que activaba el aparato y comprobado el nombre del llamador que guardaba la memoria del teléfono móvil.

—Sí, soy yo. Lamento molestarla a esta hora, inspectora, pero tenemos un cadáver en Jerusalén Este, cerca del Monte de los Olivos, en uno de los asentamientos financiados por Moskowitz. ¿Le mando un auto patrulla o prefiere venir por su cuenta?

—¿Qué hora es?

—Las cinco y tres minutos de la madrugada, inspectora.

A esa hora una pregunta tan simple se le antojó irresoluble. Que vinieran a recogerla era lo más cómodo, pero al mismo tiempo la obligaba a depender de un tercero para el resto del día. El sargento Lautaro Heller, a quien le gustaba comportarse como una prolongación de ella, se ofrecería sin duda a servirle como chófer, pero eso suponía tener que soportar sus mordaces comentarios sobre cualquier asunto que se cruzase en su camino, incluidos los casos que se traían entre manos.

Siempre había sospechado que el hecho de que le hubieran asignado a Heller como ayudante obedecía tanto a su condición de argentino, lo que facilitaba la comunicación entre ellos, como a la circunstancia de que ambos fueran judíos de la diáspora. Luego, una vez empezaron a trabajar juntos, supo que su subordinado había emigrado buscando en Israel la estabilidad económica de la que Argentina carecía, como ella con respecto a España. No obstante, al ser ella judía sefardí y su ayudante de la tradición askenazí, a veces tenía la impresión de que se lo habían impuesto para que la vigilara, pues los askenazíes habían fundado el Estado de Israel y eran ellos,

por tanto, quienes detentaban el poder. Un anacronismo que estaba desapareciendo a decir de muchos, aunque eso no se correspondía con la realidad. La fractura seguía existiendo. El 80 por ciento de la propiedad privada del país estaba en manos de los askenazíes, los judíos de la Europa Oriental, así como el 80 por ciento de cargos relevantes. Si hubiera tenido que hacer un esquema sobre cómo estaba dividido el Estado de Israel, no hubiera dudado en poner a los askenazíes arriba, a los palestinos abajo, y a los judíos del resto de comunidades, incluidos los sefardíes, en medio de ambos.

Sea como fuere, Heller era askenazí solo de apellido, por mucho que su familia hubiera emigrado de Centroeuropa a la Argentina. Como Sarah, era más proclive a la controversia política que a la religiosa, y también como ella, al menos que supiera, su subordinado no contaba con un guía espiritual. Ambos eran judíos no practicantes, ninguno de los dos había realizado la *aliyah* o viaje de retorno a casa (a Israel) por motivos religiosos, sino por motivos prácticos, por así decir, y eso les unía más que el hecho de pertenecer a tal o cual familia del judaísmo. Como le gustaba decir a Heller, y ella estaba de acuerdo con él: «Se podía vivir el judaísmo sin recrearlo». Y para quitarle hierro al asunto, concluía contando un chiste que, al parecer, le hacía mucha gracia: «Un tipo le dice a una mujer: “Soy judío no practicante”. Y la mujer le responde: “Y yo virgen no practicante”».

—Voy por mis medios. Estaré allí en media hora —se decantó al fin.

Pese a que el 14 de diciembre presentaba a través de la ventana del dormitorio el mismo aspecto gélido que el día anterior, se atrevió con una ducha de agua fría, una costumbre que había adquirido en sus años en la milicia. Por alguna oculta razón, no la arredraba el alevoso contacto con el agua helada; todo lo contrario, la estimulaba. Aprovechó que el chorro caía con fuerza para masajearse las sienes y la base de la nuca. Su propósito era que el flujo sanguíneo corriera por su cabeza lo antes posible. Luego, cuando el cuerpo hubo recuperado gran parte de su tensión, rescató el nombre que el sargento Heller había pronunciado: Moskowitz.

Irwing Moskowitz era un multimillonario norteamericano residente en Florida que había sufragado numerosos movimientos de colonos derechistas y financiado diversos asentamientos en Jerusalén Este. Su último proyecto pasaba por construir cuatro edificios residenciales en las inmediaciones del Monte de los Olivos, muy cerca de la escuela talmúdica Beit Orot. Como solía ocurrir en estos casos, la Autoridad Nacional Palestina había calificado las nuevas construcciones como un obstáculo para la paz, y solicitado al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas que declarara los asentamientos ilegales por encontrarse dentro de los límites de Jerusalén Este, donde los palestinos aspiraban a establecer la capital de su futuro Estado. El Comité de Planificación Urbana de Jerusalén —un órgano controlado por los judíos—, en cambio, había concedido el correspondiente permiso atendiendo al hecho de que Jerusalén Este había sido excluida de la moratoria parcial de construcción de colonias judías dentro de los Territorios Ocupados.

Una parte de la opinión pública achacaba aquella situación al fracaso de las negociaciones de Camp David del año 2000, cuando Arafat rechazó la mayor oferta hecha jamás por Israel, que incluía la devolución de gran parte de los Territorios Ocupados y la administración compartida de Jerusalén. Claro que los palestinos esgrimían otro argumento: había sido durante el gobierno de Ehud Barak, el interlocutor de Arafat en aquella ronda de negociaciones, cuando más habían proliferado los asentamientos de colonos judíos en los Territorios Ocupados. «¿Por qué diantres tiene que ser todo tan complicado?», se preguntó. No hacía mucho había tenido que ocuparse de otro «caso de viviendas», como solía llamarlos. Un miembro de la organización ultraortodoxa Elad, que se dedicaba a comprar inmuebles para colonizar Jerusalén Este, había atropellado a varios adolescentes árabes en el barrio de Silwan después de que su coche fuera rodeado y apedreado. Afortunadamente, solo uno de los jóvenes tuvo que ser ingresado en el hospital Moqassed.

La situación había empezado a deteriorarse sobremanera en el mes de marzo, cuando la municipalidad de Jerusalén reveló un proyecto de tema bíblico bautizado con el nombre de «Jardín del rey» (David), que preveía la demolición de decenas de casas pertenecientes a la población árabe. Desde entonces, los enfrentamientos entre jóvenes palestinos enmascarados, colonos armados y policía habían sido frecuentes. El problema era que si bien entre los años 2000 y 2008 la autoridad municipal había demolido alrededor de seiscientos cincuenta casas en Jerusalén Este, eran varios miles las viviendas (se calculaba que un 40 por ciento del total) que presentaban alguna irregularidad urbanística y, en consecuencia, eran susceptibles de ser derribadas en cualquier momento y sin previo aviso. La situación, por tanto, solo podía empeorar.

Cruzó los dedos para que el cadáver hallado no fuera el de un árabe.

Antes de arrancar el coche, visualizó la ruta. Como vivía en las inmediaciones del mercado Mahane Yehuda, lo mejor era ir por Jaffa Road, torcer a la izquierda por Hazanhanim y luego bordear la Ciudad Vieja por la Sultán Suleiman hasta desembocar en Jerico Road.

Encontró más tráfico del esperado, y al llegar a la altura de la Puerta Nueva tuvo que detenerse por completo mientras una multitud que descendía de coches y autobuses ponía rumbo a las angostas y sinuosas calles a través de la Ciudad Vieja. Le sorprendió el gran número de judíos ultraortodoxos que a hora tan temprana se dirigían al Muro de las Lamentaciones. Ella jamás había sentido fervor religioso alguno. De hecho, hacía ya algunos años que se había alejado de toda práctica religiosa. Tal vez si hubiera crecido en Israel la cosa habría sido distinta, pero en España la religión tenía la importancia que cada uno quisiera concederle. Además, estaba el hecho de haber nacido en una familia mixta, mitad judía mitad cristiana. Que su padre se casara con una gentil, como su abuela paterna se refería a su madre, había supuesto una ruptura con la tradición y con la propia historia familiar más traumática si cabe que la expulsión de Marruecos, pues evidenciaba que a su

progenitor había dejado de importarle la autoridad de Dios, dado que el matrimonio era, en última instancia, una institución basada en una idea divina, y no una mera norma social sin verdadero valor espiritual, tal y como ocurría en las sociedades llamadas occidentales. La familia materna tampoco había aceptado de buen grado que uno de sus miembros contrajese matrimonio con un judío por considerar que sus costumbres religiosas eran de lo más «extravagantes». Pero si durante su infancia su futuro espiritual fue objeto de numerosos debates y controversias en el seno de su familia, pues tanto la parte judía como la cristiana se esforzaban por atraerla hacia su «confesión», por así decir, la prematura muerte de su padre lo cambió todo: dejó de creer en Dios, se llamase como se llamase; se sintió traicionada por él. Al principio lo hizo como un acto de rebeldía por el golpe recibido, pero al cabo, conforme fue adentrándose en la adolescencia, la idea de la existencia de Dios se fue alejando de ella definitivamente, como si fuera un ser comparable a Santa Claus o a los Reyes Magos de Oriente; un mero instrumento para mantener viva la ilusión, en este caso no de los niños, sino de los creyentes. Cuando alcanzó la edad adulta su postura se radicalizó: Dios era una eficaz herramienta del poder, su nombre servía para amedrentar y someter a los pueblos, y también para dividirlos y enfrentarlos. En alguna parte había leído que los hijos de matrimonios mixtos, entendiéndose por estos aquellas uniones entre personas de distinta confesión religiosa, eran precisamente los más proclives al descreimiento religioso. Sarah estaba de acuerdo.

En las inmediaciones del Monte de los Olivos recordó unos versos del poeta Yehuda Amihai sobre Jerusalén: «De noche, las piedras de las montañas que la rodean se acercan a las casas, como los lobos, que vienen a aullar a los perros, convertidos en esclavos de los hombres». Era verdad que, a determinadas horas del día, sobre todo durante el crepúsculo, los suburbios de Jerusalén semejaban un amasijo de casas de piedra arracimadas las unas sobre las otras, repartidas en colonias más o menos humildes, lo que le confería a la ciudad un aspecto pesado y amenazador. Era como si los peñascos de las afueras de la ciudad se acercaran (o la cercaran) con el propósito de acecharla, de inmiscuirse en su vida. En cierto sentido, el problema de Jerusalén era precisamente que las piedras tenían alma, y a su vez interactuaban con los jerosolimitanos, quienes las cuidaban, mimaban y veneraban como si formara parte de sus propias familias. En una ciudad como Jerusalén era bastante más frecuente ver a alguien besando en público una piedra (o dialogando con ella) que a su pareja.

Al pie del Monte de los Olivos se encontraba el valle del Cedrón, también conocido como el Valle de Josafat, el lugar donde, según la leyenda, habría de celebrarse el Juicio Final. Una zona de la ciudad por la que siempre había sentido aversión. El hecho de que la tradición situara allí el Apocalipsis había provocado la proliferación de distintas necrópolis atestadas de peregrinos venidos de todos los rincones del planeta con el propósito de, al ser sus restos inhumados en aquel lugar

señalado, disponer de una entrada en primera fila para el espectáculo del fin del mundo. El precio de algunas de aquellas tumbas era superior al de un apartamento en la Quinta Avenida de Nueva York.

Desde su punto de vista, el futuro de Jerusalén era, sencillamente, aterrador a los ojos de un no creyente, como era su caso, incluso en el supuesto de que israelíes y árabes logaran superar sus diferencias sobre la ciudad: según la tradición musulmana, la Kaaba llegaría un día a Jerusalén desde La Meca; también se esperaba el advenimiento del Mesías, lo que a su vez provocaría la apertura del Reino de los Cielos en aquel lugar; por no mencionar la celebración del Juicio Final y la resurrección de los muertos que vaticinaban los cristianos. Todo en un espacio no mayor que una docena de kilómetros cuadrados. Sí, a ninguna ciudad le aguardaba un futuro tan complicado como a Jerusalén, puesto que al final de los tiempos su destino sería convertirse en una urbe celestial, en la puerta del cielo para varios miles de millones de creyentes, ni más ni menos. Eso significaba que la ciudad designaba un estado de conciencia, que en el caso de los judíos se manifestaba con las nostálgicas vestiduras de lo que habían perdido a lo largo de la Historia y que anhelaban recuperar.

El problema era que quienes vivían pendientes de su propia espiritualidad solían desdeñar la de los demás, sobre todo la de aquellos con los que no compartían confesión religiosa. De modo que mientras llegaba el momento de la metamorfosis de Jerusalén en una urbe celestial, al cuerpo de policía le correspondía que tanta superstición religiosa no desembocara en un baño de sangre de proporciones bíblicas, nunca mejor dicho.

Más tarde, cuando por fin enfiló el último tramo hacia Beit Orot, se descubrió a sí misma canturreando aquel cargante estribillo que tantas veces había escuchado y que tanto odiaba por traerle los peores recuerdos de su vida, cuando incluso dejó de comportarse como un ser humano para convertirse en un monstruo sin corazón. «Un hummus, una habichuela, amo a la policía de fronteras». Era como si todo lo malo que guardaba en su interior hubiera decidido subir a la superficie e invadir su vida presente y también su sueño. Ahora, cada vez con más frecuencia, pasaba las horas regodeándose en pensamientos dañinos. ¿Acaso no tenía que interpretar aquellas señales como un aviso de que había llegado el momento de someterse a una catarsis?

En varias ocasiones había estado a punto de ponerse en contacto con los miembros de Rompiendo el Silencio (Breaking the Silence), la organización que aglutinaba a más de setecientos soldados que habían dado un paso adelante y reconocido los abusos y desmanes cometidos en los Territorios Ocupados contra la población palestina, pero llegado el momento de la verdad siempre se arrepentía. La mayoría de soldados denunciadores había llevado a cabo sus confesiones una vez alejados del ejército, mientras que ella seguía perteneciendo a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado; había recorrido un largo camino y alcanzado el grado de inspectora de homicidios en el departamento de la policía de Jerusalén, con todo lo

que eso implicaba. Una carrera meteórica a decir de algunos.

En cierta manera, desde que tomara la decisión de entrar en la policía como profesional, había albergado la esperanza de poder cambiar las cosas desde dentro, desde el corazón de la propia institución. Desgraciadamente, al poco descubrió que este estaba enfermo, esclerótico, atrofiado. La sociedad israelí era desconfiada en extremo, reacia a los cambios, máxime cuando en los últimos sesenta años lo único que estos habían conseguido era que las cosas empeoraran aún más. Por descontado no compartía las manifestaciones del entonces ministro de defensa Ehud Barak cuando, para contrarrestar los testimonios de los miembros de Rompiendo el Silencio —a los que se acusaba de ampararse en el anonimato, de estar financiados por gobiernos antisemitas y, en consecuencia, de ser «depravadamente mentirosos e insidiosos»—, aseguró que el ejército de Israel era uno de los más éticos del mundo, ya que siempre actuaba de acuerdo con el más alto código moral. Sencillamente, no era cierto. Ella misma había tenido en más de una ocasión un comportamiento que, en última instancia, lo único que perseguía era aterrorizar a los palestinos, y para lograrlo había empleado numerosos métodos poco ortodoxos, a veces de una fiereza descarnada. Había sacado a mujeres y niños de sus camas en plena noche, a punta de fusil, destrozado sus enseres y golpeado y detenido a los hombres para someterlos a continuación a largos y humillantes interrogatorios. Como le habían indicado sus compañeros de armas cuando llevó a cabo su primera incursión en Judea Samaria (lo que los palestinos llamaban Cisjordania), «se trataba de dar rienda suelta a la furia acumulada». De modo que apenas había tenido tiempo para reencontrarse con sus raíces cuando se vio partiéndole los dientes a un palestino que, como por arte de magia, se había plantado delante de ella después de atravesar una nube de gases lacrimógenos de la que huía. El miedo cerval que sintió la impulsó a actuar de esa manera, como si la agresión formara parte del método de defensa. De esa forma tuvo lugar su «bautismo de sangre», nunca mejor dicho. Fue entonces cuando descubrió que lo que sus camaradas llamaban «furia acumulada» tenía como base el propio miedo y, por tanto, era algo que se adquiría: dar el primer golpe allanaba el camino del segundo; tras el sexto o séptimo trastazo la cosa se volvía rutinaria, la piel se tornaba coriácea e insensible a las quejas, llantos o gritos de dolor ajenos; el primer disparo al aire servía para superar la resistencia que todo gatillo opone: superada esta barrera psicológica, resultaba relativamente fácil apuntar a una persona e incluso disparar abstrayéndose de su condición de tal.

Un *checkpoint* era el lugar idóneo para prosperar dentro de la sociedad israelí, el atajo que tomaban la mayoría de los soldados que habían llegado a Israel hacía tan solo unos meses con una mano delante y otra detrás. Ese había sido su caso, aunque jamás pensó que se vería obligada a llegar tan lejos. Sea como fuere, desde que pisara por primera vez aquel punto de control fronterizo, le embargaba la impresión de haber fracasado en su intento por cambiar su vida para mejor, pues el precio a pagar había sido demasiado alto. Por descontado, no era aquella la vida que esperaba

encontrar, la idea que la familia de su padre le había inculcado de Israel. Claro que el Israel que conocía estaba tamizado por la diáspora, estaba idealizado. Sin embargo, el Israel de principios del siglo XXI no admitía devoluciones; no brindaba la oportunidad de dar marcha atrás. Como alguien le había dicho nada más llegar: «A Jerusalén se sube —la ciudad estaba situada a setecientos metros sobre el nivel del mar—, pero no se baja». Pero si se sentía mal por haber «maltratado» a los palestinos siguiendo «una corriente de comportamiento general» de la que nadie podía sustraerse sin ser considerado traidor de la causa judía, ponerlo en conocimiento de la opinión pública equivalía a traicionar a Israel, su patria ancestral, su país de acogida. Y eso le parecía que era lo mismo que morder la mano que le daba de comer, era lo mismo que escupirle a la cara a sus antepasados. Hiciera lo que hiciese, pues, el equilibrio era imposible. Tomara el camino que tomase, la pendiente era demasiado pronunciada y peligrosa. Podía sentir arrepentimiento, como de hecho le ocurría, pero eso no resolvía sus conflictos internos. Así las cosas, había acabado por considerar justo el disparo que un día recibió en el hombro mientras estaba de guardia, como si se tratara de una forma de expiación por los pecados cometidos. Una suerte de *quid pro quo*. Por otro lado, aquella herida de bala le había servido para alejarse de la policía de fronteras y de aquel *checkpoint* en el área de Hebrón, como si poner tierra de por medio fuera suficiente para enterrar el pasado en aquel pedazo de tierra árida.

Ahora, cada vez que rememoraba aquella época, llegaba a la conclusión de que los israelíes, en su inmensa mayoría, vivían de manera consciente y voluntaria con una venda en los ojos, ignorando lo que ocurría delante de sus narices. Eran expertos a la hora de mirar para otro lado, de dar la espalda a la realidad argumentando que esta estaba contaminada, que formaba parte de un complot internacional en contra del pueblo judío y del Estado de Israel. De hecho, en su opinión, el muro que Israel había levantado en Judea y Samaria para, en teoría, impedir la entrada de terroristas palestinos en su territorio, servía de facto para que la realidad no se colara en el país. Aquel muro era un dique de contención que mantenía a salvo las conciencias de los judíos del Estado de Israel. Y para asegurarse de que no había filtraciones, de que no había fugas, de que todo estaba herméticamente sellado, los israelíes tenían prohibida la entrada en los Territorios Ocupados bajo pena de tres años de prisión. Como decía un adagio castellano: «Ojos que no ven, corazón que no siente». El problema era que no sentir resultaba insuficiente, no bastaba, no eliminaba el conflicto: el agua siempre encontraba un resquicio por el que filtrarse, por el que colarse. Por muy alto y largo que se construyera el muro, no podía haber tranquilidad a un lado de la frontera y bombardeos al otro, tal y como había predicho la que fuera primera ministro, Golda Meir, pues, si no existía paz en ambos lados, los problemas se reproducirían también en ambos lados. De hecho, lo que habían logrado los ciento cincuenta controles militares que formaban una malla en torno a Cisjordania era convertir la región en un auténtico campo de concentración. De modo que la solución de aquel rompecabezas se encontraba en el orden mismo de las cosas.

La cuestión era que ella, al haber sido educada en otra sociedad, no estaba adiestrada para volver la cabeza e ignorar lo que ocurría a su lado. De modo que era plenamente consciente del sinsentido de aquella forma de hacer política. Sí, había sido la primera en aportar su granito de arena para que esa realidad no invadiera Israel desde un puesto de la policía de fronteras, pero lo había hecho obligada, siguiendo las costumbres de la milicia, el «todos lo hacían, así que yo no podía negarme», el orden jerárquico, la cadena de mando. Cada vez que había tomado parte en una incursión en territorio palestino, las piernas se le habían aflojado y el alma se le había turbado, consciente de haber hecho algo desproporcionado y a veces hasta monstruoso. Desde el primer momento, pues, se había sentido atrapada en una realidad que en ningún caso podía controlar, que sobrepasaba su capacidad de decisión e incluso que iba más allá de sus principios morales, pues estaba amparada en un concepto tan abstracto y difuso como el de la llamada «razón de Estado». Los acontecimientos, por demás, se sucedían con mayor rapidez de la que hubiera imaginado. No había tregua. Había que actuar todos los días y, por tanto, tenía que permanecer en estado de alerta las veinticuatro horas del día. Para poder convivir con aquella carga, pues, no le había quedado más remedio que elaborar una serie de pretextos, que esgrimía ante cualquier alteración de su conciencia, excusas que tenían que ver con su corta edad o su inexperiencia en el terreno militar, si bien jamás había logrado acallarlas. Todo lo contrario. Era como tener a Pepito Grillo recordándole los errores cometidos. Recientemente había descubierto que lo que se escondía detrás de aquel comportamiento arbitrario e inhumano era miedo; miedo a aceptar la realidad palestina, como si en caso de hacerlo esta fuera a superponerse a la realidad judía, anulándola o incluso aniquilándola. De modo que el trasfondo de todo era un problema de supervivencia, y no de mera convivencia o territorialidad como se hacía creer.

Lo primero que la inspectora divisó en el descampado de la futura colonia de Beit Orot fue al sargento Heller envuelto en un grueso abrigo, arrastrando con dificultad su corpachón de un lado a otro. Daba órdenes a los componentes de sendas patrullas de la policía de fronteras que habían sido desplegadas por la zona a fin de evitar que un chivato pudiera dar la voz de alarma sobre lo ocurrido y se vieran obligados a llamar a los antidisturbios. Desde la distancia, su subordinado semejaba un muro de piedra a punto de desmoronarse, pues su corpulencia hacía que sus movimientos estuvieran tan faltos de naturalidad como los de un robot. De la misma manera que había hombres que sacaban provecho de su gran envergadura, Heller se sentía incómodo con su tamaño a la manera de Gulliver en Lilliput. Como él mismo decía, a veces temía estornudar por temor a que quienes estuvieran a su alrededor salieran despedidos.

—¿De quién se trata? —preguntó cuando hubo llegado a su altura.

—De una monjita —respondió el grandullón.

La inspectora tardó un segundo en descodificar el mensaje del sargento. Se refería a que era una mujer árabe que llevaba el rostro cubierto con el *hiyab*.

—¡Joder! —exclamó—. ¿Quién encontró el cadáver?

—Hemos recibido la llamada de un informante anónimo.

—Estupendo.

—¿Y la seguridad privada?

—Al parecer no hay.

—Resulta extraño, ¿no le parece?

—Sí, lo es.

—¿Sabe cuándo tienen previsto iniciar las obras?

—En cuatro o cinco días. Aunque lo más probable es que este asunto les obligue a retrasar la fecha.

—En este solar tampoco hay materiales o maquinaria para comenzar las obras. Solo escombros —observó la inspectora.

—Tal vez por eso no hay guardas de seguridad: no hay nada que proteger. Imagino que tendrán previsto traer el material y la maquinaria en el último momento, de esa forma restan capacidad de acción tanto a los «internacionales» como a los árabes.

Con el nombre de «internacionales» eran conocidos entre la policía los activistas extranjeros.

—Pero se arriesgan a que los del Comité Contra la Demolición de Viviendas levanten de nuevo las casas derribadas.

La inspectora se refería a una organización mixta compuesta por judíos y árabes que se oponían a la demolición indiscriminada de viviendas árabes en los Territorios Ocupados, aduciendo que lo que Israel pretendía con esa medida era la «judaización» de Palestina mediante la creación de asentamientos. Expulsando a los palestinos de sus casas y de sus tierras y repoblándolas con judíos se conseguía el ansiado «equilibrio» demográfico que perseguían las autoridades israelíes, preocupadas por el alto índice de natalidad de la población árabe.

—No creo que a Moskowitz le importe demasiado el Comité Contra la Demolición de Viviendas cuando sabe que tiene a su disposición un ejército de bulldozers —apuntó el sargento.

—¿Y la víctima?

—Por aquí, inspectora. El cuerpo está al otro lado del solar —indicó Heller al tiempo que iluminaba el camino con una linterna—. He establecido un amplio perímetro de seguridad a la espera de que los del laboratorio de criminalística acoten la escena del crimen.

Anduvieron un centenar de metros sorteando montículos de escombros que, a tenor de su disposición, estaban siendo removidos para su evacuación.

Se situaron a pocos metros del cadáver, donde el sargento había establecido un segundo perímetro de seguridad para que ninguna prueba esencial se perdiera o fuera contaminada antes de que aparecieran los técnicos. Pero incluso desde esa distancia se apreciaba con nitidez el rostro que el velo ocultaba parcialmente: era el de una joven de tez morena, enormes ojos y cabello oscuro.

—Déjeme la linterna. Voy a echarle un vistazo —dijo la inspectora.

—No encontrará nada relevante, salvo unas cuantas heridas y tumefacciones en el rostro. Está bastante desfigurada. Para ver el resto del cuerpo habrá que desnudarla —apuntó Heller.

—Imagino que no llevará encima ninguna clase de documentación.

—El vestido ni siquiera tiene bolsillos.

—Comprendo. Tendremos que comprobar si ha habido alguna denuncia por desaparición en las últimas horas.

A primera vista las tumefacciones eran, en opinión de la inspectora, brutales, en algunos casos heridas abiertas que habían sangrado con profusión, pero no parecían fruto de un aplastamiento, que era lo que tendría que haber ocurrido en el supuesto de que las paredes y el techo de la vivienda se le hubieran venido encima. Por otro lado, si hubiera sucedido eso, el cadáver estaría enterrado entre los escombros y no habría sido descubierto hasta que estos hubieran sido removidos.

—Resulta extraño. El velo le oculta parte del cabello y del rostro; sin embargo, la *abaya* ni siquiera se ha arremolinado en torno a las piernas. Además, la tela está mucho más sucia desde la altura del pecho hacia abajo.

—Es como si hubiera cierto orden en el cadáver que contrasta con el desorden general —se adelantó el sargento a las conclusiones de su superior.

La inspectora volvió a apuntar con la linterna al rostro de la víctima.

—Lautaro, tengo la impresión de conocer esta cara, de haberla visto antes —observó—. ¿Cabe que sea alguien conocido?

—¿Conocido en qué sentido? ¿Una estrella de la televisión, por ejemplo? ¿Una cantante árabe popular, una Fayrouz palestina? No lo creo. Hay cientos de monjitas circulando por Jerusalén Este. Todas visten igual, todas se parecen, como los chinos —objetó el sargento.

Ahora la inspectora dirigió el haz de luz hacia el montón de escombros que hasta hacía poco habían dado forma a una vivienda.

—¿Es posible que las excavadoras hayan derribado estas casas sin darse cuenta de que no habían sido desalojadas por completo? —preguntó.

—Todo es posible en este mundo gobernado por las prisas —respondió Heller—. Hace años hubo un caso que guarda cierta semejanza. Una activista norteamericana que trabajaba para el Movimiento de Solidaridad Internacional murió aplastada por un bulldozer Caterpillar D9R cuando protestaba contra la demolición de casas palestinas en Rafah. Según la versión del ejército, la joven se interpuso en una operación que pretendía descubrir explosivos y destruir túneles utilizados por los terroristas palestinos, a través de los cuales introducían armas de contrabando desde Egipto. Los militares aseguraron que el conductor no vio a la joven; sin embargo, hubo testigos que contradijeron esta versión y aseguraron que la chica vestía un chaleco fluorescente y portaba un megáfono en el momento de ser atropellada. El ejército contraatacó presentando también testigos que ratificaron la versión oficial. Un asunto verdaderamente turbio.

—¿Cuándo tuvo lugar ese caso?

—Si la memoria no me falla, hará cosa de siete años y medio, allá por marzo o abril de 2003.

—¡Ah, sí, Rachel Corrie! ¡Ahora lo recuerdo! Su muerte coincidió con mi incidente.

El 13 de marzo de 2003, tres días antes de la muerte de la activista norteamericana, la inspectora había recibido un disparo en el hombro en las inmediaciones de Hebrón, donde entonces servía en el Magav (la policía de fronteras), como parte de su servicio obligatorio de dos años en las Fuerzas de Defensa de Israel. Como consecuencia de aquel suceso, que fue seguido de otros ataques terroristas, se recrudeció la violencia en todo el país, dando lugar a la llamada «Hoja de Ruta», una suerte de plan de paz con distintas fases de ejecución, a finales de abril de ese mismo año. En ese escenario, el nombre de Rachel Corrie pasó a ser uno más entre muchos.

—Ha habido otros casos similares, pero no han sido investigados —señaló el sargento.

—Este, sin embargo, lo será —apuntó la inspectora—. Desde luego, resulta extraño que nadie viera el cadáver cuando está bastante a la vista.

—En mi opinión, caben dos posibilidades: o bien alguien ha cubierto el cuerpo con unas cuantas piedras o, por el contrario, ha tirado de él hasta dejarlo a la vista de cualquiera.

—Lo que en cualquiera de los casos nos conduce a pensar que se trata de un acto intencionado.

—Salvo que quienes manejan los bulldozers hayan cometido una negligencia doble: derribar una casa con un ocupante dentro y obviar la presencia de un cadáver una vez terminado el trabajo. Pero las probabilidades de que algo así haya ocurrido son mínimas, por no decir nulas. Cuando las máquinas comenzaron la demolición hace ya algunos días, había aquí más de doscientas personas tratando de impedir su avance. Los antidisturbios tuvieron que intervenir con contundencia para dispersar a los manifestantes. Si una mujer hubiera muerto, los «internacionales» habrían puesto el grito en el cielo, como ocurrió en el caso de Rachel Corrie, y hasta el mismísimo presidente de Estados Unidos habría hablado del asunto. Además, pese a que no soy forense, me atrevo a asegurar que se trata de un cadáver fresco. En mi opinión, parece que la cagaron a palos antes de traerla acá.

—De modo que alguien ha traído el cadáver hasta aquí —elucubró la inspectora.

—Eso parece.

—¿Con qué propósito?

—¿Con el de crearnos problemas? ¿Quién puede saberlo?

Heller miró hacia los alrededores, como si los problemas de los que hablaba se ocultaran en alguna de las casas vecinas. En su opinión, todo problema tenía ojos, nariz, oídos, boca y un cuerpo con aparato reproductor que le permitía moverse y relacionarse para engendrar a su vez nuevos conflictos.

—En cualquier caso, me temo que estamos a las puertas de un nuevo escándalo —reflexionó la inspectora en voz alta—. Con un poco de nuestra habitual mala suerte, los árabes desatarán una nueva Intifada, y la opinión pública internacional nos acusará de obligar a los palestinos no solo a derribar sus propias casas, sino también de inmolarlos dentro de ellas con nuestras máquinas excavadoras. Todo gracias a tipos como el millonario Moskowitz.

—Que siembran Israel en las zonas ocupadas. Es una extraña forma de hacer crecer territorialmente un país. Estas casitas son la metástasis del cáncer que nos llevará a todos a la tumba —puntualizó Heller.

—¿Por qué tardan tanto los del laboratorio de criminalística? —se quejó la inspectora.

—Llegarán en un minuto —respondió Heller consultando su reloj.

—¿Y el forense?

—Todavía tardará un poco. Viene directamente del Abu Kir.

Heller se refería al Instituto de Medicina Legal de Tel Aviv, encargado de los casos de violación, homicidios, suicidios y muertes sospechosas.

—¿No había ningún forense disponible en Jerusalén?

—Es lo que me han dicho en la central.

—Tel Aviv está demasiado lejos, y con este tráfico... Quiero la máxima celeridad en este asunto. Cuanto antes conozcamos las causas exactas de la muerte de la joven, mejor podremos defendernos frente a los ataques que se avecinan.

—En Buenos Aires están empezado a cenar —se descolgó Heller empleando un tono forzosamente melancólico—. ¿Quiere un matecito, inspectora?

Al final, los de criminalística y el forense de Tel Aviv, el doctor Jacob Roth, llegaron casi a la vez. Pronto el descampado adquirió la imagen de un laboratorio donde cada cual, enfundado en una bata y con las manos dentro de sus correspondientes guantes de látex, recogía muestras, realizaba mediciones o tomaba fotografías.

A la inspectora Toledano siempre le había llamado la atención la perspicacia de los forenses a la hora de extraer información valiosa de los cuerpos sin vida. Era como si estuviesen dotados para descifrar el mensaje que el cadáver de todo difunto deja escrito; un legado póstumo gracias al cual podían conocerse detalles capitales de sus últimas horas de vida.

En el año escaso que hacía que había sido ascendida, la relación de la inspectora con el doctor Jacob Roth se había intensificado, pues habían coincidido en media docena de casos. En su opinión, el continuo contacto con la muerte no había vuelto más frío e indiferente a aquel hombre, como cabría de esperar de cualquier trabajo que se vuelve rutinario; todo lo contrario. El forense escondía bajo un aspecto taciturno una verdadera curiosidad científica frente a cada nuevo cadáver, algo que no dejaba de sorprender a la inspectora. En cierta ocasión, después de haberse encontrado con él para que le entregara un informe, se atrevió a preguntarle cómo lograba mantener viva aquella entusiasta vocación después de tanto tiempo. La respuesta que recibió de Jacob Roth, aunque parca en cuanto a extensión, reflejaba a la perfección los sentimientos de este para con su profesión: «De la misma manera que hay mil maneras de vivir la vida, hay otras tantas de morir. Para mí, la vida y la muerte tienen el mismo valor unívoco, pues forman parte de la misma cosa».

—A falta de que la autopsia lo confirme, la joven ha muerto lapidada —aseveró el doctor.

La inspectora encajó las palabras del forense como si hubiera recibido un puñetazo en la boca del estómago. Las lapidaciones eran cosa de lugares como Irán, Somalia o Chad, pero no de Israel, la única democracia parlamentaria en muchos miles de kilómetros a la redonda, el único país de Oriente Medio donde la mujer tenía los mismos derechos y obligaciones que los hombres.

—¿Está completamente seguro, doctor?

Formuló aquella pregunta de manera mecánica, a sabiendas que Jacob Roth rara vez erraba un diagnóstico, aunque fuera provisional.

—No pueden tomar mis palabras como oficiales, puesto que no tendré listo el

informe hasta mañana al mediodía, cuando le haya practicado la autopsia al cadáver, pero todo indica que la mujer fue lapidada aquí mismo, con esos ladrillos y piedras sobre los que yace su cuerpo. Creo que la ataron de pies y manos, como demuestra el hecho de que tenga hematomas tanto en muñecas como en tobillos, la amordazaron, inmovilizaron su cuerpo de hombros para abajo enterrándola en los escombros y, por último, la lapidaron hasta causarle la muerte. Probablemente los agresores se situaron más o menos allí, a unos cuatro o cinco metros de la víctima.

—Desde luego, hay restos de sangre en algunas piedras —intervino Yossi Navon, el máximo responsable de aquella unidad del laboratorio de la científica—. Y numerosas huellas de calzado en aquella zona.

La inspectora Toledano y Heller se miraron buscando en el otro una explicación que les ayudara a comprender. Que supieran, era la primera vez que la policía se enfrentaba a un caso de lapidación desde que el Estado de Israel fuera fundado en mayo de 1948.

—¿Cuánto hace que ha fallecido? —preguntó el sargento.

—Atendiendo al rígor mortis, diría que cuatro o cinco horas. Entre las doce y la una de la madrugada, más o menos. Hay algo más, creo que antes de ser lapidada fue violada —concluyó su diagnóstico el doctor Roth.

La jornada le había ocasionado tanta tensión —la única denuncia por desaparición en las últimas cuarenta y ocho horas se correspondía con la de un varón, con lo que la identidad de la joven de Beit Orot seguía siendo una incógnita; cuatro funcionarios de su unidad no habían acudido al trabajo por encontrarse enfermos de gripe; su superior, el comisario Samuel Goldiak, había dado muestras de su mal humor y de su disconformidad con los resultados del trabajo de aquellos que estaban bajo su mando; temía sobremanera que se confirmara el diagnóstico del forense Roth, es decir, que la muchacha hubiese sido lapidada, con lo que eso podía suponer, y, por si fuera poco, el coche se le había averiado— que decidió refugiarse en el bar del hotel King David a la caza de una «presa». A falta de una pareja estable, le gustaba acicalarse con esmero tras darse una reconfortante ducha de agua fría y sentarse en la barra del Oriental Bar, a la espera de que su «presa» entrara en contacto con ella, o viceversa. Al tratarse del hotel más lujoso de Jerusalén, y al contar el local con el mejor surtido de whiskys de malta de todo Israel, abundaban los candidatos, hombres de negocios en su mayoría, de paso por la ciudad, con lo que resultaba relativamente fácil establecer lazos de intimidad al abrigo de un Scotch. Puesto que, según tenía entendido, estaba prohibido por decreto rabínico que un judío bebiera vino o licor cuando estaba en compañía de una mayoría de personas idólatras en un bar o taberna para prevenir los matrimonios mixtos, se limitaba a relacionarse exclusivamente con «idólatras», habida cuenta de que ella misma había nacido fruto de una de estas relaciones. El hecho de que no tuviera intención de casarse facilitaba las cosas. Además, hacía tiempo que había dejado atrás su proverbial facilidad para complicarse la vida en el terreno sentimental, el cual, se quisiera o no, acaba afectando a los demás planos de la existencia. En su opinión, el amor tenía algo de tumor maligno, un componente opresivo que, poco a poco, asfixiaba a quienes lo padecían hasta ahogarlos. Por lo demás, tanto las camas como los cuartos de baño del King David eran de clase superior, ideales para mantener sexo esporádico con un desconocido. Con todo, después de haber tenido una docena larga de amantes, había descubierto algo que le había sorprendido sobremanera: la mayoría de los hombres mentían más ebrios que serenos, y se volvían también más violentos. En una ocasión, el individuo que aceptó su propuesta de mantener sexo la confundió con una prostituta, idea de la que extrajo otra más problemática: que podía maltratarla. No le quedó más remedio que enseñarle la placa e inmovilizarlo con una de las llaves de autodefensa que había aprendido en la academia de policía. Luego obligó al tipo a meter la cabeza en la cubitera de hielo repetidas veces, hasta que mostró arrepentimiento y se amansó como un gatito que de pronto se viera haciendo equilibrio en un alero. Después de aquella experiencia, reforzó su propia seguridad echando en el bolso un spray antivioladores que afortunadamente no había tenido que emplear. Pero no todos los casos eran así, muy al contrario: también había tenido experiencias satisfactorias. Al

fin y al cabo, como le gustaba pensar cuando evocaba esos momentos de placer furtivo, «el sollozo de una alma desnuda suele ir acompañado de un cuerpo desnudo». En términos generales podía decirse que cada parte obtenía lo que quería, aunque era evidente que, en conjunto, el hecho de llevar ella la iniciativa le otorgaba ciertas ventajas. Por lo pronto, la primera reacción de los hombres ante aquel cambio de rol era el de mostrarse desconcertados, pues concebían la caza como una actividad exclusiva del sexo masculino. Que una mujer los abordara para proponerles sexo sin más, sin un antes y un después, y sin cobrar por ello, quedaba fuera del tradicional esquema mental masculino, cuyo primer postulado afirmaba a modo de axioma que toda relación implicaba un coste y un desgaste. Luego, una vez aceptaban el cambio de papel, reaccionaban de manera diversa, si bien la mayoría acababa retrotrayéndose a la infancia, como si ella fuera una suerte de remedo de madre, un ser protector en cuyo hombro apoyar la cabeza para luego empezar a escupir cuitas y temores; la inseguridad masculina en su máxima expresión. Claro que ella no había llegado tan lejos para limitarse a descansar o a servir de confesor, por lo que, llegados a ese punto, no le quedaba más remedio que sacar a relucir todo lo que tenía que ofrecer: unas facciones regulares, unos grandes ojos verdes virados hacia el amarillo, unos pechos de mediano tamaño que se mantenían firmes sin intervención de la cirugía, un vientre plano y unas caderas tan curvilíneas como las de un violonchelo y que eran la parte de su cuerpo que más le gustaba.

A las ocho en punto de la tarde, con la segunda copa ya empezada, escrutó a los posibles candidatos descartando de partida a unos cuantos machos alfa que se pavoneaban por el bar anunciando con gestos y poses su masculinidad hegemónica. Eran cinco, y a primera vista ninguno despertó su libido, algo por otra parte bastante habitual. Incluso un poco de sexo sin complicaciones requería cierto trabajo de selección si quería que las cosas salieran medianamente bien. Antes de tomar una decisión, lo primero era hacer inventario de la fauna: un león, un hipopótamo, un cocodrilo, un pulpo y un ejemplar de caprino. Los gestos, los modales, la forma de acercarse la copa a los labios o los aperitivos a la boca, además del aspecto, le servían para asignarle una especie animal a cada candidato. Despojarlos de su humana condición le facilitaba las cosas; los situaba en otro plano, más cercano a la verdadera esencia de la especie; los despojaba de la arrogancia consustancial a los seres humanos. Como ese día ya había tenido demasiadas emociones fuertes, se decidió por el ejemplar caprino (un hombre de mediana estatura, ojos ligeramente saltones, cabello ralo y cierto prognato), a quien había incluido en esa familia de la fauna por tener el aspecto bonancible y despistado de quien es engañado por su mujer sin siquiera sospecharlo. Por descontado, se trataba de un mero juego mental, puesto que no sabía si se trataba de un hombre casado, pero creer que estaba en lo cierto la hacía sentir mejor, como si estuviera a punto de brindarle a un inocente la posibilidad de vengarse. Además, el tipo había pedido un Lagavulin de dieciséis años, su whisky de malta preferido junto con el Macallan de dieciocho años. A fuerza de probar la

mayoría de destilados de la carta había llegado a establecer una suerte de relación entre el consumidor y la consumición. Por ejemplo, en sendas ocasiones había mantenido relaciones con hombres que bebían Cardhu Special Cask Reserve, y de ambos podía decirse que eran fragantes, con ligeras notas de madera y frutas, cremosos al paladar y con un final picante, como el whisky en cuestión. En otra ocasión mantuvo relaciones con un hombre que bebía Talisker dieciocho años, y resultó ser agradable, suave, cálido, con gran persistencia y con un final reconfortante, idéntico a la bebida que estaba degustando. De modo que, sin ningún género de dudas, podía establecerse una relación fidedigna entre bebedor y bebida. No en vano era la personalidad del individuo la que afloraba a la hora de decantarse por uno u otro destilado, de modo que era el alma, sirviéndose del paladar, la que llevaba a cabo la elección.

Tardó un minuto en entablar contacto, y otros dos en saber más de aquel hombre de lo que hubiera deseado: era un empresario egipcio, exportador e importador de especias, católico copto de confesión —una minoría dentro de la fe copta, mayoritariamente ortodoxa, dijo— que había enviudado hacía cinco años, si bien contaba con una numerosa prole. De lo que más orgulloso se sentía era que iba a ser abuelo en el plazo de dos meses. Había cumplido los cincuenta y cinco años y ya no esperaba nada de la vida. Le gustaba el whisky y, en su opinión, no había un lugar en todo Oriente Medio con una carta tan amplia como la del Oriental Bar, de modo que siempre que tenía que viajar por la zona se hospedaba en el hotel King David. Del único detalle del que pudo librarse fue de conocer su verdadero nombre, pues en cuanto el comerciante de especias dijo eso de «Pero permítame que me presente. Me llamo...», Sarah se apresuró a interpellarle adelantándole el nombre que tendría para ella: «Lagavulin. Te llamas Lagavulin», le dijo; es decir, el nombre del whisky que estaba consumiendo. A él le hizo gracia, y dijo: «Sí, de acuerdo, soy el señor Lagavulin, de la ciudad de El Cairo, Egipto». La calidad del inglés del egipcio, no obstante, resultó inversamente proporcional a su deseo de mostrarse locuaz, mundano y encantador, y cuando a eso de las nueve ella le propuso subir a su habitación para continuar allí con aquella conversación (anodina e intrascendente como casi todas las que solía entablar con sus amantes), el hombre le respondió con un proverbio de su país:

—Una mujer bella es el paraíso de los ojos, el infierno del alma y el purgatorio de la bolsa.

—Tax free —respondió la inspectora.

—Entonces, si está conforme, solicitaré que nos suban una botella de Lagavulin dieciséis años a la habitación —acabó aceptando el egipcio.

Antes de levantarse de la silla, la inspectora supo qué podría ofrecerle aquel hombre en la intimidad: el sabor ahumado de la turba y el humo, con un ligero regusto marino y un final largo, seco y caliente.

A las once ya estaba de regreso en casa. Se dio una larga ducha, esta vez de agua caliente, se sirvió un vaso de leche con azúcar con unas cuantas galletitas saladas (el contraste de lo dulce y lo salado le gustaba mucho), y se metió en la cama con el iPad que se había regalado como adelanto de la Navidad. Después de responder a varios correos que le habían sido remitidos desde España, escribió el término «lapidación» en el buscador. Lo hizo con el propósito de entender mejor qué se escondía detrás de esa atávica y salvaje práctica. En la edición digital internacional del diario *El País* encontró un extenso artículo sobre el asunto, cuya cabecera rezaba: «Al menos cuatro países practican la lapidación».

Leyó:

Son Nigeria, Somalia, Indonesia e Irán, aunque las leyes de otros seis países también la recogen. Irán es el Estado donde hay más casos documentados, con siete mujeres y tres hombres a la espera de que se ejecute la sentencia.

Sería maravilloso decir que la lapidación en el mundo contemporáneo es tan solo la mejor escena de *La vida de Brian*, pero ni el mundo es una película ni es maravilloso. Al menos cuatro de los 58 países que mantienen la pena de muerte han practicado en los últimos años esta modalidad de ejecución, la más «extrema de trato cruel por cuanto que su objetivo es prolongar el dolor», explica Alfred Cerdán, portavoz de Amnistía Internacional. El castigo, para quienes no hayan visto ninguna de las escasas fotos de casos reales que existen, consiste en semienterrar al condenado —preferentemente, mujer— y apedrearlo hasta la muerte. Como los hombres tienen la desgracia de poder soportar golpes fuertes sin perder el conocimiento, la muerte es muy lenta. Si el pobre diablo logra escapar a su jauría de verdugos, se le perdona la vida. En algunos países, el reo no ve lo que está pasando, porque tiene la cara tapada con una capucha.

Además de cruel e inhumana, la lapidación es muy antigua. Se practicaba en Oriente Próximo y la recoge el Antiguo Testamento —Deuteronomio— para castigar el adulterio. Pero una frase, «quien esté libre de pecado que tire la primera piedra», atribuida a Jesús de Nazaret, acabó por desterrar esta práctica cruel en las religiones judía y cristiana. Los que tiraban la primera piedra en tiempos de Jesús eran los acusadores, y si posteriormente se demostraba que el condenado era inocente, se podía culpar a aquellos de perjurio e, incluso, de asesinato.

Para justificarla, en al menos una decena de puntos del mundo —Somalia, Irán, Sudán, el norte de Nigeria, Pakistán, Afganistán, Emiratos Árabes, Arabia Saudí, una provincia de Indonesia y Yemen— se siguen invocando hoy en día las interpretaciones más estrictas de la *sharí*a (ley islámica), pese a que el Corán no dice nada sobre el particular. La *sharí*a condena a muerte a pedradas a casados, separados, divorciados y hasta a viudos que mantengan relaciones extramatrimoniales. Qué es adulterio y qué no lo decide el tribunal islámico de turno: el delito debe probarse por la confesión repetida del acusado o el testimonio de cuatro testigos varones (o de tres hombres y dos mujeres). Esta misma ley castiga el robo con la amputación de las manos, y la «fornicación» fuera del matrimonio, la homosexualidad y el consumo de alcohol con cien latigazos...

NI DEMASIADO GRANDES NI DEMASIADO PEQUEÑAS

En Irán, el código penal de la República Islámica, vigente desde la revolución de 1979, establece en su artículo 102 que los hombres tienen que ser enterrados hasta la cintura, mientras que las mujeres mucho más arriba, hasta el pecho. Los ejecutados, según el artículo 104, deben ser golpeados con piedras que no sean «ni demasiado grandes como para matar inmediatamente, ni demasiado pequeñas para no considerarse piedras». Gracias al diálogo con la UE, una directiva judicial estableció una suspensión de las lapidaciones en diciembre de 2002 pero, al igual que otros avances del reformista Mohamed Jatamí, no se tradujo en ley, por lo que en estos años se han seguido dictando veredictos y los jueces más conservadores los han ejecutado. Desde diciembre de 2002 hasta 2006, según Amnistía Internacional, no hay constancia de que se haya lapidado a nadie en Irán, pero desde esa fecha al menos seis personas han sido ejecutadas por este método, la última en 2009. La organización asegura que en estos momentos hay siete mujeres a la espera de sufrir este destino.

«Con todas las cautelas por lo complicado que resulta certificarlo, es el país del mundo donde más se practica la lapidación», sostiene Cerdán. De las seis víctimas de lapidación en Irán, cinco son hombres y una mujer. El dato sorprende porque, como recuerda Amnistía Internacional: «Las condenas por adulterio son tremendamente discriminatorias. A pesar de los cinco hombres muertos en Irán, y esto es extrapolable al resto de los países, las mujeres son mucho más vulnerables a la lapidación porque no gozan de igualdad de trato ante los tribunales, sufren mucho más el analfabetismo, no tienen acceso a abogados y como resultado de todo esto son mucho más propensas a firmar confesiones que se emplean en su contra durante los juicios». Para sentenciar a un hombre es necesario el testimonio de cuatro varones «de buena reputación», mientras que en el caso de una mujer basta con un embarazo sin estar casada para considerarla culpable.

Además, «el testimonio de una mujer sola no cuenta ni siquiera acompañada de otra mujer o de un hombre, deben ser dos hombres los que corroboren lo que ella dice» y «se entierra más profundamente a las mujeres». En Irán, siete mujeres y tres hombres están ya condenados a morir así y puede ejecutarse la sentencia en cualquier momento, aunque la embajada iraní en Londres acaba de anunciar que «el código penal está en revisión», y que la lapidación no está en el borrador del nuevo texto...

No terminó de leer el artículo, que acababa hablando de países como Somalia, Afganistán o Emiratos Árabes Unidos. Ya había tenido bastante.

Tras reflexionar sobre lo que había leído, parecía posible que la joven de Beit Orot hubiese sido lapidada por haber cometido adulterio, en cumplimiento de la ley islámica. ¿Cabía mayor aberración?

Por último, tras pegar el iPad a su pecho y cerrar los ojos, trató de recuperar la imagen de la muchacha, con el rostro enmarcado dentro del *hiyab* tal que un sudario.

—Estoy segura de haberte visto en alguna parte —dijo en voz alta, como si la víctima pudiera oírla allí donde se hallara su alma.

»Encontraré a esos cabrones, te lo prometo —añadió.

El sargento Yehuda le pidió que lo acompañara al interior de la pequeña estancia donde interrogaban a los detenidos y sospechosos.

«Tenemos que resolver este asunto de una maldita vez. Las cosas han llegado demasiado lejos. Incluso ha habido un herido», esgrimió. Dentro estaba otra mujer soldado, Dana, una chica rubia de grandes pechos y caderas voluminosas que apenas llevaba dos o tres semanas en el puesto, en compañía de un pequeño de nueve o diez años que un día antes había derribado a un soldado de una pedrada, provocando que este se rompiera una pierna. «¿Qué podemos hacer contigo para que no vuelvas a jodernos, Mohamed, pequeña rata palestina?», le preguntó el sargento Yehuda al chico al tiempo que se descubría y se atusaba el cabello. Antes de que el pequeño tuviera tiempo siquiera de abrir la boca, le propinó un bofetón que encendió la mejilla del muchacho y le arrancó una cuantas lágrimas. «Es tu turno, Sarah», la conminó el sargento. «¿Mi turno de qué?», preguntó ella sin ocultar su sorpresa. «El chico merece un castigo, lo sabes tan bien como yo», apuntó el sargento. «No pienso pegarle a un niño», se desmarcó ella. «No te estoy pidiendo que le pegues. Quiero que le rompas las manos. Así la próxima vez se lo pensará dos veces antes de arrojarnos piedras», indicó ahora su superior. «No pienso hacer semejante cosa», respondió, confiriéndole a su voz un tono que evidenciaba su malestar ante semejante propuesta. Un bulldozer del ejército había derribado la casa del muchacho como represalia; parte de su familia había sido detenida y la otra se había quedado en la calle, sin nada. ¿Qué necesidad había, pues, de ensañarse con el pequeño? «Te faltan huevos, Sarah. Siempre lo he pensado. ¿Y a ti, Dana, también te faltan cojones?», dijo ahora, cambiando el objetivo de su invectiva. El sargento Yehuda, quien en el

fondo tenía una visión maniquea del mundo, de ahí que gustara de simplificar el mensaje, vinculaba la procacidad lingüística con el arrojo, incluso con la exaltación patriótica, lo que impedía cualquier posibilidad de comunicación y, por tanto, de entendimiento. «Sí, me faltan cojones porque, simplemente, la naturaleza me ha dotado con otros atributos», se defendió. «No hablo de atributos físicos, Sarah, sino morales; hablo de valor y de determinación». «¿Qué tiene de moral romperle las manos a un pequeño de diez años?», contraatacó. Dana interrumpió el intercambio de reproches propinándole un nuevo bofetón al pequeño, que acabó cayendo al suelo. La soldado rubia se agarró la mano después de cometida la agresión, como si esta tuviera vida propia y no hubiera podido controlarla a su pesar, como si su cerebro no hubiera sido el responsable de emitir la orden. «Eso está mejor —contemporizó el sargento Yehuda con el pequeño caído y humillado a sus pies—. Ahora, Sarah, haz el favor de marcharte. Ve fuera y mantén los ojos bien abiertos por si aparecieran más “picapedreros”. Dana y yo nos ocuparemos de Mohamed». «Por Dios, Yehuda, es solo un niño», trató de hacerle recapacitar a su superior. «Te equivocas. Aparenta ser un niño, pero no lo es. Es un Mohamed como los demás. Quiere matarnos, está dispuesto a hacerlo y yo voy a impedirselo. Si lo dejamos sin castigo, mañana tú podrías ser su siguiente víctima. Ya ha herido a uno de los nuestros. Ahora haz el favor de salir de la sala de interrogatorios, salvo que estés dispuesta a colaborar». «No, no lo estoy. No puedo estarlo. Puedo hacer otras cosas, pero no romperle las manos a un niño», volvió a desmarcarse. «Destrozar unas sillas, un colchón o un televisor no es suficiente para que estos cabrones de mierda aprendan. Te faltan pelotas, Sarah. Y también perspectiva. Crees estar viendo a un niño, pero las apariencias engañan; eres incapaz de apreciar lo que esconde bajo ese inocente aspecto: su edad es tan solo el disfraz que usa el lobo para hacerse pasar por cordero. Ha sido adiestrado para odiarnos y asesinarlos a la menor ocasión. Mira a tu alrededor, ¿acaso crees que los palestinos se muestran compasivos cuando se hacen explotar junto a nuestras mujeres y niños? Deberías solicitar que te trasladaran a una oficina», se explayó el sargento Yehuda, ya no con el propósito de convencerla, sino para dotarse a sí mismo de argumentos que justificaran lo que estaba a punto de hacer.

Había sido Isaac Rabin, siendo ministro de Defensa —algunos años antes de que le fuera concedido el premio Nobel de la Paz— quien había sugerido romper las manos y piernas de quienes tomaron parte en la primera Intifada. ¿Cómo, pues, se le podía exigir a la soldadesca que tuviera un comportamiento correcto? Pese a que la Corte Suprema de Justicia había revocado los dictámenes de la Comisión Landau de 1987, que admitía el empleo de tácticas coercitivas en los interrogatorios contra la «hostil actividad terrorista», lo cierto era que nada había cambiado. Al contrario, la tortura física había pasado a llamarse con un eufemismo: «interrogatorio militar». A cualquier detenido, pues, se le podía someter a un interrogatorio «excepcional» aduciendo que se trataba de una «bomba de relojería»; es decir, que formaba parte de

aquellos sospechosos que, en opinión de los funcionarios encargados de la detención, ponían en peligro las vidas de otras personas.

Esta vez la despertó el eco de los gritos de dolor del pequeño Mohamed cuando Dana y el sargento Yehuda le rompieron los huesos de las dos manos a base de propinarle golpes con una silla y con la culata de un fusil.

Al encender la luz, la alivió comprobar que todo había sido una pesadilla, que se encontraba en la cama de su apartamento de Jerusalén.

Sea como fuere, la fuerza de aquellos recuerdos era cada día mayor, como si su conciencia se empeñara en mostrarle en todo momento la pasividad de la que había hecho gala, a la vez que le recordaba que el arrepentimiento al que ahora se aferraba, por sincero que fuera, no solucionaba nada, no bastaba para soslayar los monstruosos actos de iniquidad cometidos. Este desagradable estado de permanente zozobra interior la llevaba a recordar una y otra vez las palabras del sargento Yehuda cuando le reprochaba «no tener cojones». En efecto, siempre había carecido del coraje suficiente para rebelarse y dar un paso adelante que no solo hubiera puesto en el punto de mira a Israel, sino también a ella misma.

El comisario Goldiak tenía la expresión que adoptaba su rostro siempre que recibía un voto de confianza de parte de Aaron Franco, el jefe de la policía del distrito de Jerusalén. Como el amor y el odio, nada había más cercano a la confianza que la desconfianza, así que tenía motivos para estar preocupado. No obstante, había sido instruido para resistir la presión que ejercían sobre él sus superiores y el ambiente violento que imperaba en una ciudad como Jerusalén, de modo que estaba preparado para enfrentar cualquier contingencia, máxime cuando ya había cumplido dieciséis años de servicio en «primera línea», como gustaba decir. Para no perder la perspectiva que lo había llevado a ostentar el cargo de comisario de la policía de Jerusalén, había hecho enmarcar dos citas de Golda Meir, a la que había admirado desde su juventud, que descansaban sobre la mesa de su despacho tal que retratos familiares. La una rezaba: «Nunca he sido partidaria de la inflexibilidad, excepto cuando el asunto atañe a Israel. Si se nos critica por qué no nos doblegamos, por qué no somos flexibles en la cuestión de “ser o no ser”, es porque hemos decidido que, sea como fuere, somos y seremos». La otra, más breve, decía: «Siempre dijimos tener un arma secreta en nuestra lucha contra los árabes: el no tener alternativa». Él también disponía de su propia arma secreta: era un hombre exento de remordimientos, jamás le temblaba el pulso, y eso le otorgaba una gran seguridad en sí mismo, además de una gran ventaja. Sin embargo, pese a estar curtido en toda clase de crímenes, alguno de ellos atroces, tenía que reconocer que el informe forense relativo a la joven lapidada en las inmediaciones del Monte de los Olivos que tenía delante de las narices podía revolverle el estómago a cualquiera, incluso al policía de homicidios más curtido: la víctima había sido narcotizada, violada, semienterrada viva, amordazada y maniatada, para luego recibir una lluvia de piedras, entre ochenta y cien, que le habían provocado la muerte. El cráneo presentaba diversas fracturas, de modo que la joven había recibido las últimas pedradas en estado de semiinconsciencia. En su vagina se habían encontrado restos de semen de cinco varones, seguramente los mismos que luego habían tomado parte en la lapidación, según el número de huellas de calzado que los de la científica habían hallado en la escena del crimen.

Por último, revisó las fotografías: una docena de imágenes tomadas desde distintos ángulos que mostraban diferentes partes del cuerpo de la víctima. En una se veía una gran tumefacción a la altura del corazón; otra mostraba el rostro deforme, con los ojos hinchados y amoratados y un sinfín de cortes en los pómulos, en el mentón y en las orejas.

De manera inconsciente, casi natural, hizo una evaluación de los pros y los

contras que un caso de lapidación tendría para la policía en particular y el Estado de Israel en general. No en vano, su universo moral se reducía a lo que él mismo llamaba «la salvaguarda del Estado de Israel frente a las agresiones extranjeras». En su opinión, los medios de comunicación «antisionistas» del mundo entero aprovecharían la noticia para equiparar Israel con Irán y denunciar el estado de desatención y también de indefensión al que estaban sometidos los árabes con nacionalidad israelí (más de un millón doscientos mil) por parte de las autoridades locales, y en particular por el departamento de policía de Jerusalén. Claro que, al mismo tiempo, Israel tendría un argumento para demostrar el grado de salvajismo de la comunidad árabe, capaz de lapidar a sus propios miembros al mismo tiempo que exigía un trato más humanitario por parte de las autoridades hebreas. Una contradicción que evidenciaría la influencia de Irán sobre los terroristas de Hamás que gobernaban la Franja de Gaza, quienes habían terminado por contagiar su particular interpretación de la *sharía* o ley islámica al resto de la población palestina, incluso a los árabes residentes en Jerusalén. Un gesto de radicalidad deshumanizada, en suma, comparable al de los terroristas suicidas que se inmolaban en un café o en un autobús asesinando a civiles inocentes. Palestina mostrando sus dos caras, Jekyll y Hyde. Algo que no ocurría todos los días, por lo que había que aprovecharlo desde el punto de vista propagandístico.

Si había aprendido algo en todos estos años de servicio era que la guerra de información, cuyo anhelo máximo era alcanzar la desinformación, resultaba tan importante como la lucha cuerpo a cuerpo; a veces incluso más. Por descontado, para lograr la deslegitimación del enemigo de cara a la opinión pública estaba permitida cualquier artimaña, incluyendo la de forjar el relato de los hechos a base de falsedades. La verdad era algo que carecía de interés; lo importante era conseguir la empatía de los medios de comunicación internacionales, aunque para ello hubiera que instrumentalizar a sus editorialistas.

Era evidente que los palestinos llevaban algún tiempo ganando la guerra de información, gracias al apoyo que recibían de numerosas ONG cuya misión era más política que humanitaria, pese a que proclamaban lo contrario a los cuatro vientos, de modo que la lapidación de la joven de Beit Orot ofrecía muchas posibilidades para revertir ese estado de cosas. Claro que para contarle al mundo los pormenores del caso, lo primero que necesitaban era conocer la identidad de la víctima. Una vez logrado esto, irían surgiendo los detalles: una vida de opresión y malos tratos entre hombres de mentalidad medieval; un matrimonio concertado; el descubrimiento del verdadero amor por parte de la muchacha; y, por último, el trágico desenlace, la violación y su posterior lapidación por haber infringido las atávicas normas de la tribu, por haber cometido el peor y más horrendo de los pecados en una sociedad musulmana: enamorarse contraviniendo los deseos de la familia, rebelarse contra un matrimonio impuesto, motivo más que de sobra para merecer la muerte. El impacto de la noticia en Occidente sería devastador. Incluso imaginó los titulares de la prensa

internacional: «Joven palestina lapidada por su gente acusada de haber cometido adulterio. Antes fue violada por los varones de su clan para mostrarle repudio». El resto del artículo se completaría con detalles de una gran carga emocional alusivos a la biografía de la víctima y su entorno familiar, junto con otros escabrosos que saldrían directamente del informe del forense que tenía delante. Incluso contempló la posibilidad de filtrar a la prensa algunas de las fotos que llevaba adjuntas.

Cuando el comisario Goldiak se dio cuenta de que estaba fantaseando más de lo que era razonable, levantó la vista del documento y clavó sus ojos de color azul líquido en los de la inspectora Toledano, que llevaba ya un buen rato esperando órdenes de su superior.

Después de apartar el encendedor Zippo de color dorado que, según su costumbre, había estado abriendo y cerrando mientras reflexionaba, dijo:

—Quiero que descubra la identidad de la joven, y también quiero detenidos. Quiero que escudriñe la vida de la víctima hasta el último detalle. Apriételes las tuercas a los familiares hasta que obtenga resultados —se pronunció al fin.

Como tras aquellas palabras el mechero Zippo volvió al bolsillo del pantalón del comisario, la inspectora interpretó que la reunión había terminado. Siempre era así, aquel encendedor era el indicador de las intenciones de su inmediato superior; una suerte de amuleto del que nunca se desprendía pese a no ser fumador.

—A sus órdenes, comisario. Me pongo manos a la obra de inmediato —dijo la inspectora al tiempo que se disponía a salir del despacho de su superior.

Así funcionaban las cosas. Cohen, el comisionado general, presionaba a Franco, el jefe de la policía del Distrito de Jerusalén, este al comisario Goldiak, y así hasta llegar a ella, quien a su vez apretaba las tuercas a Heller. Algo parecido a una pirámide que funcionaba como una olla a presión.

Antes de retirarse, la inspectora tuvo tiempo de recordar los argentinismos que Heller empleaba cada vez que se refería a Goldiak: «el muy boludo se la pasa andando la oreja» y «golpeando trapitos», en alusión a que el comisario estaba siempre pidiendo más y más, a la vez que se pasaba la vida amonestando e impugnando el trabajo de los demás.

Acostumbraba a llamar todos los sábados a su madre, pero llevaba todo el día arrastrando una desazón interior que la impulsó a coger el teléfono y marcar el número de teléfono de la casa familiar.

—Hola, mamá.

—¡Sarah, qué alegría! ¡Y qué sorpresa! No esperaba tu llamada hasta el sábado.

—Lo sé. Pero me siento un poco baja de ánimos. Necesitaba oír una voz amiga —reconoció.

—¿Qué ocurre, hija?

—Se trata del caso que estoy investigando. Una joven ha sido lapidada en

Jerusalén. Me siento muy mal... Nunca imaginé que tuviera que enfrentarme a un crimen de esta naturaleza. No puedo dejar de pensar en la imagen de...

Un nudo en la garganta le impidió seguir hablando.

—Es horrible. Pobre criatura. Se acerca la Navidad, hija. Deberías pedir un permiso y tomarte unos días de vacaciones —se pronunció su madre.

—En estas circunstancias eso es imposible. Además, le he prometido a la joven que encontraré a los culpables.

La inspectora cayó al instante en que acababa de reconocer haber hablado con el fantasma de la muchacha lapidada en Beit Orot, lo que era una prueba más de cuánto le estaba afectando aquel caso.

Su madre se tomó unos segundos antes de decir:

—Hija, sabes que puedes volver cuando quieras. Nunca me gustó la idea de que te marcharas dejándome aquí sola. Claro que aún me gusta menos la idea de que vivas sola en un país como Israel. No sé exactamente lo que ocurre allí, pero te puedo asegurar que las noticias que llegan a España procedentes de Israel son todas malas o presagian cosas horribles. Vivo instalada en el temor de que cualquier día de estos pueda pasarte algo aún peor de lo que ya te ocurrió. Te dispararon..., pudiste haber... Sarah, hija mía, ¿por qué no vuelves y buscas un trabajo aquí? Sé que las cosas están difíciles en España, pero no están mejor en Israel, al menos en lo que concierne a la seguridad. Siempre he pensado que te fuiste allí precipitadamente, sin conocer de primera mano la realidad del país...

El tiempo de los reproches y de las rencillas familiares no caducaba; era como disponer de un comodín en la siempre difícil partida de las relaciones humanas, pensó la inspectora. Siempre que mostraba signos de vulnerabilidad, como era el caso, su madre aprovechaba para recordarle que tenía la posibilidad de cambiar de vida, de país, de regresar a España junto a ella. Sin embargo, su situación no era de desamparo; no había llamado a su madre para que se apiadara de ella; ni siquiera lo había hecho buscando su solidaridad, sino para desahogar su malestar, la rabia que se había apoderado de su interior hasta alterarle el carácter. En realidad, su desazón iba aún más allá de cualquier cuita personal; se nutría de una sensación de inseguridad que nunca antes había experimentado y que le resultaba harto difícil expresar a través del teléfono. Era como si aquella lapidación hubiera modificado las reglas de juego y puesto de manifiesto que la situación de la mujer en Israel (y por ende en la mayoría de países del mundo) no había mejorado un ápice, no había experimentado un cambio sustancial. El problema era que la distancia amortiguaba esos sentimientos, los dulcificaba con ese halo de nostalgia que arrastran las conversaciones telefónicas de larga distancia. Para colmo, siendo una niña había visto a su padre levantarle la mano a su madre; una mancha que la prematura muerte de su progenitor y la obstinación de su viuda por restarle importancia al asunto había dejado sin limpiar.

Sea como fuere, le hubiera gustado decirle a su madre que el sueño de la Tierra Prometida se había roto, o cuando menos se había resquebrajado, no por

acontecimientos como la lapidación de la joven de Beit Orot, que también, sino mucho antes, gracias en parte a su propio comportamiento cuando fue destinada a la policía de fronteras, del que tan avergonzada se sentía. La ilusión que la había traído a Israel se había convertido al cabo en otra cosa, en una realidad de una crudeza insoportable. Israel no era la epifanía de la que le había oído hablar a su padre cuando era pequeña. Sí: la Tierra Prometida, el lugar que había elegido para redimirse, no era más que un pedazo de tierra donde unos y otros luchaban por la supervivencia, al tiempo que aguardaban con los brazos abiertos el advenimiento del Mesías, la llegada del final de los tiempos, la resurrección de los muertos y cosas de ese jaez. Paradójicamente, nadie en Israel se preocupaba de la vida terrenal, de la vida cotidiana, de hacer más fluida y justa la convivencia.

—Yo también te he dicho cien veces que puedes venirte a vivir conmigo cuando quieras —le dijo a su madre.

—Sabes perfectamente que eso no es posible. No soy judía, hija. No hablo hebreo. A mi edad las personas ya no están preparadas para cambiar de costumbres.

Ahora la voz de su madre sonó seca, con una pizca de resentimiento.

—No es necesario hablar hebreo para vivir en Jerusalén. Aquí viven muchos judíos sefardíes que hablan ladino, y también existe una numerosa colonia de judíos argentinos y de otros países de Sudamérica. Hay emisoras de radio que emiten programas en castellano. Tienes además los lugares santos...

—No olvides que estuve en Jerusalén cuando te dispararon, y que todo me resultó de lo más extraño, empezando por las costumbres. Por no mencionar que no tendría amigos. No conozco a nadie. Según me cuentas, te pasas el día trabajando. Voy a cumplir setenta años, hija, creo que es demasiado tarde para empezar una nueva vida.

Su madre tenía razón, su ofrecimiento no dejaba de ser retórico. Era imposible que a esas alturas de su vida pudiera adaptarse a una ciudad como Jerusalén. A ella misma le había costado un gran esfuerzo. Asimilar que aquella ciudad de mediano tamaño, enclavada entre los áridos peñascos de Judea y el desierto, lejos de las principales rutas comerciales, fuera el centro espiritual del mundo no resultaba fácil. El problema no radicaba en la pétreo fealdad de la urbe, en su deslavazado e irregular urbanismo, en su clima extremo, gélido en invierno y abrasador en verano, en su aire provinciano o en el carácter seco y desabrido de sus moradores, sino en el hecho de que Jerusalén, como había señalado el periodista y escritor Amos Elon, era una ciudad de espejos: sus habitantes vivían rodeados de espejos que solo reflejaban su propia visión del mundo, excluyendo todas las demás, por las que sentían una aversión visceral puesto que las consideraban una amenaza. En ese sentido, Jerusalén era una ciudad de compartimentos estancos, amalgamada, sectaria, donde la integración no tenía cabida. Todo el mundo recelaba del prójimo, de aquel que pertenecía a otra secta o confesión religiosa; todos los jerosolimitanos vivían vueltos exclusivamente hacia lo más recóndito de sí mismos, tal que guardianes altivos de la tradición, y solo admitían relacionarse con sus corifeos. Jerusalén carecía, por tanto,

de un proyecto unitario, de una idea común. Las diferentes comunidades que poblaban la ciudad vivían según sus costumbres, como si de tribus hostiles se tratara, sin inmiscuirse, sin rozarse las unas con las otras. «El aire sobre Jerusalén está saturado de oraciones y de sueños / como el aire sobre las ciudades industriales. / Es difícil de respirar», decían unos versos. Era cierto, la atmósfera que se respiraba en la ciudad era pesada y opresiva; demasiado solemne, demasiado proclive a los raptos místicos, a la superchería, a la intolerancia. «Jerusalén es un cáliz lleno de escorpiones», había advertido un viajero extranjero. Definición que, en su opinión, se ajustaba a la realidad. En la mayoría de los casos, los ortodoxos religiosos eran los más peligrosos e intransigentes, pues no veían más allá de su propio canon.

Sí, en efecto, era demasiado tarde para que su madre diera un paso adelante (lo que en su caso hubiera equivalido a dar un salto en el vacío); pero también lo era para que ella diera un paso atrás. Había decidido vivir en Israel con todas sus consecuencias, y no era una persona que se rindiera fácilmente, pese a los numerosos obstáculos que había tenido que sortear y los que pudieran presentársele en el futuro. No en vano seguía siendo una mujer sola viviendo en Oriente Próximo, en medio de dos comunidades, la judía y la árabe, y de otras minorías religiosas, con costumbres ancladas en el pasado, con todo lo que eso implicaba. Por no mencionar que su laicismo no ayudaba. Quienes en Jerusalén creían en un Dios erigían en torno a su figura una realidad que les servía para fortalecer aún más su fe sobre la certidumbre de la «piedra», de la Historia, con independencia de que esta se correspondiera o no con los hechos; en cambio, quienes no basaban su existencia en el consuelo divino, quienes no tenían la necesidad de inventar nada o de apropiarse de tal o cual lugar para convertirlo en solar de su fe (y por tanto en asidero de su esperanza), quedaban huérfanos, al albur de ese mar proceloso que conformaban los peregrinos y creyentes de los distintos credos que habían convertido Jerusalén en una ciudad tres veces santa. Un historiador árabe lo había expresado a la perfección cuando dijo que «si en Jerusalén eliminabas la ficción, no quedaba nada». En cierta forma, su visión de la ciudad se aproximaba cada vez más a la idea de estar viviendo en un lugar que era, por encima de cualquier otra consideración, una gran mentira, un inmenso decorado que había cambiado de manos setenta veces a lo largo de los últimos cuatro o cinco mil años y se había transformado y adecuado a las necesidades de cada uno de sus dueños. De modo que desde hacía ya algunos años, conforme la experiencia la había ido curtiendo, los lazos que acabaron por unirla a aquella tierra eran de índole más personal, y no tanto el mero vínculo con la etnia que la había traído hasta aquí en un primer momento. Por ejemplo, el hecho de haberse transformado como persona y haber llevado a cabo actos que no reconocía como propios de ella, de su forma de ser. Era como si Israel la hubiera desprovisto de su voluntad y provocado una escisión de sí misma, con el agravante de que ella no podía esgrimir en su defensa el argumento de la religión. No, no podía abandonar Israel hasta que no volviera a ser la de antes, hasta que no recuperara su humanidad o, cuando menos, hasta que no comprendiera

su comportamiento inhumano, hasta que no se reencontrase consigo misma. Claro que ni siquiera estaba segura de que a esas alturas eso fuera posible.

—Te echo de menos, mamá —reconoció.

—Y yo a ti, hija.

—Tengo que colgar. Te llamaré en otro momento, ¿de acuerdo?

—Cuídate mucho, hija mía. Te quiero.

—Yo también te quiero.

A las nueve en punto tomó asiento en la barra del Oriental Bar del hotel King David y pidió un Lagavulin dieciséis años. Sabía que los expertos no consideraban que este fuera el mejor malta de Islay, pero a ella le gustaba su sabor complejo a mar, turba y humo, y su final en boca largo, seco y caliente.

Como muchas de las costumbres que había adquirido, su gusto por el whisky tenía que ver con su padre, un gran bebedor de Scotch. Uno de los recuerdos que había permanecido indeleble en su memoria era el de su progenitor sentado en un viejo sillón de cuero color tabaco con un vaso de whiksy en la mano; un líquido de aroma intenso y desagradable de dorada tonalidad que se volvía de color ámbar cuando la luz incidía sobre él. Siempre le había fascinado la forma que tenía su padre de tomar aquella bebida, a base de tragos muy cortos y espaciados; entre sorbo y sorbo, hacía oscilar el vaso, en cuyo interior tintineaban los cubitos de hielo tal que cascabeles, mientras el cristal exterior de facetas se perlaba, exudaba como un ser humano después de un gran esfuerzo. El hecho de que su padre le dijera que no podría beber aquella bebida hasta que no fuera adulta, unido a sus ganas de serlo, aumentaron su interés por probarla. Un día en que su padre se dirigió al baño después de haberse servido el acostumbrado whisky con hielo, ella aprovechó para robarle un sorbo. Tenía nueve años y aquel brebaje le supo a rayos, como si se estuviera tragando un trozo de papel recién salido del congelador. Pero ya en aquella época era una niña perseverante, así que se propuso seguir probando aquella bebida hasta que su paladar consiguiera «domarla» (la expresión se la había oído a su padre en una conversación con su madre). Con el tiempo, aquella imagen de su padre como Santo Bebedor que se repetía a diario acabó transformándose en la representación del «descanso del guerrero». El whisky se convirtió entonces en la pócima que permitía reencontrarse con uno mismo y olvidarse de las vicisitudes padecidas durante el día; una necesidad acuciante para ella desde hacía algunos años. Claro que, como había experimentado en carne propia en más de una ocasión, su abuso transformaba a las personas, las arrojaba al abismo de la autocompasión o de la violencia. Entonces la puerta que pretendía ser de escape se convertía en un muro infranqueable. Comprobar, pues, que el efecto catártico del destilado era tan efímero como un sueño nocturno le hizo comprender que el verdadero valor del whisky era el de complemento, y nunca el de remedio. No obstante, con el tiempo había hecho otro

valioso descubrimiento que tenía que ver con la costumbre de beber: el carácter desinhibidor del alcohol, del que se aprovechaba a la hora de relacionarse con el sexo masculino.

Tras el primer trago, renunció a la idea que la había llevado hasta allí: encontrar un hombre con el que mantener una relación sexual esporádica. No estaba de humor. Lo cierto era que en aquel instante odiaba a todos los hombres, y eso incluía a quienes bebían a su alrededor. En su opinión, también ellos eran responsables de la muerte por lapidación de la joven de Beit Orot por su mera condición de varones. Los hombres eran demasiado complacientes con sus iguales; siempre encontraban la oportunidad para mirar a otro lado, y en caso de no hacerlo tenían la excusa perfecta: hormonas, testosterona, ellas eran las culpables de todo. Sí, de buena gana se habría levantado y gritado a aquellos cabrones que la indiferencia no los eximía de ser cómplices de los maltratadores y criminales que a diario y en todos los rincones del planeta agredían o asesinaban a decenas de mujeres. En su opinión, los hombres eran demasiado permisivos, existía entre ellos un corporativismo implícito, nunca reconocido, por lo que podía colegirse que eran tan culpables de los delitos cometidos por sus semejantes como lo había sido el pueblo alemán con respecto al exterminio sistemático de judíos por parte de los nazis.

En aquellas circunstancias, con el regusto de la impotencia y la indignación mezclándose con el Lagavulin, en el supuesto de que se quedase con un hombre a solas existía una alta probabilidad de que, en un arrebato de furia, le diera por amputarle el miembro viril como venganza, en nombre de todas las mujeres que eran maltratadas o asesinadas por el simple hecho de serlo. Pero había algo más que le impedía ponerse en evidencia. Los medios de comunicación aún no conocían la noticia de la lapidación de la joven de Beit Orot, gracias a que el comisario Goldiak había decidido no difundirla hasta que no estuvieran seguros de la identidad de la muchacha, por lo que estaba obligada a guardar silencio. Si se dejaba llevar por la rabia del momento podía poner en peligro la investigación, y de ocurrir eso la primera damnificada sería la propia víctima.

Dejó que la aterciopelada voz de Caetano Veloso la envolviera y calmara. Luego apuró el whisky, depositó el importe exacto de la consumición sobre la barra y abandonó el local sin siquiera despedirse de los camareros.

Ya en la calle, la garita que servía para controlar el acceso al hotel King David le recordó al puesto de fronteras en el área de Hebrón. De inmediato volvió a invadir su cabeza la letra de aquella estúpida cancioncilla que, como un mantra que se repitiera ad infinitum, había terminado por desquiciarla. «Un hummus, una habichuela, amo a la guardia de fronteras».

Después del incidente con el pequeño Mohamed, el sargento Yehuda los obligó a cambiar de táctica: se convirtieron en «cazadores de niños». Salían a hacer batidas

por las noches, siguiendo la costumbre; entraban de improviso en una vivienda y despertaban a todos sus moradores, pero en vez de llevarse detenidos solo a los hombres, arrestaban también a los niños, a los que esposaban y amordazaban. Una vez en el centro de interrogatorios, el propio sargento y la soldado Dana, con quien este había trabado una estrecha camaradería, empleaban agujas y queso fundido para torturar a los pequeños. Aunque ahora la finalidad no era destrozarles las extremidades para que no pudieran volver a lanzar piedras, sino ganarlos para la causa obligándolos a convertirse en delatores de su propia gente. Tres, cuatro o cinco pinchazos de aguja, un par de bofetadas bien dadas y verter un poco de queso recién fundido en la palma de la mano solía ser suficiente estímulo para quebrar la voluntad de los detenidos, cuyas edades oscilaban entre los diez y los catorce años. En caso de que este despliegue de castigos no bastara, se amenazaba a los muchachos con abusar de ellos sexualmente o con someterlos a electrochoques en los párpados o en los genitales en el supuesto de que se negaran a colaborar. Otra opción era amenazarlos con llevar a cabo represalias entre los miembros de sus familias. Los muchachos irreductibles eran enviados al departamento número 2 del Juzgado Militar, el departamento Infantil del Campamento Offer, un bastión de cemento armado sito en mitad de la carretera 443 que une Tel Aviv y Jerusalén, en régimen de «detención administrativa»; una figura legal sinuosa e imprecisa que permitía retener a los arrestados por un tiempo indefinido sin ninguna clase de derecho. Lo que allí les esperaba era un futuro aún más incierto.

Aquella madrugada, después de un fructífero interrogatorio, le correspondió a ella hacerse cargo de uno de los muchachos que, tras ser torturado, había aceptado convertirse en delator. Un Mohamed al que el sargento Yehuda y la soldado Dana habían pinchado el cuerpo con una aguja y obligado a introducir las manos en una marmita de queso fundido, por lo que había perdido el conocimiento y se había defecado encima. Tuvo que arrastrar al pequeño hasta la calle, donde aguardaba su padre en otra fila de detenidos, a la espera de ser también interrogado. Cuando al recuperar la conciencia el muchacho vio que su padre se encontraba cerca de él, le preguntó, aturdido pero con voz preocupada: «Papá, ¿cuándo nos matarán?» Sintió que el estómago se le encogía, pues ella misma había empezado a formularse la misma pregunta cada vez que, como miembro de los «cazadores de niños», llevaba a cabo nuevas detenciones. En cualquier momento podía saltar la chispa. Como casi siempre, el sargento Yehuda se encargó de disipar cualquier duda al respecto. Después de interrogar al padre (al que amenazó con inyectarle una dosis de sangre de cerdo), y de dejar que ambos reemprendieran el camino de regreso a casa renqueantes por los golpes recibidos, abatió a la pareja con dos certeros disparos de fusil. «El padre de Mohamed nos odiaba demasiado para que este pudiera haber sido un buen informante. Nos habría mentido y traicionado a la menor ocasión. Así aprenderán los demás», se justificó delante del resto de compañeros del *checkpoint*.

Esta vez el timbre del móvil fue reptando a través de su oído hasta golpearle el cerebro como un mazo.

—¿Diga?

—Lamento tener que llamarla de nuevo de madrugada, inspectora, pero tenemos otro cadáver —dijo Heller.

De manera mecánica, con aquellas imágenes aún frescas en la mente, hizo un somero reconocimiento de su propio dormitorio que le ayudó a verificar que, en efecto, se trataba de una nueva pesadilla, del vívido recuerdo de un episodio pasado.

—¿En el mismo lugar? —preguntó.

—No. Esta vez es en Sheihk Jarrah. Han abandonado un cuerpo sin vida en la puerta del hospital St. John. Se trata de un varón.

—¿No es ese el hospital oftalmológico de la calle Nashashibi?

—Así es.

Miró la hora. Eran las cuatro y media de la madrugada. Recordó que tenía el coche en el taller mecánico.

—Tardo diez minutos en ducharme. Venga a recogerme.

Si carecía de sentido lapidar a una joven y abandonar su cadáver en el descampado de un futuro asentamiento de colonos judíos, aún resultaba más extraño hacerlo a la puerta de un hospital oftalmológico cuya clientela estaba compuesta mayoritariamente por niños y adolescentes palestinos procedentes de Gaza y de Judea Samaria con serios problemas oculares. Pese a que era un lugar que no solía frecuentar a menudo, recordaba el amplio y hermoso jardín del hospital, sembrado de naranjos, limoneros y olivos, con una pista de tenis al fondo, que rodeaba el edificio principal, una construcción de ladrillo amarillo con más de cincuenta años a sus espaldas. Últimamente la institución había cobrado cierto protagonismo en los medios de comunicación gracias a una iniciativa que había sido bautizada con el nombre de «Vision 2020. The Right to Sight», que, en colaboración con otras clínicas y hospitales oftalmológicos, perseguía erradicar la ceguera motivada por falta de atención médica antes del año 2020. Una causa altruista que implicaba trabajar en las zonas más conflictivas de la región y procurarles asistencia médica a los más desfavorecidos.

A los mandos de su coche, el tamaño de Lautaro Heller se agigantaba. Su pecho se proyectaba hacia delante, la espalda se inclinaba hacia atrás, comprimiendo el respaldo, flexionaba los brazos con cierta dificultad, con sus enormes manos

cubiertas parcialmente por sendos mitones, mientras que el resto del cuerpo tenía que encogerse para poder manejar los pedales, la palanca del cambio y el volante con forzada soltura. La inspectora no entendía de automóviles, pero a todas luces aquel modelo Renault no encajaba por dimensión con su subordinado. Por lo demás, el interior olía a rancio, como si la imposibilidad de moverse dentro de aquel habitáculo impidiera a Heller volver la cabeza y mirar hacia atrás, donde se acumulaban toda clase de desperdicios, desde bolsas de aperitivos a periódicos, novelitas de bolsillo y revistas que el sol había empezado a decolorar. Como él mismo decía: «Lo único bueno que he aprendido del oficio de policía es a ser paciente». Y ciertamente, lo era. También era muy observador, un hombre intelectualmente activo, con un sentido del humor cáustico y corrosivo. No en vano siempre defendía que el sentido del humor era pariente cercano de la lucidez, tanto como el ser humano lo era del mono. Claro que a veces el suyo era un humor cargado de desilusión.

—¿Por qué nadie tiene piedad para con el prójimo en esta tres veces santa ciudad? ¿Por qué las cosas tienen que ser tan complicadas? —preguntó la inspectora a modo de saludo.

Heller le dedicó una mirada de conmiseración antes de responderle con otra pregunta.

—¿Tal vez porque la vida es complicada en sí misma? Claro que a las cuatro y media de la madrugada lo parece aún más —reflexionó.

—Imagino que al menos, en esta ocasión, el informante no habrá sido anónimo.

—No, llamó alguien del hospital —aclaró Heller.

—¿Y bien?

—Un celador que entraba de guardia se ha encontrado un cuerpo a pocos metros del ingreso principal. Presentaba numerosas heridas de arma blanca en el vientre y en el tórax. Les he pedido que no movieran el cadáver de lugar, pero, al parecer, existe entre los médicos un impulso natural que tiene su origen en alguna clase de principio deontológico que los obliga a intentar salvar la vida de sus pacientes, incluso la de aquellos que ya la han perdido. Quiero decir que han trasladado el cadáver para someterlo a reanimación. Una patrulla de la policía de fronteras se ha dirigido al lugar con el fin de preservar el área, pero lo normal es que después de la intervención médica esté contaminada.

Heller activó el contacto y el coche escupió una bocanada de humo por el escape, emitió un repetido estruendo y volvió a callarse.

—Vamos, viejo, arranca —le dijo el policía al vehículo.

—¿Le ha puesto gasolina?

—Nafta sí tiene, inspectora. Es cosa de este carajo de frío. Si fuera más platudo cambiaría de auto esta misma mañana, pero la plata que gana un policía da para lo que da.

—¿Alguna buena noticia?

—Sí, el difunto portaba una cédula de identificación azul.

Eso significaba que se trataba de un árabe con permiso de residencia en Jerusalén Este.

—Al menos tendremos por dónde empezar.

—Esta mañana me recuerda usted a Pollyanna, la eterna optimista —ironizó Heller—. ¿Acaso durmió mal?

—A pata suelta, como le gusta decir a usted —respondió la inspectora.

Un segundo intento de poner en marcha el motor obtuvo el mismo resultado.

—Tal vez tengamos que ir a pata, ya que lo menciona.

—Muy gracioso, Lautaro. Déjese de juegos de palabras y haga lo que tenga que hacer para que su viejo coche arranque de una vez.

—Lo primero es lo primero, y lo primero es el respeto por los mayores. Sea indulgente con mi auto, inspectora. ¿Acaso prefiere manejar usted?

—No, gracias, pero a este paso los forenses de Tel Aviv llegarán antes que nosotros.

El tercer intento resultó también fallido.

—A la cuarta va la vencida, inspectora.

Y tras girar de nuevo la llave de contacto, Heller comenzó a cantar:

—«Que el mundo fue y será una porquería, ya lo sé. / En el quinientos seis y en el dos mil, también. / Que siempre ha habido chorros, maquiavelos y estafaos, / contentos y amargaos, / barones y dublés. / Pero que el siglo veinte es un despliegue de maldad insolente, / ya no hay quien lo niegue. / Vivimos revolcaos en un merengue y en el mismo lodo todos manoseaos... / Hoy resulta que es lo mismo ser derecho que traidor, ignorante, sabio o chorro, generoso o estafador... / ¡Todo es igual! / ¡Nada es mejor! / Lo mismo un burro que un gran profesor... / No hay aplazaos ni escalafón, / los ignorantes nos han igualao...»

—¡Lautaro! ¿Se puede saber a qué viene su canturreo? —exclamó la inspectora.

—Le canto un tanguito al viejo. Siempre funciona. Le gusta especialmente *Cambalache*... Trato de imitar lo que puedo la voz de Gardel que, como usted bien sabe, era francés, como este auto.

—¡Lautaro, por Dios, que es solo un coche! —exclamó la inspectora.

—¿Nunca le ha hablado a un ser inanimado, inspectora? En mi opinión, los seres inanimados, pese al mutismo al que están obligados por la naturaleza, perciben las intenciones que viajan en las ondas sonoras que chocan contra ellos. Son como esos pacientes que en apariencia están en coma, en estado vegetativo, pero que al cabo de los meses o de los años, cuando de pronto despiertan, revelan que han estado escuchando todo lo que se decía a su alrededor. Es decir, en mi opinión mi auto es perfectamente sensible a mis intenciones y también a mis canciones.

«¿Quién puede tener ganas de rebatir tan peregrina teoría a las cuatro de la madrugada?», se preguntó la inspectora.

—No. Bueno, sí, alguna vez he hablado con un ser inanimado, pero vivo; nunca a un trozo de chatarra —acabó reconociendo la inspectora—. Pasé un tiempo

hablándoles a mis plantas como si fueran mi pareja, pero eso ocurrió justo después de dejarle a él. Por aquel entonces me encontraba alterada desde el punto de vista emocional. Necesitaba desahogarme.

—Ya que lo menciona, en mi opinión existen parejas más inanimadas que sus plantas o que mi auto. «El amor. Claro, el amor. Un año de ardor y llamas, y treinta de cenizas». Es una cita que leí antes siquiera de tener oportunidad de enamorarme y que grabé en mi disco duro, así que llegado el momento evité hacer todo el camino: el de ida y el de vuelta, el del amor y el del desamor. Cuando quiero ardor, lo busco, por supuesto, pero no deajo que la llama me quemé; y si no hay llama, nada se consume; y sin nada que se consuma, no hay rescoldos o cenizas. Sí, el mundo está lleno de cadáveres vivientes. No solo hay zombis en Haití; también abundan aquí, entre nosotros, en el corazón de Jerusalén, de Israel: son los zombis de la Piedra —intervino de nuevo Heller, al tiempo que accionaba de nuevo el contacto. El coche arrancó por fin—. ¿Lo ve? No hay mejor terapia que hablarle o cantarle. El cariño es un motor más efectivo que cualquier ingenio de combustión —concluyó.

La mortecina luz de las farolas les acompañó durante todo el trayecto. Jerusalén Este, aletargada a aquella temprana hora, esperaba acechante para rugir de nuevo en cuanto el sol comenzara a despuntar. Era como si la noche hubiera despojado a la ciudad de su alma, de su esencia fragante, abigarrada y atropellada. La única actividad se encontraba en los puestos de la policía, desplegados en torno a las zonas donde estaban enclavados los asentamientos de colonos, cuyas viviendas eran fácilmente reconocibles por los aparatosos enrejados y por estar coronadas, en muchos casos, por banderas de Israel. En las mismas zonas, miembros de la Guardia Civil patrullaban fuertemente armados. A pocos metros, también para marcar de alguna forma el territorio, abundaban las imágenes de líderes y mártires palestinos pintados en las paredes de los edificios; de manera particular la efigie de Marwan Barghouti —uno de los instigadores principales de las dos Intifadas, condenado a varias cadenas perpetuas por haber tomado parte en el asesinato de civiles y soldados israelíes— se repetía por doquier. Los dibujos reproducían una famosa fotografía de Barghouti siendo conducido al tribunal que lo juzgó, en la que aparecía levantando los brazos esposados por encima de la cabeza, como si se tratase de un púgil victorioso. En otras paredes, simplemente, aparecía escrita una palabra árabe: *Sumud*, una expresión vinculada a la capacidad de resistencia de los palestinos que significaba «aquí me quedo».

—Para ser un pueblo que no ha existido jamás, los palestinos ponen verdadero empeño en crear símbolos que reafirmen su identidad nacional —se descolgó Heller.

—Habla como un ultraortodoxo de la derecha radical, Lautaro —le reprochó la inspectora.

—Tiene su explicación. Ayer por la tarde tuve que interrogar al «hombre

piadoso» que disparó contra varios palestinos en Silwan. Afortunadamente tenía mala puntería y solo hubo heridos leves. Lo primero que el tipo hizo fue asegurarme que el pueblo palestino no ha existido jamás, que su bandera tiene poco más de cincuenta años y que nunca tuvieron capital alguna. Incluso me soltó una invectiva con la que trató de demostrarme que el término «Palestina» ni siquiera se menciona en las Sagradas Escrituras.

—Sí, he oído decenas de veces ese argumento —apuntó la inspectora.

—Luego me recordó que hace cincuenta años los árabes que ahora se hacen llamar palestinos llamaban despectivamente palestinos a los judíos, a modo de insulto. En resumen, el tipo no admitía haber disparado contra palestino alguno, puesto que, como no paraba de repetir, estos no existían. Entonces quise darle la vuelta a su razonamiento y le pregunté que si no existían los palestinos, ¿quiénes eran entonces los que cometían los atentados suicidas o lanzaban cohetes Qassam contra civiles israelíes? «Terroristas árabes a los que la prensa, incluida la israelí, ceba con argumentos falaces para que ataquen a nuestro pueblo», me respondió. Al final, acabó admitiendo haber disparado en defensa propia contra unos jordanos. ¿Quién puede soportar un interrogatorio como ese? Por momentos creí ser yo el sospechoso.

—Se trata de una opinión muy extendida —intervino la inspectora—. En Israel hay muchas personas que consideran que los palestinos no son tales, sino jordanos, y que la solución a todos los problemas pasa por su regreso a Jordania.

—Lo sé. Desgraciadamente, son demasiadas las opiniones «muy» extendidas en ambos bandos que se basan en el odio y en los prejuicios étnicos que este genera. Al final, el lenguaje se ha convertido en el arma que dispara el conflicto. La peor arma de todas, puesto que su munición es el odio, y este causa heridas más profundas que las balas. Una bala se extrae del organismo y, tras un período de convalecencia, el afectado recibe el alta; el odio, en cambio, es una enfermedad que se manifiesta en el corazón del paciente y tiene su metástasis en el alma. No hay instrumental médico capaz de curar el odio, ya lo creo que no. Es como si los conductores de una carretera de doble sentido se pusieran de acuerdo para conducir con los ojos cerrados. Una vez se produce la inevitable colisión, el uno le echa la culpa al otro, y viceversa, y ninguno da su brazo a torcer. Como dice el Talmud, los hombres no vemos las cosas tal como son, sino tal como somos. Si de mí dependiera, acabaría con el problema árabe-israelí implantando tres medidas de obligado cumplimiento: prohibiría todo culto o manifestación religiosa, pues el consuelo que Dios procura a quienes creen en él no compensa el sufrimiento que causan quienes lo idolatran; vetaría las barbas, tirabuzones, velos y demás aditamentos que sirvan para significar o reafirmar creencia religiosa alguna; y, por último, despojaría a judíos y a palestinos de sus ropas.

—¿Qué ganaría desnudando a la gente, Lautaro? —se interesó la inspectora.

—Mucho, inspectora, se ganaría mucho, porque la desnudez es el estado que más iguala a los hombres y, en consecuencia, el que mayor inseguridad provoca en el ser

humano. La ropa tiene una clara significación, nos identifica con determinado grupo, nos insufla seguridad en nosotros mismos. La vestimenta dice de nosotros lo que queremos ser, lo que pretendemos ser, pero solo eso, no lo que verdaderamente somos, puesto que la unicidad del individuo se encuentra en el interior. La ropa, en definitiva, añade confusión (e ilusión) a nuestra existencia. Sin embargo, la misión de la ropa era inicialmente la de protegernos contra el frío, ya que en nuestro proceso evolutivo perdimos nuestro pelaje de simios. Un cuerpo desnudo, además, resulta tan natural como cómico, porque la naturaleza tiene mucho de risible. Lo mismo que la condición humana, que por sofisticada y compleja que pueda resultar o parecer, no es más que una evolución de lo natural hacia lo antinatural; de la misma manera que el agua ocupa el sesenta por ciento del organismo, nuestro comportamiento en una impostura al cien por cien. No estamos educados para ser naturales, puesto que el modelo que siguen quienes nos educan no es natural, sino que está basado en complejos códigos preestablecidos de antemano. Por no mencionar que lo primero que despoja la desnudez son los prejuicios. De modo que solo sin Dios y sin ropas tras las que esconder nuestra intolerancia y nuestra respectiva falta de argumentos racionales, judíos y palestinos tendríamos alguna posibilidad de entendernos.

—¿Y si ni por esas lográramos ponernos de acuerdo? —se interesó la inspectora, consciente de haber escuchado a lo largo de los últimos años un sinfín de propuestas de paz para el conflicto árabe-israelí tan estrambóticas como la que acababa de sugerir su subordinado.

—Al menos el resto del mundo, antes de hablar de Israel y de Palestina, antepondría la desnudez integral de sus moradores a otras cuestiones mucho más dolorosas para ambos pueblos —respondió Heller.

Pese a que en la mayoría de los casos las opiniones de Heller eran pintorescas por su singularidad y radicalidad, incluso absurdas en algunos casos, conseguía lo que perseguía: crear con una hipérbole un retrato fidedigno de la realidad. El humor como vehículo de la lucidez, como defendía; el humor como instrumento del desencanto.

—A tenor del frío que suele hacer en Jerusalén en invierno, el problema no se solucionaría gracias a la ausencia de ropa, sino por culpa de la extinción de la población que moriría de hipotermia —continuó la broma la inspectora.

—Puestos a morir, prefiero morir de hipotermia antes que hacerlo desmembrado por el efecto de una bomba colocada en un autobús o en un centro comercial. En cualquier caso, en tres o cuatro generaciones solo sobrevivirían los más fuertes, a los que indefectiblemente la naturaleza volvería a cubrir de abundante y grueso vello y devolvería a la vida arborícola. Ese día, ni Yahvé ni Alá serían capaces de distinguir a un judío de un palestino. Todo volvería al estadio anterior a la aparición de la divinidad; es decir todo volvería a ser como era al principio de los tiempos.

—El hombre de las cavernas.

—Así es, pero dígame, ¿acaso nuestro comportamiento actual no es propio de cavernícolas? ¿Existe alguna diferencia entre asesinar a sangre fría, ya sea un

palestino o un judío quien lo haga, y hacerlo de un estacazo? ¿No es una muestra de la esquizofrenia de nuestra sociedad el pedir las cosas por favor, dar las gracias, y luego asesinar al prójimo colocándole una bomba en el autobús que toma para ir al trabajo o a comprar, o disparándole a bocajarro con un fusil de mirilla telescópica? — Y tras dejar aquella reflexión en el aire, Heller añadió—: ¿Lo ve? Mi Renault nunca falla. Una vez en marcha, se conduce solo. Incluso podría cerrar los ojos y él nos llevaría sanos y salvos. ¿Verdad, viejo?

—Por si las moscas, usted mantenga los ojos bien abiertos, Lautaro.

Un médico de aspecto elegante y un fornido celador aguardaban impacientes en la puerta principal del hospital St. John. Unos pasos atrás, tres enfermeras y otros dos celadores parecían también permanecer a la espera. Semejaban un comité de bienvenida soportando el plantón de un responsable político del departamento de Sanidad, pero a punto de ser vencidos por el relente.

—Yo soy el doctor Ehud Fainblum. Y este el celador Sadek. Él encontró el cuerpo. Justo allí, donde se encuentran sus hombres —dijo el elegante médico sin más preámbulos, al tiempo que extendía la mano derecha para que le fuera estrechada tanto por la inspectora como por el sargento.

El celador imitó el gesto, y una vez hubo comprimido las manos de los dos policías con un apretón excesivamente enérgico y brusco, procedió a presentarse y a explicarse:

—Soy Levi Sadek. Mi turno comenzaba hoy a las seis, pero un compañero tenía que viajar esta mañana temprano al aeropuerto de Ben Gurion para volar al extranjero, así que accedí a venir dos horas antes. Al atravesar el jardín, me encontré el cuerpo.

—¿Se cruzó con alguien en el camino? —Heller tomó la iniciativa.

—No, tengo el coche aparcado dentro del recinto del hospital. Nunca lo dejo en la calle, por lo que pueda pasar. Soy judío practicante, y en este barrio no somos precisamente queridos. No, no he visto a nadie —dijo mientras señalaba la kipá que cubría su coronilla.

Pese a que el celador era un hombre menos musculoso que el sargento, su cuerpo era igualmente sólido y rocoso. Sin embargo, había en su rostro grande y lechoso una expresión infantil, de niño travieso. Semejaba un querubín de una pintura renacentista metido en el cuerpo de un forzado.

—¿Había visto a la víctima con anterioridad? —intervino la inspectora.

—No. Como acabo de decirles, soy un hombre religioso, no un extremista, pero sí lo suficientemente ortodoxo como para no mantener mucho contacto con los árabes. Y cuando lo hago, por descontado, no suelo fijarme en sus caras.

—Sin embargo, trabaja en un sanatorio que atiende a muchachos árabes —incidió el sargento.

Los rasgos del celador se crisparon de manera súbita, como si el policía hubiera tocado un tema que le incomodaba; entrecerró los ojos, que se convirtieron en una fina línea, exhaló un profundo suspiro y soltó como quien recita un argumento aprendido y repetido mil veces:

—Usted lo ha dicho: se trata de mi trabajo. La situación laboral en Israel no está

para hacerle ascos a un trabajo como este. Pero fuera de este recinto, mi interés por el mundo árabe es nulo. En el libro *Qabbalah ad Pentateucum* (folio 97, 3), se dice: «Dios se muestra en la tierra en las semblanzas del judío: Judío, Judas, Judá, Jevah o Jehová son el mismo y el único ser. El hebreo es el Dios viviente, el Dios encarnado; es el hombre celeste, el Adán Kadmón. Los otros hombres son terrestres, de raza inferior. Solo existen para servir al hebreo; son pequeñas bestias». De modo que únicamente me relaciono con judíos.

—En cambio, esta noche le ha prestado auxilio a un árabe —intervino Heller de nuevo.

Ahora el celador le dedicó al sargento una mirada llena de ira.

—Obviamente, no sabía que se trataba de un árabe —expuso marcando cada palabra—. Vi a un hombre herido a pocos metros del hospital y le presté ayuda por una cuestión humanitaria. Eso es todo. Pero eso no cambia mi manera de pensar. Los árabes no pintan nada en esta tierra, salvo que acepten la supremacía de nuestra raza y, sobre ese principio, estén dispuestos a servirnos, sin más pretensión que esa.

Por un momento, el sargento tuvo la impresión de estar reviviendo la conversación de la tarde anterior con el «hombre piadoso» de Silwan, un discurso cargado de intolerancia y resentimiento que en nada ayudaba a aclarar las cosas. Pero esta vez no estaba dispuesto a pelear de nuevo contra una coraza sin fisuras, así que optó por dar un giro a la conversación.

—¿Dónde está el cadáver? —preguntó.

—Dentro, por supuesto. Hemos avisado al director, pero aún tardará en llegar. Vive en las afueras de la ciudad —intervino el doctor Fainblum en su papel de anfitrión, tratando de rebajar la tensión derrochando amabilidad y buenos modales.

Desnudo de cuerpo para arriba, el cadáver yacía sobre una camilla en una improvisada sala de reanimación. El rostro, aguzado y rígido, reflejaba un rictus de dolor, que parecía natural a tenor del elevado número de heridas punzantes que presentaba tanto el tórax como el abdomen. Este y el vientre estaban metidos hacia adentro y semejaban un odre vacío. Debajo de aquellos rasgos que habían surgido como compañeros de la muerte, se escondía un joven de entre treinta y treinta y cinco años, de cabello oscuro que comenzaba a ralearse y facciones regulares. Llamaba la atención la boca, que el difunto parecía haber cerrado con rabia justo antes de morir. La camisa de la víctima había sido desgarrada y arrojada al suelo, en tanto que el jersey y la chaqueta descansaban en una mesita auxiliar junto con un desfibrilador cubierto de guantes de látex usados. Había restos de sangre por todas partes.

—Ha recibido catorce puñaladas. Estaba ya muerto cuando lo trajo Sadek —indicó el doctor Fainblum.

—Al principio, pensé que se trataba de un mendigo durmiendo al raso, pero al acercarme... —intervino el celador—. Mi primera reacción al ver tanta sangre fue

cargar el cuerpo en brazos y traerlo al interior del sanatorio. Aunque de manera muy débil, creo que aún respiraba...

—Tal vez exhalara su último aliento en los brazos de Sadek —sugirió el doctor Fainblum.

El aludido agachó la cabeza en señal de compungimiento, como si semejante posibilidad le supusiera una gran carga.

—Que nadie más toque nada de lo que hay en esta habitación —ordenó la inspectora—. Tengo entendido que llevaba documentación.

—Un carné de «Jerusalén» y una llave. Están debajo de la ropa que hay en esa mesita —indicó el médico.

Heller se dirigió al lugar indicado, se enfundó uno de los guantes de látex que alguien del equipo sanitario había utilizado durante la reanimación después de comprobar que no contuvieran restos de sangre, levantó la ropa con cuidado y tomó tanto el documento de identidad como la llave, unida a un llavero de pasta con el número 12 grabado. Pese a las precauciones que acababa de tomar, lo normal era que las huellas del personal sanitario hubieran alterado otras de mayor interés para la investigación.

—Se llama Abdel Hadi Said. Reside en Derech Shchem, es decir, en Nablus Road —leyó en voz alta—. La llave lleva grabado un número, como las de los hoteles.

—Si tiene su residencia en la calle Nablus, ¿por qué lleva encima la llave de un hotel? ¿Dónde están las llaves de su domicilio? —preguntó la inspectora.

Heller volvió a examinar el carné del difunto, esta vez con más detenimiento.

—Tal vez la respuesta esté en el hecho de que portara una cédula de identificación falsa.

—¿Una cédula falsa? ¿Está seguro, Lautaro?

Heller analizó el documento al trasluz por tercera vez, como si se tratara de un billete falso.

—Completamente. Pasaremos primero por el domicilio del difunto y luego por el hotel Ambassador, que está en la misma calle Nablus. Tal vez la llave abra la puerta de una habitación de ese hotel.

—Quizá se trate de un palestino de los Territorios en Disputa que ha logrado hacerse con una cédula falsa de residencia en Jerusalén. Cabe que, al temer ser descubierto en el domicilio que figura en su cédula, contara con un escondrijo en cualquier hotel o pensión de Jerusalén Este. O al revés —elucubró la inspectora.

Siempre que se encontraba rodeada de gente, llamaba a los Territorios Ocupados «Territorios en Disputa», que era el término políticamente correcto. No en vano, el estatus final de los territorios en litigio, así como sus fronteras definitivas, estaba aún por definir en un acuerdo que deberían firmar ambas partes, según diversas resoluciones de la ONU y de la Hoja de Ruta. Claro que los israelíes más extremistas se referían a estos territorios como «Territorios Liberados». Una discusión semántica que era fiel reflejo de las diferencias que separaban a las partes.

Heller revisó la ropa antes de decir:

—El saco es de muy mala calidad, y está bien ajado. Yo diría que se trata de alguien que se dedicaba a galguitar.

—Hable en hebreo, Lautaro. No entiendo sus argentinismos.

—Un mendigo. Digo que la ropa del tipo parece la de un mendigo, y ni siquiera llevaba un abrigo con el frío que hace —aclaró el sargento recobrando el hebreo.

—Mírele las manos. No son las de un mendigo. Ni siquiera parecen las de una persona que se gane la vida trabajando con ellas. No están encallecidas —observó la inspectora.

—¿Algún líder político palestino de los Territorios en Disputa que haya venido a Jerusalén Este con algún propósito oculto? —sugirió Heller—. Aunque eso se me antoja improbable. Deberíamos avisar al Shabak.

—No nos precipitemos. Lo más probable es que se trate de un delincuente de poca monta al que hayan ajustado las cuentas. Quizá un contrabandista. Iremos a la calle Nablus, al domicilio que figura en la cédula de identificación, lo registraremos y luego ya veremos si es o no necesario avisar a los servicios de inteligencia. Pida refuerzos. Y que traigan un ariete para derribar puertas.

La inspectora Toledano y el sargento Heller no se atrevieron a allanar el edificio de la calle Nablus hasta que no contaran con una veintena de hombres de refuerzo. Acostumbrados como estaban a esa clase de operaciones, conocían el protocolo a la perfección. Sheikh Jarrah era una área especialmente sensible dentro de Jerusalén Este, de modo que el factor sorpresa y la rapidez resultaban fundamentales. Mientras aguardaban la llegada de efectivos, el sargento quiso averiguar a través de la radio si sobre el inmueble al que iban a entrar pendía alguna orden de demolición o presentaba alguna irregularidad urbanística, pero a las seis de la mañana las oficinas municipales aún estaban cerradas. A vuela pluma, se trataba de un viejo edificio de cuatro plantas, cuyas desconchadas y rugosas paredes de piedra habían sido decoradas por los grafiteros con varias pintadas, una de las cuales decía: «Jerusalén es más fuerte que el muro», en alusión al muro de seguridad que Israel estaba levantando por todos los Territorios Ocupados, incluida Jerusalén Este. Por el gran número de pequeñas ventanas que miraban hacia el exterior, daba la impresión de ser un inmueble de diminutos apartamentos. Al portar la víctima una cédula de identidad falsa, la vivienda que ocupaba tenía que ser de alquiler, puesto que los controles a los que eran sometidos los compradores árabes de inmuebles eran férreos. Lo más probable era que se tratara de un subarriendo, una componenda inmobiliaria común entre la población árabe de Jerusalén. Claro que cabía también que el edificio estuviese habitado por numerosos «internacionales». De ser así, lo mejor era evitar una escaramuza que luego tuviera repercusión en la prensa internacional.

Desde el coche, Heller volvió a examinar todo el frente del edificio, y en especial

la segunda planta, que era donde vivía el difunto según constaba en la cédula de identidad falsa. Como en varios balcones del primer piso había ropa tendida, pensó en la conveniencia de dejar a tres o cuatro hombres fuera, por si en el transcurso del registro alguien decidía descolgarse por el balcón haciendo uso de la ropa tendida.

—De nuevo tenemos que entrar en una madriguera, aunque en esta ocasión la rata está muerta —elucubró el sargento aludiendo a los peligros que corrían siempre que tenían que allanar una vivienda en Sheihk Jarrah.

Cuando el cielo comenzó a clarear, fue la inspectora la que descendió del vehículo para realizar un examen visual más exhaustivo del entorno. Después de todo, de los pequeños detalles dependía el éxito o el fracaso de cualquier operación. Al acercarse a uno de los flancos del inmueble con vuelta a un desierto callejón sin salida, leyó una pintada distinta de las demás que, escrita con primorosos caracteres, reproducía unos versos que había aprendido cuando se vio obligada a tomar clases de árabe: «El olivar era en otro tiempo verde / y el cielo / un bosque azul, amor mío, / ¿quién lo ha cambiado esta noche?» Acto seguido le vino a la memoria la última estrofa de aquel poema escrito por el poeta Mahmoud Darwish: «El olivar estaba siempre verde, amor mío, / cincuenta víctimas, al caer el sol / lo han convertido en un pantano rojo. / Cincuenta víctimas, amor mío, no me riñas. / Me mataron. / Me mataron. / Me mataron».

—Creo que deberíamos esperar con el motor en marcha —sugirió la inspectora cuando hubo regresado al interior del coche y la actividad en la calle comenzaba a hacerse más intensa.

—En mi opinión, levanta más sospechas tener el motor en marcha que parado —replicó el sargento al tiempo que apoyaba la nuca en el reposacabezas, lo que provocó que todo el asiento se convulsionara. Luego, para dar una mayor sensación de tranquilidad, extrajo un par de sándwiches de una bolsa de papel que había depositada en el asiento trasero—. ¿Gusta? Son de pepinillo.

—¿Y si nos vemos en un aprieto y tenemos que salir de aquí volando? Puede que su coche vuelva a dejarnos en la estacada —insistió la inspectora pasando por alto el ofrecimiento.

—El auto tiene achaques de viejo, pero ningún abuelo abandona a su nietecito. ¿Acaso no nos trajo hasta acá? Además, siempre me queda el recurso del tanguito. Ya ve que le gustó. ¿Y a vos, le funcionó?

—¿A qué se refiere, Lautaro?

—Lo de hablarles a sus plantas.

—¿Lo de hablarles a mis plantas? Supongo que sí; sí, funcionó, a su manera, claro está. Terminé dándome cuenta de que, en caso de seguir por ese camino, iba a volverme loca. Que es lo que le pasará a usted, Lautaro, si se empeña en seguir hablando con su coche.

—No hablo con mi coche, le hablo a mi coche. Son cosas completamente diferentes. ¿Qué hizo entonces, cuando dejó de hablarles a sus plantas?

—Aficionarme al whisky. De esa forma al menos me limitaba a hablar conmigo misma. Ahora soy toda una experta en whisky.

—¿De veras? ¡Qué bárbaro!

—Un día que tengamos libre nos vamos de cata. ¿Sabía que en Jerusalén hay un bar con la mejor carta de whiskys de Oriente Próximo?

—¿Yo catar el whisky? Soy un tipo de vaso de leche espolvoreada con un poco de canela; el alcohol me hace estornudar y perder la cabeza. ¿Y qué pasó con sus plantas cuando dejó de hablarles? ¿Se pusieron mustias? —se interesó el sargento.

—No dejé de hablarles del todo. Les expliqué la situación y han acabado bebiendo whisky conmigo.

—Lo que cuenta es extraordinario, inspectora. Seguro que hasta brindan.

—Como siempre, ya está usted fantaseando más de la cuenta, Lautaro. Cuando digo que mis plantas beben whisky me refiero a que, de vez en cuando, incorporo una o dos gotas de malta en el agua de riego. He comprobado que les activa la clorofila.

—¡Qué bárbaro, inspectora!

—A usted todo le parece bárbaro, Lautaro.

—Es porque me entusiasman las cosas que quedan fuera de lo convencional. Yo tengo mis libritos. Leo de todo, porque si los dietistas aseguran que la alimentación sana pasa por comer de todo, para que el espíritu de uno tenga un aspecto saludable se ha de leer variado. Lo que menos leo son periódicos. En mi opinión, la prensa avisa de las heridas que se producen en eso que llamamos el «cuerpo social»; el libro, en cambio, muestra la cicatriz de esa herida, las consecuencias, los resultados. Es más reflexivo y profundo. En los libros es donde se hace el diagnóstico de las enfermedades que una sociedad padece. Por eso deploro que cada religión tenga sus libros sagrados. Uno, dos, tres o diez. Me da igual el número. Para mí, todos los libros son sagrados, con independencia de lo que traten o de cómo estén escritos, porque todos son fruto de la singular evolución que ha experimentado nuestra especie. En mi opinión, los seres humanos somos dioses por cuanto que, en lo que respecta a nuestra evolución, hemos roto la barrera que separa lo natural de lo artificial y, en consecuencia, todos nuestros libros son sagrados. Si la gente religiosa partiera de este principio, de que todos los seres humanos estamos tocados por la divinidad en igual medida, entonces tal vez acá en Israel no tendríamos los problemas que tenemos con los palestinos en particular y con los árabes en general. ¿Y vos qué leés?

—¿Yo? Mi libro de cabecera es *Los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus*. Es una broma, naturalmente. Me gusta mucho la poesía.

—Bueno, la poesía es la sublimación de la literatura, la esencia, la materia primordial. ¡Gente desnuda y lectora, eso es lo que necesita esta tierra! —exclamó el sargento.

—Lautaro, si el comisario escuchara nuestras confesiones, nos mandaría de cabeza a un frenopático. ¡Ande, cómase ese sándwich!

No hubo Heller engullido el primero de los sándwiches cuando se vieron rodeados por media docena de jeeps de la policía de fronteras.

—Ya están acá los muchachos —indicó el sargento.

La toma de aquella pequeña fortaleza resultó una exhibición de energía y precisión, y duró apenas unos instantes. En menos de dos minutos habían derribado la puerta principal del edificio y la del apartamento de la víctima, al tiempo que tres hombres fuertemente armados vigilaban los pasillos en cada una de la plantas. Y cuando alguien, alertado por el estruendo de la madera al reventar y de la goma de las botas corriendo de aquí para allá, asomaba la cabeza por una puerta, se le conminaba a cerrarla de nuevo y a permanecer en el interior de su domicilio hasta que el registro hubiese finalizado.

Como siempre que allanaban una vivienda, el sargento entró por delante de la inspectora, con los hombros vencidos, como un felino agazapado preparado para la acción. En cuanto comprobó que el apartamento, de unos treinta y cinco metros cuadrados divididos en dos estancias y un diminuto aseo, estaba vacío, recobró la compostura. Desde la atalaya que le brindaba su altura, y tras escrutar con minuciosidad cada palmo de la casa, dijo:

—Más que un departamento parece un zulo. ¿Quién vive sin sillas y sin una mesa? Acá solo hay un camastro cubierto de ropa ¿Vos qué pensás?

—Que a la víctima no le gustaba doblar la ropa ni tampoco guardarla en el armario —ironizó la inspectora—. Al menos obtendremos huellas.

—El tipo no vivía acá —observó el sargento—. De eso no hay duda. Pero ¡si el muy boludo ni siquiera tenía heladera!

—Estoy de acuerdo, Lautaro, no parece que la víctima viviera aquí —corroboró la inspectora.

—Tiene toda la pinta de ser un piso franco, donde el tipo venía a asearse y ¿a cambiarse de ropa? —dijo ahora Heller señalando hacia el montón de ropa que se amontonaba sobre el colchón.

—Lo primero que tendremos que hacer es comprobar si toda esa ropa es de la talla de la víctima —apuntó la inspectora.

—Mire las prendas, es ropa propia de un menestero. ¿Qué mendigo se preocupa de cambiarse de saco? Es todo muy extraño.

—Salvo que el indigente no sea tal —se descolgó la inspectora.

Heller la miró con curiosidad antes de decir:

—De modo que el tipo se hacía pasar por mendigo. ¿Eso cree? ¿Con qué propósito? ¿Para qué necesitaba esta casa? ¿Por qué no llevaba encima las llaves del portal y de la vivienda y, en cambio, portaba la llave de una habitación de hotel?

—Creo que las respuestas a esas preguntas las encontraremos detrás de la puerta que abra la llave que la víctima llevaba encima —dijo la inspectora.

—Como los de la científica tardarán todavía un buen rato en devolvernos la llave, deberíamos visitar unos cuantos establecimientos hoteleros, empezando por el

Ambassador, hasta que encontremos uno con el mismo tipo de llave. Luego solo tendremos que pedirle al recepcionista que nos abra la habitación número doce.

—A tenor del aspecto de este apartamento, el hotel Ambassador se me antoja un lugar demasiado lujoso para nuestro hombre —apuntó la inspectora.

—Lo sé, pero por algún sitio hemos de comenzar la búsqueda. Tal vez el recepcionista del Ambassador reconozca el llavín, o pueda echarnos una mano acotando la categoría del establecimiento al que puede pertenecer la llave, o qué sé yo.

—Lo que haremos será comprobar si alguien se ha registrado en un hotel de la ciudad en los últimos días bajo el nombre de Abdel Hadi Said. Pida también a los de la científica que aclaren cuanto antes el asunto de las huellas dactilares de la víctima. Si se trata de un delincuente reincidente, lo más probable es que esté fichado.

—Lo hago al grito, inspectora.

—Heller, su hebreo. Ya no vive en Buenos Aires.

Heller había experimentado en numerosas ocasiones el anverso y el reverso del comisario Goldiak, por lo que la relación entre ambos hombres no era buena. En cierta ocasión, hablando de los desastres de la Segunda Guerra Mundial, Heller se refirió a lo acontecido en Hiroshima el 6 de agosto de 1946 como «holocausto nuclear». Goldiak se enfureció y le reprochó que un judío pudiera hablar de manera tan inapropiada. Holocausto solo había habido uno, por lo que semejante término solo podía aplicarse a la cuestión judía, a la *soah*. Heller le rebatió argumentando que lo ocurrido en Hiroshima y Nagasaki había sido un episodio tan tenebroso como el exterminio del pueblo judío a manos de los nazis. Al final, ninguno dio su brazo a torcer, y un asunto tan nimio derivó en una animadversión mutua que alcanzaba su máxima expresión siempre que discutían sobre cualquier entresijo del caso que tuvieran entre manos: sus puntos de vista eran divergentes, como solo podían serlo los de un perro y un gato. Goldiak, dada su posición de superior, ejercía de perro, ladraba y se volvía amenazante; un perro de andares arrogantes y mirada altiva. Heller, por su parte, se erizaba y mostraba las garras, en una actitud defensiva pero al mismo tiempo desafiante. El hecho de que Heller fuera más grande que el comisario no parecía importarle a este, como si quisiera demostrar que los galones podían resultar más intimidatorios que el tamaño. Era su manera de empequeñecer a su subordinado. No obstante, Goldiak nunca había ocultado que detestaba lo que él llamaba el «amaneramiento intelectual y profesional» del sargento Heller, a quien reprochaba leer demasiado y, en consecuencia, tener ideas y opiniones poco ortodoxas para un miembro de la policía de Jerusalén. Sí, Heller empleaba un lenguaje demagógico, lo que ponía de manifiesto la dispersión natural (o fragilidad, o vulnerabilidad) de sus pensamientos y, lo que era aún peor, también de sus razonamientos. Para el comisario Goldiak, ser hombre y soldado en Israel no podía separarse. Al mismo tiempo, todo hombre-soldado debía ser un especialista, una pieza única dentro de un engranaje que lo abarcaba todo; de ahí que la iniciativa propia —por ejemplo, mostrar un exceso de celo o una superabundancia de sensibilidad— no tuviera cabida. Obedecer sin cuestionar nunca la orden: sobre ese principio descansaba el edificio, es decir, el Estado de Israel. La solidez o fragilidad de los cimientos dependía, por tanto, de la firmeza de las partes que conformaban el conjunto, pues la más pequeña fisura podía originar a la larga que el edificio se derrumbara. De ahí que el comisario se creyera en la obligación de recordarle constantemente al sargento Heller cuál era su papel, pues, en su opinión, este mostraba a menudo un espíritu demasiado rebelde y la vez excesivamente influenciado. En la mayoría de los casos, la inspectora Toledano se veía obligada a

terciar entre ambos.

Sin embargo, en aquella ocasión ambos hombres se quedaron mudos cuando se confirmó la identidad del cadáver del hospital de St. John: se trataba de Elijah Shapiro, un periodista judío que trabajaba en el *Israel Digital Star*. Sus huellas obraban en poder de la policía por haber sido detenido en el transcurso de varias manifestaciones contrarias a la proliferación de asentamientos judíos tanto en Judea Samaria como en Jerusalén Este. Shapiro había criticado con suma crudeza en sus artículos a la policía y al ejército en numerosas ocasiones, y en una carrera encaminada a posicionarse en el ala más progresista y combativa de la prensa israelí, había renunciado a trabajar en un periódico como *Haaretz*, afín a la izquierda política, donde se le auguraba un brillante futuro, argumentando falta de compromiso y de valentía por parte del medio escrito. Según Shapiro, Israel no estaba haciendo las cosas bien y había que denunciarlo; no hacerlo equivalía a incurrir en el peor pecado de cuantos podía cometer un periodista: la complacencia con el poder. La radicalidad de sus planteamientos había empezado a resultar demasiado molesta en ciertos sectores de la sociedad israelí, y le había granjeado numerosos enemigos. El último escándalo en el que se había visto involucrado había sido posicionarse del lado de dos artistas locales que pretendían exponer imágenes de la Virgen María en las que el rostro había sido sustituido por el de mujeres suicidas palestinas. La Asociación de Periodistas de Israel ordenó retirar la muestra pictórica argumentando que podía dañar los sentimientos de los cristianos y los de aquellas personas que habían sido víctimas de algún atentado palestino, mientras que Shapiro arremetió contra la propia organización acusándola de cercenar la libertad de expresión y de pensamiento. Antes de eso, había escrito varios artículos relacionados con la ONG Rompiendo el Silencio, y reproducido los testimonios de ex soldados israelíes que reconocían haber hostigado y humillado a los palestinos en los Territorios Ocupados, por lo que fue acusado por el gobierno y los militares de perseguir objetivos políticos, de trabajar al servicio de dicha organización —cuya visión del conflicto era «tendenciosa» pese a tratarse de una organización «legal y legítima»— y de estar financiada por gobiernos extranjeros contrarios a la «causa judía». En resumidas cuentas, Elijah Shapiro era lo que en la policía de Israel se conocía por un periodista tocacojones.

Según el informe preliminar del forense, Elijah Shapiro no había sido apuñalado en el jardín de hospital St. John, sino en otro lugar cercano. Tal vez en un coche, donde había comenzado a desangrarse, pero no lo suficiente. Su cuerpo, por tanto, había sido trasladado hasta el jardín del centro médico y abandonado, donde posteriormente expiró.

Las preguntas que rondaron las cabezas de todos de manera inmediata fueron: ¿Qué sentido tenía apuñalar mortalmente a un hombre para acto seguido trasladar su cuerpo hasta un centro hospitalario? ¿Por qué Elijah Shapiro se hacía pasar por un indigente árabe? ¿Por qué llevaba una cédula de identificación falsa? ¿Por qué había alquilado un apartamento en la calle Nablus? ¿Qué puerta abría la llave de hotel que

portaba consigo? ¿Era en esa habitación donde había sido apuñalado? ¿Por qué había sido abandonado su cuerpo en el hospital St. John? Todo apuntaba a que andaba metido en uno de sus «reportajes de investigación», como solían llamarlos los reporteros. No era la primera vez que Shapiro se hacía pasar por otra persona, ni tampoco la primera vez que había tenido problemas por hacerlo. En la lista de los diez periodistas más odiados (y en consecuencia también más admirados) de Israel, Shapiro ocupaba el tercer o cuarto puesto del ranking. Obviamente, todos los nombres que aparecían en esta lista eran, al menos desde el punto de vista de la seguridad, «carne de cañón», según la expresión de la propia policía.

Después de abrir y cerrar diez o doce veces de manera consecutiva su encendedor Zippo con la habilidad de quien desgrana cuentas de un rosario mientras reza, el comisario Goldiak rompió el silencio:

—Usted, inspectora Toledano, irá a interrogar al director del *Israel Digital Star*, y usted, Heller, visitará todos los establecimientos hoteleros de la ciudad hasta dar con la puerta que abre la llave que portaba Shapiro, puesto que el nombre de Abdel Hadi Said no figura en registro hotelero alguno.

Heller se irguió y estuvo a punto de protestar por aquella división del trabajo tan poco «ecuánime» en su opinión, pero, dadas las circunstancias especiales del caso, él mismo sentía una irrefrenable curiosidad por dar cuanto antes con aquella habitación de hotel.

—¿Alguna noticia de la muchacha lapidada en Beit Orot? —preguntó la inspectora con el propósito de darle a entender a su superior que se les acumulaba el trabajo y que, en consecuencia, tal vez no estaría de más derivar uno de los casos a otro detective de homicidios. De poder elegir, ella, por supuesto, se hubiera quedado con el caso de la joven lapidada, a la que había prometido encontrar a sus asesinos.

Goldiak resopló como forma de mostrar su desesperación, pues el paso de las horas disminuía el posible efecto publicitario que pudiera tener el caso. Claro que un rescoldo bastaba para avivar de nuevo el fuego.

—Su identidad sigue siendo un misterio —reconoció—. Salvo que en las próximas horas alguien se atreva a denunciar su desaparición, estamos jodidos.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó la inspectora.

—Si dentro de cuarenta y ocho horas seguimos sin tener pistas, nos inventaremos una identidad, una familia y todo lo que haga falta para que el caso sea conocido hasta en el último rincón del planeta.

¿Había cierto tono de complacencia en las palabras del comisario?, se preguntó la inspectora. ¿Como si fabricar un caso formara parte de la rutina cotidiana para un investigador! Se podían argüir numerosas objeciones al plan B, por llamarlo así, sobre todo desde el punto de vista moral, pero esta era una actriz que jugaba un papel secundario en el escenario sobre el cual, en opinión de Goldiak, se representaba la vida. Lo que verdaderamente importaba, por encima de cualquier otra consideración, eran los resultados, máxime cuando Israel podía sacar alguna clase de beneficio.

Desde hacía algún tiempo, el comisario se había decantado por la política y delegado el trabajo de campo en sus subordinados, en quienes recaía la responsabilidad de los casos. Eso sí, los vigilaba de cerca. A este respecto, Heller solía decir de su superior que se había convertido en un burócrata, y se refería a sus cada vez más frecuentes invectivas como «el rugido del burócrata».

La inspectora miró al sargento y este le devolvió la mirada, sabedores ambos de lo que suponía la propuesta del comisario en caso de que ordenara llevarla a cabo: convertir a unos inocentes en sospechosos, amañar pruebas, tergiversar la esencia misma del caso en aras de intereses políticos. Heller, con su sarcasmo habitual, empleaba un eufemismo para referirse a esta clase de situaciones: «Transformar el cuento de Caperucita Roja de Charles Perrault en el cuento de Caperucita Roja de los Hermanos Grimm». Al parecer, la versión de estos no incluía los elementos eróticos de la versión del primero, quien en realidad quiso escribir una fábula que previniese a las niñas del encuentro con desconocidos, habida cuenta el gran número de violaciones que había entonces en la región del Loira, y no un mero cuento infantil que sirviese de entretenimiento a los más pequeños. Es decir, todo hecho, toda realidad, era susceptible de ser modificada a conveniencia. Para lograrlo bastaba con carecer de escrúpulos.

—Tenemos a una joven palestina lapidada por su propia gente, y eso es lo importante —se justificó el comisario Goldiak—. Ahora pongámonos todos manos a la obra.

Las oficinas del *Israel Digital Star*, que ocupaban un pequeño piso en la intersección de Ben Yehuda y King George Street, resultaban excesivamente modestas a tenor de la gran repercusión e influencia que tenía su línea editorial en la sociedad israelí. Otro tanto ocurría con su director, Moisés Stein, un viejo periodista con numerosos antecedentes de detenciones y juicios por difamación que había salido ileso de sendos atentados y de todas las acusaciones vertidas sobre él y el periódico que dirigía. No obstante, los extremistas de la derecha le habían distinguido con el premio Goebbels por su aportación a la conjura antisemita internacional y por ser el principal representante de «los judíos que se odian a sí mismos». Distinción que no parecía preocuparle en exceso a Stein, un tipo acostumbrado siempre a dar un paso al frente, fueran cuales fuesen las consecuencias. Como solía decir: «Soy demasiado mayor para tenerle miedo a la muerte».

A falta de una persona específica que se ocupara de las visitas, un periodista que salió de su cubículo y le preguntó qué deseaba condujo a la inspectora hasta el despacho del director, que en ese momento se encontraba revisando algo en otra de las piezas que conformaban el espacio de la redacción. Las oficinas, compartimentadas a base de tabiques móviles, semejaban pequeñas madrigueras.

—Dice el Talmud que los proselitistas son tan injuriosos para Israel como una costra. Yo no me considero una persona injuriosa, pero sí una costra tan difícil de erradicar como la verdad. De modo que cualquier reclamación que desee formular tendrá que hacerla a través de nuestros abogados, inspectora, siguiendo el procedimiento habitual —le espetó el director Stein a modo de saludo, al tiempo que cerraba con sigilo la puerta del despacho, como si temiera por la endeblez de la estructura que tabicaba el espacio—. No rectificamos ninguna de nuestras informaciones, salvo que previamente lo hayan dictaminado los tribunales de justicia con sentencia firme. Algo que nunca ha ocurrido.

Las relaciones entre el departamento de policía de Jerusalén y el *Israel Digital Star* estaban tan enconadas como las del sargento Heller y el comisario Goldiak, y mantenían abiertos varios litigios que estaban pendientes de sustanciarse en los tribunales de justicia. Difamación versus información, ahí estaba el quid de la cuestión. Hasta el momento, Stein iba ganando a los puntos, aunque, como gustaba decir al comisario Goldiak, la mejor forma de finiquitar un combate era por K. O. Sea como fuere, el viejo periodista había demostrado que sabía fintar y esquivar los golpes, de manera que nunca daba un paso en falso que le obligara a descuidar la guardia.

—No he venido a presentarle ninguna queja sobre sus informaciones, sino para

hablarle de Elijah Shapiro —se pronunció la inspectora.

Stein tomó asiento y entrelazó las manos sobre el regazo antes de preguntar sin ocultar cierta sorpresa:

—¿Han encontrado a Elijah?

—¿Acaso le extraña?

—Francamente, sí. Suele ocultarse con suma eficacia cuando está llevando a cabo uno de sus reportajes de investigación, como es el caso. Entonces ni yo mismo sé cómo dar con él. Confío en que no se haya metido en un lío. A veces le gusta conducir demasiado rápido. Y también a veces bebe una copa de más. Pero todos hemos sido jóvenes...

—Me temo, señor Stein, que no me he expresado con la suficiente claridad —interrumpió la inspectora—. Ayer en la madrugada encontramos muerto al señor Shapiro.

Stein sacudió la cabeza, como si la noticia le hubiera provocado un incómodo cosquilleo en el oído interno, fijó la vista en los ojos de su interlocutora y su mandíbula se ensanchó antes de decir:

—¿Muerto? ¿Dónde? ¿Cómo?

—En el hospital St. John. Su cuerpo presentaba numerosas heridas de arma blanca.

—¿En el hospital St. John? ¿Apuñalado?

Cuando Stein dijo esto su rostro ya había adoptado una expresión hierática y perdido la escasa coloración que indicaba que estaba vivo. Con el pelo ralo y encrespado, teñido de canas de una blancura inusual, y una cabeza excesivamente alargada, semejava uno de esos animales albinos que tan raros resultan en el reino animal y por los que pujan todos los zoológicos del mundo.

—Llevaba consigo una cédula de identificación falsa, expedida a nombre de un árabe con residencia en un apartamento de la calle Nablus, y portaba consigo una llave de hotel. Al menos, eso creemos —continuó la inspectora con su exposición.

—¿Una llave de hotel?

A la inspectora empezaba a incomodarle que, a cada nuevo comentario de su parte, el director Stein reaccionara formulando la correspondiente pregunta, como si en efecto no supiera dar una explicación a toda aquella información. Para ser un avezado periodista, su capacidad de sorpresa no parecía excesiva. Era como si por primera vez en su vida hubiera descuidado la guardia y encajado un golpe que lo había dejado aturdido.

—Nos sería de gran ayuda saber qué estaba investigando el señor Shapiro —se descolgó la inspectora.

Stein llenó los pulmones de aire y recompuso la figura todo lo que pudo antes de decir:

—Saber qué estaba indagando, lo sé, como es natural, pero en cambio desconozco los métodos que estaba empleando para llevar a cabo su trabajo. Muchas de nuestras

investigaciones requieren que nuestros reporteros se infiltren y adopten identidades falsas, de manera que mientras dura el trabajo cortamos toda comunicación con ellos por una cuestión precisamente de seguridad. Israel es un país de espías y de confidentes, como imagino que sabrá a tenor del trabajo que desempeña. Elijah estaba investigando un tema ciertamente espinoso. ¿Qué sabe del tráfico de órganos en nuestro país?

Esta vez fue la inspectora la que respondió con otra pregunta:

—¿El tráfico de órganos? Poca cosa, la verdad. Algo he leído en los periódicos, pero de eso ya hace algún tiempo...

—Nuestro país, inspectora, es uno de los que tiene un menor índice de donantes del mundo —expuso el periodista—. Eso es debido a las reticencias tanto de judíos como de árabes a la hora de donar órganos por motivos religiosos. Aproximadamente, nuestra tasa de donación ronda el 8 por ciento, cuando en otros países occidentales la cifra alcanza el 35 por ciento. Por descontado, la necesidad de trasplantes, como podrá imaginar, es en Israel idéntica a la de otros países. Los judíos o los árabes no necesitamos menos, por ejemplo, que los cristianos. Una cuestión que establece la propia naturaleza de los seres humanos, y en la que no hay distinciones por cuestión de raza o de religión. Ni Yahvé ni Alá nos eximen de padecer dolencias que requieren trasplantes de órganos. En resumidas cuentas, somos un país con un alto poder adquisitivo, y nuestra sociedad es deficitaria en materia de donaciones de órganos, lo que nos convierte en una presa propicia para esta clase de comercio ilícito e inmoral. ¿Ha oído hablar de Donald Böstrom?

—No —reconoció la inspectora.

—Se trata de un periodista sueco. En el verano de 2009 publicó un artículo titulado «Despojan a nuestros hijos de sus órganos» en el diario *Aftonbaldet*, el de mayor circulación en Suecia, que levantó ampollas en nuestro gobierno y puso en peligro las relaciones de nuestro país con Suecia. Böstrom hacía pública la sospecha de que Israel robaba órganos de ciudadanos palestinos abatidos por nuestro ejército. El primer ministro Netanyahu exigió al gobierno sueco que repudiara el artículo, e inmediatamente se alzaron voces acusando a Böstrom de antisemita y de incurrir en el viejo libelo de sangre; el periodista, por descontado, empezó a recibir amenazas de muerte. Pero lo que hizo Böstrom fue poner de manifiesto algo que la sociedad israelí conoce pero no quiere reconocer: el tráfico masivo de órganos de distinta procedencia. Böstrom solo mostró la punta del iceberg.

A la inspectora le dio un vuelco el corazón. Tres días después de que el sargento Yehuda abatiera al padre y al hijo palestinos, sus familiares se presentaron en el *checkpoint* para reclamar sus cadáveres, puesto que habían sido confiscados por el ejército. La respuesta que recibieron de boca del propio verdugo, fue: «Les están practicando las autopsias». Ahora entendía qué podía haber detrás de aquellos crímenes y de aquella dilación a la hora de devolver los cuerpos.

—¡Joder! —exclamó. El exabrupto pilló por sorpresa al periodista—. Lo lamento.

Prosiga, por favor —se disculpó.

—¿Sabe a cuánto se cotiza un riñón en el mercado negro, inspectora?

—No.

—A unos 100.000 dólares americanos. En algunos casos la cifra puede alcanzar los 150.000 dólares. Teniendo en cuenta que en el mundo se trasplantan unos 7.000 riñones anuales de manera ilegal, estamos hablando de un negocio que mueve 700 millones de dólares o más. Ahora multiplique esta cifra por el número de corazones, hígados, córneas, etc. Un corazón, por ejemplo, suele costar una media de 400.000 dólares americanos en el mercado negro. La suma resultante del dinero que mueven los trasplantes ilegales en el mundo no cabría en esta habitación, se lo aseguro. Hoy día podemos trasplantar cualquier órgano o tejido, a excepción del tejido nervioso central. Cada vez son más frecuentes los llamados «clusters» o trasplantes «en racimo», que en ocasiones han llegado a sumar hasta seis o siete órganos. Las posibilidades, no obstante, son aún mayores cuando se trata de tejidos, que incluye el trasplante de huesos completos, cartílagos, tendones, piel de cadáver, etc. El negocio de los trasplantes, en suma, no para de crecer cada año; y aún lo hará más en el futuro, conforme la población mundial no pare de crecer.

—Comprendo.

—En su artículo, Böstrom hablaba de un caso sucedido a principios de la década de 1990 en la aldea de Imatin, donde fue testigo directo de la muerte de un joven palestino de diecinueve años llamado Bilal, abatido a tiros por nuestro ejército, y cuyo cadáver fue secuestrado y devuelto a sus familiares cinco días más tarde. El cuerpo presentaba una cicatriz desde el abdomen hasta el mentón. A partir de ese incidente, Böstrom recabó numerosos testimonios de familias que aseguraron que sus muertos les eran devueltos siempre cosidos de arriba abajo. Nuestros militares se defendieron argumentando que aquellas cicatrices eran fruto de las autopsias, pero si uno de nuestros soldados dispara y mata a una persona, la autopsia no está justificada. ¿Qué sentido tiene practicársela a un cadáver que ha muerto a balazos y que presenta varios orificios de entrada y salida? En una palabra, Böstrom dio a entender en su artículo lo que los palestinos llevan denunciando desde hace mucho tiempo: que sus muertos son utilizados como donantes involuntarios de órganos. El asunto llegó a los tribunales y tanto el ejército como el galeno Yehuda Hiss, director del Instituto Forense Abu Kir, admitieron su culpabilidad en estos hechos; si bien los militares aseguraron que, pese a que reconocían que semejantes prácticas habían tenido lugar, juraron que las actividades habían cesado hacía una década, que se habían circunscrito a los años noventa. El forense Hiss dejó la dirección del Abu Kir, aunque continuó trabajando como jefe de patología de dicha institución. Así se trató de zanjar el asunto.

—Sí, el caso de Hiss lo recuerdo —reconoció la inspectora—. Nadie entendió que no fuera expulsado de la profesión médica. *Haaretz* denunció el asunto, mientras que los periódicos de la derecha pasaron de puntillas por el caso.

Stein asintió antes de decir:

—Así es. Israel es en apariencia una gran paradoja, pero si uno escarba en la superficie y mira lo que hay dentro, entonces descubre que la paradoja no es tal, sino una entelequia. Por ejemplo, el hecho de que seamos uno de los países más armados del mundo da muestras de nuestra fortaleza, sin duda, pero también de nuestra debilidad. La libertad de prensa de nuestro país esconde a su vez una censura latente, o, mejor dicho, la autocensura que se imponen muchos periodistas por temor a decir lo que verdaderamente piensan y a sufrir las consecuencias por hacerlo. Un periodista ha de rendirle cuentas en primer término a su conciencia; es ella la que ha de indicarle de qué ha de hablar en cada momento y qué temas tratar, dentro del marco que establece la ley, naturalmente.

«¿Adónde quiere llegar Stein? —se preguntó la inspectora—. ¿A qué viene ahora hablar de la independencia de la prensa nacional?»

—Creo que nos estamos yendo por las ramas —se desmarcó.

—Discúlpeme, inspectora, pero lo que quiero que comprenda es que el caso de los trasplantes, el posterior juicio de Hiss, la disculpa con la boca pequeña de nuestros militares y hasta la muerte de Shapiro forman parte intrínseca de eso que conocemos como el Estado de Israel. Son la misma cosa. Cada caso es consecuencia del anterior, de la arbitrariedad que rige a nuestra sociedad en todos los órdenes. Si observa con atención un mapa del mundo, verá que todos los países no son más que un rompecabezas formado por las distintas piezas que conforman sus regiones; el propósito final es que estas piezas o regiones encajen dentro del conjunto. Pues, si contempla las piezas que conforman el rompecabezas de eso que llamamos Israel, descubrirá que ninguna de ellas encaja. ¿Cómo entonces formar el puzzle si las piezas no encajan las unas con las otras? El Estado de Israel ha nacido deforme, fue alumbrado con fórceps, y conforme más crece, mayor es su deformidad. Cuando la prensa practica la autocensura significa que es la sociedad en su conjunto la que se está autocensurando. No se trata de un asunto nimio o inocuo, al contrario. Como le he indicado antes, la denuncia de Böstrom no fue más que la punta del iceberg. En esas mismas fechas, cinco rabinos fueron detenidos en Nueva Jersey acusados de tráfico ilegal de órganos. Pertenecían a una red que pagaba 10.000 dólares por comprar riñones que luego vendían a 160.000. En muchos casos, los receptores de estos órganos eran ciudadanos del Estado de Israel. Otro tanto sucedió en Brasil, donde un ciudadano israelí, oficial retirado del ejército, confesó ser el patrocinador de trasplantes ilegales de riñones llevados a cabo en Sudáfrica. Es decir, los donantes eran brasileños, los receptores israelíes y el lugar donde se llevaban a cabo los trasplantes era el hospital San Agustín de Durban, en Sudáfrica. Como consecuencia de una investigación que llevó varios años, Netcare, el proveedor de productos de la salud más importante del sur de África, se declaró culpable de realizar trasplantes de riñón en connivencia con una organización mafiosa israelí. Los donantes, en este caso, no solo eran brasileños, sino también israelíes y rumanos a los que se les pagaba

una cantidad ínfima por la donación de sus órganos.

—Una historia verdaderamente truculenta. ¿Qué pinta Elijah Shapiro en todo este asunto? —preguntó la inspectora.

—Después de todos estos escándalos podría pensarse que la situación ha vuelto a la normalidad, pero lo cierto es que no es así. A principios de abril de este año, el departamento de fraude y malversación de la policía del norte del país abrió una investigación secreta tras una denuncia presentada por una mujer árabe residente en Nazaret. La mujer había respondido a un anuncio en árabe aparecido en un periódico local que ofrecía 100.000 dólares por la donación de un riñón. Al parecer, fue sometida a diversos exámenes médicos y, una vez determinada su aptitud, viajó hasta un país del Este de Europa, donde le fue extirpado un riñón. De regreso en Israel, la mujer no recibió pago alguno, por lo que interpuso la correspondiente denuncia. No fue la única persona que denunció hechos similares. Todos los donantes eran árabes pobres que eran captados mediante el método del anuncio en el periódico. La investigación policial condujo a la detención de Rishon Letzion, general de brigada del Ejército israelí, condecorado con la medalla al mérito militar por su participación en la guerra del Yom Kipur. También fueron detenidos varios traficantes de órganos, agentes y abogados. Se descubrió entonces que los donantes eran también intervenidos en países como Filipinas y Ecuador. En resumidas cuentas, el tráfico de órganos continúa siendo un pingüe negocio en nuestro país, e implica a numerosas personas de nuestra sociedad, incluidas algunas de las más respetadas, como es el caso del general Letzion. El plan de Shapiro consistía en tirar de esa madeja, en infiltrarse en una de esas organizaciones y comprobar sobre el terreno cuál era la situación del tráfico de órganos en Israel a día de hoy, a finales del año 2010.

—Por sus palabras, y a tenor de las vestimentas que llevaba puestas, creo entonces que lo que Shapiro trataba era entrar en contacto con una de esas organizaciones haciéndose pasar por un árabe falto de recursos dispuesto a vender uno de sus órganos —sugirió la inspectora.

—Desde luego se trata de la hipótesis más plausible. Sí, lo más probable es que ofreciera donar uno de sus riñones a cambio de dinero —admitió Stein.

—Es decir, Shapiro fingía vivir en un apartamento de mala muerte de la calle Nablus, pero luego utilizaba la habitación de un hotel como centro de operaciones. De esa forma, en caso de que sus contactados decidieran registrar su vivienda, estos no encontrarían nada que lo vinculara con el verdadero propósito que perseguía. Sin embargo, algo falló en sus planes —recapituló la inspectora.

—Eso parece. Está claro que no midió bien los riesgos que entrañaba hacerse pasar por un donante palestino, pese a que hablaba el árabe con soltura y sus rasgos físicos eran, digámoslo así, orientales. Sí, en esa habitación de hotel encontrarán el material de su investigación con toda seguridad, y también probablemente la clave de quiénes pueden estar detrás de su muerte. Tal vez sean militares, políticos, médicos o incluso sus superiores del departamento de policía.

—No me gustan sus insinuaciones —se desmarcó la inspectora.

—Créame, inspectora, a mí tampoco me gustan, pero no sería la primera vez que acierto un vaticinio. Llevo casi cuarenta años en esta profesión, y si existe algo que todo lo puede, por encima de cualquier otra consideración, es el dinero. La corrupción forma parte también de la entelequia de la que le he hablado hace unos minutos, de la deformidad del Estado.

—Antes de marcharme, me gustaría que me proporcionase todos los artículos que Shapiro haya publicado en su medio durante el último año. Por ahora, tampoco podemos descartar que su asesino pueda ser alguien a quien haya atacado en una de sus crónicas.

—Sí, conozco lo dañino que a veces puede resultar el rencor. ¿Prefiere que le envíe una copia en papel o un archivo pdf a la dirección de correo electrónico que usted me indique? —preguntó Stein.

—Envíemelos por Internet. Aquí tiene mi tarjeta. En ella figura la dirección de correo electrónico a la que ha de enviarme el material.

—La muerte de Elijah Shapiro es un duro golpe para la prensa libre de Israel —indicó Stein confiriéndole un tono melodramático a sus palabras. Luego, tras unos segundos, añadió—: Elijah vivía con su madre. ¿Le darán ustedes la noticia o prefiere que sea yo quien lo haga?

—Nos haremos cargo nosotros, señor Stein. No obstante, si puede facilitarnos la dirección, se lo agradecería.

La inspectora se sentó en una de las cafeterías de la Ben Yehuda para digerir las palabras del director del *Israel Digital Star*. El recuerdo del incidente del sargento Yehuda con el padre y el pequeño Mohamed era ahora más vívido, y temía que sus cadáveres hubieran acabado en manos de los traficantes de órganos de los que, al parecer, abundaban en Israel con la connivencia de ciertas instituciones públicas. Un músico callejero, pero con una sólida formación académica a tenor de su virtuosismo con el violonchelo, interpretaba una pieza de Offenbach; y un guapo camarero le dedicó varias sonrisas capaces de endulzar el café sin necesidad de azúcar. Jugar a seducir y a dejarse seducir la sacó de su ensimismamiento. Comenzó a devolver las sonrisas con forzada naturalidad, y trató de centrar su atención en los atributos del joven camarero, cuyo atractivo era innegable. Por un instante, deseó haberlo conocido en el bar Oriental del hotel King David, pues temía que, en caso de dejarse seducir, la relación exigiera poner de su parte más de lo que estaba dispuesta a dar. Claro que quizá había llegado el momento de modificar su conducta emocional, cuyos principios podían resumirse con una frase que Heller había pronunciado uno de sus días de inspiración cáustica: «La única relación amorosa duradera y fiable que conozco es la que mantienen Barbie y Ken. Es indestructible como el plástico que da forma a sus componentes, que tardará cuatro mil años en degradarse. El resto de relaciones son a la larga demasiado orgánicas». Sí, Heller tenía razón, el amor era demasiado orgánico y a la larga siempre se deterioraba, se anquilosaba, se oxidaba, se volvía conformista y acomodaticio, convertía al uno en el otro, o mejor dicho, al uno en remedo del otro, y viceversa. Con el transcurrir de los años, los enamorados se transformaban en una suerte de mascotas de sus respectivas parejas. Incluso experimentaban un proceso de mimetización física, como ocurría muchas veces con amo y mascota. Acababan pareciéndose.

Volvió a mirar al camarero, cuyo único defecto era, en su opinión, ser demasiado guapo para sus pretensiones, apuró el café y apuntó su nombre y número de teléfono móvil en una servilleta de papel que dejó doblada junto a la taza vacía y el importe de la consumición. Lo que pasara a continuación iba a depender exclusivamente de él.

No había dado el quinto paso por la Ben Yehuda, que a esa hora estaba llena de transeúntes, cuando sonó su móvil. Pensó en el efecto inmediato que había provocado su decisión de dejar su nombre y número de teléfono escritos en una servilleta de papel al alcance de un desconocido, y el corazón le dio un vuelco. Tal vez se había precipitado.

El sobresalto desapareció cuando comprobó que quien llamaba era Heller.

—En usted estaba pensando, Lautaro —dijo tras descolgar, sin ocultar cierto

alivio en su tono de voz.

—¿He de tomármelo como un halago o como un motivo de preocupación? —respondió el sargento con otra pregunta.

—¿Por qué sus lápices tienen siempre dos puntas, Heller? ¿Por qué todo en usted tiene un camino de ida y otro de vuelta?

—¿Va todo bien, inspectora?

—Todo va perfectamente, Lautaro. He hablado con Moisés Stein, el director del *Israel Digital Star*. Shapiro andaba investigando el tráfico de órganos en Israel.

—Un asunto de los grandes, ya lo creo. Pero me temo que estamos ante un caso más complejo de lo que pueda parecer a simple vista. He encontrado la habitación número doce. Se corresponde con un cuarto del hotel Hashimi, en el 73 de Souq Khan El Zeit. A pocos metros de la Vía Dolorosa. Shapiro se había inscrito en el hotel con su verdadero nombre. A falta de revisar el abundante material que hay en la estancia, he encontrado algo que, me temo, va a complicarnos mucho la vida.

—¿A qué se refiere, Lautaro? ¡Hable, se lo ruego!

—A una fotografía. Una foto donde aparece el periodista en compañía de la joven lapidada en Beit Orot. Una foto de pareja. Dos jóvenes sonrientes tomados de la cintura precisamente en la terraza del hotel Hashimi, con la cúpula de la mezquita de la roca de fondo.

—¿Está seguro, Heller?

—Después de ver las fotografías del forense, reconocería el rostro de esa joven hasta en el infierno. Es ella. Estoy completamente seguro. La única diferencia con respecto a la muchacha que encontramos en Beit Orot es que la de la fotografía no viste como una monjita, sino con camiseta ceñida y jeans. Hay algo más: vestida de esa guisa, ahora es a mí a quien le suena haber visto el rostro de la joven; aunque no soy capaz de ubicarlo en ninguna persona o ambiente concreto.

—¡Joder! Perdona el exabrupto, Lautaro.

—Está más que justificado, inspectora.

—Voy para allá. Deme un cuarto de hora.

Dos minutos más tarde volvió a sonar el móvil de la inspectora. Esta vez se trataba de un número desconocido. El corazón volvió a darle un vuelco.

—*Shalom!*

—*Shalom!* ¿Sarah? Soy... He encontrado una servilleta de papel...

Reconoció la voz del camarero, que hablaba con un acento del norte, tal vez de Haifa o de alguna localidad cercana.

—Sí, soy Sarah. No has tardado mucho en atreverte a llamar. Pensé que tal vez ni siquiera te percatarías al retirar el servicio. ¿Cómo te llamas? —dijo tomando la iniciativa.

—Me llamo... Ariel, aunque todo el mundo me llama Ari. ¿Tu hebreo? No pareces una *sabra*.

Con ese término se conocía a los judíos nacidos en Israel. Una palabra que aludía

a un cactus, y que simbolizaba la tenacidad para sobrevivir en el desierto, para sobreponerse a la adversidad. En realidad, los habitantes de Israel nunca se describían a sí mismos como judíos, sino como *eidah*, palabra hebrea que se refería a la comunidad, pues israelíes eran solo los hijos de los colonos de preguerra nacidos en el país. Incluso los hijos de los inmigrantes judíos que habían nacido en suelo israelí seguían siendo judíos marroquíes, judíos kurdos, judíos iraquíes, judíos yemeníes, etc.

—No lo soy. He nacido en España.

—Española. Me encanta España.

Antes de que la conversación derivara definitivamente hacia algún tópico que diera paso a otro y a otro más, la inspectora dijo:

—Ari, me pillas en un mal momento. ¿A qué hora terminas de trabajar?

—A las seis de la tarde.

—Demasiado pronto para mí. Si quieres una propina, pásate a eso de las ocho y media por el bar Oriental del hotel King David.

El joven guardó unos segundos de silencio, lo que llevó a la inspectora a pensar que ofrecerse como una propina era propio de una buscona desconocedora de los más elementales rudimentos del arte de la seducción.

—Ari, ¿sigues ahí? Lamento ser tan directa, pero forma parte de mi carácter — volvió a intervenir la inspectora.

—Sí, sigo aquí. ¿Puedo preguntarte por qué quieres quedar en un lugar tan sofisticado?

—Ahora estoy muy ocupada y no puedo darte explicaciones. Lo tomas o lo dejas, Ari.

—Sí que eres directa. Lo tomo, Sarah.

—A las ocho y media. Sé puntual. Si hay un cambio de planes, te lo haré saber con antelación. Guardo tu número de móvil en la memoria del mío, ¿de acuerdo?

—¿Un cambio de planes?

—Acabo de decirte que soy una mujer ocupada, Ari. Trabajo en la policía.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Quieres jugar conmigo?

—¿Y tú, quieres esa propina? ¿Quieres jugar a mi juego?

—Estoy...

—¿Desconcertado?

—Sí, eso es, desconcertado.

—Es lógico. Te he escrito mi nombre y mi número de teléfono en una servilleta de papel. Eso debería ser suficiente para que confiaras en mí. Soy policía, formo parte de los buenos.

—Tienes razón. OK, Sarah, estaré a las ocho treinta en el bar Oriental del King David. Ahora tengo que volver al trabajo.

—*Ciao*, Ari.

¿Cuándo había comenzado a comportarse así? ¿Después de la experiencia

traumática vivida en el *checkpoint*?, se preguntó. Ella misma había recibido un disparo en el hombro, y a menudo pensaba que había descuidado su seguridad de manera voluntaria, buscando convertirse en blanco, buscando la manera de huir de allí. Al final logró su objetivo. Incluso obtuvo una recompensa que no esperaba, pues, a los cinco meses del incidente, el propio ministro de Defensa colgó una medalla de su pecho y su reputación se elevó a la categoría de heroína, lo que a su vez le facilitó la entrada en la academia de policía. Dos años y medio después, en el transcurso de su primera investigación oficial, había tomado parte en una pesquisa que tenía que ver precisamente con la participación de mujeres en atentados suicidas, las cuales habían comenzado a proliferar desde que Wafa Idris, una joven conductora de ambulancias, se inmolara en un centro comercial de Jerusalén. Tirando de aquella madeja descubrieron que los terroristas palestinos habían sistematizado un procedimiento que buscaba captar mártires empleando una despreciable artimaña. El primer paso consistía en violar o, en su defecto, provocar relaciones sexuales consentidas entre jóvenes experimentados y muchachas vírgenes que eran seducidas con promesas de amor eterno que luego no se cumplían, y a las que luego una dama conocida como «la madre de los creyentes» convencía para que se convirtieran en mártires, asegurándoles que solo así podrían lavar la vergüenza de haber mancillado su honra y el honor de sus familias. Es decir, los terroristas palestinos, en connivencia con una siniestra mujer, habían planeado la violación sistemática de jóvenes y de niñas que, una vez engañadas, eran inducidas al martirio, pues al parecer este constituía la única salida digna para la dolorosa pérdida del honor. Otro tanto ocurría con las viudas, las cuales recibían una gran presión por parte de los varones de la comunidad a la que pertenecieran, a las que esta «madre de los creyentes» persuadía para que sacrificaran sus vidas en pos de la causa palestina, pues convirtiéndose en mártires dejaban de ser una carga económica para sus familiares. Teniendo en cuenta que la familia de una mujer suicida recibía un estipendio, lo normal era que a la presión ejercida por los terroristas y por «la madre de los creyentes» se sumara la de su propia parentela.

Tomar parte en la detención de «la madre de los creyentes» y de algunos de sus secuaces, por tanto, le produjo una gran satisfacción profesional y personal; si bien su carácter cambió como consecuencia de aquella investigación, se endureció sobremanera ante las evidencias, y empezó a sentir una suerte de aversión hacia las relaciones humanas demasiado profundas, por temor a lo que pudiera descubrir. Algo que no le costó demasiado esfuerzo habida cuenta que había sufrido una decepción amorosa en otra época, cuando vivía en España, de la que no se había repuesto del todo. Es decir, la aspereza que la vida cotidiana de Jerusalén le brindaba en su condición de policía (sin olvidar el bagaje adquirido en el *checkpoint* durante su servicio militar obligatorio) le había servido para asentar ciertos prejuicios con los que había viajado desde España. Una clase de impedimenta cuyo peso no había hecho sino aumentar en Israel.

La inspectora Toledano conocía a la perfección el hotel Hashimi. No en vano había utilizado sus instalaciones antes de decantarse por el King David. El Hashimi era un hotel agradable, limpio y tranquilo, y contaba con una terraza con vistas a la Ciudad Vieja que resultaba ideal para entablar relaciones con otros clientes. El problema radicaba precisamente en su clientela, compuesta en su mayoría por turistas que no despertaban su interés, pues, por regla general, estaban demasiado predispuestos a la aventura, y eso lo condicionaba todo. Los turistas «aventureros» resultaban casi siempre demasiado románticos, eran demasiado imprevisibles. Una sola noche de amor les bastaba para enamorarse, para querer seguir con la relación incluso desde la distancia, como si el amor pudiese salvar todos los obstáculos y salir triunfante frente a las adversidades que el destino imponía. Entre los turistas del Hashimi, además, los había con fuertes creencias religiosas, cristianos en su mayoría, lo que hacía inviable (y hasta peligroso) cualquier acercamiento esporádico. La Vía Dolorosa estaba demasiado cerca. Los hombres de negocios, en cambio, eran más prácticos y estaban limitados por la labor que los había traído hasta Jerusalén. Era difícil, por no decir imposible, que se salieran del guión establecido, por lo que tomaban su propuesta de sexo sin ataduras como un extra en una dura jornada de trabajo. La extensa carta de whiskys del bar Oriental del King David ayudaba en el proceso de selección, pues al hecho de que los candidatos fueran hombres de negocios se añadía la circunstancia de que también les gustara beber, lo que incluía un componente de liberalidad a la relación que era beneficioso para los fines que buscaba. Un hombre de negocios con un whisky en la mano después de una dura jornada de trabajo no solía pensar en Dios, ni siquiera en su familia, en caso de que la tuviera. Solo aspiraba a relajarse, a pasar un rato agradable. En ese punto era donde ella intervenía.

Encontró a Heller charlando animadamente con una de las recepcionistas del hotel, una mujer de baja estatura que parecía asombrada con el tamaño de su interlocutor, al que miraba con arrobo, como si tuviera delante a un coloso al que hubiera que admirar.

—Ya estoy aquí, sargento —dijo con el propósito de romper el encantamiento.

Heller giró la cabeza y la buscó con una mirada satisfecha y complaciente. Luego explicó:

—Los de la científica acaban de llegar. Les he dicho que necesitaremos contar con el material de la habitación cuanto antes. Nuestro hombre llevaba un mes hospedado en el hotel. Hace un par de días que nadie lo ha visto, lo que significa que pernoctó aquí hasta la noche de autos. La única visita que recibió fue la de la muchacha lapidada en Beit Orot. Subieron a la terraza y se hicieron fotografiar juntos

por uno de los camareros. De eso hace unas tres semanas. Shapiro cuenta en la habitación con una impresora de alta resolución y con papel fotográfico, de modo que, en mi opinión, él mismo se encargó de imprimir la fotografía.

La perorata de Heller terminó de impresionar a la recepcionista, que asintió una y otra vez como uno de esos muñecos de peluche que se colocan en la bandeja del maletero y agitan la cabeza de un lado a otro siguiendo los vaivenes del coche.

La inspectora encajó el alarde con una mueca antes de decir:

—¿Me indica el camino, sargento?

—Por aquí, inspectora, sígame.

La primera impresión que la inspectora tuvo al llegar a la habitación fue la de encontrarse en el camarote de los hermanos Marx, no solo por el pequeño tamaño de la estancia y el gran número de operarios de la científica que la habían tomado, cuatro en total, sino porque dos de ellos, los hermanos Horowitz, eran conocidos como Groucho y Harpo por su gran parecido con los cómicos norteamericanos. El primero lucía un grueso bigote, lentes de montura de pasta, raya en medio y llevaba la voz cantante; el segundo, naturalmente, de pelo rubio y estropajoso, no abría jamás la boca, si bien su repertorio de gestos resultaba de lo más elocuente.

Ni siquiera hizo por entrar. Desde la puerta le pidió a Groucho Horowitz que si había terminado con la fotografía se la dejara examinar.

—Aquí la tiene, inspectora —dijo el doble del cómico al tiempo que introducía el marco con la fotografía en una bolsa de plástico y ponía rumbo a la puerta para entregar el material.

—Es ella —se adelantó Heller antes incluso de que su superior tuviera tiempo de examinar la imagen, donde aparecía una joven de cabello largo y negro, ojos grandes y oscuros y unos labios carnosos y protuberantes, que esbozaban una sonrisa tras la cual se escondía una sarta de dientes blancos como perlas.

—Sí, es ella —confirmó la inspectora al cabo de unos segundos—. Y me reafirmo en lo que dije: yo he visto a esta joven en algún sitio, tal vez en un periódico o en un programa de televisión.

—De lo que no cabe ninguna duda es de que mantenía una relación con Shapiro —apuntó Heller.

—Eso parece. Y ahora los dos están muertos.

—Al final, Goldiak tendrá el titular que persigue: «Joven palestina lapidada por mantener una relación amorosa con periodista judío».

—Romeo y Julieta en Jerusalén. No creo que nada pueda complacer más al comisario.

—Al menos no nos tendremos que inventar el caso ni comprometer a inocentes. Lo que Goldiak pretende es rompernos el orto. El tipo anda siempre viendo cómo comprometernos para tenernos así comiendo de su mano. Al fin y al cabo, todos

somos esclavos de nuestros errores.

—Olvidémonos de Goldiak y centrémonos en lo que hay en esta habitación.

—Hay mucho orden y muchos papeles, recortes de prensa en su mayoría. También hay un portátil, una impresora, papel fotográfico y ropa de buena factura. Nada que ver con la que encontramos en el apartamento de la calle Nablus. Además, he encontrado dos pares de zapatos y unas zapatillas deportivas de la marca Adidas. Incluso hay un frasco de colonia de varón de Hugo Boss. Una camarera limpia la habitación todos los días, así que no creo que los hermanos Marx encuentren muchas huellas.

—¿Y un teléfono móvil? Shapiro no lo llevaba encima y tampoco estaba en el apartamento de la calle Nablus.

—Aquí tampoco está.

—Habría que volver a hablar con Stein, y cuando nos proporcione el número de Shapiro pediremos un listado de llamadas a la operadora telefónica.

—Yo me encargo.

—¿Hay algún documento que podamos revisar, Horowitz? —preguntó la inspectora dirigiéndose de nuevo al doble de Groucho Marx.

—Tengo una docena de recortes de prensa embolsados, puede proceder a examinarlos si lo desea. Aunque hay algo extraño: en ellos no aparecen huellas de ningún tipo. No obstante, procederemos a reconocerlos de nuevo en el laboratorio —respondió el interpelado.

—¿Por qué le parece extraño?

—Porque lo normal es encontrar alguna huella. Las marcas que aparecen normalmente en el papel son de grasa, y para que se hagan visibles es preciso aplicarles unos polvos especiales que se adhieren a ellas. De modo que tendría que haber algunos restos de grasa en estos recortes; sin embargo, no parece haberlos.

—Una chica de la limpieza higieniza la habitación todas las mañanas —intervino Heller.

—Verán, si yo recortara un artículo de un periódico, mis huellas, como acabo de decirles, quedarían impresas a través de la grasa que desprenden mis dedos, salvo en el supuesto de que lo hiciese con unos guantes. Por otro lado, no conozco a nadie que limpie los recortes de prensa, puesto que se me antoja un trabajo inútil. Insisto: en los recortes tendrían que haber restos de grasa, puesto que se supone que han sido manipulados, ora por el señor Shapiro, ora por la limpiadora. No sé si me he explicado con claridad.

—Meridiana —dijo la inspectora.

—Tal vez la mujer de la limpieza trabaje con guantes, como hacen ustedes, Horowitz. Guantes para no contaminar «la escena donde ha de dormir el cliente» —ironizó Heller.

—Sí, es probable que use guantes, pero con todo... En mi opinión, no podemos descartar que estos recortes llegaran aquí con el mismo envoltorio con el que van a

salir, es decir dentro de una bolsa de plástico como esta, y que hubieran sido depositados donde los hemos encontrado con cuidado de que en ellos no quedaran restos o trazas de las huellas de los manipuladores, para lo que hubieron de emplear probablemente unas pinzas. Obviamente, desconozco qué sentido tiene tomarse las molestias de envolver en plástico unos simples recortes de prensa para evitar que en ellos aparezca huella dactilar alguna. Se supone que esos artículos fueron recortados por el propio señor Shapiro, ya que formaban parte de su material de trabajo, de modo que a la fuerza tenían que estar sus huellas impresas en ellos. La única explicación que se me ocurre es que alguien llevara a cabo los recortes y los depositara aquí con el fin de crear una prueba «falsa». En fin, es cosa de ustedes resolver los pormenores de la investigación —se desmarcó Groucho Horowitz.

—Sí, Horowitz, es cosa nuestra —corroboró el sargento empleando un tono claramente corrector.

Esta vez fue Harpo Horowitz quien acercó los documentos mencionados hasta la puerta. Antes de entregarlos, enarcó las cejas y abrió la boca, pero sin decir una sola palabra.

—Harpo se cree Harpo —intervino Heller arrebatándole los documentos embolsados—. Como dice su hermano en la gran pantalla: «Es mejor estar callado y parecer tonto que hablar y despejar las dudas definitivamente».

—Déjelo correr, Lautaro —medió la inspectora.

—Detesto los números de mímica. No soporto a la gente que habla sin palabras.

Del primero al último, los recortes de prensa hablaban de Neturei Karta (vocablos arameos cuya traducción venía a significar «Centinelas de la Ciudad»), una comunidad de judíos ortodoxos que abogaba por el desmantelamiento del Estado de Israel y que, para complicar aún más las cosas, estaba integrada en la Organización para la Liberación de Palestina (OLP).

Asentados en el barrio de Mea Shearim de Jerusalén, los miembros de Neturei Karta defendían que los judíos que vivieran en Israel lo hicieran en coexistencia pacífica con la población árabe y subordinados a la autoridad de esta. Para defender sus tesis citaban el Talmud en el ensayo *Kesubos*, donde se decía que los judíos no debían emplear fuerza humana alguna para crear un Estado antes de que se estableciera la era universal de paz y hermandad, con centro en Jerusalén. En resumidas cuentas, para los Neturei Karta, la creación del Estado de Israel por la fuerza en 1948 había supuesto una violación en toda regla de la voluntad divina. Para los palestinos, por descontado, los miembros de Neturei Karta eran los «judíos buenos».

La mayoría de los artículos de prensa llevaban titulares tan expresivos como: «Neturei Karta: judíos contra el sionismo», «Judaísmo y sionismo son extremos opuestos», «Detened el hambre de los palestinos», o «Murió Moshe Hirsch, rabino antisionista y líder de Neturei Karta».

—¿No me ha dicho que Shapiro andaba investigando el tráfico de órganos en

Israel? ¿Por qué entonces todos los recortes de prensa que guardaba hablan de los Neturei Karta? —preguntó Heller sin ocultar su desconcierto.

—No tengo ni idea, Lautaro. Como no sea que estos tengan algo que ver con el tráfico de órganos...

—Los Neturei Karta son defensores de los árabes. Incluso su líder, el rabino Hirsch, fue ministro para Asuntos Judíos con Yasser Arafat, entre 1994 y 2005. Cada 15 de mayo se manifiestan en ciudades como Nueva York, Washington o Londres para conmemorar la *Naqba* (catástrofe), la expulsión de más de 700.000 residentes árabes de sus tierras entre 1946 y 1948. No tiene sentido que estén utilizando a quienes defienden para extirparles órganos y lucrarse con ello.

—Tiene razón. De todas las organizaciones extremistas que operan en Israel, la última que diría que está relacionada con el tráfico ilegal de órganos es Neturei Karta.

—¿Entonces? —preguntó Heller.

—Es posible que Horowitz tenga razón, y que estos artículos solo pretendan confundirnos —admitió la inspectora—. En ese supuesto, el asesino se ha tomado muchas molestias para que miremos en una dirección. ¿Por qué? Lo desconozco. Está claro que este caso esconde mucho más que la muerte de Romeo y Julieta en su versión de Oriente Próximo, aunque le pese a Goldiak.

—Le pesará, inspectora. Le pesará —concluyó el sargento.

La molición del sargento Heller era comparable a nadar en una piscina de aguas profundas. Otro tanto ocurría con su longitud: había que esforzarse para nadar de un extremo a otro, máxime cuando los gigantescos brazos de su compañero le impedían avanzar con soltura; sus brazadas se enredaban con aquellas extremidades.

Cuando por fin pudo sacar la cabeza del agua y enfrentar su rostro al del sargento, el aliento resollante de este le alcanzó de pleno: una vaharada con sabor áspero, a madera, que se correspondía con el final largo, complejo, con toques de brezo, miel y futas que había tenido el acto sexual. Sí, Heller era uno de esos whiskys de intenso sabor a malta toscos y rudos.

Al tumbarse al lado de su amante y posar la mano en una de sus piernas, descubrió que esta no era tal, sino un descomunal pene. ¡Heller no tenía dos piernas, sino una pierna y un gigantesco pene que hacía las veces de tal! ¡Incluso el prepucio tenía forma de pie!

Miró a su amante entre horrorizada y sorprendida, tratando de zafarse de los brazos que la envolvían. Él le dedicó una pícara sonrisa y la apretó más fuerte contra su pecho, mientras que el enorme pene se enrollaba en torno a su pierna cual serpiente. Tras un largo forcejeo, logró zafarse y escurrirse de la cama.

Se despertó en el suelo, después de que su cuerpo hubiera comprobado su dureza.

Pese al golpe, sintió un gran alivio cuando comprobó que su cama estaba vacía, que todo había sido un mal sueño:

—¡Joder, Sarah, acabas de tener un sueño erótico con Heller! ¿Acaso te estás volviendo loca? —se reprochó a sí misma.

Miró la hora. Eran las dos de la madrugada. Entonces recordó su cita con el camarero, al que había dejado plantado.

—¡Mierda! —exclamó

Antes de sentarse y abrir el ordenador para revisar los artículos de Elijah Shapiro que Moisés Stein, el director del *Israel Digital Star*, había quedado en enviarle, llamó a Ari.

—¿Sarah? ¿Eres tú? —preguntó el camarero tras reconocer su número de teléfono—. ¿Qué pasó anoche? Estuve esperándote más de dos horas en el bar Oriental del hotel King David.

—*Shalom!* Ari, lamento lo de anoche, pero me quedé dormida cuando regresé a casa para arreglarme. Tendremos que posponer nuestra cita para otra ocasión. Hoy no tengo ni un momento libre. Si estás conforme, paso mañana por la cafetería y charlamos.

—Mañana la cafetería está cerrada. Es sabbat.

—¡Oh, claro, es sábado! ¡Tengo tanto trabajo que a veces hasta me olvido del sabbat! —exclamó la inspectora.

—¿Trabajas el sábado? —preguntó Ari.

¿Se trataba de un reproche? Por un momento temió que el joven fuera a enumerarle las treinta y nueve categorías de actividades y las derivadas de estas que estaban prohibidas en sabbat, algo que entraba en contradicción con su aspecto de semental. Pero como solía decirse, las apariencias engañaban a menudo.

—La policía no descansa jamás, porque tampoco lo hacen los delincuentes. Alguien tiene que velar por la seguridad y el descanso de los ciudadanos —dijo con el propósito de tantear las creencias religiosas de su interlocutor.

—Comprendo. Había pensado acercarme a Tel Aviv. Ya sabes... Jerusalén para rezar, Haifa para trabajar y Tel Aviv para divertirse. De vez en cuando me gusta comer contemplando el mar. Han pronosticado que mañana las temperaturas serán inusualmente altas en la costa. Podrías acompañarme —se descolgó el camarero.

Que Ari hablara como el perfecto semental y no como un hombre piadoso le produjo cierto alivio. También le congratuló que tomara por fin la iniciativa, pues demostraba que su interés hacia ella iba en serio. ¿Qué debía hacer?, se preguntó. Viajar con Ari a Tel Aviv suponía romper todas y cada una de las reglas que regían su vida en materia sentimental. Suponía correr el riesgo de implicarse en la relación más de la cuenta. ¿Acaso mostrarse tan temerosa no era un signo de su debilidad, de falta de confianza en sí misma? ¿Por qué no podía permitirse un momento de debilidad sentimental? Por otro lado, se sentía tan halagada como atraída sexualmente por el cuerpo del joven. Además, hacía tiempo que no visitaba Tel Aviv y a ella también le gustaba contemplar el mar, que tanto le recordaba al Mediterráneo de su Algeciras natal.

—Bueno, Ari, tal vez pueda tomarme la tarde libre. Trabajaré hasta las doce...

—¿Dónde quieres que te recoja? —preguntó Ari sin ocultar su entusiasmo.

—Vivo cerca de la Ben Yehuda. Podemos encontrarnos en la puerta de la cafetería donde trabajas. A las doce en punto.

—Hasta mañana entonces.

Elijah Shapiro había entrevistado el 1 de septiembre a Aicha Uazir —así se llamaba la muchacha lapidada en Beit Orot—, después de que la joven, de veintiocho años recién cumplidos, hiciera pública su «apostasía» del islam y su posterior adscripción al movimiento Arabs for Israel. Este había sido creado por Nonie Darwish, hija del teniente general del ejército egipcio Mustafá Hafez, quien en 1951 fundó una unidad de fedayines palestinos con el objetivo de lanzar ataques terroristas contra Israel que se cobraron la vida de cuatrocientos israelíes. En julio de 1956, el general Hafez fue ejecutado, convirtiéndose así en el primer objetivo antiterrorista del ejército de Israel y en el primer mártir de la causa palestina. Su hija Nonie, en contra de lo que podía esperarse, acabó abjurando del islam, se convirtió al cristianismo en 1978 y posteriormente fundó la organización Arabs for Israel, que defendía la existencia de un estado judío en Palestina.

A tenor de la entrevista que Shapiro le había realizado a Aicha Uazir, la vida de la joven tenía ciertos paralelismos con la de su líder. La familia Uazir había sido eliminada de manera selectiva por el ejército de Israel, y también como Nonie Darwish, a pesar de esa circunstancia, desconfiaba de los principios culturales de su propio pueblo, el palestino, y del islam en general, del que había apostatado. No obstante, había un aspecto en la biografía de ambas mujeres que no coincidía: Aicha Uazir había sido obligada a casarse a los dieciséis años con un hombre quince años mayor que ella, quien murió en la operación militar que acabó con su familia al completo. Es decir, era viuda a pesar de su juventud, y había rechazado recibir protección policial pese a haber recibido numerosas amenazas de grupos armados palestinos, que la consideraban una traidora.

La primera pregunta que Shapiro le había formulado a la joven Aicha Uazir tenía que ver precisamente con unas manifestaciones efectuadas por la líder del movimiento Arabs for Israel.

Pregunta: Según Nonie Darwish, bajo la ley islámica (o *sharía*), los castigos incluyen azotes, lapidación, decapitación y amputación de miembros. Abandonar el islam está penado con la muerte. Y si un país musulmán falla a la hora de matar a un apóstata, su muerte está garantizada a manos de las turbas callejeras. Eso hace que el islam, más que una religión, sea una forma de vida, con un sistema legal elaborado para eliminarte si lo abandonas. ¿No siente miedo ante la posibilidad de que le sea aplicada la *sharía*? ¿Por qué ha rechazado la protección policial que le ha sido ofrecida?

Respuesta: Nonie Darwish y otras muchas compañeras abandonaron el islam y siguen vivas. Aunque es cierto que no residen en Israel, con todo lo que eso implica.

No, no tengo miedo. O mejor dicho, dejé de sentir miedo cuando apostaté del islam. Fui educada en el odio a los judíos, en la necesidad de exterminarlos, de arrojarlos al mar. El Corán ve con buenos ojos la muerte de los infieles (2:191), a los que en todo caso hay que combatir y tratar duramente (9:123). Esa clase de ideas sí me daban, y me siguen dando, miedo. En muchos países musulmanes, odiar Israel es la forma de ocultar numerosos problemas de toda índole; por ejemplo la situación de la mujer, que vive sometida al hombre y que según el Corán es inferior a él, de ahí que el esposo tenga derecho a golpearla si es desobediente (4:34). Lo que nos conduce directamente al asunto de los malos tratos, la falta de libertad, la incultura generalizada, la incompetencia de los gobiernos corruptos, la poligamia, el trato a los homosexuales, que están obligados a elegir entre religión o sexualidad... Si para luchar contra estas ideas necesito protección policial, entonces es lo mismo que darles la razón a quienes las ponen en práctica.

Pregunta: Pero su familia fue víctima de los asesinatos selectivos del ejército hebreo. Usted tiene más motivos que nadie para odiar a los judíos.

Respuesta: Los odié durante un tiempo, hasta que comprendí que en Oriente Próximo Israel no es el problema, sino la solución a los conflictos de la región; al menos debería serlo. Como ha señalado nuestra líder Nonie Darwish en numerosas ocasiones, uno de los inconvenientes esenciales de nuestras sociedades radica en el concepto que los musulmanes tienen de la envidia. Envidian el progreso, la democracia, la libertad religiosa, la independencia de las mujeres, que en algunos países islámicos ni siquiera pueden conducir un coche o asistir a la escuela; pero a diferencia de otras confesiones religiosas, para los musulmanes la envidia no es un pecado. En el islam, la envidia es vista como un insulto hacia la persona por la que se siente envidia; es decir, en el islam el pecador no es el envidioso, sino el envidiado. Los islamistas están ciegos por la envidia y no alcanzan a comprender el éxito de Israel. Yo misma viví una larga temporada cegada por esta envidia perniciosa, y no fue hasta que conocí los postulados de Nonie Darwish cuando comprendí que, al contrario de lo que ocurre con los países musulmanes, Israel busca la excelencia y su éxito está basado en la autodisciplina y la educación como formas de mejorar la vida de las personas, de los ciudadanos.

Pregunta: ¿No le parece que su visión es un tanto maniquea?

Respuesta: ¿Maniquea? Aunque lo fuera no le restaría valor. Le daré unos cuantos datos para que entienda a qué me estoy refiriendo. Hay mil cuatrocientos millones de musulmanes en el mundo por tan solo trece o catorce millones de judíos. ¿Sabe cuántos premios Nobel ha generado la cultura musulmana? Siete u ocho; tal vez nueve en total. En cambio, el número de judíos o descendientes de judíos que han sido galardonados con esta distinción asciende a unos ciento setenta. Eso significa que más del 20 por ciento de los premios Nobel han recaído en judíos, mientras que los musulmanes suponen el 20 por ciento de la población mundial y no han logrado siquiera una decena.

»Un territorio tan pequeño como el de Israel cuenta con 3.500 empresas de alta tecnología. Israel es el tercer país del mundo con un mayor número de empresas NASDAQ, la Bolsa electrónica. Es el segundo destino de los fondos de capital de riesgo. Ni que decir tiene que muchos de los inversores de estos fondos son árabes contrarios a la existencia del Estado de Israel; una más de las contradicciones que adornan las relaciones entre árabes e israelíes. Además, Israel presenta el índice de patentes per cápita mayor del mundo, y publica más artículos científicos que ninguna otra nación, 109 por cada 10.000 habitantes. El doce por ciento de sus trabajadores tienen un doctorado universitario, cifra sorprendentemente alta. Si viaja por el desierto, comprobará que ha sido transformado en un vergel donde, por ejemplo, uno puede encontrar naranjas sin pepitas o palmeras enanas que producen diez veces más dátiles que las comunes. A eso me refiero cuando afirmo que Israel, y por extensión todos los judíos del mundo, buscan la excelencia.

Pregunta: ¿Cree entonces que los judíos son más inteligentes que quienes practican la religión islámica?

Respuesta: Reconocerá que su pregunta está cargada de mala intención. En absoluto. Lo que afirmo es que a los musulmanes se les enseña desde pequeños que todos los males y calamidades que asolan sus vidas son obra de los judíos y, por extensión, de Occidente, cuando los verdaderos responsables son quienes los gobiernan, sátrapas en su gran mayoría, que propician y favorecen que sigan viviendo en la ignorancia, de espaldas a cualquier avance que pueda poner en peligro los privilegios de las clases dominantes. Si en los países musulmanes no hay más premios Nobel es por culpa de sus gobernantes y el uso que estos hacen de la religión, y no por una cuestión de capacidad o inteligencia. Hay un detalle que todo el mundo pasa por alto y que resulta crucial para entender la situación. *Islam* significa literalmente «sometimiento». Partiendo de esta premisa, es comprensible que la religión sea el primer instrumento que los gobernantes de los estados musulmanes emplean para sojuzgar a sus respectivos pueblos. La radicalidad religiosa no se encuentra en la circunstancia de que una comunidad profese una determinada creencia, sino en el hecho de que la política y la vida civil estén sometidas a ella. ¿En qué país árabe o musulmán está implantada una verdadera sociedad del conocimiento? Dígame uno. Tal vez usted lo conozca. ¿Siria, Irán, Irak, Jordania, Afganistán, Arabia Saudí? Los árabes, y por extensión los países musulmanes, todavía no han comprendido que el arma más poderosa de todas es el conocimiento, muy por encima del odio. Sin embargo, prefieren seguir odiando, darle la espalda al progreso...

Pregunta: ¿Cuál es la solución desde su punto de vista? ¿Cómo podrían los países musulmanes revertir esta situación?

Respuesta: Partiendo del hecho incuestionable de que la religión islámica tiene un enorme peso sobre la mayoría de los países donde se practica, la solución debería pasar por acometer una reforma religiosa desde dentro. Una reforma del islam. Algo

que, a día de hoy, resulta muy difícil. Hace siglos, Europa sufrió el mismo problema, pero el Humanismo primero y la Ilustración más tarde se encargaron de separar religión y Estado. Entre Jesucristo y Mahoma median seis siglos, que en mi opinión son los que el islam lleva de retraso.

Pregunta: Habla de la necesidad de reformar el islam, pero ¿qué me puede decir del sionismo, no habría también que revisarlo?

Respuesta: Básicamente habría que olvidarse de él, rechazarlo como fórmula de futuro, pues el sionismo es igualmente discriminatorio y racista. Israel se equivocaría si sigue profundizando esa vía. Se trata de un callejón sin salida.

Pregunta: ¿Qué opina de la política de Israel para con los palestinos? ¿Le parece que se está haciendo todo lo posible por solucionar el conflicto entre ambas comunidades?

Respuesta: Es evidente que no. Si algo se le puede reprochar a Israel es que no haya sabido tutelar el desarrollo del pueblo palestino. Israel anhela la excelencia, pero eso no significa que la haya alcanzado. Ciento setenta premios Nobel no convierten una sociedad en justa. Israel debe ser un padre para Palestina, un padre que enseñe y eduque a su hijo y lo libere cuando este haya alcanzado la mayoría de edad y esté en disposición de gobernar su propio futuro. Antes ha de velar porque ese hijo no vaya con malas compañías, Hamás por ejemplo. Pero nada de eso se ha logrado. La política de Israel para con los palestinos es torpe y obtusa, y carece de comprensión y de generosidad. En mi opinión, parte del problema del conflicto árabe-israelí está en el hecho de que son hombres quienes llevan siempre la voz cantante en las negociaciones de paz. Dada la actual situación de radicalidad de las dos partes, creo que la solución al conflicto árabe-israelí pasa porque sean las mujeres las que tomen la batuta. Es hora de un cambio.

Pregunta: ¿Por qué cree que las mujeres están en mejor disposición que los hombres para cambiar las cosas?

Respuesta: Porque son nuestros hijos, los de los dos bandos, los que mueren. Porque nosotras les damos la vida.

Pregunta: También son hijos de sus padres.

Respuesta: Sí, lo son, sin duda, pero nuestros hombres son demasiado orgullosos, creen que la tierra no se puede compartir, ni el agua, ni la simiente de los campos o las frutas de los árboles. Los hombres no están dispuestos a ceder, y la solución pasa precisamente por conceder, por renunciar.

Pregunta: En 1946, antes de la creación del Estado de Israel, Palestina había adoptado el sufragio femenino. Sin embargo, una vez Israel se convirtió en la fuerza dominante en la zona, las mujeres se negaron a utilizarlo. Da la impresión de que la mujer palestina ha tenido también su momento de gloria, si me permite emplear esa expresión.

Respuesta: Sí, así es, pero se trata de una gota de agua en el océano. El sufragio femenino es imprescindible en una sociedad avanzada y democrática, sin duda, pero

también lo es que las mujeres palestinas gocen de una verdadera igualdad y no sufran malos tratos. Una cuarta parte de las palestinas ha padecido algún tipo de abuso por lo menos una vez en su vida. Y no solo de sus maridos, también de sus padres y hermanos. No hay cifras oficiales, ya que las mujeres golpeadas por sus maridos, padres o hermanos no denuncian las agresiones. Asumen sus padecimientos como «derechos del hombre», así que ni siquiera se sienten víctimas. ¿Sabía que el 60 por ciento de los varones palestinos está de acuerdo en que el marido violento no es el único responsable de su comportamiento? Según estos, si la mujer maltratada conociera sus límites y cómo evitar al marido, este no la maltrataría. ¿Qué sociedad que quiera avanzar puede aceptar esta clase de mentalidad? Le daré otro dato que pone de manifiesto el grado de desigualdad de la sociedad palestina: la familia de un terrorista suicida varón recibe un estipendio mensual de cuatrocientos dólares, mientras que si se trata de una mujer suicida, la cantidad se reduce a doscientos dólares. Por no mencionar que existe una manifiesta desigualdad con respecto a las mujeres que quieren trabajar o convertirse en empresarias en cuanto a los derechos sobre la propiedad y la herencia, el acceso al crédito y la responsabilidad penal. Los jueces palestinos son en realidad autoridades islámicas, de modo que, en la mayoría de los casos, no reconocen los derechos civiles básicos de las mujeres. De manera que la reforma de la que antes hablé habrá de implementar leyes civiles que estén por encima de la ley islámica.

Pregunta: ¿Qué opina de las mujeres musulmanas que critican su postura y aseguran que el Corán garantiza la igualdad entre hombres y mujeres?

Respuesta: Que mienten. El Corán (4:34), reza: «Los hombres tienen autoridad sobre las mujeres porque Alá los ha hecho superiores a ellas». En otro pasaje (2:223) se dice: «Vuestras mujeres son vuestro campo de cultivo; id, pues, a vuestro campo de cultivo como queráis». Sin olvidar este otro: «Las mujeres virtuosas son las verdaderamente devotas, que guardan la intimidad que Alá ha ordenado que se guarde. Pero aquellas cuya animadversión temáis, amonestadlas, y luego dejadlas solas en el lecho; por último, pegadles». Eso dice el Corán. Pero si quiere más ejemplos de la igualdad entre sexos y el respeto de los hombres hacia sus mujeres, aquí enumero unos cuantos proverbios y dichos muy extendidos en el mundo árabe: «La mujer es una vergüenza, si sale de casa se apodera de ella el demonio, y se encuentra más próxima a Dios cuando está metida en el fondo de su casa», o «La mayor parte de la población del infierno está compuesta por mujeres». O esta otra: «No conocerán el éxito aquellos que confían su destino a una mujer». Es obvio que no todos los hombres de nuestros países piensan así, pero desgraciadamente quienes sí lo hacen son precisamente aquellos que detentan el poder religioso y político.

Pregunta: ¿Es partidaria de un Estado o de dos?

Respuesta: Lo ideal sería un solo Estado laico donde judíos, árabes y cristianos pudieran vivir en convivencia en el marco de una democracia parlamentaria que garantice los mismos derechos para todos los ciudadanos. Pero a día de hoy, la idea

de un solo Estado no es más que una utopía. El odio entre ambas comunidades ha erosionado el terreno, ha creado un valle demasiado profundo, infranqueable. De modo que el final de esta historia será la creación de dos países independientes, tal y como dictaminó la ONU en su día.

Pregunta: ¿Es cierto que, como Nonie Darwish, la líder del movimiento Arabs For Israel al que usted pertenece, se ha convertido al cristianismo?

Respuesta: No, no lo es. Yo no he cambiado el islam por el cristianismo. Simplemente, he dejado de creer en Dios, o mejor dicho, nunca he creído en él, aunque crecí en la obligación de temerlo. Para mí, Dios es el máximo exponente de la superstición humana y, en consecuencia, no existe. El Dios que nos presentan las grandes religiones monoteístas del mundo se parece más a un justiciero que actúa empleando la coacción y la amenaza, por lo que se ha de colegir que son los hombres los que se esconden detrás de su figura. Mahoma era ante todo un guerrero que tuvo la habilidad y la fuerza de transformar unos postulados políticos en una religión. Una religión que, como todas, fue impuesta por la fuerza, a base de conquista. En ese sentido, todas las religiones son imperialistas.

Pregunta: ¿Qué planes tiene para el futuro?

Respuesta: Me gustaría inscribirme en el Consejo Central de Ex Musulmanes, fundado en Alemania en 2007, que cuenta con sedes en Reino Unido, Holanda y Escandinavia. El consejo fue instituido por treinta ex musulmanes entre los que se encuentran Mina Ahadi, condenada a muerte en Irán, o la escritora Arzu Toker. Mi intención es que el movimiento abra una sede aquí en Jerusalén, de la que yo sería responsable. Dios ha muerto y me gustaría poder explicarles a los musulmanes de esta tierra que ha llegado el momento de que cada uno asuma la responsabilidad de su propia vida.

Pregunta: Antes de terminar, ¿quiere añadir algo más?

Respuesta: Como declaró Arzu Toker, vicepresidenta del Consejo Central de Ex Musulmanes: «Me declaro fuera del islam porque es misógino y convierte a las mujeres en objetos y a los hombres en enloquecidas máquinas de matar». Mi deseo es que todos los hombres y mujeres del mundo que profesan la religión musulmana suscriban este mensaje algún día.

Hacia cuatro o cinco meses la joven Aicha Uazir había gozado de cierto protagonismo en los medios de comunicación israelíes, de ahí que a la inspectora le sonara tanto su rostro. Había visto su fotografía en algunos periódicos locales y nacionales. Hacer pública su apostasía del islam había reabierto un viejo debate en la sociedad hebrea: el de los palestinos que querían seguir siendo gobernados por los israelíes, que no confiaban en su clase política, salpicada por la corrupción, y repudiaban el modelo de vida musulmana, que consideraban más propio de la Edad Media que de una sociedad comprometida con el progreso y la libertad. Eran más de los que cabía pensar los palestinos que tenían del mundo una visión más amplia y

abierta. Incluso existían estadísticas que corroboraban la presencia de un buen número de palestinos contrarios a la creación de un Estado palestino independiente por temor a la influencia que la República Islámica de Irán pudiera ejercer sobre el mismo, tal y como había ocurrido en Gaza con Hamás. Obviamente, estos palestinos no se significaban por temor a posibles represalias.

Tras repasar el texto una segunda vez, la inspectora imaginó que la relación entre Elijah Shapiro y Aicha Uazir había comenzado a raíz de aquella entrevista publicada en el *Israel Digital Star*. No obstante, ambos personajes parecían habitar mundos completamente distintos desde el punto de vista ideológico. Shapiro era un periodista de la izquierda más combativa, por decirlo así, que criticaba abiertamente el trato que el Estado de Israel dispensaba a los palestinos, ya fueran residentes en el territorio nacional o en los Territorios Ocupados. El periodista era un acérrimo defensor de la retirada judía de Judea y Samaria, y también de Gaza, así como del abandono de la política de asentamientos. Por el contrario, la joven Uazir defendía la supremacía de Israel en la zona, a pesar de pertenecer a una de las familias palestinas más hostiles contra el Estado de Israel. En cierto sentido, ambos habían traicionado a sus respectivos pueblos por «aliarse» con el enemigo, con la parte contraria. El judío que defendía a los palestinos y la palestina que era partidaria de los judíos: el mundo al revés. ¿Qué podían haber visto el uno en el otro?, se preguntó la inspectora. Claro que esa era la primera de una larga lista de preguntas que por ahora no tenían respuesta. ¿Por qué y quién había lapidado a Aicha Uazir? ¿Quién y por qué había apuñalado al periodista del *Israel Digital Star*? Entre ambos crímenes habían transcurrido unas pocas horas. ¿Ambos asesinatos tenían el mismo móvil? ¿Se trataba de una casualidad? ¿Había sido lapidada Aicha Uazir a manos de un grupo de radicales islámicos por haber hecho pública su apostasía del islam? ¿Había sido Elijah Shapiro asesinado por su investigación de las organizaciones israelíes que se dedicaban al tráfico ilegal de órganos humanos? ¿Por qué Shapiro acumulaba en la habitación del hotel Hashimi numerosos artículos de la organización Neturei Karta, contraria al Estado de Israel y favorable a que los judíos vivieran sometidos a la Autoridad Palestina y no al contrario? ¿No aseguraba Moisés Stein que estaba investigando el tráfico de órganos en Israel? ¿Se trataba de pruebas falsas, como indicaba el hecho de que en los recortes de prensa hallados en el hotel Hashimi no hubiera huellas? En algunas de las respuestas a estas preguntas tenía que encontrarse el elemento de yuxtaposición que explicara el caso en su conjunto.

La vertiente calculadora del comisario Goldiak dio paso a un semblante crispado cuando la inspectora Toledano expuso los pormenores de la investigación, la identidad de la joven lapidada en Beit Orot y su relación con el periodista Elijah Shapiro. Era obvio que el hecho de que la víctima de la lapidación fuera una palestina que se había confesado públicamente amiga de Israel lo cambiaba todo. Aunque el hecho objetivo de la lapidación seguía siendo una buena baza propagandística. Además, si lograban demostrar que existía un móvil común entre ambos crímenes (lo que por otra parte parecía lo más lógico), volverían a tener a Romeo y Julieta, un Romeo judío, eso sí, pero con pedigrí: miembro destacado de esa grey que formaban los periodistas progresistas, los mismos que se arrogaban una autoridad moral sobre el resto de la sociedad que los situaba por encima del bien y del mal a la hora de valorar (diríase enjuiciar) cualquier asunto. De la misma manera que los ortodoxos veneraban a Yahvé hasta las últimas consecuencias, la sociedad laica progresista israelí también tenía su propio Dios: la llamada prensa libre, capaz de agitar las conciencias de los ciudadanos a través de la denuncia y la proclamación de «la verdad». ¿Acaso la llamada «prensa libre» no se comportaba como una confesión religiosa, con sus apóstoles y postulados? ¿No eran los periódicos como púlpitos? ¿No escondía todo artículo de opinión un sermón, un adoctrinamiento? Por supuesto. ¿Qué dirían los izquierdistas cuando supieran que Elijah Shapiro mantenía una relación sentimental con una palestina proisraelí a la que su pueblo, en aplicación de la ley islámica, había lapidado? La fotografía de la pareja abrazada en la terraza del hotel Hashimi hablaba por sí sola. Desde luego, los ingredientes del caso no tenían nada de insípidos.

—Parece que todo está más o menos claro —se pronunció el comisario al tiempo que, siguiendo su costumbre, depositaba el encendedor Zippo sobre la mesa, después de haberlo abierto y cerrado mientras reflexionaba.

—Menos que más —intervino Heller.

Goldiak le dedicó una expresión desdeñosa.

—Nadie le ha pedido su opinión, sargento, así que no vuelva a interrumpirme. Su misión es hablar en la calle, encontrando pruebas y deteniendo a los culpables. A falta de los detalles, el caso, insisto, parece bastante claro. La señora Uazir era viuda y había apostatado del islam, por lo que fue lapidada en cumplimiento de la ley islámica. En cuanto a quiénes pueden estar detrás del crimen, centraremos la investigación en la familia del que fuera su marido... Ahora mismo no tengo aquí su nombre...

—¿Y qué pasa con Shapiro? —preguntó la inspectora aprovechando el lapsus del

comisario.

—Se acostaba con una adúltera y una apóstata, por lo que también merecía morir.

Goldiak hablaba como si estuviera desgranando el guión de una película del que fuera responsable.

—Pero no murió lapidado —objetó la inspectora.

Siguiendo su costumbre, el comisario rumió el argumento de la inspectora antes de pronunciarse.

—No tenía por qué. No profesaba la religión musulmana. Se metió donde nunca debió meterse y se convirtió en una víctima colateral —argumentó mientras abría y cerraba el encendedor con una sola mano.

Heller estuvo a punto de decir que la hipótesis de Goldiak no era más que la versión de los hechos que quería que difundiera la prensa, pero prefirió callarse.

—¿Y qué hay del asunto de la investigación periodística que estaba llevando a cabo? —inquirió la inspectora.

—Stein le dijo a usted que Shapiro andaba investigando el tráfico de órganos, y lo que encontramos en la habitación de ese hotel eran recortes de prensa y notas referentes a los Neturei Karta, una organización que defiende a los árabes y, en consecuencia, está libre de ser sospechosa de traficar con órganos de palestinos pobres. Por otra parte, sabemos que Shapiro se hizo fotografiar junto a la joven de Beit Orot hace cosa de dos o tres semanas, ergo lo más lógico es que ambos crímenes tengan el mismo móvil. Imaginemos que la familia del marido de la joven Aicha Uazir la seguía para vengarse de ella por haber hecho pública su transformación ideológica y religiosa, y que en el transcurso del seguimiento descubrieron que mantenía una relación carnal con un judío, lo que provocó que la ira aumentara en todos ellos.

—¿Puedo intervenir? —solicitó Heller.

—Hable, sargento —autorizó el comisario, convencido de que su argumentación carecía de grietas.

—Estamos dando por hecho que el caso de tráfico de órganos que investigaba Shapiro tenía que ver con palestinos pobres que eran captados a través de la prensa, pero tal vez no fuera así.

—¿A qué se refiere, sargento?

—Tal vez Neturei Karta esté traficando con órganos procedentes de seres humanos pertenecientes a otras nacionalidades. Los donantes no tienen que ser obligatoriamente árabes pobres. Más de un cuarto de la población mundial vive por debajo del umbral de la pobreza.

En esta ocasión, el comisario manifestó su disconformidad parpadeando repetidas veces y cogiendo de nuevo su encendedor. Tras unos segundos, dijo:

—Usted, como siempre, ampliando horizontes. No voy a negar que tiene capacidad para la deducción, sargento, lo cual es importante en la labor policial; sin embargo, su forma de aplicarla presenta un grave defecto: en vez de acotar los casos

hasta centrarlos, tiene el mal hábito de ampliarlos hasta convertirlos en inabarcables. Si los Neturei Karta se dedicaran al tráfico de órganos, ya fuera con árabes empobrecidos o con ciudadanos de otras nacionalidades, y Shapiro hubiera encontrado alguna pista, ¿quién lapidó entonces a Aicha Uazir y por qué motivo? Francamente, cuando una pareja de novios muere asesinada en el plazo de veinticuatro horas, creo que lo más razonable es suponer que ambos asesinatos están relacionados. Por no mencionar la opinión de los Horowitz. Los recortes de prensa que han aparecido en la habitación de Shapiro están limpios de huellas, lo que nos invita a pensar que fueron llevados ex profeso.

—En cualquier caso, seguimos sin saber por qué Shapiro se disfrazaba de árabe; aunque lo que está claro es que su forma de vestir no tenía nada que ver con su relación con Aicha Uazir, dada la aversión de esta por su cultura y la ropa que lleva puesta en la foto del hotel Hashimi. En mi opinión, este asunto requiere que lo contemplemos con una mayor amplitud de miras —insistió Heller.

—Sargento, el caso aún no está resuelto y, en consecuencia, no dispongo de todas las respuestas. Eso no quita para que le recuerde que nuestra misión no consiste en contemplar la infinitud del paisaje, sino en fijar nuestra atención en los detalles, para seguir utilizando el mismo símil de su amplitud de miras. Es lo primero que nos enseñan en la academia de policía. Se supone que cuando uno jura frente al Muro de las Lamentaciones, ya ha asimilado ese principio básico. El truco consiste en pasar de lo general a lo particular, y no de lo general a lo universal, puesto que el universo resulta inabarcable. Claro que en toda comisaría tiene que existir la figura del policía creativo. Sea como fuere, lo cierto es que siempre que tenemos que debatir sobre un caso, me acaba por incomodar tanto como lo haría encontrarme un pelo en la sopa.

El comisario Goldiak llevó a cabo su invectiva al tiempo que abría y cerraba el encendedor Zippo imprimiéndole un mayor ímpetu, en un signo evidente de que a falta de un cigarrillo que prender era él quien estaba a punto de encenderse.

Por muy judío asquenazí que fuera, Heller seguía siendo un hijo de emigrantes centroeuropeos afincados en Argentina, no era un *sabras* y en consecuencia su pedigrí no podía competir con el del comisario, cuyo abuelo había sido un héroe de la guerra de Liberación del 48. Otro tanto ocurría con su padre, quien había tomado parte en la guerra del 67 como miembro destacado de la brigada paracaidista comandada por el general Mota Gur, que había ocupado la Ciudad Vieja de Jerusalén. De hecho, Goldiak solía jactarse de que habían sido miembros de su familia (al parecer dos tíos suyos, además de su progenitor, habían tomado parte en la misma misión) quienes habían arrebatado Jerusalén Este a los jordanos. En lo que a él concernía, no había llegado a las cotas de heroísmo de su abuelo o de su padre; en cambio, se había mostrado como un hábil conspirador y un diestro manipulador, siempre en pos de la causa hebrea. Aseguraba haber adquirido estas habilidades en 1982, tras lo ocurrido en los campos de refugiados de Sabra y Chatila, en el Líbano, donde miles de palestinos fueron masacrados por falangistas libaneses con la

acquiescencia de las fuerzas de defensa israelíes, que evidenciaron una pasividad cómplice. En aquellos días Goldiak realizó un valioso descubrimiento: que la política era el mejor lugar para ocultar la verdad, tan perjudicial a veces para los intereses de cualquier Estado. Desde entonces, su fama de hombre atrabiliario de fuerte carácter no había hecho más que aumentar.

—Llamaré al *Israel Digital Star* para preguntar si conocen la dirección de Aicha Uazir —intervino la inspectora con el propósito de poner fin a la disputa.

—Y pónganse en contacto con los miembros del Shabak que trabajan aquí, en el Complejo Ruso, para que les ayuden a encontrar a la familia del marido de la joven. Quiero que los interroguen, y quiero resultados —ordenó Goldiak.

El llamado «Complejo Ruso» estaba compuesto por varios edificios anejos a la catedral de la Santísima Trinidad, que antaño había sido el lugar de reunión de los peregrinos de origen ruso. Dentro del complejo, la policía ocupaba una antigua hospedería con capacidad para albergar a trescientos huéspedes y que había sido transformada en la comisaría central de Jerusalén. El recinto, articulado en torno a un patio y conocido como Hostal de los Hombres o Patio Elizabeth, tenía unas dependencias controladas directamente por el servicio israelí de Prisiones, y en la práctica funcionaba también como centro de interrogatorio del Shabak, los Servicios Generales de Inteligencia, que se ocupaban entre otros menesteres de los detenidos palestinos.

—Creo que también deberíamos investigar de manera discreta a los Neturei Karta. Comprobar si sus actividades están dentro de la legalidad —sugirió la inspectora.

—También los del Shabak pueden echarnos una mano en ese asunto. Pónganse manos a la obra, y manténgame informado —concluyó Goldiak.

—¡Maldito Mr. Shum! —exclamó Heller una vez hubieron abandonado el despacho del comisario.

Ese era el apodo de Goldiak entre sus subordinados, *shum* significa ajo en hebreo, y lo llamaban así por la afición del comisario por este bulbo. Todo lo que comía lo condimentaba con ajo, incluso aquellas salsas picantes como el *skhug* o la harissa, o platos como el hummus, que tenían el ajo como ingrediente.

—Lautaro, tómeselo como algo personal. No le dé más vueltas: usted no es del agrado del comisario; de la misma manera que a usted tampoco le cae bien él. Esas cosas ocurren todos los días. Sus desencadenantes son la tensión del trabajo y el roce: demasiada responsabilidad y demasiada cercanía suelen propiciar un antagonismo creciente. Goldiak se desahoga con usted; y usted hace lo propio con él. Pero le aseguro que debajo de sus palabras sigue pensando que es usted un excelente policía —contemporizó la inspectora.

—¡Llamarme policía creativo! ¡Será boludo fraccionado, boludo sangre azul,

boludo obelisco, boludo eclesiástico! Como dice ese proverbio: «El orgullo suele ser la máscara de los defectos». El de Mr. Ajo es la careta tras la cual oculta todas sus carencias —concluyó iracundo Heller.

Acababan de dar las once de la noche cuando la inspectora Toledano y el sargento Heller lograron que el portero del inmueble les abriera la puerta de la vivienda de Aicha Uazir, un apartamento sito en un lujoso complejo residencial del barrio de Mamilla, que unía la ciudad vieja con el distrito de Rehavia. Una suerte de Rodeo Drive angelino en pleno corazón de Jerusalén que se había materializado a partir de 2007, cuando la municipalidad dio vía libre al proyecto de crear una área de viviendas exclusivas en torno al Museo de la Tolerancia, proyectado sobre el solar del viejo cementerio musulmán de Mamluk. Como había proclamado en todos los medios de comunicación locales uno de los responsables de la inmobiliaria Alrov Real Estate Company Ltd., impulsora del proyecto, Mamilla iba a conectar el pasado con el futuro, lo viejo y lo nuevo, y representaba la esperanza de abrir una ventana a la paz, a la prosperidad económica y el desarrollo. Lo cierto era que la zona se había convertido en una área inaccesible para la mayoría a tenor de los altos precios, y sus propietarios eran principalmente inversores extranjeros que pasaban un par o tres meses al año en Jerusalén.

—¡Guau! No está nada mal la choza para tratarse de una huérfana y viuda palestina que ni siquiera había cumplido los treinta años —observó el sargento.

—No, no está nada mal —corroboró la inspectora.

—Imagino que la hipoteca correrá a cargo de alguna de las organizaciones sionistas que necesitan a una vocera como Aicha Uazir para proclamar las bondades del Estado de Israel —insinuó Heller.

—Quién pague la hipoteca no es cosa nuestra, salvo que esté implicado en la muerte de la joven. En ese supuesto la cosa cambia. En cualquier caso, tendremos que echarle un vistazo al estado de sus cuentas bancarias.

—OK. ¿Imagina el disgusto que iba a llevarse Goldiak si un día de estos viera en *Haaretz* o en cualquier otro periódico el siguiente titular?: «Banquero judío lapida a morosa palestina por impago de hipoteca».

—Déjese de ironías, Lautaro; centrémonos en registrar este apartamento a fondo.

Un reflejo procedente de la sala de estar los puso sobre aviso. Siguiendo su costumbre, Heller desenfundó el arma y tomó la iniciativa encogiendo los hombros y flexionando las piernas lo suficiente para poder avanzar dando grandes zancadas.

—¡La puta que lo parió! ¡Perdone el lenguaje, inspectora! ¡Es el televisor! —exclamó al tiempo que pasaba la mano izquierda por el lomo del aparto. El reflejo de las imágenes iluminó su rostro, que adquirió una palidez catódica—. ¡Está ardiendo! Lleva encendido varios días.

—Lo más probable es que cuando oyera el timbre de la puerta, la joven bajara el

volumen y fuera a ver quién era —razonó la inspectora.

—No pretendo causar un nuevo Big Bang en el universo, siguiendo la teoría del policía creativo del comisario Goldiak, pero si alguien hubiera obligado a la señorita Uazir a salir de la vivienda a la fuerza, el portero del inmueble se habría dado cuenta y nos lo habría contado. Por no hablar de las cámaras de seguridad que hay en las zonas comunes.

—Tiene razón, sargento. Lo que nos lleva a pensar que si se dejó el televisor encendido y sin volumen fue porque recibió una llamada telefónica.

—Una llamada urgente que le hizo olvidarse del televisor. Bajó el volumen y abandonó a toda prisa el apartamento. Solicitaré un listado de llamadas a la compañía telefónica y bajaré a hablar con el portero. Pediré también unas tazas de café.

—Me parece buena idea, Lautaro.

—¿Llamo a los Horowitz?

—Lo siento por ellos, pero necesitaremos comprobar si hay huellas en la vivienda. Sí, llámelos.

Heller esgrimió una sonrisa, complacido ante la perspectiva de fastidiarles la noche del viernes a los hermanos Marx.

—Seguro que están viendo la televisión —dijo—. Están emitiendo un programa de humor que es la sensación de la temporada. ¿Lo ha visto alguna vez, inspectora?

—Estoy demasiado ocupada para ver la televisión, Lautaro.

—Este programa es distinto. Es humor inteligente, tanto que ya hay a quien le escuece. A menudo se mofan de la propia idea que tenemos los judíos de nosotros mismos. ¿Me permite que suba el volumen un instante? Así se hará una idea más precisa.

—Haga lo que quiera, sargento, siempre y cuando no comprometa una posible huella.

—No se preocupe.

Heller sacó uno de los faldones de su camisa, envolvió el mando a distancia como si se tratara de una panocha de maíz y procedió a subir el volumen del televisor con sumo cuidado con una de las puntas.

Unos humoristas disfrazados de niños cantaban en una aula escolar: «Israel no tiene con quien hablar sobre paz», «Desmantelar los asentamientos no lleva a la paz», «El ejército de Israel es moral», «Denles Cisjordania y querrán Haifa». A continuación, la maestra señalaba Israel (un lugar minúsculo) en el mapa y preguntaba a los alumnos: «¿Cómo llamamos al resto del mundo?» Estos respondían al unísono: «Antisemitas».

Risas.

—Llamaré a los Horowitz. Bajo a hablar con el portero —concluyó el sargento.

Una vez a solas, la inspectora escrutó el apartamento sin tocar nada, pero tratando de

descifrar el significado de cada detalle, de cada objeto. Lo primero que llamaba la atención era la decoración, que cualquiera hubiera calificado de occidental, pues carecía del carácter dulce y caluroso de los ambientes orientales. Nada de cómodos y coloristas cojines, pufs acolchados, tejidos sedosos, lentejuelas, bordados, espejos, mesas bajas o bandejas de cobres tan característicos en las casas árabes; todo lo contrario. La decoración era extremadamente austera, casi minimalista, y los pocos objetos que la componían eran de factura moderna, de líneas rectas y colores suaves. También llamaba la atención la ausencia de fotografías, un detalle que ponía en evidencia la ruptura (o el desencuentro) de la joven con su pasado. No obstante, había algo artificial en el conjunto, cierta frialdad impostada, la falta de un toque personal. El rincón más cálido no se encontraba en el dormitorio principal, sino en uno de los ambientes del salón-comedor, donde Aicha Uazir había instalado un pequeño estudio y tapizado un lienzo de pared con corchos de los que, gracias a un sinfín de chinchetas de colores, pendían numerosos papeles y recortes de prensa. Uno de los textos que colgaban a la vista era un manifiesto de la organización pacifista y feminista Bat Shalom, formada por mujeres tanto israelíes como palestinas, que llevaba años luchando por una paz justa entre Israel y sus vecinos árabes y abogaba por la coexistencia de dos Estados independientes, con Jerusalén como capital de ambos.

La propia inspectora seguía con curiosidad y simpatía las actividades y actos que programaba dicha organización, pues si algo había quedado meridianamente claro era la incapacidad manifiesta de los hombres, sumidos en un sempiterno machismo vociferante, a la hora de resolver el conflicto árabe-israelí. ¿Por qué no concederles una oportunidad a las mujeres, tal y como reivindicaban desde Bat Shalom? Desde que recibiera el disparo en el *checkpoint* de Hebrón, veía las cosas desde otra perspectiva. No creció en ella el odio hacia los árabes, tal y como podía esperarse, sino la voluntad de justicia. Fue capaz de ver en su sufrimiento el dolor ajeno y, en consecuencia, comprender que la violencia (incluida la que ella misma había practicado) era la respuesta más simple e ineficaz para resolver los problemas. Las balas y bombas mataban cuerpos, segaban vidas, pero no podían acabar con el espíritu de supervivencia de un pueblo, menos aún de dos. Ahora creía conocer mejor el dolor humano y, por lo tanto, se consideraba una mujer de paz. De modo que en algunos puntos sus opiniones coincidían con las de la organización Bat Shalom.

En cierto sentido, su camino había sido el inverso al de Aicha Uazir. Es decir, de la misma manera que la joven Aicha había acabado identificándose con la postura de Israel a pesar de haber perdido a toda su familia a manos del ejército israelí, ella comprendía ahora mejor las reivindicaciones de los árabes después de haberlos maltratado y de haber sido herida por uno de ellos.

El texto en cuestión contenía una petición de la organización fechada el 6 de octubre del año 2000, que la inspectora había leído con sumo interés cuando se hizo público. Rezaba:

¡DEJADNOS HABLAR! ¡DEJADNOS ACTUAR! ¡ES NECESARIO QUE LAS MUJERES HABLEN!
¡ES NECESARIO QUE ACTÚEN!

Sabemos que dos pueblos son perfectamente capaces de vivir en este país. Sabemos que nuestros hijos se merecen una vida digna y en paz. No queremos que maten a nuestros hijos ni que se conviertan en asesinos. Tenemos que poner fin a esta locura. Tenemos que hacer que cesen los actos violentos.

¡ES NECESARIO QUE LAS MUJERES HABLEN! ¡ES NECESARIO QUE ACTÚEN!

Los hombres nos dicen que no tengamos miedo. Nos piden que seamos fuertes. Tenemos miedo y queremos que ellos también tengan miedo, como nosotras. No queremos ser fuertes. No queremos que se crean tan fuertes como para hacer que desaparezca la nación enemiga, o que sea derrotada y deshonrada. Queremos que todos tengan derecho a vivir en paz y dignamente.

Queremos compartir los recursos de esta tierra: el agua, los viñedos y los lugares santos. Podemos perfectamente compartir Jerusalén. Toda esta región puede ser compartida entre dos naciones iguales e independientes. Israel no puede ser dueño de la vida de los palestinos. Ni Palestina e Israel pueden creer que es posible lograr la paz mediante la fuerza y la violencia.

¡ES NECESARIO QUE LAS MUJERES HABLEN! ¡ES NECESARIO QUE ACTÚEN!

Las mujeres palestinas e israelíes hablan juntas de su futuro desde hace años. Miles y miles de mujeres de todo el mundo apoyan nuestra visión de la paz. Hasta ahora hemos permanecido calladas. A partir de ahora es hora de gritar, es hora de que se nos oiga.

¡ES NECESARIO QUE LAS MUJERES HABLEN! ¡ES NECESARIO QUE ACTÚEN!

Dejad que las mujeres hablen el lenguaje de la razón, puesto que los hombres son incapaces.

Las mujeres no dispararán, hablarán. Hay demasiados hombres con egos desmedidos involucrados en el incendio de esta tierra.

Dejad hablar a las mujeres, podemos traer la paz.

Necesitamos que la comunidad internacional forme grupos de mujeres procedentes de todos los rincones de la tierra para crear los Women's Peace Corps, un organismo internacional de mediación compuesto por mujeres que escuchen y encuentren una solución a los problemas.

¡ES NECESARIO QUE LAS MUJERES HABLEN! ¡ES NECESARIO QUE ACTÚEN!

Dejad que intervengan las mujeres. Hasta ahora los hombres no han hecho nada bueno. Hablan de una seguridad basada en la fuerza. Sabemos que la seguridad

implica entenderse bien con los vecinos.

¡ES NECESARIO QUE LAS MUJERES HABLEN! ¡ES NECESARIO QUE ACTÚEN!

Nos sentimos tristes, estamos indignadas y tenemos miedo.

Es necesario que las mujeres hablen antes de que sea demasiado tarde.

Sobre la mesa del escritorio, junto a un portátil Acer, descansaban varios libros, uno de ellos de Nonie Darwish y se titulaba *Ahora me llaman infiel*. Era una suerte de bestseller de la apostasía, algún que otro recorte de prensa y un cuaderno Moleskine cerrado con una banda elástica.

Estaba buscando la forma de abrirlo sin complicar el trabajo de los de la científica cuando Heller hizo acto de presencia también con su cuaderno de notas abierto. Era como ver a un gorila acunando a una hormiga entre sus toscas manos.

—El portero asegura que la última vez que vio a la señorita Uazir fue hace cuatro días, a eso de las nueve de la noche —dijo cuando hubo comprobado que la inspectora se había percatado de su presencia—. Había regresado a casa a las siete y media, y volvió a salir una hora y media más tarde. No vio nada extraño en su comportamiento. Vestía ropa informal, una sudadera y zapatillas de deporte, por lo que pensó que iba a caminar como solía hacer algunas tardes. Todo fue grabado por las cámaras de seguridad. Ha quedado en entregarme las cintas en cuanto las tenga preparadas. En el inmueble no hay más de ocho o nueve residentes permanentes. Los interrogaré por si alguno hubiera visto algo o a alguien extraño merodeando por los alrededores. No sé exactamente qué pudo ocurrir, pero al menos tenemos algo claro: la joven no se vistió de novia acá.

Pese a la animadversión que el comisario Goldiak mostraba hacia el sargento Heller, quedaba fuera de toda duda que este poseía una capacidad de análisis superior, no solía dar puntada sin hilo, según el dicho español, y además era sumamente eficaz a la hora de exponer los hechos y los avances de los casos.

—¿De novia? —preguntó la inspectora.

—De monjita, tanto da. Vestirse de novia es aceptar el celibato en la vida civil, admitir que una cree en un solo Dios: el marido, el esposo, el cónyuge, pues como toda divinidad admite que se le llame con distintos nombres.

—A veces me pregunto de dónde saca usted esas teorías tan particulares, siendo como es un soltero impenitente.

—Recalcitrante, soy un soltero recalcitrante —se autodenominó el sargento—. ¿Recuerda la cita del otro día? «El amor. Claro, el amor. Un año de ardor y llamas, y treinta de cenizas». Quien escribió esto era un hombre casado. Mis teorías están fundamentadas en testimonios de hombres casados, intelectuales, prohombres de lúcidas mentes. Sí, el hombre soltero suele ser más sabio que el casado en determinadas materias, como lo demuestra el hecho de no haber caído en la trampa del matrimonio. De modo que se puede ser soltero y hablar con conocimiento de

causa de la institución matrimonial por su gran ascendiente sobre la vida cotidiana, incluida la de quienes no están casados. ¿Acaso el médico no conoce el efecto de ciertas enfermedades sin haberlas padecido?

—Ya que menciona el verbo «hablar». ¿Ha hablado con los Horowitz? —se interesó la inspectora.

—Están de camino. Harpo se ha quedado mudo. ¡Ja! El café también está de camino. Acaba de comenzar el sabbat y he tenido que pedirlo en el hotel Mamilla.

La inspectora también conocía el hotel Mamilla, pues lo había incluido en su lista de hoteles posibles donde llevar a cabo sus escauceos amorosos; si bien al final lo había desestimado por tratarse de un lugar demasiado chic, con un club de moda y conciertos de jazz en directo todos los viernes, lo que hacía que su clientela fuese demasiado heterogénea. No eran pocos los compañeros del departamento que acudían con frecuencia a aquellos conciertos.

—Buen trabajo, Lautaro.

—Hago todo lo posible por reducir el universo a un maldito agujero negro, pero no resulta fácil, pese a que el comisario opine lo contrario. Claro que las cosas no se ven de la misma manera cuando uno es un Dios que solo se relaciona con otras divinidades del universo. Mister Ajo versus Zeus, Yahvé, Alá, etc.

—No se preocupe por lo que pueda estar pasando en el universo, Lautaro. Ni siquiera debería tener en consideración los reproches del comisario. Al final usted y yo lograremos que la verdad aflore, como casi siempre, ya lo verá —contemporizó la inspectora.

—Permítame que la acerque hasta su casa —se ofreció el sargento cuando terminaron en el piso de Aicha Uazir y pisaron de nuevo la calle.

—No está demasiado lejos. Puedo ir dando un paseo —rehusó Sarah.

—Son las tres de la madrugada, inspectora.

—Voy armada.

—Por eso mismo.

—Y porque soy mujer.

—¡Inspectora! Ya debería conocerme un poco —se defendió Heller—. Usted misma se refiere a menudo a mí como una carretera de dos sentidos. Cualquier vehículo, ligero, pesado, con dos, tres, cuatro o más ruedas puede circular por mi calzada. Mi asfalto lo absorbe todo y no cobro peaje. Estoy abierto a todos, incluso a aquellos que no desean abrirse a mí. Estoy a favor del matrimonio entre homosexuales y del movimiento feminista; no tengo prejuicios, en suma. ¿Cómo iba a tenerlos? Soy un judío argentino o un argentino judío que ha vivido y visto de todo: dictaduras militares, desaparecidos, madres coraje, abuelas reclamando a esos mismos desaparecidos, las Malvinas, el corralito, políticos corruptos que cual camaleones se transforman de la noche al día en políticos populistas que se erigen en

defensores de los más desfavorecidos que, curiosamente, cuando concluyen su mandato constitucional, se descubre que eran todos miembros de su familia o de su clan de acólitos, etcétera. ¿Recuerda esa frase que Rutger Hauer, en el papel del replicante Roy Battie de *Blade Runner*, pronuncia antes de morir?: «Yo he visto cosas que vosotros no creeríais: atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto rayos C brillar en la oscuridad, cerca de la puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia». A mí me ocurre algo parecido: he visto demasiadas cosas; solo soy un pobre replicante que ha visto demasiadas cosas. Créame, inspectora, solo me preocupa su seguridad.

—Tiene razón. Lamento el comentario —se disculpó la inspectora—. Es culpa de la hora. De acuerdo, lléveme a casa.

Al tiempo que introducía la llave en el motor de arranque, el sargento comenzó a cantar:

—«Siglo xx cambalache, problemático y febril... / El que no llora no mama y el que no afana es un gil. / ¡Dale nomás...! ¡Dale, que va...! / ¡Que allá en el Horno nos vamos a encontrar...! / No pienses más; sentate a un lao, que a nadie importa si naciste honrao...»

—¡Lautaro! —exclamó la inspectora a modo de queja— ¡Que ya estamos en el siglo XXI!

—¡Siglo XXI, cambalache también! ¡Lo que al auto le importa es la letra, no la fecha! ¿Verdad que tengo razón, viejo? —le preguntó al coche. Y tras girar de nuevo la llave y acariciar cariñosamente el volante, el motor se puso al fin en marcha—. ¿Lo ve, inspectora? Nunca se debe subestimar lo que no conocemos en profundidad.

Era un momento de relativa calma cuando una mujer vestida completamente de negro, que se apoyaba sobre unas muletas y caminaba espaciando sus pasos con una lentitud propia de alguien con problemas motrices y respiratorios, se desplomó a escasos doscientos metros del *checkpoint*. La mujer comenzó entonces a proferir gritos pidiendo auxilio en su lengua. El sargento Yehuda le respondió gritando que se levantara de inmediato, para lo cual aderezó su invectiva a través de un megáfono con insultos en hebreo y árabe, lengua que dominaba con soltura. Luego le dijo a Dana que se preparara, que iba a acompañarlo para «apartar a la vieja del camino», y que se mantuviera diez metros por detrás de él, atenta a cualquier movimiento sospechoso. Esta respondió tensando el rostro y apretando fuertemente el fusil. El resto recibió la orden de cubrir las espaldas de ambos, preparados para repeler el posible ataque de grupos de insurgentes emboscados, ya que el secuestro de soldados israelíes era el mayor botín que los palestinos podían obtener de aquella confrontación, mayor incluso que el de un soldado judío muerto. Al fin y al cabo, los muertos carecían de valor ante una eventual negociación.

Como la mujer no se levantaba siguiendo las órdenes del sargento Yehuda, este

optó por dispararle al pecho sin contemplaciones, y luego se tomó su tiempo para llegar hasta el punto donde yacía tal que un escarabajo prisionero en su negro caparazón, ahora moviendo las extremidades como si buscara en el espacio un punto de apoyo del que agarrarse para luego girar sobre sí misma. Al menos mientras siguiera pataleando y agitando de manera ostensible sus manos estas quedaban a la vista, lo que mitigaba el peligro de que escondiera algo. Pero justo antes de que el sargento tendiera el cañón de su fusil para darle el tiro de gracia, la mujer comenzó a dar pequeños saltitos con el cuerpo, como si el cañón del fusil le produjera cosquillas, como si estuviera sufriendo pequeñas convulsiones o como si estuviera reculando. Al menos, esa era la impresión que daba desde la distancia.

La escena era cada vez más extraña, así que decidió apuntar a la mujer de negro, a la que comenzó a observar a través de la mirilla telescópica de su fusil como si se tratara de un objetivo a abatir. Lo que vio entonces le hizo comprender lo que estaba a punto de ocurrir. La anciana no era tal, sino una joven burdamente maquillada para parecerlo a la que habían colocado una peluca de pelo cano sujeta a la cabeza con un velo negro. La falta de pecho era compensada por un grueso chaleco antibalas, de ahí que aún siguiera con vida después de haber recibido un disparo de fusil. Pero con ser esto preocupante, aún lo era más el hecho de que lo que en un principio parecían pliegues de la carne ahora resultara ser una faltriquera sospechosa, demasiado abultada. ¿A qué esperaba el sargento Yehuda para reaccionar?, se preguntó. Era como si se hubiera quedado petrificado, tal vez consciente de que había caído en una trampa y de que cualquier medida que tomara iba a resultar igualmente inútil. Apuntó raudamente a la cabeza de la mujer y apretó el gatillo en un gesto instintivo. Una fracción de segundo más tarde, sin tener siquiera la certeza de haber dado en el blanco, la terrorista suicida y el sargento Yehuda saltaron por los aires, como si su disparo hubiera hecho las veces de detonador. Esta vez la lluvia de meteoritos que cayó sobre sus cabezas no fue de piedras, sino de despojos humanos mezclados con trozos de metralla: manos, pies, brazos, piernas, tuercas, tornillos, clavos, bolas de acero, etc.

Durante unos instantes, Sarah quedó tumbada en el suelo, aturdida, incapaz de digerir la escena que acababa de presenciar, como si aquel pedazo de tierra árida en las inmediaciones de Hebrón hubiese sido sustituido por el infierno con la premura con la que en una obra de teatro se cambia el decorado entre acto y acto. La diferencia estribaba en que allí no se estaba representando ninguna obra. Aquello era la vida real; y aquella mujer había reventado como una sandía que cayera al suelo desde una altura de diez pisos.

Cuando al cabo de unos minutos ella y sus compañeros pudieron por fin rescatar los restos mortales del sargento Yehuda, se encontraron con que la cabeza de la mujer inmolada se había incrustado contra su torso tal que un trozo de metralla, del que pendían guedejas de pelo de peluca encanecida manchadas de sangre. Una imagen de una crudeza insoportable que le provocó un conato de vómito y que le resultó tan dolorosa a la vista como si le hubieran clavado sendos punzones en los ojos.

Reconoció en aquel rostro deforme y mutilado a una de las hermanas de Mohamed, al que el sargento Yehuda había abatido de un certero disparo junto a su padre, después de haberlo torturado clavándole agujas por todo el cuerpo y obligándolo a introducir las manos en una marmita de queso recién fundido. ¿Por qué en Israel y en Palestina la justicia tenía que ser tan atávica, tan primitiva, tan bíblica?, se preguntó. ¿Cuándo acabaría aquella barbarie? Unos metros más atrás, la soldado Dana gemía y se convulsionaba con un brazo amputado y una pierna colgando. En su agonía, pareciera que canturreara: «Un hummus, una habichuela, amo a la policía de fronteras».

Clavó las rodillas en el suelo, apartó la cabeza y vomitó al tiempo que un mar de lágrimas inundaba sus mejillas.

La inspectora llegó a las nueve y media de la mañana a la comisaría, y lo primero que hizo antes de enfrentarse al papeleo y a las invectivas de Goldiak —quien no llevaba nada bien el hecho de tener que trabajar en sabbat— fue reservar una habitación doble en el Hilton Tel Aviv y una mesa para la cena en el King Solomon, un restaurante donde servían una cocina mediterránea fresca y al mismo tiempo sofisticada. Todos los años se alojaba cuatro o cinco días en ese hotel y cenaba una noche en el King Solomon. Su plato preferido era el mero, cuyo sabor le recordaba a España. Tal vez en los planes de Ari no estuviera pernoctar, pero, de la misma manera que ella había hecho concesiones, él también tendría que ceder un poco. No en vano, la distancia entre Jerusalén y Tel Aviv era de apenas sesenta kilómetros, con lo que si se levantaban a las seis y media ambos podrían desayunar juntos en la habitación y llegar a la hora a sus respectivos trabajos. Contaba con que el sueldo de camarero no daba para permitirse alquilar una habitación con vistas al mar y costear una cena para dos en un restaurante de lujo, por lo que ella correría con los gastos, lo que le hizo sentir por primera vez en su vida que estaba comprando sexo. Claro que eso podía resultar un aliciente. No solo le excitaba desde el punto de vista sexual, sino que además le restaba solemnidad a la cita, toda vez que había roto su código de conducta en materia sentimental. Sí, al ser ella quien costearía aquella aventura, todo sería distinto. Pagar equivalía a montar en caballo llevando las riendas, además de establecer la duración del paseo. El dinero le devolvía a la relación el componente físico, resaltaba la atracción hormonal. El dinero convertía al amor (o su posibilidad) en una sustancia volátil. Pero, con todo, sentía algo de miedo. La última vez que había querido conocer a un hombre, la cosa había salido rematadamente mal. Conocer a una persona equivalía a aventurarse por los confines del universo, para seguir con el ejemplo del comisario Goldiak. Ningún lugar era más inextricable que el alma humana. En algunos casos podía ser tan árida, fría e inhóspita como la superficie lunar o como el desierto del Negev. Si algo había aprendido era que todo el mundo guardaba algún secreto inconfesable. Había mantenido una relación con un hombre con el que había planeado casarse, pero a la hora de la verdad resultó que ya lo estaba, e incluso que tenía dos hijos de siete y nueve años de los que jamás le había hablado. ¿Cómo podía omitirse deliberadamente semejante detalle? Ni siquiera había sentido la tentación, el impulso natural, de enseñarle una fotografía. Durante más de dos años mantuvo una doble vida como si fuera la cosa más natural del mundo. La herida que le había dejado aquella traición jamás había cicatrizado, hasta el extremo de que, a su entender, le había causado cierta perturbación moral parecida a la distorsión que provoca una piedra lanzada a un estanque de aguas calmas. Desde entonces, su aversión hacia los hombres le había hecho desconfiar de ellos. Pero aquella no era la única lesión de su espíritu: de pequeña había comenzado a sentir cierto temor hacia los hombres cuando una noche de octubre vio a su padre golpear y

humillar a su madre, quien a la mañana siguiente quiso quitarle hierro al asunto atribuyéndose la culpa de la disputa. «No he estado a la altura que demandan las preocupaciones de tu padre», le dijo. ¿A qué preocupaciones se refería? ¿Por qué su madre justificaba aquel inadmisibles comportamiento? Con el paso de los años, el temor inicial que sintió frente a aquella situación se fue transformando en desprecio. Para entonces su padre ya había muerto, y el hecho de no poder pedirle explicaciones por lo sucedido había terminado por acentuar el descrédito de los hombres en general, de quienes solía desconfiar de inicio. En líneas generales, lo peor de los hombres no era el proverbial egoísmo, tal y como se solía decir hasta el extremo de haberse convertido esa coletilla en un lugar común, sino la manifiesta debilidad que en todo momento trataban de ocultar. Por decirlo de una manera que, aunque contradictoria, ella entendía: los hombres eran demasiado frágiles para ser el sexo fuerte; mientras que las mujeres eran demasiado fuertes para ser el sexo débil.

Ari aguardaba de pie frente a la cafetería donde trabajaba, enfundado en una chaqueta vaquera y con las manos dentro de los bolsillos de unos *jeans*. Parecía el modelo de un anuncio de cigarrillos, acicalado para la noche del sábado con el pelo negro oleoso y ensortijado y un fuerte olor a colonia. Bien arreglado su belleza resultaba aún más voluptuosa.

Tras besarse en las mejillas pusieron rumbo al automóvil, cuyo parecido con el coche del sargento Heller resultó asombroso, así que, durante los instantes que el motor tardó en arrancar, la inspectora temió que su acompañante fuera también a cantarle un tango. Afortunadamente no fue así.

—Soy de Haifa y estudio un posgrado de medicina en el Centro Médico Hadassah de Ein Kerem, dependiente de la Universidad Hebrea. Me estoy especializando en traumatología, y ya he realizado algunas prácticas. Lo de trabajar de camarero es algo temporal, para pagar el alquiler. El año que viene lo dejo —se sinceró Ari.

Había acertado. El joven era natural del norte, de ahí que su hebreo tuviera cierto acento libanés. No obstante, ahora que lo tenía a pocos centímetros de distancia, le pareció que sus facciones, simétricas y regulares como si hubieran sido trazadas con un tiralíneas, eran más propias de un joven del Renacimiento que de un judío.

—Como te dije el otro día por teléfono, yo trabajo en el departamento de policía de Jerusalén. Soy inspectora de homicidios.

—Así que eres toda una inspectora de policía. Al principio pensé que se trataba de una broma.

—No, no lo es. Mi trabajo consiste en resolver crímenes.

—No sabría cómo interpretar ese comentario. Aunque, para serte del todo sincero, no tienes aspecto de policía, si bien es cierto que en realidad no sabría determinar el aspecto que tiene un policía.

—No somos diferentes de otras personas.

—Lo sois en tanto en cuanto os dedicáis a proteger a la gente arriesgando la vida —apuntó Ari.

Después de seis años y medio ejerciendo de policía, la inspectora tenía una visión de su profesión un tanto menos tónica y algo más prosaica: entre el blanco y el negro existía una vasta gama de tonos grises, y también un gran número de obstáculos.

—Los médicos salváis vidas y los bomberos apagan incendios, pero salvo que el médico vista la bata blanca y en un bolsillo lleve el endoscopio y el bombero su uniforme reglamentario, nadie diría que tienen un aspecto, digamos, «particular» —argumentó ella.

—Imagino que las novelas y las películas han creado un arquetipo —sugirió el joven médico.

—Sin duda, pero no se corresponde con la realidad.

Una vez roto el hielo, pensó la inspectora, era el momento de anticipar el plan que había ideado:

—Un miembro del personal del Hilton de Tel Aviv me debe un favor y me ha ofrecido pasar allí la noche a buen precio. Me parece una buena idea. Yo correría con los gastos —añadió.

Ari volvió el perfil derecho hasta mostrarle la totalidad del rostro y la miró sin parpadear, como si estuviese siendo encañonado por una arma. Luego dijo:

—Pensaba que íbamos a regresar a primera hora de la noche. Ni siquiera he traído una muda.

«¿Y tu capacidad de improvisación, Ari? ¿Acaso has olvidado que te prometí una propina?», se preguntó la inspectora.

—Podemos pasar un momento por tu casa —sugirió.

—Entro a trabajar a las ocho de la mañana.

La inspectora miró la hora y le mostró el reloj a su acompañante para darle a entender que disponían de tiempo de sobra para hacer cualquier cosa que se propusiesen, incluso dormir juntos sin que tuviese que suponer un contratiempo.

—Si nos levantamos a eso de las seis estaremos de regreso en Jerusalén antes de esa hora. Querías comer frente al mar, pero yo conozco un lugar precioso para cenar.

—¿Siempre te comportas así? —inquirió el joven.

¿A qué venía esa pregunta? ¿Acaso se sentía acorralado? ¿Por qué a los hombres les costaba tanto aceptar que una mujer tomara la iniciativa? ¿Por qué les aterraban tanto las demostraciones de seguridad femeninas, cuando las mujeres tenían que quedar subyugadas siempre que el camino era el inverso, cuando era la masculinidad la que se imponía? Tal vez Ari se sentía intimidado por el hecho de que fuera inspectora de homicidios. Al menos, la pregunta ponía de manifiesto que la olla a presión había comenzado a expulsar el vapor.

—¿Como una mantis religiosa?

—No, me refiero a si siempre eres tan directa... Perdóname. Fui yo quien te propuso que me acompañaras a Tel Aviv.

El pétreo, arcaico y feraz paisaje de las afueras de Jerusalén dio paso al cabo de un rato al «milagro israelí», donde manchas de verde sembrado y plantaciones de frutales coloreaban el árido suelo del desierto. Incluso pareció que la atmósfera se hubiera vuelto más benigna. Israel era el vivo ejemplo de la tierra colonizada, lo que gracias a la dimensión ideológica que todos los asuntos adquirían de una u otra forma se había convertido en otro argumento reivindicativo sobre el derecho del pueblo judío a habitar aquellas tierras, pues habían sido ellos quienes habían convertido el desierto en una tierra fértil en apenas sesenta años. Por un instante, la inspectora relacionó a Ari con aquel paisaje con aspecto de oasis, de vergel en medio de la nada, y recordó una frase leída en un artículo de Ardyn Halter sobre el particular, donde este aseguraba que «nuestro modo de ver la naturaleza dependía mucho de la forma en que veíamos nuestro pasado, pues era muy humano buscar tiempos más puros, los del mundo anterior a la caída, una era verde y dorada, más sencilla y mejor». ¿Era eso lo que veía, lo que buscaba en aquel joven, una vuelta a una época más pura e inocente? ¿Era Ari su visión de lo pastoral?

—No, soy yo la que tiene que pedirte disculpas. He sido yo quien ha provocado esta situación —se justificó—. Fui yo la que dejó escrito su número de teléfono en una servilleta de papel. Aunque no lo creas, es la primera vez que hago algo así. Te vi y sentí un... impulso irrefrenable; sí, eso fue lo que experimenté, un impulso irrefrenable.

De la misma manera que admitía que se le pudiera acusar de ser demasiado directa, en cambio no se le podía reprochar falta de sinceridad. Lo que tenía que ofrecer era superficialidad, y no lo escondía haciéndose pasar por una mujer profunda. ¿Por qué había que revestirlo todo con una impostura?

—Y yo quien llamó a ese número de teléfono. Los dos sentimos lo mismo. Nos quedaremos a dormir en Tel Aviv. Pasaré un momento por mi casa, ¿de acuerdo?

—No quiero que te hagas una idea equivocada de mí —continuó Sarah—. Si soy tan directa, como tú dices, es en parte porque le doy mucha importancia al momento. No busco la trascendencia en ninguno de los aspectos que la vida ofrece, y eso incluye el sexo. Hace unos años me dispararon mientras cumplía con el servicio militar en un *checkpoint*; previamente mi comportamiento había dejado mucho que desear. Vi más muerte y destrucción de la que debería ver cualquier ser humano. En muchos casos fui yo quien dio pie a esas muertes o quien provocó con mis propias manos aquella destrucción. Presencié cómo mis compañeros disparaban o torturaban a niños. Y no hice nada. Me horroricé, claro, pero no moví un dedo por temor a ser rechazada. De modo que prevaleció mi egoísmo. Acabé despreciándome a mí misma, por descontento: me sentía culpable. Y sigo sintiéndome así. Resolver crímenes, llevar a los culpables ante un tribunal, me ayuda un poco a sobrellevar la carga, como si hacer el bien pudiera borrar o compensar las atrocidades cometidas. Lo cierto es que todo aquello provocó que cambiara la visión que tenía de las cosas, de la vida en general. No voy a decirte que soy partidaria del *carpe diem*, porque como filosofía de

vida también me parece una gilipollez, pero lo que sí es cierto es que no me paso la existencia preguntándome qué hacemos aquí y qué sentido tiene la vida. Para dar respuesta a esas preguntas ya están los místicos de Jerusalén. Me preocupa mucho más, por ejemplo, saber por qué los hombres tenéis la mala costumbre de no tirar de la cadena después de orinar. Ya lo he dicho. ¡Uf!

—¡Yo siempre tiro de la cadena después de orinar! —exclamó Ari antes de romper a reír.

—Una última confesión: me encanta beber whisky de malta. Empecé a tomarlo para contrarrestar los efectos de una mala relación sentimental; un tipo que dijo querer casarse contigo y fundar una familia sin advertirme de que eso ya lo había hecho con otra persona. Ahora el whisky se ha convertido en mi más fiel compañero, en mi escudero: me relaja, me ayuda a reflexionar, me sirve de compañía, me calienta por dentro, me insufla valor para atreverme a hacer cosas que en otras circunstancias no haría y, cuando es necesario, también me ayuda a olvidar. Todavía no he encontrado a un hombre capaz de hacer todas esas cosas a la vez. Cuando bebo whisky, me convierto en lady Scotch.

—¿Lady Scotch?

—Tú la llamarías Mata-Hari o Mantis Religiosa. Lady Scotch tiene una sola regla: jamás mezclar el whisky con agua, ni el sexo con el amor.

—Comprendo. Me temo que yo solo suspendí bioética en una ocasión —bromeó Ari para quitarle hierro al asunto.

—Bueno, no sé qué es la bioética, pero desde luego parece grave.

Ambos acabaron riendo.

Al cabo de una hora, Tel Aviv se dibujó en el horizonte como un espejismo de brillos irisados que emitían las estilizadas figuras de los modernos rascacielos de cristal al ser acariciadas por los rayos solares. La ciudad había crecido tanto que había acabado engullendo el mar de dunas sobre el que se levantaba. Incluso la vieja Jaffa, el germen de la actual Tel Aviv, había sido devorada y convertida en un suburbio. Más allá, el horizonte era una mezcla de cielo y de calina, pues la temperatura había subido en los dos últimos días y resultaba demasiado elevada para la época del año, tal y como habían pronosticado los meteorólogos. Pero por si la enturbiaada atmósfera de la costa no fuera suficiente para conferirle a la ciudad un aspecto etéreo e irreal, Tel Aviv era conocida también como la Ciudad Blanca, en referencia a los cuatro mil edificios de la Bauhaus o de estilo internacional que habían sido construidos durante la década de 1930, la mayoría de ellos de color blanco o tonalidades claras que encajaban a la perfección con el clima desértico y mediterráneo de la zona. En este sentido, Jerusalén y Tel Aviv eran ciudades diametralmente opuestas, no solo desde el punto de vista arquitectónico, sino también por ser la segunda una metrópoli moderna y abierta. Mientras que Jerusalén había sido construida en una meseta y su clima era

seco y severo como el carácter de sus moradores, Tel Aviv era la ciudad ribereña y cosmopolita, hasta el punto que de manera irónica había quien aseguraba que el límite entre Europa y Asia estaba situado allí. Mientras Jerusalén apelaba a las emociones, Tel Aviv lo hacía a los sentidos.

Ari se reveló como un joven falto del más mínimo refinamiento, lo que evidenciaba su origen humilde: levantaba el dedo meñique al beber, depositaba el pan en el mismo plato donde luego habría de comer, sostenía los cubiertos sobre la base del mango, como si estuviera cogiendo un par de lápices, y los usaba al estilo americano: cortaba unos cuantos bocados de alimento (pidió ternera) y a continuación dejaba el cuchillo cruzado justo enfrente del plato, para cambiar entonces el tenedor de mano y proceder a llevarse el alimento a la boca. En las pausas, apoyaba el tenedor entre el plato y el mantel. Un verdadero desastre. Pese a todo, a la inspectora le resultó muy agradable la compañía del joven, y aquellas incorrecciones, que por otra parte eran perfectamente subsanables, acabaron por enternecerla. Antes de terminar la cena ya le había asignado una equivalencia con un destilado, es este caso con un Bourbon pelirrojo, un Wild Turkey 101 doce años, dulce y a la vez fuerte, capaz de corroerte las entrañas, que transmitía una falsa sensación de seguridad que había que degustar con pausa y que alguien había bautizado como el «Clint Eastwood del whisky».

Como casi siempre, acertó con el whisky elegido. Ari era un verdadero pistolero en la cama, un auténtico Harry el Sucio, y estaba armado con un revólver modelo 29 calibre 44 Magnun Smith and Wesson, que ella misma se encargó de desenfundar y amartillar. Por no mencionar que era un diestro jinete capaz de cabalgar durante un buen rato sin dar señales de cansancio. En circunstancias normales hubiera comparado la experiencia con un paseo por el paraíso. Sin embargo, no se entregó a él dejándose llevar, sino siendo consciente de que aquel contacto era el primer paso de algo más duradero. Mientras el joven hacía su trabajo perforándola una y otra vez como si su vagina fuera un pozo de petróleo, ella pensaba en que tal vez había llegado la hora de poner un poco de estabilidad en su vida. Lo más llamativo era que ese pensamiento le producía cierto regocijo, como si hubiera encontrado en Ari la fuente de un placer inextinguible, con independencia de sus dotes amatorias.

¿Qué era eso de «un placer inextinguible», acaso una forma de referirse al amor con un eufemismo? ¿Qué diablos le estaba pasando? ¿Qué buscaba? Se mirara por donde se mirase, aquella relación sexual estaba resultando la más envolvente y extraordinaria de cuantas había mantenido desde que se convirtiera en lady Scotch. ¿Por qué entonces se empeñaba en ponerle un envoltorio a aquella relación? ¿Qué necesidad había de embotellar aquel elixir?

Se durmió aferrada a la espalda del joven.

La despertó el timbre de su móvil, que hubiera reconocido incluso debajo del agua. Antes de contestar comprobó que el llamante era Heller.

Eran las dos y veinte de la madrugada:

—Lautaro, dígame que estoy teniendo una pesadilla, que su voz es la del monstruo que quiere invadir mi sueño —incredó a su subordinado.

—Siento tener que molestarla otra vez, pero volvemos a tener un cadáver.

La decepción hizo guardar silencio a Sarah durante cuatro o cinco segundos. Luego dijo con resignación:

—Le escucho.

—Un varón caucásico —comenzó Heller su exposición—. Su cuerpo sin vida ha sido encontrado tirado en el pasto del Parque de la Independencia. Presenta numerosas heridas de arma blanca. Creo que el crimen tiene ciertas similitudes con el de Elijah Shapiro.

Hubiera tenido que preguntarle en qué se basaba para establecer una relación entre ambos asesinatos, cuando todos los apuñalamientos se parecían, pero no era el lugar ni el momento para entablar una discusión telefónica que en ningún caso hubiera superado el carácter retórico.

—¿Quién ha encontrado el cuerpo? —preguntó al fin, tras masticar una porción de aire con el propósito de desentumecer la mandíbula.

—Una patrulla de los nuestros.

—¿Llevaba alguna identificación?

—No lo sabemos aún. He dado orden de que nadie toque nada. ¿Paso a recogerla, inspectora? Yo acabo de llegar al Complejo Ruso, pero puedo estar allí en...

En ese momento la inspectora tomó conciencia de que se encontraba en Tel Aviv, en una cama de una habitación del hotel Hilton junto a su amante.

—No estoy en Jerusalén, sargento —se adelantó.

—¿Qué ocurre? —masculló la voz de Ari, cuya cabeza estaba oculta bajo la almohada y cuya respiración parecía hasta ese momento la de un oso en estado de hibernación.

—Nada. No ocurre nada. Sigue durmiendo.

—¿Cómo dice, inspectora? —preguntó Heller.

—No hablo con usted, Lautaro. Vine a pasar el sabbat a Tel Aviv. Llamaré a la comisaría para que alguien me lleve a Jerusalén. Estaré allí en una hora más o menos. ¿De acuerdo?

—Yo te llevaré —volvió a intervenir Ari reptando hasta que por fin pudo reincorporarse.

—Son las dos y veinte de la madrugada —observó la inspectora.

—A las tres y media puedo estar durmiendo en mi cama. Además, ya he descansado una hora y media. Estoy acostumbrado a estudiar de noche y a hacer

guardias en el hospital. No te preocupes por mí.

—Perdóname por haberte arruinado la noche —se excusó.

—Yo no calificaría la noche de ruina. Todo lo contrario.

—Me hubiera gustado desayunar contigo en la terraza de la habitación con el rumor de las olas de fondo.

—Música para enamorados —masculló Ari con la voz aún pastosa.

—Llámalo como quieras.

—¿Inspectora? —se oyó la voz del sargento.

—Si nos duchamos juntos ganaremos tiempo —apuntó Ari.

—¿Cómo dice, inspectora? ¿Qué quiere que haga?

—¿Es que también quiere usted ducharse conmigo, Lautaro? —le recriminó la inspectora a su subordinado.

—Disculpe la intromisión —se excusó el sargento—. Creí que se trataba de una interferencia. Solo quería decirle que puedo llamar a la comisaría de Tel Aviv para que le manden el coche mientras usted se arregla. Así ganará unos minutos.

—Ya he encontrado un coche con chófer, sargento. Ahora haga el favor de colgar.

—A sus órdenes, inspectora —se despidió Heller.

La ducha conjunta puso de manifiesto cuán difícil resultaba cumplir con la obligación cuando la tentación estaba al alcance de la mano. Como suele decirse, las armas las carga el diablo, y la pistola de Ari quedó presta para ser disparada (amartillada y apuntando al frente) en cuanto Sarah comenzó a enjabonarle y a frotarle la espalda. En cuanto él se dio la vuelta, se sintió indefensa como una condenada a muerte frente al pelotón de fusilamiento.

—Arriba las manos o disparo —dijo Ari siguiéndole el juego del arma de fuego.

Entonces ella giró el grifo que regulaba la temperatura hasta que cayó un chorro de agua fría.

—¿Qué diablos haces? —se quejó Ari.

—Estoy tratando de apagar la llama antes de que provoque un incendio. Tengo un cadáver esperándome en el Parque de la Independencia de Jerusalén. Tendremos que dejar este duelo al sol para otro momento.

La inspectora y el forense Jacob Roth llegaron a la escena del crimen al mismo tiempo, lo que hizo que Heller pensara que la voz de hombre que había oído a través del teléfono móvil de su superior y el chófer de la que esta había hablado se correspondía con el médico.

¿La inspectora Sarah Toledano tenía un lío con Jacob Roth, a quien todos llamaban el Muerto Viviente? ¿Quién lo hubiera dicho!

—¡Por fin llegan! —exclamó Heller.

—Todos tenemos una vida privada, sargento —le espetó la inspectora.

¿Con el Muerto Viviente?, se preguntó Lautaro. Nunca había oído hablar al forense de otra cosa que no fuera de cadáveres, el mejor tema posible para mantener viva, nunca mejor dicho, una cena romántica a la luz de las velas. Después de todo, el término «velatorio» tenía mucho que ver con las velas. Sí, el doctor Jacob Roth no era una persona que se distinguiera por su capacidad de comunicación más allá de los asuntos relativos a su profesión.

—¿Dónde está el cadáver? —preguntó el forense como si hubiera leído el pensamiento del sargento.

—Entre aquellos arbustos. Síganme.

—¿Lo ha registrado? —inquirió la inspectora.

—No lleva nada encima. Ni documentación, ni llaves, ni dinero. Nada. Tiene aspecto de esclavo.

Desmadejado entre los arbustos y la penumbra yacía un varón de pelo ralo y rubio y gruesa complexión. Su boca estaba tapada por un trozo de cinta americana.

—¿Alguien ha denunciado la desaparición de un turista?

—No. En mi opinión puede tratarse perfectamente de uno de nuestros rusos. Además, si se tratara de un turista, ¿qué necesidad tenía su agresor de taparle la boca con cinta adhesiva?

Desde 1991, cuando se propagó el bulo de que en Rusia los judíos podían ser objeto de pogromos, un millón de ellos pusieron rumbo a Israel, y cuando comprobaron que la Tierra Prometida no cumplía la promesa de garantizarles una vida mejor, muchos volaron de nuevo a lugares como Estados Unidos o Canadá. Después del atentado suicida de la discoteca Delfinario de Tel Aviv, donde fallecieron veintiún adolescentes, hubo funerarias de rígidas convicciones religiosas que se negaron a enterrar en cementerios judíos a las jóvenes rusas fallecidas aduciendo, simplemente, que no eran judías. No obstante, estos judíos que el propio Estado de Israel consideraba de origen dudoso y en cuyos documentos de identidad figuraba «origen étnico y religión inciertas» —puesto que muchos de ellos ni siquiera

practicaban el judaísmo y tenían unas costumbres hartamente extrañas— habían creado un Estado dentro del Estado: hablaban ruso, leían periódicos en ruso, veían la televisión rusa y comían comida rusa, incluidos embutidos de carne de cerdo. Con todo, las autoridades hablaban de «importar» otro millón de judíos de los países del Este de Europa, para lo que habían puesto sus ojos en Ucrania.

—Señores, este hombre ha sido apuñalado en repetidas ocasiones, pero lo que llama la atención es el hecho de que carezca de córneas y que presente una incisión en el costado derecho propia de alguien que ha sido sometido a una intervención de riñón. Esto último tendré que confirmarlo cuando lleve a cabo la autopsia —se pronunció el forense después de realizar un primer examen del cadáver.

—¿Qué significa eso? —se interesó Heller.

—Significa que alguien le ha extraído las córneas y probablemente también un riñón. Lo que todavía no puedo saber con seguridad es si las intervenciones fueron realizadas estando vivo o fueron practicadas después de muerto. Por la cantidad de sangre que hay aquí, me decantaría por la primera opción. Si fuera así, y a tenor de lo reciente que es la incisión del costado, diría que el hombre llegó hasta este lugar convaleciente, y que aquí fue apuñalado.

—De modo que estamos ante un probable caso de trasplante ilegal de órganos, que era lo que, según el director de *Israel Digital Star*, investigaba Elijah Shapiro —observó el sargento.

—Pero que sepamos, Elijah Shapiro conservaba las córneas y los riñones —indicó la inspectora.

—Sin ningún género de duda —corroboró el forense.

—Sin embargo, según el director del *Israel Digital Star*, Shapiro estaba investigando el trasplante ilegal de órganos en Israel —insistió Heller—. De modo que ahora mismo contamos con el cadáver del periodista que investigaba ese asunto, y también con el de un desconocido al que, al parecer, le han extraído las córneas y un riñón después de ser apuñalado. Sin pretender ser universalista, inspectora, creo que ambos casos pueden estar relacionados, salvo que creamos que es el azar el motor que mueve el universo.

—¿Usted qué opina, doctor? —se dirigió Sarah al forense.

—Prefiero no pronunciarme hasta que no estudie con más detenimiento el tipo de heridas. Tal vez pueda encontrar similitudes entre ambos casos, pero es muy prematuro siquiera imaginar ese escenario.

—¿Dónde se suelen llevar a cabo este tipo de intervenciones? —continuó la inspectora con el turno de preguntas.

—¿La extracción de unas córneas? La córnea es la parte delantera clara del ojo, que cubre el iris y la pupila. Para que la persona pueda ver, la luz ha de atravesarla. Si la córnea no presenta un aspecto transparente y, en consecuencia, sano, la luz que ha de atravesarla se dispersará o distorsionará, haciendo que la visión se vuelva borrosa. Se trata de una intervención relativamente sencilla y se puede llevar a cabo en

cualquier lugar que disponga de material médico y de unas condiciones higiénicas suficientes. En cuanto al trasplante de riñones, se trata de una intervención mucho más compleja...

—¿Por ejemplo el hospital St. John, doctor Roth? —interrumpió Heller la explicación, empleando el tono de voz del ajedrecista que intuye próximo el jaque mate a su adversario.

—Al tratarse de un centro oftalmológico especializado, sí, allí se llevan a cabo numerosos trasplantes de córneas —respondió el forense.

—¿Cuánto cuestan unas córneas en el mercado negro?

—Depende de algunos factores, pero en torno a los cuarenta mil dólares norteamericanos. La pareja puede alcanzar los ochenta o noventa mil dólares.

—Eso es mucho dinero.

—¿Qué insinúa, sargento? ¿Adónde quiere ir a parar? —intervino la inspectora.

—A una nueva coincidencia. El cuerpo de Elijah Shapiro fue encontrado en el jardín del hospital St. John, donde se practican trasplantes de córneas, mientras que aquí tenemos el cadáver de un hombre al que le han sido extraídas las mismas.

—El hospital St. John es una de las instituciones caritativas más respetadas de Israel. Solo en este año ha atendido a más de treinta mil pacientes por debajo de los dieciocho años. Reciben cientos de miles de dólares de donantes altruistas. No creo que necesiten dedicarse al trasplante ilegal de córneas para sobrevivir, máxime cuando forman parte de un proyecto que persigue erradicar la ceguera provocada precisamente por falta de atención médica. Nadie puede dudar de la honorabilidad y honradez de la institución —expuso el forense.

—No lo hago. Simplemente constato una coincidencia, y, como estamos hablando de crímenes, creo que nuestra obligación pasa por comprobar que sea tal cosa.

—Hable claro, sargento —solicitó la inspectora.

—Verá, inspectora: ayer por la tarde fui al cine a ver una de esas películas de arte y ensayo, un film danés que, además de soporífero, me pareció incomprensible. Créame, regresé a casa con cara de idiota, de modo que para quitarme el mal sabor de boca busqué en Internet alguna crítica especializada que me aclarara algunos extremos de la película que no acababa de entender. Pues bien, las dos o tres críticas que encontré coincidían en señalar que lo más importante de la película era precisamente lo que no se veía, los fotogramas que el director no había filmado o había omitido a la hora de montar el film. Imagine que se pone a leer un libro y descubre que lo más destacado de la obra en cuestión es lo que el autor no ha escrito, lo que podríamos llamar la «trama latente», que se descubre haciendo lo que llamamos leer entre líneas. Según parece, toda manifestación artística se compone de una parte visible y de otra invisible. Pues bien, resulta indudable que el crimen también puede considerarse como una manifestación artística que se rige por este mismo principio...

—No le sigo, Lautaro —reconoció la inspectora.

—Yo tampoco —corroboró el forense.

—Digo que a veces la solución de un crimen pasa por saber interpretar de manera correcta lo que no es evidente, lo que no está a la vista. Me refiero a que muchas veces detrás de estas omisiones hay un efecto calculado. Pero creo que deberíamos proseguir esta conversación en la comisaría. Cuando le eche un vistazo a los informes que le esperan encima de su mesa, comprenderá a qué me refiero.

—Yo seguiré con lo mío —se desmarcó el forense.

El número de informes que se acumulaban encima de la mesa del despacho de la inspectora Toledano no había dejado de crecer en las últimas horas. En uno figuraba el listado de llamadas efectuadas y recibidas en el teléfono de Aicha Uazir. Otro hablaba del material encontrado en los ordenadores de ambas víctimas, que habían sido analizados por los especialistas en informática de la policía. Un tercero hacía referencia a la empresa propietaria del inmueble donde Shapiro había alquilado el apartamento con nombre falso en calidad de subarrendador. En otra hoja aparecía el nombre del oficial del Shabak con el que habrían de contactar para que les ayudara a localizar a la madre del marido de Aicha Uazir, un tipo llamado Abu Massur, terrorista palestino abatido por el ejército israelí en una de sus operaciones selectivas.

—Iré a por un par de cafés mientras echa un vistazo a esos informes —se pronunció el sargento.

La inspectora colocó los papeles en fila, como si fueran las piezas de un rompecabezas. Mientras decidía qué informe leer en primer lugar, estuvo jugando con los clips que mantenían unidos los distintos documentos, hasta que descubrió que en uno de los extremos de la mesa descansaba el cuaderno de notas de Aicha Uazir.

Después de echarle un rápido vistazo, llegó a la conclusión que contenía material para un libro, notas y apuntes que hablaban sobre su experiencia vital y sobre su visión de determinadas cuestiones. También había una colección de cartas dirigidas a varias mujeres lapidadas. La primera misiva, titulada «Aisha Ibrahim Duhulow», decía:

Querida Aisha: Te escribo estas palabras embargada por la rabia y la impotencia. Tu muerte a manos de unos salvajes ha de hacernos sentir tristes y avergonzadas a todas las mujeres musulmanas. Ninguna de nosotras, sin excepción, se atrevió a levantar la voz cuando tuvimos conocimiento de tu caso. Ninguna de nosotras salió en tu defensa. Ninguna de nosotras se rebeló cuando se descubrió que en el momento de ser lapidada por una turba de hombres brutales y crueles —según ellos buenos practicantes de la religión islámica— no tenías veintitrés años como se nos hizo creer en un primer momento, sino trece. ¡Eras tan solo una niña! Hoy sabemos que es mentira que hubieses cometido adulterio, que fuiste violada por tres milicianos y que

tus problemas comenzaron precisamente cuando lo pusiste en conocimiento de las autoridades de la caótica ciudad de Kismayo (Somalia). ¡Se te exigió demostrar tu inocencia con el testimonio de hombres que, naturalmente, no aparecieron! ¡Cuando ni siquiera habías cumplido la edad legal para poder casarte! ¿Acaso puede una niña de trece años que ni siquiera está casada cometer adulterio? Es ilegal bajo la ley islámica condenar a una niña de trece años por adulterio. Sin embargo, fuiste acusada de ese delito después de ser violada, y ninguno de tus violadores recibió siquiera una amonestación. Tú, en cambio, fuiste condenada a morir lapidada y trasladada al estadio de la localidad, junto a un camión cargado de piedras y varios más transportando a tus verdugos. ¡Cincuenta hombres tomaron parte en tu lapidación y otros mil acudieron como espectadores después de que una camioneta Toyota equipada con un altavoz voceara tu lapidación tal que un espectáculo circense! Luego, avanzada ya la ejecución, esta se detuvo para que un médico comprobara si habías muerto. Como seguías con vida, fuiste de nuevo enterrada hasta las axilas y rematada hasta la muerte. Dicen que hubo quien se rebeló e intentó salvarte la vida, y que por ello perdió también la suya, pues recibió disparos de parte de los «valientes» hombres armados encargados de que la ejecución se llevara a término. Yo maldigo a estos hombres, yo maldigo a los hombres que cometen esta clase de atrocidades, que abusan de las mujeres y de sus semejantes amparándose en no sé qué ley divina, y me avergüenzo de mí misma y de todas las mujeres musulmanas por haber permitido tu muerte y la de otras niñas como tú.

Pensar que Aicha Uazir había tenido el mismo final que la pequeña Aisha Ibrahim Duhulow, a quien iba dedicada aquella carta de protesta llena de rabia, le provocó un escalofrío. Ambas jóvenes compartían el mismo nombre de pila, puesto que Aicha se podía escribir también como Aisha, Ayesha o incluso Ayisha, apelativos todos con los que se conocía a la tercera esposa del profeta Mahoma.

Para comprobar la veracidad de la historia que contaba aquella carta, escribió el nombre de Aisha Ibrahim Duhulow en el buscador de Internet. Encontró una nota de prensa de Amnistía Internacional que rezaba:

Somalia (31-10-2008)

LA NIÑA LAPIDADA TENÍA TRECE AÑOS

Londres. Desmintiendo las informaciones aparecidas anteriormente en los medios de comunicación, Amnistía Internacional ha revelado que la niña lapidada hasta la muerte en Somalia esta semana tenía trece años, no veintitrés.

Aisha Ibrahim Duhulow murió el lunes 27 de octubre a manos de un grupo de cincuenta hombres que la lapidaron hasta la muerte en el puerto meridional de Kismayo, ante un millar de espectadores.

Varios de los periodistas somalíes que habían informado que tenía veintitrés años han dicho a Amnistía Internacional que calcularon su edad por su aspecto

físico.

Aisha estaba acusada de adulterio según la ley islámica, pero su padre y otras fuentes han dicho a Amnistía Internacional que de hecho había sido violada por tres hombres y que, al intentar denunciar la violación a la milicia Al Shabab que controla Kismayo, fue acusada de adulterio y detenida. Ninguno de los hombres a los que acusó de la violación fue detenido.

«No fue un acto de justicia ni una ejecución. Esa niña sufrió una muerte horrible a instancias de los grupos armados de oposición que actualmente controlan Kismayo», ha dicho David Coperman, adjunto de investigación y acción sobre Somalia de Amnistía Internacional.

Según ha sabido Amnistía Internacional:

El padre de Aisha declaró que la niña estaba en Kismayo desde hacía solo tres meses, y que había venido del campo de refugiados de Hagardeer, en el nordeste de Kenia.

Aisha fue detenida por la milicia de las autoridades de Kismayo, una coalición de la milicia de Al Shabab y milicias del clan local. Según informes, durante el tiempo que permaneció detenida sufrió una gran angustia, y hay personas que afirman que llegó a desvariar.

Para la lapidación llevaron al estadio un camión cargado de piedras.

En un momento de la lapidación, según han confirmado a Amnistía Internacional numerosos testigos, se ordenó al personal sanitario que comprobara que Aisha Ibrahim Duhulow, que estaba enterrada, seguía con vida. La desenterraron, declararon que aún vivía y volvieron a colocarla en el agujero para continuar con la lapidación.

Según Radio Shabelle, una persona que dijo llamarse Sheik Hayakalah afirmó: «Ella misma aportó las pruebas y confirmó oficialmente que era culpable, diciéndonos que le alegraba recibir el castigo que impone la ley islámica». Frente a esta afirmación, varios testigos han dicho a Amnistía Internacional que la muchacha forcejeó con sus captores y tuvo que ser llevada al estadio por la fuerza.

Una vez allí, miembros de la milicia abrieron fuego cuando algunos de los testigos del homicidio intentaron salvarle la vida, y mataron a disparos a un niño que presenciaba los hechos. Más tarde, y según los mismos informes, un portavoz de Al Shabab se disculpó por la muerte del chico y afirmó que el miliciano que había disparado sería castigado.

Salvando el incidente del chico que murió por interceder a favor de la pequeña que estaba siendo lapidada, las muertes de ambas jóvenes presentaban muchas similitudes, por lo que acabó imaginando lo que pudo haber ocurrido en Beit Orot en el transcurso de la lapidación de Aicha Uazir.

—Aicha, Aicha, Aicha —repitió el nombre tres veces en voz alta.

Acto seguido, recordó una canción compuesta por el cantautor francés de origen judío Jean-Jacques Goldman que el cantante musulmán Cheb Khaled había puesto de moda a finales de los años noventa, y cuyo título era precisamente *Aicha*. La letra rezaba:

Aicha
Como si yo no existiera
Pasó a mi lado
Sin una mirada, reina de Saba
Dije, Aicha, toma, todo es para ti

Aquí las perlas, las joyas
También el oro alrededor de tu cuello
Los frutos maduros con sabor a miel
Mi vida, Aicha, si me quieres

Iré donde tu aliento nos lleve
A los países de marfil y de ébano
Borraré tus lágrimas, tus penas
Nadie es demasiado bello para una tan bella

Aicha, Aicha, escúchame
Aicha, Aicha, no te vayas
Aicha, Aicha, mírame
Aicha, Aicha, respóndeme...

Ella dijo: Conserva tus tesoros
Yo merezco algo mejor
Que una jaula, aunque sea de oro
Quiero tener los mismos derechos que tú
Y que siempre me respetes
El amor es lo único que quiero...

—Aicha, Aicha, escúchame, respóndeme —canturreó ahora la inspectora.

—¿Cómo dice? —preguntó Heller, quien acababa de regresar con sendas tazas de café en ambas manos.

—Estaba recordando la letra de una vieja canción —reconoció Sarah.

—¿Qué le parece? —se interesó el sargento señalando el cuaderno que su superior tenía junto a ella.

—¿El cuaderno de Aicha Uazir? Tendremos que estudiarlo con más detenimiento.

Acabo de leer un relato terrible que puede darnos una idea de cómo pudo ser su ejecución, y de lo mucho que tuvo que sufrir la pobre muchacha.

—¿Le ha echado un vistazo al resto de papeles?

—Todavía no, sargento. Hágame un resumen.

—El listado telefónico demuestra que Aicha Uazir recibió dos llamadas que se efectuaron desde una cabina próxima al hotel Ambassador y, en consecuencia, también cercana al apartamento de Elijah Shapiro de la calle Nablus. Por su parte, Eljah Shapiro solo utilizó el móvil en las tres últimas semanas para ponerse en contacto con la joven, siempre a primera hora de la mañana y a última hora de la noche, como suelen hacer los tórtolos que no tienen ocasión de verse a diario. Imagino que en una de esas llamadas concertaron la cita que dio lugar a la fotografía de la terraza del hotel Hashimi. Desconocemos qué ha sido del terminal. El dossier de los informáticos asegura que la carpeta titulada «Neturei Karta» que existe en el ordenador de Shapiro fue creada el mismo día de su muerte, y que ese mismo día fueron borrados del disco duro un buen número de archivos. Pero hay otro dato cuando menos desconcertante. ¿Recuerda la ropa que encontramos en el apartamento de la calle Nablus? Pues bien, hay prendas de vestir de distintas tallas. ¿Para qué podía querer Elijah Shapiro ropa que no era de su talla? Confieso que ese detalle me desconcierta sobremanera. En cuanto al nombre del propietario del inmueble de la calle Nablus, adivine de quién se trata.

—¿De quién?

—De Maxi Cohen.

—¡Vaya! —exclamó la inspectora sin ocultar su sorpresa.

Los israelíes tenían dos formas a la hora de «judaizar» Jerusalén Este: por las buenas o por las malas. La colonización por las malas era la más común, y provocaba tanto escándalo que movilizaba a numerosas organizaciones internacionales y locales contrarias a esta forma de actuar. Una parte esgrimía el incumplimiento de las resoluciones de la ONU sobre el asunto de los asentamientos ilegales y se movilizaba en la calle, la otra hacía oídos sordos y todo terminaba con la intervención de los antidisturbios y un número indeterminado de detenidos que incluía a judíos, árabes y miembros de las distintas organizaciones humanitarias presentes en suelo israelí. La colonización por las buenas, por el contrario, consistía en que una empresa de capital judío compraba un inmueble en Jerusalén Este y en un principio respetaba los contratos que los inquilinos árabes tuvieran hasta la extinción de los mismos. Una vez concluida la relación contractual, los arrendatarios eran expulsados y la vivienda era reformada en su totalidad o demolida para dar lugar a hogares exclusivos para judíos. Maxi Cohen, un multimillonario judío de ascendencia norteamericana, era uno de los mayores propietarios de inmuebles de Jerusalén Este. El negocio era bien sencillo: comprar barato a los árabes y vender caro a los judíos. Como de cara a las autoridades, tanto municipales como nacionales, el resultado de esta política empresarial coincidía con la política gubernamental de colonizar Jerusalén Este con

judíos, la Maxi Cohen Real Estate contaba con la protección y el beneplácito de las más altas esferas del estado israelí.

—En resumidas cuentas: Aicha Uazir recibió dos llamadas desde una cabina cercana al apartamento de Shapiro, con el que sabemos que mantenía una relación sentimental, horas antes de ser lapidada —recapituló la inspectora—. Por otra parte, en la habitación de hotel que el periodista utilizaba como cuartel general han aparecido numerosos recortes de prensa que tienen como protagonistas a los Neturei Karta, una organización judía partidaria de que sean los palestinos quienes gobiernen Israel. Para colmo, en el ordenador de Shapiro existe una carpeta con el nombre «Neturei Karta» que fue creada, según los informáticos, el día de su muerte. La mencionada carpeta no contiene ningún archivo, de la misma manera que los recortes de prensa carecen de huellas dactilares. Por si todo esto no bastara tenemos el testimonio del director del *Israel Morning Star*, quien asegura que Shapiro estaba investigando el tráfico ilegal de órganos humanos en Israel. Y para ponerle la guinda al pastel, contamos también con el cadáver de un europeo del Este cuyo cuerpo carece, al parecer, de córneas...

—Olvida que el cadáver de Shapiro fue encontrado en un hospital oftalmológico donde se realizan trasplantes de córneas —apuntó el sargento.

—¿Qué diablos está pasando, Lautaro? —preguntó la inspectora.

—Que alguien se está tomando muchas molestias para confundirnos. Si como el comisario cree detrás de estos crímenes está la mano de la familia del marido de Aicha Uazir, carece de toda lógica que manipularan las pruebas para dirigir nuestra atención hacia Neturei Karta, puesto que esta organización es propalestina.

—Salvo que lo que hiciera la familia política de Aicha Uazir fuera encargar el crimen a una organización propalestina como Neturei Karta, puesto que sus miembros cuentan con libertad de movimiento y están amparados por nuestra Constitución. Una célula de terroristas integristas tendría muy difícil poder actuar en Jerusalén sin ser detectada; en cambio los Neturei Karta viven entre nosotros, tienen los mismos derechos... No olvide que, después de todo, Aicha Uazir era una apóstata miembro de la organización Arabs For Israel, que defiende precisamente la adhesión de los árabes a la causa israelí; es decir, lo contrario a los postulados de cualquier grupo integrista islámico y también de Neturei Karta.

—Su hipótesis sería plausible si no fuera porque tanto los recortes de prensa como la carpeta vacía encontrada en el ordenador de Shapiro apuntan a Neturei Karta. No tiene sentido que los propios criminales se hubieran tomado la molestia de borrar los archivos de la carpeta y dejado en cambio los artículos de prensa. No, hay algo que no encaja, que se nos escapa.

—Imaginemos otro escenario, sargento. Supongamos que Aicha Uazir había sido amenazada y que Shapiro, alertado por su compañera, decidió tomar cartas en el asunto e investigar a los Neturei Karta como principales sospechosos. Lo que ocurrió luego ya lo sabemos: ambos jóvenes fueron asesinados; la una por apóstata por

encargo de su propia familia política; el otro por haber llegado demasiado lejos en sus pesquisas. Si las cosas se hubieran producido así, entonces los recortes de prensa y la creación de un archivo con el nombre de Neturei Karta estarían justificados. Tal vez Shapiro fue quien creó la carpeta el mismo día de su muerte. Quizá reutilizó una antigua carpeta, de ahí que borrara los documentos que contenía. Yo mismo hago esa clase de cosas.

—Olvida la falta de huellas. Y su teoría tampoco tiene en cuenta la tercera pata de este banco: el cadáver sin córneas encontrado en el parque de la Independencia, y el hecho de que Shapiro estuviera llevando a cabo una investigación sobre el trasplante de órganos en Israel, según asegura el director de su periódico. Por no mencionar que si Shapiro hubiera sido consciente del peligro que corría su novia, lo más lógico hubiera sido denunciar el caso a la policía. Algo que no hizo.

—Tiene razón, sargento. Estamos en un callejón sin salida. ¿Qué propone?

—Seguir dándole vueltas a este asunto hasta que logremos desenredar la madeja, como le gusta decir al comisario.

La inspectora tomó una de las hojas que tenía sobre la mesa:

—Tengo aquí el nombre del miembro del Shabak que ha de decirme dónde puedo encontrar a la suegra de Aicha Uazir, que según tengo entendido se encuentra presa en una de nuestras cárceles de máxima seguridad. Creo que ha llegado el momento de que me entreviste con ella para valorar su posible implicación en el caso. Usted, entre tanto, trate de averiguar dónde se realizan trasplantes de córnea en Israel de manera ilegal.

La propuesta fue recibida por Heller con una amplia sonrisa.

—Creo que visitaré de nuevo el hospital St. John —dijo.

—Pórtese como si fuera a tomar el té en casa de una damisela, Lautaro. Si alguien del hospital St. John se queja de sus preguntas o de su comportamiento, ni siquiera yo podré salvarle de la quema.

—Soy consciente de que Goldiak está esperando que meta la pata para desterrarme a un agujero negro en los confines del universo. Aguardaré a tener las fotografías que Roth le haya hecho al cadáver del parque para hacer una visita a la clínica.

—«Aicha, Aicha, escúchame / Aicha, Aicha, no te vayas / Aicha, Aicha, mírame / Aicha, Aicha, respóndeme...» —volvió a canturrear la inspectora una vez Heller se hubo marchado.

Cuando Sarah recibió los periódicos de la mañana, comprobó que todos incluían la noticia de los crímenes de Elijah Shapiro y de Aicha Uazir en primera plana. «Los nuevos Romeo y Julieta», coincidían casi todos. Goldiak había lanzado su bomba informativa y todos los diarios hablaban de la lapidación de la joven apóstata palestina, un ejemplo de valor y de libertad de pensamiento, y de la intensa búsqueda de los culpables que estaba llevando a cabo el departamento de policía de Jerusalén. Estaba claro que la prensa de derechas no tardaría en convertir a Aicha Uazir en una

mártir de la causa israelí, después de que en vida la hubieran tratado como a una heroína. De seguir así las cosas, no se podía descartar que todo acabara en una conferencia de prensa que, a su vez, despertaría el interés de los políticos de turno. En ese supuesto, las cosas solo podían complicarse aún más.

Querida Dua Khalil Aswad:

He visto las infamantes y crueles fotografías e imágenes de tu muerte que circulan en Internet. Al parecer, uno de los asesinos las grabó con su teléfono móvil para que sirvieran de ejemplo. Las he visionado una docena de veces haciendo un gran esfuerzo por superar el compungimiento, la estupefacción y la repugnancia que me causan, pero si he insistido ha sido con el propósito de que alimenten el odio que todas las mujeres del mundo estamos obligadas a sentir hacia aquellos que te arrebataron la vida de manera tan terrible e inhumana. Como suele ocurrir con demasiada frecuencia, tu delito fue enamorarte del joven equivocado. Ni siquiera me atrevo a emplear la expresión «hombre equivocado», puesto que ambos erais adolescentes. ¡Teníais diecisiete años! Al parecer practicabas el yazidismo (una extraña religión de la que no sé absolutamente nada, he de reconocerlo) y en cambio te enamoraste de un joven musulmán suní, con el que planeaste huir y con el que pasaste una noche fuera de tu casa (espero que haciendo el amor y contemplando las estrellas entre sus brazos), lo que fue motivo suficiente para que merecieras morir lapidada, presa de la ira de una turba entre la que se encontraban miembros de tu propia familia, y con la connivencia de la policía local. ¡Habías faltado al honor de tu familia! ¡Incluso aseguran que habías abrazado la fe islámica por amor, para poder casarte con el joven del que estabas enamorada! ¿Cabe imaginar delito más terrible? Si, querida Dua, tu historia de amor es idéntica a la de millones de jóvenes de todo el mundo, es inherente a la juventud y, por consiguiente, es un símbolo de vida. ¿He de recordarte que el amor es ante todo una expresión de vida, que el amor es la primera expresión de verdadera libertad de una persona? En realidad, tú fuiste la única de tu aldea en comprenderlo, de ahí que quisieras amar intensamente.

Nunca podré olvidar las imágenes de tu muerte, el cúmulo de manos cobardes lanzándote piedras, algunas de gran tamaño, mientras otros aprovechaban para patearte. Uno de los pateadores-lapidadores tuvo la gloria de arrebatarte la falda en una arremetida. Tu cuerpo quedó entonces semidesnudo y desmadejado, lo que no fue impedimento para que la agresión continuara. Una nueva andanada de patadas fue a parar contra tu cuerpo ya inconsciente y moribundo. ¡Hay tanta valentía, tanta testosterona masculina en ese gesto! (Perdona la ironía). Tal vez fuera tu padre, tu hermano o un primo, aunque imagino que eso es lo de menos, pues fueron tu padre, tu hermano y tu primo quienes te arrastraron a esa situación, quienes decidieron que debías morir por haber mancillado el honor de tu familia. ¡Qué palabra tan vacía esa del honor cuando lo que esconde es un crimen abominable!

¿Sabes una cosa, Dua? Es tan intenso el odio que siento por lo que te han hecho que mi corazón ni siquiera se ha conmovido cuando he tenido

conocimiento de la muerte de veintitrés yazidíes que fueron obligados a descender del autobús en el que viajaban para a continuación ser ejecutados por un grupo de musulmanes suníes como represalia por tu muerte. ¿Acaso no es en esa clase de justicia en la que creen, en el ojo por ojo? ¿No fueron esos mismos hombres los que tomaron parte en tu ejecución con evidente regocijo? He visto algunas imágenes de los cadáveres puestos en fila en algún punto de la carretera que une Mosul con tu aldea del norte de Irak, pero en ningún caso el despliegue de medios es comparable con el de tu ejecución. ¡Ojalá tus verdugos se pudran en el infierno! ¡Ojalá su Dios, el Dios bajo el que amparaban sus crímenes, se llame como se llame, les escupa en la cara y les arroje un zapato a cada uno de ellos!

Después de leer la carta, la inspectora Toledano cerró el cuaderno y escrutó sus cubiertas como si en ellas estuviera la clave de lo que Aicha Uazir pretendía transmitir. A continuación, guiada de nuevo por la necesidad de saber más sobre la joven, volvió a abrir el cuaderno.

Título del libro: *Goodbye Islam*.

Notas y apuntes para *Goodbye Islam*.

Fragmento de una entrevista a Ayaan Hirsi Alí, autora del libro *Yo acuso*, quien sufrió la ablación del clítoris cuando tenía cinco años y logró escapar de un matrimonio concertado. Apostató del islam, fue diputada del parlamento holandés entre los años 2003 y 2006 y está amenazada de muerte por su lucha por los derechos de las mujeres musulmanas.

P: ¿Qué piensa usted del islam? Yo siento que el islam se halla en una crisis verdaderamente terrible en todo el mundo. Está llamado a desaparecer. ¿Sabe que el mayor número de muertes violentas en el mundo se producen entre musulmanes? ¿De verdad algún musulmán puede seguir ignorando el choque entre la razón y nuestra religión? Durante siglos nos hemos comportado como si el conocimiento estuviera en el Corán, nos hemos negado a cuestionar nada, nos hemos negado a progresar. Nos hemos ocultado de la razón durante tanto, tanto, tanto tiempo porque éramos incapaces de afrontar la necesidad de integrarla en nuestras creencias. ¿Son los derechos humanos, el progreso, los derechos de la mujer ajenos al islam? Al declarar infalible a nuestro profeta y no permitirnos dudar de él, los musulmanes establecimos una tiranía estática. Hemos fosilizado la perspectiva moral de millones de personas con la mentalidad del desierto árabe propia del siglo VII. No solo éramos sirvientes fieles de Alá; también sus esclavos. Las sociedades islámicas tienen que enfrentarse a los mismos problemas que la cristiandad antes de la Ilustración. Yo no tengo nada en contra de la religión como fuente de consolación, pero rechazo la religión como forma de vida.

Frases de Ayaan Hirsi Alí:

«Mi brújula moral está en mi interior, en absoluto en las páginas de un libro sagrado».

«Necesito encontrar a las mujeres atrapadas en la jaula mental del islam y convencerlas de que tomen las riendas de sus vidas».

«En el islam no hay motivos para el individualismo, para uno mismo».

Tras saltarse algunas páginas que recogían apuntes de nuevas cartas, la inspectora encontró un sinfín de notas de prensa bajo el epígrafe *Goodbye Islam* que Aicha Uazir había transcrito de su puño y letra:

Marzo de 2002. La Meca. Quince niñas mueren abrasadas y otras cincuenta resultan heridas en su escuela. La policía religiosa de Arabia Saudí, la *muttawa*, no permitió que abandonaran las instalaciones en llamas por no llevar puesta ninguna de ellas el burka y ante la ausencia de tutores masculinos. La *muttawa* prefirió que las pequeñas murieran antes que consentir que transgredieran la ley islámica.

Policía religiosa advierte a los musulmanes de que no celebren el día de los enamorados.

Según la *muttawa*, «los musulmanes fieles no deben caer en lo inmoral, y no deben aceptar esta fiesta pagana, ni ayudar a su celebración a través de la participación en comidas, bebidas, venta, compra o envío de regalos».

La revista *Saudi Gazette* ha asegurado que miembros de la *muttawa* han visitado varias tiendas de flores para advertir a sus propietarios de que no vendan rosas rojas, lo que ha dado lugar a la creación de un mercado negro de flores en Riad.

Los floristas aseguraron, además, que la *muttawa* les había obligado a eliminar de sus escaparates cualquier elemento decorativo que pudiera simbolizar el amor, sobre todo los objetos de color rojo, empezando por las flores de ese tono. (Noticia de agencia, 13 de febrero de 2008).

Una mujer saudí es encarcelada por tomar un café con un compañero de trabajo. Ella es una ejecutiva de una importante empresa. Habían bajado a la cafetería porque la luz se había ido en las oficinas. Fue acusada de estar en compañía de un varón no pariente. En las dependencias policiales de la *muttawa* tuvo que firmar un papel donde reconocía que estaba en *julwa*, es decir con un hombre no pariente, antes de ser trasladada a la prisión de Malaz, donde pudo ser liberada gracias a la intervención del marido, quien a su vez fue objeto de escarnio por parte de la policía religiosa.

Fotógrafos saudíes acorralados por una frase en un libro de texto.

Una lección en un libro de texto, en el que se describe la fotografía como una

forma de idolatría, ha colocado en una posición difícil a los fotógrafos saudíes, que incluso han sido agredidos.

La raíz del problema es una sentencia que aparece en un capítulo sobre religión e imágenes del libro de texto de noveno curso en la que se afirma que «representar criaturas vivas, animales o humanas, ya sea de tamaño natural o en papel o en paredes está prohibido porque es imitar la creación de Dios».

Días atrás, un reportero gráfico de un diario del país fue arrestado por la temible *muttawa* cuando fotografiaba una hilera de árboles que habían sido arrancados por una tormenta de arena en Riad.

Los agentes alegaron que los árboles son una creación de Dios y que, al inmortalizarlos caídos, el fotógrafo se mofaba de la creación de Dios. (Noticia de agencia, 2008).

Los matrimonios forzados son una práctica extendida en muchos países musulmanes, pese a que no están recogidos en las fuentes islámicas. ¿Por qué se permiten entonces? ¿Por qué las mujeres hemos de someternos a ellos?

Pakistán: las tradiciones islámicas matan a cinco mujeres por rechazar matrimonios concertados.

Las organizaciones civiles y de derechos de la mujer se han echado a las calles de las principales ciudades de Pakistán para tratar de obligar al gobierno a poner fin a los asesinatos por honor, y para que castiguen a los autores de estos crímenes.

El asesinato de cinco mujeres, tres de ellas adolescentes, para «proteger» el honor familiar ha conmocionado a Pakistán. Las jóvenes, que al parecer planeaban casarse con hombres que amaban y no con los que se les había impuesto, fueron asesinadas por sus familiares para defender el honor familiar y para castigarlas por su comportamiento «ilícito». Según las informaciones recogidas en Hong Kong por la Comisión Asiática de Derechos Humanos (AHRC), las cinco mujeres —Fátima, esposa de Ali Umeed Umrani; Jannat Bibi, esposa de Qaisar Khan; Fauzia, hija de Mohammad Ata Umrani, y otras dos adolescentes de dieciséis y dieciocho años— fueron enterradas vivas en una aldea remota del país.

Los medios de comunicación afirman que el sangriento incidente se produjo el 13 de julio, cuando Abdul Sattar Umrani, hermano menor de Mir Sadiq Umrani, alto dirigente del gobernante Partido Popular de Pakistán (PPP), obligó a subir a las cinco mujeres en su vehículo, en los alrededores de Baba Kot.

Umrani y sus seis cómplices bajaron a las tres adolescentes del Jeep y las torturaron antes de abrir fuego contra ellas. Cuando las dos mujeres de más edad protestaron por el enterramiento de las jóvenes mientras se encontraban aún con vida, también fueron asesinadas.

Los asesinos han encontrado quien los defienda. Un senador pakistaní afirmó que «son siglos de tradiciones y voy a seguir defendiéndolas». (Noticia publicada en MinutoDigital.com en archivos de mayo de 2008 a febrero de 2010).

¿Por qué son machistas las religiones? ¿Por qué ninguna religión reconoce la libertad individual de las mujeres? Según parece, «el eje de la discriminación religiosa hacia las mujeres pasa consuetudinariamente por la vagina».

Dos millones de niñas sufren la ablación del clítoris todos los años.

Si mutilas mi sexualidad me anulas como persona.

Es mi sexo el que me convierte en esclava.

Solo mi determinación puede liberarme de mis cadenas.

Mi voluntad y mi fortaleza son mis armas.

Las mujeres hemos de ser fuertes como robles para sobrevivir.

Las mujeres somos bosques de robles que el hombre ansía talar.

Las notas de ese jaez continuaban varias páginas más, por lo que la inspectora llegó a la conclusión de que el libro que la joven pensaba titular *Goodbye Islam* tenía como objetivo denunciar la situación de la mujer en los países islámicos, el drama que suponía tener que casarse con un hombre al que no se amaba y el horrible sufrimiento que padecían quienes se rebelaban o, simplemente, se atrevían a reivindicar sus derechos civiles como mujeres. En términos generales, lo escrito en aquel cuaderno coincidía con las declaraciones que la joven había efectuado en distintos medios de comunicación, incluida la entrevista que le había concedido a Shapiro, si bien su carga de emotividad era mucho mayor.

Daba la impresión de que Aicha Uazir pretendía seguir los pasos de la líder del movimiento con el que simpatizaba, Arabs For Israel; tal vez su intención fuera la de convertirse en una mujer-denuncia, en la misma línea que Nonie Darwish. En cuanto a su exposición en los distintos medios de comunicación nacionales e internacionales, cabía imaginar que pensara que mientras más gente conociera su postura, mayor sería el número de adhesiones a su causa y, por ende, menor peligro correría su vida. ¿No se decía eso de que la unión hacía la fuerza? El problema era que toda moneda tenía dos caras, y los partidarios de un personaje público controvertido solían crecer a la par que sus detractores o enemigos. Ahí estaba el caso de la propia Ayaan Hirsi Ali, quien había alcanzado el estatus de diputada del parlamento holandés y una gran notoriedad internacional pero no había evitado que ahora tuviera que vivir bajo protección policial las veinticuatro horas del día, algo que Aicha Uazir había rehusado aduciendo que vivir en un búnker era, en su opinión, lo mismo que hacerlo en un ataúd, que estar muerta en vida.

Sea como fuere, parecía evidente que, en el supuesto de que una obra como *Goodbye Islam* llegase a publicarse en un país como Israel, la vida de Aicha Uazir no volvería a ser la misma.

Esa noche, después hacer el amor por primera vez con Ari en su propia casa (era al primer hombre al que había permitido hollar aquel santuario de la feminidad), le preguntó:

—¿Me respetarás siempre, Ari?

El busto renacentista que era la cabeza del joven se inclinó hasta que sus ojos se encontraron.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Porque si no lo haces te descerrajaré un tiro en la cabeza, lo juro.

—¿Es por lo de esa joven lapidada de la que hablan todos los periódicos?

Tenía que reconocer que estaba terriblemente irritada por la lapidación de Aicha Uazir. Normalmente no dejaba que los casos le traspasaran la epidermis, pero este se había colado en sus adentros. Se estuviera de acuerdo o no con el posicionamiento político de Aicha Uazir, que apostatará del islam había supuesto dar un paso al frente en una sociedad proclive al inmovilismo, un acto de valentía que podía servir de acicate, de ejemplo para otras muchas mujeres musulmanas que quisieran abandonar su religión y buscar la libertad individual. La difusión de su muerte en todos los medios de comunicación, por tanto, cercenaba toda posibilidad de avance, suponía un retroceso. Después de lo ocurrido, cualquier joven que estuviese tentada de seguir los pasos de Aicha Uazir se lo pensaría dos veces.

—Es por todas las mujeres que son maltratadas a diario en el mundo —reconoció.

—Nunca había ocurrido nada semejante desde que existe el Estado de Israel —observó el joven.

—Ocurre a cada instante en cualquier rincón del planeta. Más de dos millones de niñas son mutiladas genitalmente cada año. Son niñas musulmanas muchas de ellas, pero también las hay que profesan el cristianismo o que practican el animismo. Todo depende del lugar donde hayan nacido. Son hijas de todas las religiones, siervas de un Dios implacable y esclavas de los hombres que las custodian y someten. En líneas generales, los hombres sois unos monstruos, y deberíais reconocerlo. Inventasteis a Dios en vuestro propio beneficio, lo creasteis a vuestra imagen y semejanza y acabasteis jodiéndolo todo. Antes, por descontado, le echasteis la culpa de todos los males a una mujer: Eva. ¡En el fondo resulta tan burdo el machismo, resulta tan evidente!

—¿Qué puedo responder ante semejante acusación?

—Solo me desahogo hablando en voz alta. Nada, lo mejor será que no digas nada.

—¿O me descerrajará un tiro en la cabeza si no te gusta lo que digo?

—Cabe esa posibilidad.

—Cada vez son más los países que reconocen la igualdad entre hombres y mujeres —trató de contemporar Ari.

—Se trata de una igualdad ficticia, salvo en unos pocos lugares. Siempre he defendido que Suecia es el verdadero paradigma de país exótico, pues tiene algo de lo

que los demás carecen: un profundo respeto por la igualdad de sexos. Esa sí que es una costumbre valiosa e inusual. Ese sí que es un valor exótico, como una planta o una especie de animal único.

—Ninguna sociedad es perfecta, puesto que tampoco los hombres lo somos.

En cierta forma le irritó que Ari usara un argumento tan simple y manido para justificar cierta clase de cosas.

—Es cierto. El problema radica en que la mayoría de las sociedades son demasiado imperfectas precisamente porque están regidas por hombres —replicó—. Basta un hombre machista y otro condescendiente para que la sociedad siga siendo machista, para que nada cambie. Sí, el problema está en las legiones de hombres condescendientes que nutren nuestras sociedades.

—Yo reconozco la igualdad entre hombres y mujeres —se defendió Ari.

No era justo que Ari pagara su frustración, así que decidió rebajar el tono de la conversación:

—No lo dudo. Por si las moscas, te requisaré el arma mientras duermes.

—¿Qué arma? Jamás he ido armado, excepto cuando tuve que cumplir con el ejército.

—Claro que vas armado. Todos los hombres vais armados —dijo la inspectora al tiempo que posaba suavemente la mano derecha sobre el sexo de su amante—. Todos los hombres sois cazadores por naturaleza. Afortunadamente, tu pistola dispara balas de amor. Al menos, por ahora.

Después de que Ari la volviera a abrazar primero y luego la acomodara encima de él, sintió el vértigo de las cosas que se mueven con demasiada rapidez en un breve período de tiempo. Desde que pisara Israel, y de eso ya hacía unos cuantos años, siempre que había dado muestras de ternura o de indulgencia delante de un hombre había sido después del segundo o tercer whisky. Y esa noche no había bebido un solo trago. Tal vez había llegado el momento de hacer suyo ese adagio que asegura que el amor no se mide por el número de caricias, sino por la frecuencia con que los miembros de la pareja se comprenden.

Acababa de tomar una sopa Kubbeh y unas bolas de arroz en Azura, el restaurante judío iraquí de El Shuk, el mercado Mahene Yehuda, y como era viernes elaboró una pequeña lista de productos para aprovisionarse de cara al fin de semana. A esa hora, los puestos empezaban a llenarse de judíos ultraortodoxos del vecino barrio de Mea Shearim y la presencia policial era más abundante de lo habitual pues, según le había oído decir al dueño del restaurante, el alcalde de Jerusalén, Ehud Olmert, estaba a punto de visitar el mercado. De hecho, casi había más policías que clientes.

Después de comprar fruta, especias, carne, leche y café, tomó rauda el camino de salida para evitar la aglomeración que empezaba a producirse en las inmediaciones de los controles policiales. La llegada de un numeroso grupo de hombres religiosos que caminaba en dirección contraria a la suya la detuvo en seco cuando estaba a escasos ciento cincuenta metros de alcanzar la Jaffa Road. De pronto se vio rodeada, sin

posibilidad de avanzar. Acto seguido sintió que alguien le empujaba por la espalda con insistencia, como si tuviera prisas por abrirse paso. Se trataba de una joven embarazada, casi una niña, que corría hacia la salida como si se encontrara mal. Tenía el rostro desencajado, pálido y parecía a punto de vomitar. Pese a que sabía que una mujer no podía tocar a aquellos hombres, no dudó en empujarlos con el propósito de dejarle franco el camino a la joven embarazada. Había cumplido su sexto mes de servicio militar obligatorio y ya había aprendido cómo quitarse a unos cuantos tipos de encima, por fuertes y robustos que resultaran. Cuando hubo conseguido su propósito, la joven embarazada se coló por el intersticio y siguió su camino presuroso sin siquiera darle las gracias, al tiempo que los hombres religiosos la imprecaban a voz en grito.

Lo siguiente que escuchó fue una detonación, cuya onda expansiva derribó al grupo de hombres religiosos como si fueran bolos.

Durante quince o veinte segundos quedó aprisionada por un sinfín de pesados cuerpos que se removían con la parsimonia de las arenas movedizas, incapaces de reincorporarse.

Cuando pudo zafarse de aquellos cuerpos corrió hacia la salida, aturdida y tambaleante, siguiendo la dirección que había tomado la muchacha embarazada.

Encontró su cuerpo desmembrado, junto a otros cuerpos mutilados, al lado de un autobús de la línea 23 de la compañía Egged, en Jaffa Road.

Solo cuando sus oídos se llenaron de gemidos y gritos lastimeros que pedían ayuda comprendió que la explosión la había dejado momentáneamente sorda. Entonces, una voz ronca y llena de ira se sobrepuso a los lamentos y gritó: «¡Muerte a los árabes! ¡Muerte a los árabes!»

Cuando leyó los periódicos al día siguiente supo que la joven se llamaba Nidal Daraghmed, que procedía del campo de refugiados de Yenin, al norte de Cisjordania, que estaba vinculada a la organización terrorista Mártires de Al-Aqsa, que tenía tan solo diecisiete años y que no estaba encinta, sino que llevaba un cinturón de explosivos adherido al vientre.

Dejó seis muertos y noventa heridos, entre los que se encontraban algunos de los hombres religiosos que la habían rodeado e insultado por haberse atrevido a tocarlos.

Era el viernes 12 de abril de 2002, y aquella noche bebió whisky hasta perder el conocimiento por primera vez en su vida.

A menudo, los ojos desencajados de Nidal Daraghmed se le aparecían en sueños. Una mirada inescrutable, imperturbable, y al mismo tiempo inquisitiva, que ni siquiera pestañeaba, vacía de toda vida, rebosante de muerte como un árbol frutal.

Una ducha de agua fría consiguió que el sumidero se tragara aquellos recuerdos. Luego se tomó dos cafés cargados sin azúcar.

Dejó a Ari durmiendo y se dirigió al Complejo Ruso.

Pese a las reticencias del Shabak a la hora de compartir información, Sarah logró que le fuera remitido un informe sobre el caso de la familia de Aicha Uazir, muerta en el Área A (los territorios en Judea, Samaria y Franja de Gaza más densamente poblados por palestinos, que conforme a los Acuerdos de Oslo debían pasar a control palestino al menos en materia de seguridad), pero sin especificar el lugar exacto.

La «ejecución selectiva» había consistido en arrojar una bomba de mil kilogramos sobre la vivienda de la familia Uazir, donde se encontraban dos de los terroristas palestinos más buscados: Abu Massur, el marido de Aicha Uazir, y el padre de esta. Ambos estaban preparando una cadena de atentados en centros comerciales y autobuses con los que pretendían causar el mayor número de víctimas entre la población civil israelí, algo que con anterioridad ya habían llevado a cabo con éxito. De hecho, a Abu Massur se le atribuía el asesinato de cinco colonos judíos (tres de ellos niños de corta edad) en una colonia al norte de Cisjordania. Uno de los asesinatos había resultado excesivamente cruel, por cuanto que la víctima era un pequeño de tres años al que le había descerrajado un tiro en la nuca.

La única superviviente de aquel ataque selectivo había sido la propia Aicha Uazir, quien no estaba presente en la vivienda cuando cayó la bomba.

Si bien el informe no daba más datos sobre los detalles técnicos de la operación y los llamados daños colaterales, es decir, el número de vecinos muertos o heridos, en cambio proporcionaba una información valiosa acerca del papel que Aicha Uazir había jugado en aquella operación.

Al parecer, tanto el padre como el marido de la joven llevaban tiempo utilizándola para captar a muchachas palestinas vírgenes, a las que luego jóvenes experimentados violaban según un plan establecido, tras lo cual eran consoladas por una siniestra mujer que era conocida con el sobrenombre de «la madre de los creyentes».

Cuando la inspectora leyó este nombre sintió un sobresalto, pues no en vano había participado en la detención de dicha mujer en el transcurso de su primera investigación policial.

Todavía recordaba con inusual viveza aquel primer interrogatorio como miembro de la policía, dada la frialdad y crueldad de la detenida, acusada de haber adiestrado a cincuenta jóvenes y viudas para que se convirtieran en mártires de la causa palestina. La mujer no solo no mostró arrepentimiento sino que, ufana, se jactó de haber mandado violar a las jóvenes, para luego acercarse a ellas de manera sibilina y convencerlas de que la única forma de lavar aquella mancha era el martirio, la inmolación a cambio del paraíso y de la liberación de su pueblo.

De modo que Aicha Uazir fue obligada a participar en aquel horrible crimen hasta

que su conciencia quebró su voluntad y decidió colaborar con los servicios de inteligencia israelíes para poner fin a aquella repugnante práctica.

Después de aquello, era comprensible que la madre de Abu Massur, una mujer llamada Bahira Kassis, odiara visceralmente a su nuera, a la que consideraba la responsable de la muerte de su hijo.

Sea como fuere, la decisión de Aicha Uazir de sacrificar a su propia familia a cambio de salvar a unas cuantas jóvenes palestinas de morir inmoladas después de ser violadas y engañadas no debió de resultar fácil.

Pese a que en los últimos años el Shabak había intentado lavar su cara instigando al gobierno a alcanzar un acuerdo de paz con los palestinos, cualquier requerimiento de los Servicios de Inteligencia Generales era interpretado por los árabes como una invitación para ser coaccionado y torturado. No en vano, la llamada «técnica Shabak» —consistente en constreñir al detenido obligándolo a sentarse en una silla de plástico con armazón metálico fija en el suelo, sin reposabrazos, con las manos fuertemente atadas a la espalda y las piernas inmovilizadas a las patas delanteras— se había vuelto un procedimiento muy controvertido a la hora de interrogar a los sospechosos. La primera sesión de preguntas podía durar doce horas, mientras que la privación del sueño podía superar a las treinta. Si era invierno, el detenido era sometido a intensivas sesiones de aire acondicionado y se le restringía la comida y la bebida. Claro que los métodos del Shabak no eran peores que las condiciones de habitabilidad de la prisión de Telmond, en Hasharon, al norte de Tel Aviv, donde se hallaba recluida la madre de Abu Massur bajo la tutela del Servicio Penitenciario Israelí. No obstante, en cuanto la inspectora estuvo delante de la mujer supo al instante que ni siquiera un experto en interrogatorios lograría doblegarla.

Iba vestida con el uniforme carcelario, y hacía tiempo que no veía un rostro tan seco y amarillento, cruzado de lado a lado y de arriba abajo por un sinfín de surcos profundos como desfiladeros por donde transitaban el sufrimiento y el odio. Otro tanto ocurría con sus ojos, pequeños y esquivos, inescrutables, hundidos en una sima oscura y profunda. Un año y pocos meses después de la muerte de su hijo y de su familia política había sido detenida cuando intentaba cruzar la frontera israelí con un explosivo ceñido a la cintura, por lo que había sido condenada a más de quince años de prisión. Considerada por las autoridades penitenciarias como prisionera de seguridad, antes de ser enviada a la prisión de Telmond, que ocupaba un viejo complejo que había servido de sede de la Policía Montada Británica durante el mandato británico en Palestina, había pasado varios años en la prisión de Neve Tirza, en Ramleh.

Teniendo en cuenta que la mayoría de las convictas solo podían enviar cartas a través de delegados del Comité Internacional de la Cruz Roja, una vez estas habían sido comprobadas por oficiales de seguridad, y que el contacto con los familiares se llevaba a cabo a través de sus abogados, las posibilidades de que aquella mujer estuviese implicada directamente en la lapidación de Aicha Uazir eran remotas.

Antes de atreverse a lanzar la primera pregunta, tuvo que sobreponerse al escalofrío que le recorrió el cuerpo cuando enfrentó su rostro con el de la detenida, pues la forma altiva e inquisitiva de mirar le recordó a la de «la madre de los

creyentes». De hecho, Bahira Kassis se había dejado instruir por aquella antes de convertirse en una bomba humana. Afortunadamente había sido detenida a tiempo.

—¿Es usted Bahira Kassis? —preguntó la inspectora.

La mujer respondió simulando que escupía en el suelo. Un gesto idéntico al que le había visto hacer a «la madre de los creyentes» y a otras detenidas palestinas durante los interrogatorios.

—¿Qué sabe de Aicha Uazir?

Aquel nombre pareció despertar cierto interés en la convicta, que enarcó ambas cejas. Al menos provocó una pregunta.

—¿Qué quiere saber de esa perra judía? —dijo.

—Era usted su suegra. Aicha Uazir estaba casada con su hijo, ¿no es así?

Preguntando lo obvio la inspectora pretendía calibrar la disposición de la detenida a colaborar.

—Yo la maldigo. A ella y al Estado de Satán para el que trabaja.

Al menos había logrado que hablara su odio.

—¿Ha vuelto a tener noticias de ella? —continuó.

Bahira Kassis profirió ahora una risotada seca y estentórea.

—Ya me gustaría que viniera a visitarme para estrangularla con mis propias manos.

—Aicha Uazir fue lapidada hace unos días en un solar de Beit Orot —reconoció la inspectora.

La frente de la mujer se llenó de nuevas arrugas, surcos que parecían cicatrices. Luego los rasgos de su cara se distendieron hasta adoptar una expresión de curiosidad.

—¿De veras? Es la primera vez que una emisaria de Satán me trae una buena noticia. Solo deseo que tardara mucho en morir, el tiempo suficiente para que su sufrimiento se hiciera insoportable. Ahora vaya al grano. ¿Qué quiere de mí?

—¿Sabe quién puede estar detrás de su muerte? —preguntó por fin la inspectora.

—Así que se trata de eso. Quieren que les ayude a encontrar a quienes acabaron con la vida de esa perra. ¿De verdad desea saber quién está detrás de su muerte? Alá, por supuesto, y el pueblo palestino. Aicha Uazir pertenecía a una familia de hierro, noble y recta; como noble y recto era también mi hijo. Decidimos unir el destino de ambas familias por el bien de Palestina, para rebelarnos contra la ocupación y la represión de los invasores de nuestra tierra. Pero ella era diferente, siempre encontraba una excusa para justificar a Israel, hasta que terminó traicionando a los suyos, a su propia familia, a su pueblo. Al último al que traicionó fue a Alá. Nadie puede vivir mucho tiempo cargando sobre la conciencia tales afrentas.

—¿Trata de decirme que por ese motivo la lapidaron?

—Lo que yo digo es que me alegro de que haya sido lapidada como la pecadora y la traidora que era. Su familia y mi hijo están muertos por su culpa. Pocos meses más tarde su suegro, mi esposo, murió de pena. No pudo soportar la traición de Aicha y la

pérdida de Abu. No me cabe la menor duda de que fue ella la persona que informó a los israelíes, la que los condujo hasta nuestros... mártires. Aisha, la verdadera, la más amada de las esposas del profeta, dijo en una ocasión, dirigiéndose a las demás mujeres: «Oh, mujeres, si conocierais los derechos que vuestros maridos tienen sobre vosotras, entonces cada una limpiaría el polvo de los pies de su marido con su cara». La perra Aicha Uazir nunca atendió a estas palabras, nunca respetó a su marido ni a los hombres de su familia. Israel es la mayor obra de Iblis, de Satanás en la Tierra, y desgraciadamente ha elegido Palestina para actuar. Pero Alá sabe cómo defenderse de Satán. Alá es sabio. Alá es el más grande.

—Tal vez si me ayudara podría hacer algo para que su vida aquí fuera más...

Antes de terminar de exponer su propuesta, la inspectora fue consciente de que se había precipitado, de que había actuado como una novata.

Bahira Kassis esgrimió una sonrisa desdentada, tan oscura y profunda como las cuencas de sus ojos. Era como contemplar la entrada a una gruta.

—Vivo en una celda de dos metros cuadrados, sin ventanas. Las paredes están pintadas de negro y una bombilla emite su tenue luz las veinticuatro horas del día. Duermo encima de un colchón húmedo y maloliente y como retrete uso un cubo que rara vez está vacío. Antes de eso, me vi obligada a vender mi ropa a los «turistas» que visitaban Cisjordania, porque los judíos no solo demolieron mi casa, sino que también me condenaron a la pobreza más absoluta haciéndome la vida imposible. Sin embargo, soy plenamente feliz. Primero porque mis seres queridos, las personas que más amaba en este mundo, están ya en el paraíso. Segundo porque estar encerrada en esta miserable prisión me recuerda que Israel me tiene miedo, que el todopoderoso Estado judío teme al ejército de mujeres que están dispuestas a seguir mi ejemplo, a inmolarsse portando una «corona de espinas» en la cintura.

»Saber que Israel siente miedo me produce un placer indescriptible, porque nada hay peor que vivir con miedo. Lo he experimentado en carne propia, sin saber qué ocurrirá dentro de un minuto, de una hora, de un día, y es una sensación aterradora, que te consume y desgasta por dentro. El miedo puede con todo, incluso con la esperanza. El miedo provoca desconfianza hacia todo, incluso hacia los de tu misma clase. El miedo, en suma, es paralizante como el veneno de algunas serpientes. ¿De verdad cree que vendería a los míos por una «habitación con vistas» en este lugar? Para mí usted no es más que una perra judía, y lo único que le deseo es que tenga la desgracia de perder a sus hijos cualquier día de estos, cuando suban o bajen del autobús que los lleva a la escuela. Eso es lo que le deseo a usted y a su prole.

La invectiva hizo que la inspectora recordara dos citas célebres (y contrapuestas) que ponían de manifiesto qué sentimientos se escondían tras las palabras de Bahira Kassis. La primera, pronunciada por Golda Meir, rezaba: «Podemos perdonar a los árabes por asesinar a nuestros hijos. No podemos perdonarlos por obligarnos a matar a los suyos. Solo tendremos paz con los árabes cuando ellos quieran más a sus hijos de lo que nos odian a nosotros». La segunda frase, salida de los labios de un líder de

Hezbollah, decía: «La diferencia entre Israel y Occidente con respecto a nosotros es que ellos aman la vida y nosotros la muerte».

Era cierto que las cosas habían cambiado desde que Wafa Idris se inmolara en un centro comercial de Jerusalén Oeste, puesto que nadie en Israel esperaba que una mujer —cuyo cuerpo se consideraba un medio de reproducción y no de destrucción— tomara el camino del martirio a través de la inmolación. Pero después de numerosos atentados perpetrados por mujeres, la verdad era que el pueblo palestino no había logrado nada beneficioso a cambio de ese sacrificio. Todo lo contrario. La posibilidad de que ancianos, mujeres y niños pudieran ser terroristas suicidas en potencia había aumentado la profilaxis con respecto a los controles a que eran sometidos los palestinos y dotado de argumentos a la derecha israelí para impulsar nuevas y más drásticas medidas de segregación de la población árabe, por ejemplo levantando el controvertido muro, separando calles, barrios, pueblos o ciudades. De modo que Bahira Kassis tenía motivos para sentirse satisfecha solo a medias. El miedo podía presentarse con una gran apariencia, pero a la larga proporcionaba una victoria pírrica. Cuando saliera de la cárcel, Palestina no sería más que un sinfín de pequeños islotes rodeados por un muro inacabable. Un laberinto con una salida aún más difícil de encontrar que cuando decidió cubrir su cintura con explosivos.

—Puede maldecirme cuanto desee —replicó la inspectora—. Dentro de un par de minutos yo me habré marchado y usted se quedará aquí rumiando su odio. Uno puede acostumbrarse a vivir con miedo; en cambio, el odio es como un ácido, como una úlcera que te corroe por dentro. De modo que cuando algún día salga de aquí yo seguiré viviendo con miedo, sí, pero de usted no quedará nada, porque se habrá consumido, se habrá destruido a sí misma.

—También en eso se equivoca, judía, el miedo da siempre paso al odio; al odio hacia aquel que nos causa el miedo. De modo que al final a las dos nos alimentará lo mismo. De hecho, el odio será lo único que nos mantenga vivas. —Dicho lo cual, Bahira Kassis volvió a echar un salivazo. Por último, dijo—: Un proverbio asegura que la marca que produce el látigo desaparece; la huella de la injuria, jamás.

Cuando volvió a encontrarse con el oficial del Shabak que le había ayudado a localizar a la señora Kassis, este le preguntó:

—¿Ha conseguido la información que buscaba?

—No.

—Lo imaginaba. Lo más probable es que la señora Kassis esté detrás de la lapidación de la joven que está investigando, que lo haya preparado todo junto con su abogado, pero nunca logrará demostrarlo. Ni siquiera si la sometiera a terribles torturas. Lleva demasiado tiempo encerrada en el pabellón número trece. El aislamiento insensibiliza a los presos frente a las emociones, vivir se convierte para ellos en otra cosa.

—¿En otra cosa? ¿Qué quiere decir exactamente? —se interesó la inspectora.

—Es difícil de explicar y de comprender, pero el aislamiento insensibiliza a quien lo padece; le hace perder la perspectiva que da la vida a quien la experimenta plenamente. Vivir se convierte entonces en algo plano, sin profundidad y, en consecuencia, sin mucho interés o valor. La única esperanza, el único alimento que mantiene con vida a estas mujeres es el odio que sienten hacia nosotros.

—Tiene razón, es difícil de comprender. ¿Podría hablar con el abogado de la señora Kassis? —sugirió Sarah.

—Ningún abogado árabe comprometerá el secreto profesional. Además, sería lo mismo que admitir que sirve de correo para cometer delitos. Algo que, por otra parte, ocurre a menudo. Olvídelo, sería perder el tiempo.

—¿Sabe si la familia Massur tiene parientes en Jerusalén Este?

El miembro de los servicios de inteligencia esgrimió una sonrisa sardónica.

—¿Qué le parecen los más de doscientos mil árabes que viven en la ciudad? Podría coger la guía telefónica y empezar a llamar a todos y cada uno de ellos y preguntarles si están involucrados en la lapidación de esa joven o conocen a quienes puedan estarlo. Lo más probable es que la señora Kassis encargara el «trabajito» a través de su abogado a una célula integrista con sede en Jerusalén Este. Salvo que el grupo en cuestión quiera reivindicar la ejecución de la muchacha, cosa que no se ha producido hasta el momento, creo que no le resultará fácil ponerles cara a los criminales. Pero si la señora Kassis hubiera encargado el «trabajito» a uno de esos grupos islámicos extremistas, nosotros deberíamos saberlo. Sin embargo, no hemos detectado ninguna actividad anómala.

—Entiendo.

—Me temo que está metida en un buen lío.

La cuestión era que si la señora Kassis estaba detrás de la lapidación de su nuera, tal y como sugería el miembro del Shabak, no podía descartarse entonces que los Neturei Karta fueran los destinatarios del encargo. Para empezar, era harto improbable que un grupo integrista árabe, el Movimiento Islámico de Israel, por poner un ejemplo, con capacidad para actuar en Jerusalén Este, hubiera perpetrado la lapidación de una joven sin el previo conocimiento de los servicios de inteligencia israelíes, tal y como había insinuado el miembro del Shabak.

Jerusalén era el punto más sensible del conflicto árabe-israelí, y por esa misma razón el Shabak ponía especial interés en la capital. Sin embargo, los Neturei Karta eran ultraortodoxos judíos, residían en el norte de Jerusalén, en el barrio de Mea Shearim, y en las localidades de Beit Shemesh y de Brei Brak, cerca de Tel Aviv, contaban con varios miles de activistas, recibían apoyo financiero del extranjero y tenían libertad de movimientos como ciudadanos de pleno derecho que eran. Pese a que los Neturei Karta demandaban el desmantelamiento pacífico del Estado de Israel, sacaban provecho de la Constitución, y su extremismo con respecto al cumplimiento de las tradiciones era tal que habían llegado a apedrear coches y a transeúntes por

circular por las calles o ir vestidos de una manera poco decorosa durante el sabbat. En no pocas ocasiones, la policía había tenido que mediar en algún altercado propiciado por los miembros de la organización en Mea Shearim. Incluso recordaba algún titular de la prensa con motivo de estos incidentes: «Lluvia de piedras en Mea Shearim». En ese escenario no podía descartarse que los Neturei Karta se hubieran solidarizado también en este apartado con los palestinos, habida cuenta que el propio Moisés, según el Deuteronomio, había sido partidario de la lapidación. De modo que podía decirse que los Neturei Karta estaban acostumbrados a «lanzar piedras».

Era incuestionable que Elijah Shapiro había recopilado toda clase de material sobre esta organización, así que no resultaba descabellado pensar que lo hubiera hecho no con el fin de relacionar a los Neturei Karta con el tráfico de órganos humanos, sino por estar estos vinculados con las amenazas que probablemente estaba recibiendo Aicha Uazir. Tal vez la joven había empezado a sentirse vigilada, intimidada, en peligro, y lo había puesto en conocimiento de Shapiro, con el que mantenía una relación sentimental, y él acabó descubriendo quiénes estaban detrás de esas amenazas. Tal vez el periodista le dijo a la joven que podía pararle los pies a los Neturei Karta desde la tribuna que le brindaba su periódico. Eso explicaría el hecho de que Shapiro hubiera almacenado recortes y abierto un archivo con el nombre de dicha organización horas antes de su muerte.

En el fondo, uniendo la hipótesis del comisario Goldiak y la del sargento Heller, se podía elaborar una teoría más o menos aceptable de lo ocurrido.

La señora Kassis había encargado a los Neturei Karta la lapidación de Aicha Uazir, cuya muerte tenía que resultar ejemplarizante por su traición al pueblo palestino y posterior apostasía del islam. Esta, sin embargo, mantenía una relación sentimental con uno de los periodistas de investigación más incisivos de Israel, así que cuando comenzó a sospechar que alguien seguía sus pasos solicitó su ayuda para averiguar qué estaba pasando. Cuando los Neturei Karta descubrieron que Elijah Shapiro andaba investigando a la organización, precipitaron los acontecimientos por temor a que los pusiera en el punto de mira escribiendo algún artículo inconveniente. De modo que lo retuvieron en su apartamento de la calle Nablus y llamaron a la joven desde la cabina más cercana, advirtiéndole de que, si no hacía lo que le pedían, Shapiro sería ejecutado. El siguiente paso fue acabar con la vida de ambos.

No obstante, tenía que reconocer que seguía habiendo piezas en el rompecabezas que no terminaban de encajar del todo. La primera de ellas era dónde estaba el material de la investigación que, según Moisés Stein, el director del *Israel Digital Star*, Elijah Shapiro estaba llevando a cabo. ¿Formaban parte del ingente número de documentos que habían sido borrados del disco duro de su ordenador? ¿Había decidido el joven periodista modificar el tema de su investigación después de descubrir el peligro que los Neturei Karta representaban para Aicha Uazir? En ese supuesto, ¿por qué entonces no puso el caso en conocimiento de la policía? ¿Y qué necesidad tenía de alquilar un apartamento bajo una identidad falsa y una habitación

de hotel? No cabía descartar que detrás de todo se escondiera la ambición periodística del propio Elijah Shapiro, su deseo de llegar hasta el fondo de la noticia, que en más de una ocasión había rayado la temeridad. Por no mencionar el hecho de que los recortes de prensa estuvieran limpios de huellas. La segunda pieza que no encajaba era la aparición del cadáver de un eslavo en el parque de la Independencia al que le habían sido extirpadas las córneas, lo que podía vincular su crimen con la investigación sobre los trasplantes de órganos humanos que, según Moisés Stein, estaba llevando a cabo Shapiro. ¿Acaso había decidido solucionar el problema de Aicha Uazir con los Neturei Karta para luego proseguir con su investigación sobre el tráfico de órganos humanos en Israel? ¿Era eso lo que había sucedido? Tampoco podía obviarse aquello que Heller había puesto de manifiesto: el cuerpo de Shapiro había sido encontrado en los jardines del hospital St. John, centro oftalmológico de referencia donde se practicaban trasplantes de córneas. Si las muertes de Elijah Shapiro y del eslavo no tenían algo en común solo podía deberse a una casualidad. Pero incluso a ella le parecía improbable. Como también había sugerido Heller, parecía existir un hilo invisible detrás de los crímenes tanto de Aicha Uazir como de Elijah Shapiro y del eslavo del Parque de la Independencia.

—Visible o invisible, lo importante es encontrar la mano que mueve los hilos — dijo la inspectora en voz alta camino de su despacho.

Era evidente que Heller no podía competir con el doctor Ehud Fainblum, al parecer uno de los más destacados oftalmólogos de Israel, cuando se trataba de hablar de ojos; sin embargo, el sargento se consideraba un experto a la hora de valorar la mirada de una persona. Como solía decirse, el rostro es el espejo del alma, y los ojos sus delatores, sobre todo a la hora de mostrar certezas o dudas morales. Solo había que saber provocar una reacción, y nada había mejor para lograrlo que mostrarle a un hombre la fotografía de una persona muerta violentamente. De modo que plantó delante del doctor Fainblum la colección de imágenes truculentas que del cadáver del esclavo del Parque de la Independencia habían tomado tanto los de la científica como el forense Roth. Imágenes explícitas capaces de sacudir la conciencia de una persona que la tuviera.

—A este hombre le fueron extraídas las córneas después de ser asesinado. Estamos tratando de averiguar dónde pudo llevarse a cabo la intervención —expuso Heller al tiempo que ratificaba la opinión que le había causado el doctor Fainblum la vez anterior: que se trataba de un hombre para el que vestirse equivalía a mostrar lo que era como persona o, cuando menos, lo que pensaba de sí mismo. A tenor de su atildado atuendo, era evidente que se tenía en alto concepto.

Cuando al cabo de unos segundos el médico enfrentó sus ojos claros a los del sargento, lo hizo sin mostrar el más mínimo signo de turbación o de titubeo, como alguien acostumbrado a que los demás le pidieran su opinión. Después de todo, tal vez su examen de la mirada funcionase con todo el mundo salvo con los médicos, pensó el sargento, acostumbrados como estaban a abrir, extirpar y coser cuerpos. En el fondo, los doctores eran refinados carniceros que vestían el tutú de las bailarinas de danza clásica. Eran tan hábiles y diestros en la técnica como fríos y calculadores ejecutores.

—No creo que pueda servirle de ayuda, puesto que desconozco en qué lugares de nuestro país se extraen córneas de manera ilegal —se desmarcó el médico—. Si lo supiera, le aseguro que lo hubiera puesto en conocimiento de la policía. En cualquier caso, asesinar a un hombre para extraerle las córneas sin más entraña muchos riesgos. Para empezar, existen numerosas contraindicaciones que se han de tener en consideración, ya que el donante puede padecer algunas enfermedades virales, la rabia, hepatitis, el sida o incluso algunas clases de tumores. Es decir, previamente a la extirpación de las córneas se ha de tener la plena seguridad de que las condiciones de salud del donante son las adecuadas. Si no tiene inconveniente le pondré al tanto de los mecanismos que articulan los trasplantes de órganos en general y los de córnea en particular. Para empezar, existe un órgano oficial regulador. Los donantes son

siempre altruistas, y las córneas se encuentran en los llamados bancos de ojos. Es a dichos bancos de ojos adonde los centros oftalmológicos como este recurrimos, pues es en ellos donde se encuentran almacenadas y conservadas convenientemente las córneas para su inmediata o futura utilización. En pocas palabras, el banco de ojos es el organismo que se encarga de obtener, evaluar, almacenar y distribuir tejidos oculares con el fin de que se utilicen para realizar cirugía de trasplantes en pacientes con patologías oculares. Los estándares que se siguen son los del Eye Bank Association of America. Le aseguro que los protocolos que se aplican exigen estrictas medidas de seguridad en el control de calidad. Dicho esto, podemos concluir que quien corre un verdadero riesgo es el receptor de las córneas del difunto que aparece en estas fotografías.

Sin duda, aquel hombre le miraba y le hablaba como si tuviera enfrente a un paciente. O mejor dicho, el discurso del doctor Fainblum había llegado a ese punto en el que la ciencia entra en contacto con la fe, y la figura del médico crece ante los ojos del paciente, pues solo aquel conoce el camino de la salvación, en caso de que esta sea posible.

—¿Quién iba a querer que le trasplantaran las córneas de una persona sin garantías de buena salud? —preguntó el sargento en su afán por sacar algo en claro de aquellas explicaciones.

—Alguien desesperado con un grave problema de visión. Alguien dispuesto a saltarse la lista de espera, sujeta al Registro Nacional de Receptores. Como le he dicho, una córnea puede transmitir el sida, pero también las hepatitis A, B o C, la sífilis o la rubeola. Por mencionar solo algunas enfermedades. De ahí que resulte tan importante que antes de la aceptación del tejido como apto para su trasplante se realicen estudios que descarten enfermedades que pueden poner en grave riesgo la salud del receptor.

—De modo que a quien se le trasplanten esas córneas corre un serio problema de salud.

—Así es. Partiendo de la base de que quien ha obtenido las córneas de este hombre es un criminal, no se puede descartar que el receptor de las mismas desconozca los riesgos que entraña someterse a semejante trasplante. En estos casos, quien ofrece las córneas al donante cuenta con un as en la manga: se trata de una actividad delictiva, con lo que, en caso de que algo se tuerza, el donante no dará parte a la policía, puesto que también él es cómplice de un delito.

—Un verdadero negocio para gente sin escrúpulos —elucubró el sargento.

—Así es, y cuyas víctimas son los sectores más vulnerables de nuestra sociedad: los pobres, los sin voz, los excluidos, quienes no denuncian los abusos porque viven sometidos a toda clase de arbitrariedades y quienes están dispuestos a sacrificar una parte importante de su salud a cambio de medios materiales para sobrevivir.

El sargento pensó que el discurso sin mácula del doctor Fainblum encajaba a la perfección con su aspecto, y acabó preguntándose cómo sería el mundo si todos sus

habitantes se vistieran y perfumaran como aquel tipo, si israelíes y palestinos se condujeran con tanta pulcritud y elegancia. Sea como fuere, la disonante figura del médico era la prueba de que otro mundo era posible, pese a que en apariencia pudiese resultar demasiado refinado y elitista.

Aprovechó que Ari tenía una guardia nocturna en el hospital para tomar un whisky en el bar Oriental del hotel King David. En realidad quería ponerse a prueba, calibrar cuán profundos o superficiales eran los cambios que, en materia sentimental, estaba experimentado. Su intención era tomar dos o tres copas rodeada de posibles presas y esperar a que el doctor Jekyll se transformara de nuevo en mister Hyde. Por descontado, su intención no era engañar a Ari, pero para llegar a ese punto primero tenía que estar segura de que tampoco se estaba engañando a sí misma. Tenía que asegurarse de que sus sentimientos eran sinceros, de que Ari no era un capricho de tantos. En caso de que lo fuera, lo mejor era cortar por lo sano antes de que alguien saliera dañado.

Para tensar aún más la cuerda se fijó en un macho alfa, un tipo corpulento y bien formado que bebía un Laphroaig reserva quince años mostrando una mano cuidada limpia de adornos; solo un reloj de caballero sobresalía del puño inmaculadamente blanco de la camisa con el movimiento de cada cadencioso sorbo. Siempre le habían gustado los hombres que no llevaban adornos: ni pulseras, ni piercings, ni anillos, ni cadenas de oro, etc. Por descontado, detestaba los tatuajes como muestra inequívoca de vulgaridad y de gregarismo social. En resumidas cuentas, aquel tipo reunía la seguridad y la presunción sin límites que tan a menudo había buscado en sus relaciones sexuales.

Cuando las feromonas de ambos comenzaron a intercambiar señales, el macho alfa se le acercó para pedirle si podía invitarla a una copa. Aceptó con la condición de que no pronunciara su nombre ni le preguntara a ella el suyo:

—¿Cómo nos llamaremos entonces? —preguntó el hombre entre divertido y excitado ante aquella extraña propuesta.

—Tú me llamarás lady Scotch, y yo te llamaré Hígado de Acero.

—¿Hígado de Acero?

—Bebes uno de los whiskys más fuertes del mercado.

Hígado de Acero esgrimió una sonrisa de complacencia, satisfecho de que alguien supiera apreciar (y también alabar) su gusto.

—Veo que entiendes de whisky —se pronunció.

—Me encanta el aroma a turba ahumada y sal de los whiskys de Islay. Tienen un sabor único.

Hígado de Acero respondió al comentario de lady Scotch con otro alarde:

—Estoy de acuerdo. ¿Sabías que durante la Ley Seca en Estados Unidos podía importarse legalmente whisky Laphroaig como bebida medicinal?

—¿De veras?

—Fueron momentos de esplendor de la bodega. Han pasado noventa años desde entonces y puedo dar fe de que el Laphroaig es pura medicina. Es capaz de curar todos los contratiempos que surgen durante el día.

—Entiendo perfectamente a qué te refieres. También para mí el whisky tiene un componente catártico, reparador.

Después de aquella breve conversación, la inspectora estaba segura de haber sentado las bases para que Hígado de Acero se atreviera a dar un paso más. La cuestión crucial seguía siendo cuál sería su respuesta.

—¿Estás hospedada en el hotel? —preguntó el hombre al fin.

—No, ¿y tú?

—Yo sí. Me quedaré dos noches.

—¿Trabajo?

—Mucho trabajo. Demasiado. Afortunadamente, cuento con la ayuda del Laphroaig al final de la jornada.

Después de que brindaran para completar aquel diálogo propio de un anuncio de whisky, Hígado de Acero dio un paso adelante al atreverse a preguntar:

—¿Y qué hace lady Scotch en lugar como este si no está hospedada en el hotel?

—Yo también tengo un trabajo exigente, así que vengo al bar Oriental para desconectar. Cuando estoy aquí es como si no estuviera en Jerusalén. En este escondrijo suelo encontrar la paz y el placer que no ofrecen otros lugares de la ciudad. Digamos que Jerusalén es una ciudad demasiado estricta en lo que se refiere a la diversión.

Por primera vez, aquel argumento que tantas veces había esgrimido le pareció vacío.

—Lo sé. Tal vez podamos buscar el placer juntos, ya que parece que ambos estamos necesitados de compañía —aventuró Hígado de Acero.

—Parece una propuesta interesante.

—¿Qué tal si la estudiamos en profundidad en un ambiente más íntimo?

Todo iba según lo previsto.

—¿En tu habitación, por ejemplo? —Subió un nuevo peldaño.

—Por ejemplo.

Una propina demasiado elevada puso de manifiesto las altas expectativas que Hígado de Acero había depositado en aquella relación; un detalle que a ojos de la inspectora evidenciaba un machismo recalcitrante.

Sin embargo, en un punto del trayecto entre el bar Oriental y la habitación de Hígado de Acero, mister Hyde se tornó de nuevo en el doctor Jekyll. Y cuando las puertas del ascensor se abrieron y vio su rostro reflejado en el espejo que lo revestía, supo que no quería proseguir con aquello, pese a los sabores a roble de Kentucky, yodo y sal y la fragancia a turba ahumada que el hombre le ofrecía.

Justo en el momento decisivo, cuando tenía que inventarse una excusa para no entrar en aquel ascensor, le sonó el teléfono móvil. Era el sargento Lautaro Heller:

—Tengo que atender, discúlpame. Diga, Lautaro.

—Inspectora, no hable y procure que la expresión de su rostro no denote que mis palabras le producen un gran contratiempo. Sé que se encuentra en el hall del hotel King David con un caballero. Se trata de un peligroso narcotraficante que va a ser detenido por la unidad antidroga en cuanto abra la puerta de su habitación.

La inspectora buscó la expresión recomendada por el sargento Heller y a continuación improvisó:

—Sea más explícito, Lautaro. ¿En qué medida ha empeorado el paciente?

—No se monte en ese ascensor bajo ningún concepto y salga del hotel cuanto antes. Tres de los clientes que estaban en el bar Oriental pertenecen al departamento de estupefacientes.

—Comprendo. Intente cortar la hemorragia a toda costa. Voy para allá de inmediato.

Y tras colgar, le dedicó a Hígado de Acero una mirada de contratiempo antes de decirle:

—Tendremos que dejarlo para otro día. Ya te he dicho que realizo un trabajo exigente. En realidad soy médico en el hospital Hadassah. Un paciente ha sufrido una complicación. Tengo que marcharme. Suelo venir por aquí una o dos veces por semana. Búscame cuando vuelvas.

—Mi gozo en un pozo, lady Scotch —dijo resignado Hígado de Acero.

—Bueno, te queda el Laphroaig.

—Creo que me iré a soñar con los angelitos, o mejor aún, con lady Scotch —se desmarcó él.

Cuando la inspectora alcanzó la calle por fin, sintió vergüenza de sí misma. No solo había estado a punto de traicionarse, sino que también había estado a punto de arruinar una operación policial. Por no contar el bochorno que hubiera supuesto para ella que hubiera elegido como compañero de aventura sexual a uno de los miembros del departamento antidroga. Afortunadamente se trataba de algo improbable, puesto que estos (ahora lo sabía) eran los tres clientes a los que había desechado por la mala elección de los whiskys que se habían hecho servir seguramente por una cuestión presupuestaria.

El hombre tenía un perfil interesante; sin embargo, de cara parecía un campesino: frente, nariz y mandíbula demasiado anchas, y una piel gruesa y picada en los pómulos, como si hubiese estado expuesto al sol demasiado tiempo.

—Empecemos de nuevo —ordenó el comisario Goldiak al traductor de ruso bajo la atenta mirada de la inspectora Toledano y del sargento Heller.

—¿De nuevo? —preguntó el traductor, un tipo de rostro anodino y cabello del color de la zanahoria, sin ocultar su desconcierto.

—Sí, de nuevo.

El traductor se dirigió en ruso al testigo, quien replicó a su vez algo en su lengua. Su rostro volvió a adquirir el aire despistado y ligeramente perplejo de quien ha vivido una experiencia inesperada.

—Dice que si no le cree, entonces no tiene sentido seguir con esto —indicó el traductor—. Únicamente quiere que le deporten.

—Nadie ha dicho que no le creamos. Solo quiero comprobar si es capaz de contar dos veces la misma historia sin incurrir en contradicciones. Los policías somos como niños pequeños: si nos cuentan un cuento cien veces, todas las versiones tienen que coincidir, ser iguales.

El hombre volvió a hablar, esta vez imprimiendo a su voz un tono más inquisitivo, y el traductor hizo su trabajo:

—Dice que dónde está la comida que le han prometido. Lleva dos días sin probar bocado.

El comisario Goldiak se sentía como pez en el agua en aquellas situaciones, cuando tenía delante a un hombre a su merced.

—La comida está de camino, pero no probará bocado hasta que no nos haya deleitado otra vez con su historia —indicó.

Acto seguido, el hombre comenzó de nuevo a escupir palabras en ruso que el traductor reprodujo en hebreo:

—Me llamo Oleksandr Bodarenko, nací en 1964 en Pripiat, cerca de la central nuclear de Chernóbil. Cuando en 1986 esta provocó la gran catástrofe que todo el mundo conoce, mi padre, que trabajaba allí, murió. Luego, mi madre y yo fuimos obligados a abandonar la ciudad, pero no éramos bien recibidos en ninguna parte. Ni siquiera me querían en el colegio. A mi madre tampoco le fueron mejor las cosas, así que al cabo de los meses regresamos a Pripiat, pese a la prohibición y pese a que se trataba de una ciudad fantasma. Vivíamos de lo que cultivábamos, y yo sembré patatas lo más cerca de la central con el propósito de morir lo antes posible, pues por aquel entonces no quería seguir viviendo. Sin embargo eso no ocurrió, y al cabo de

los meses fueron apareciendo nuevos vecinos que volvieron a la ciudad por el mismo motivo que nosotros: se habían convertido en apestados. Así conocí a Leonid Kovalenko y a Andriy Timoshenko. Cuando crecimos, los tres nos hicimos «liquidadores»: ya sabe, nos incorporamos a las cuadrillas de trabajadores encargados de dismantelar la central nuclear. Trabajamos en Chernóbil desde 1998 hasta el año 2002. Era el mejor trabajo posible, bien pagado. Luego nos separamos, hasta que un día Andriy regresó para proponernos un negocio que, según él, nos haría ricos. Se trataba de que cada uno vendiera uno de sus riñones a cambio de 50.000 dólares norteamericanos. Andriy tenía además un problema en los ojos, así que su riñón le serviría para canjearlo por dos córneas. Él se ocupó de todo y hace dos semanas llegamos a Israel, donde deberíamos ser intervenidos. Primero estuvimos en una ciudad del norte, pero al cabo de los días fuimos trasladados a Jerusalén. Todo parecía ir sobre ruedas cuando un tipo que dijo ser periodista se presentó en el piso que ocupábamos y nos conminó a huir, argumentando que las pruebas médicas a las que habíamos sido sometidos indicaban que no éramos aptos para los trasplantes, que estábamos contaminados y que quienes nos habían introducido en el país eran personas violentas y peligrosas. Al parecer, él los estaba investigando haciéndose pasar por un donante y había descubierto cosas terribles. «Cosas terribles», fueron las palabras que utilizó. Luego aseguró que podía ayudarnos, que esperaríamos dos o tres días..., pero no volvió a dar señales de vida.

»Cuando se cumplió una semana de este suceso, y al estar cerca la fecha de las intervenciones, decidimos escapar por nuestra cuenta. Pero entonces Andriy se negó a acompañarnos, argumentando que si no se sometía a un trasplante de córneas se quedaría ciego, que los periodistas mentían como había quedado patente en el accidente de Chernóbil y que no había de qué preocuparse. Sea como fuere, Leonid y yo decidimos huir y acabamos refugiándonos en un parque, sin saber muy bien qué hacer, puesto que esos hombres nos habían retenido los pasaportes y los billetes de regreso. Al cabo, decidimos poner el caso en conocimiento de la policía, pero antes de que pudiéramos hacerlo, esos hombres dieron con nosotros. Yo conseguí zafarme de nuevo, de milagro, gracias a que unos deportistas comenzaron a gritar a mis captores, dos tipos fornidos que no había visto antes. Desde entonces no he vuelto a saber nada de Leonid. Me ha llevado más de diez horas dar con una comisaría. No hablo su lengua, y no me atrevía a acercarme a ninguna persona por temor a que fuera a delatarme. No conozco nada de este país, ¿qué otra cosa podía hacer?

—¿Recuerda el nombre de esa ciudad del norte donde estuvieron antes de ser trasladados a Jerusalén? —preguntó el comisario.

—Creo que se llamaba Ma'alot o algo así. No estoy seguro —respondió el ucraniano.

—Ma'alot Tarshina —completó el sargento la información.

Ciudad del Distrito Norte de Israel, estaba situada a unos veinte kilómetros de Nahariya. El 15 de marzo de 1974 se hizo desgraciadamente célebre por un ataque

terrorista contra una escuela primaria en el que fueron asesinados veintiún niños. Ahora la ciudad estaba poblada mayoritariamente por rusos procedentes de la emigración de los años noventa.

—¿No les hicieron un examen médico en su país antes de aceptarlos como donantes? —intervino la inspectora.

—Sí, pero Andriy se encargó de que «todo estuviera en orden», usted ya me entiende. Cada uno se comprometió a entregar a los doctores cinco mil dólares cuando cobráramos, a nuestro regreso. Pero a los pocos días de llegar a Israel, nos volvieron a someter a otro reconocimiento médico. En un principio pensamos que no teníamos nada que temer, puesto que ninguno de los tres había padecido enfermedades graves en estos últimos años. Solo Andriy tenía sus problemas oculares, y su propósito, como les he contado, era canjear un riñón por dos córneas.

—¿De verdad creían que eran aptos para donar órganos después de haber trabajado tres años en Chernóbil? —elucubró el comisario—. Admitiendo que en Ucrania los controles médicos pueden superarse con un soborno, me parece ingenuo que creyeran que las cosas funcionaban aquí de la misma manera.

—¿Qué recuerda del lugar donde fueron reconocidos de nuevo, aquí en Israel? —preguntó el sargento.

—El examen médico tuvo lugar fuera de Jerusalén, en una clínica, nada más llegar. Era de noche y nos trasladaron hasta allí en un ambulancia con un montón de palabras hebreas escritas a ambos lados.

—De modo que se movían de un lado a otro en ambulancia y siempre de noche. De esa forma nunca sabían qué rutas tomaban o dónde se encontraban —razonó el sargento.

—¿Sería tan amable de volver a empezar por el principio? —inquirió el comisario, esta vez para comprobar la reacción del hombre.

La traducción de la nueva petición fue seguida de un profundo suspiro del ucraniano, que, pese a todo, comenzó otra vez su relato:

—Me llamo Oleksandr Bodarenko, nací en 1964 en Pripiat, cerca de la central nuclear de Chernóbil. Cuando en 1986 esta provocó la catástrofe que todo el mundo conoce, mi padre, que trabaja allí, murió...

—Está bien, déjelo —interrumpió el comisario, al parecer complacido por la buena disposición del testigo—. Tráiganle algo de comer a este hombre. Dígale que cuando termine, nos gustaría que echara un vistazo a unas cuantas fotografías. Inspectora, Heller, salgamos fuera mientras toma un bocado.

—Tendremos que pedir ayuda a la embajada de Ucrania. Si esos tipos han estado expuestos a altas dosis de radiactividad e ingerido alimentos radiactivos como asegura el declarante, no son personas aptas para que sus órganos sean trasplantados, lo que ha debido de enfadar a quienes pensaban sacar tajada y ahora han de asumir las pérdidas —razonó Goldiak.

—Según me ha dicho el doctor Fainblum, si la córnea empleada en el trasplante

no está sana al cien por cien, el receptor puede contagiarse de numerosas enfermedades y quedarse ciego. No me extrañaría que las córneas del tal Leonid le fueran trasplantadas a Andriy para hacerle pagar por el engaño —sugirió el sargento.

—No deja de sorprenderme la capacidad que tiene usted para pensar como un verdadero criminal, Heller —comentó el comisario.

Como siempre que el comisario se dirigía a su subordinado, sus palabras insinuaron un reproche.

—Solo si somos capaces de pensar como criminales podremos entender el comportamiento de estos —replicó el sargento con un tono de voz que sonó demasiado elevado.

La inspectora se percató de que el derrotero de aquella conversación iba a dar lugar a un nuevo enfrentamiento verbal entre los dos hombres, así que con su tacto característico cambió el sentido de la conversación.

—Bueno, lo cierto es que volvemos a tener a Elijah Shapiro investigando el tráfico de órganos humanos en Israel. Parece claro, por tanto, que su asesinato y el del ucraniano están íntimamente ligados —dijo.

—Sí, eso parece —reconoció Goldiak.

—Lo que vuelve a dejar «huérfana» a la joven lapidada de Beit Orot. Salvo que haya algo que se nos escape —indicó Heller.

—¿Qué noticias hay de la suegra de la joven Uazir? —se interesó el comisario.

—La mujer no suelta prenda. Pero los del Shabak piensan que pudo encargarse de la lapidación desde la cárcel.

—¿Y eso adónde nos conduce, inspectora? —inquirió Goldiak.

—En mi opinión, de vuelta a los Neturei Karta.

—¿De verdad cree que los Neturei Karta han lapidado a esa joven? ¿Por qué motivo? —volvió a preguntar el comisario, esta vez imprimiéndole un tono corrector a su pregunta.

—Si la lapidación hubiera corrido a cargo de un grupo islámico, los Servicios de Inteligencia lo habrían detectado —expuso la inspectora—. En cambio, Neturei Karta es una organización formada por judíos que cuenta con todas las garantías constitucionales, libertad de expresión y de movimientos, a pesar de que no reconocen al Estado de Israel. Es incontestable que Shapiro guardaba recortes de esa organización, como lo es también que mantenía una relación sentimental con Aicha Uazir. Lapidando a la joven apóstata, los Neturei Karta estaban haciéndoles el juego a los árabes, a quienes defienden, y haciendo cumplir la *sharí*a, la ley islámica. Claro que si, como parece, el periodista que avisó a los ucranianos del peligro que corrían fue Shapiro, significa que además de ocuparse de los problemas de Aicha Uazir con los Neturei Karta investigaba también el tráfico de órganos humanos en Israel, tal y como señaló el director del *Israel Digital Star*. Los Neturei Karta nunca llevarían a tres posibles donantes a la ciudad de Ma'alot Tarshina. La comunidad rusa es una de las que más se opone a las concesiones a los palestinos, y los Neturei Karta

propugnan precisamente la devolución del Estado de Israel a estos. Que un miembro de la organización pisara Ma'alot Tarshina sería lo mismo que ver a un líder de Hamás tomando un baño en una playa de Tel Aviv. Resumiendo: Shapiro no tenía un solo problema, sino dos. Y en algún momento ambos le estallaron en la cara.

—De modo que definitivamente tenemos dos casos entre manos, y el nexo de unión de ambos es Elijah Shapiro. Estamos bien jodidos —se desfogó Goldiak.

—Por no mencionar que ya hemos lanzado la bomba informativa. La historia de la joven lapidada por su clan por mantener una relación amorosa con un periodista judío está recorriendo el mundo entero —agregó la inspectora.

—Eso no es problema, Toledano. Los Neturei Karta son lo mismo que un maldito clan árabe; se han fotografiado con Arafat y hasta con esa serpiente de Ahmadineyad. No, no creo que haya mucha diferencia entre que la muchacha haya sido lapidada por esbirros de Hamás o por los Neturei Karta. La biografía de la joven, con padres, hermanos y marido terroristas, y su apostasía y posterior enamoramiento de un judío de ideología progresista tiene los ingredientes suficientes para que lo menos importante sean las manos que arrojaron las piedras.

—Hay algo más. Ya sabemos con toda seguridad que el ordenador de Elijah Shapiro fue manipulado —indicó Heller.

—¿En qué sentido? —preguntó el comisario.

—Cuando una persona borra un archivo de su ordenador, en realidad no desaparece del todo. De hecho, queda almacenado en el disco duro, aunque no sea visible. Conforme se van abriendo nuevos archivos, tenemos más necesidad de espacio en ese disco duro. Es entonces cuando, por defecto, el archivo que habíamos desechado se borra para siempre. Pero no es algo que ocurra de manera instantánea. Sabemos que la última carpeta que Shapiro creó se titulaba «Neturei Karta», y también sabemos que borró numerosos archivos ese mismo día. Pues bien, ninguno de ellos se encuentra en el disco duro. ¿Saben por qué? —Tanto el comisario Goldiak como la inspectora Toledano encogieron los hombros a la vez—. Porque alguien se encargó de eliminarlos también del disco duro mediante la utilización de un programa liberador de espacio.

—No le sigo, sargento. Para mí la informática no es más que un condenado galimatías —reconoció el comisario.

—¿No pudo ser el propio Shapiro quien realizara todas esas operaciones de las que habla? —intervino la inspectora.

—Claro que pudo ser él, pero no tendría sentido, puesto que su ordenador disponía de suficiente espacio libre como para no tener que perder el tiempo realizando semejante operación. De modo que lo más lógico es pensar que alguien se tomó la molestia de borrar primero los documentos y luego le aplicó al disco duro el programa liberador de espacio para que no pudieran ser recuperados. ¿Por quién? Por nosotros.

—Entonces, ¿hay o no forma de recuperar esos documentos, Heller? —se interesó

la inspectora.

—Alguna posibilidad sí que hay, aunque lo más probable es que solo se puedan recuperar fragmentos. De todas formas, tendremos que esperar. Los técnicos están trabajando en el asunto.

—En resumidas cuentas, alguien manipuló el ordenador de Shapiro y dejó los recortes de prensa que implicaban a los Neturei Karta en su investigación —intervino Sarah de nuevo.

—De modo que una organización X, llamémosla así, dedicada al tráfico de órganos, ha querido que centremos nuestra atención en los Neturei Karta haciéndonos creer que Shapiro los estaba investigando. Me pregunto por qué dicha organización eligió a los Neturei para confundirnos. ¿Tal vez porque lograron sonsacar a Shapiro y este les confesó que Neturei estaba preparando algo en contra de Aicha Uazir? Francamente, hay algo que no encaja —observó Goldiak.

—¿Por qué no? Tal vez las cosas sucedieron tal y como acaba de sugerir, comisario —apuntó la inspectora—. En algún momento la organización X, como usted la llama, supo que Shapiro no solo pretendía desenmascararlos a ellos, sino también a los Neturei Karta, quienes representaban un peligro para Aicha Uazir. Una vez estos lapidaron a la joven, la organización X entró en acción, acabó con la vida de Shapiro e hizo todo lo posible por dejar el rastro de los Neturei Karta, a quienes relacionaríamos con ambos crímenes.

—No sé. Tal vez ocurrieran así los hechos, pero me parece demasiado sofisticado —objetó el comisario.

—Creo que sé cómo averiguar cuál es el grado de implicación de los Neturei Karta en esta historia —dejó caer el sargento.

—Los Neturei Karta no reconocen el Estado de Israel y, en consecuencia, tampoco a la policía como parte integrante del mismo. Ninguno querrá hablar con nosotros, salvo que dispongamos de una orden judicial, y no creo que podamos conseguirla puesto que carecemos de pruebas que los incriminen en un delito. Solo disponemos de hipótesis y conjeturas —indicó el comisario.

—No hace falta. Hablarán otros por ellos —aseguró el sargento.

—Sea más explícito, Heller.

—De todos es sabido el alto grado de reserva de nuestros ultraortodoxos, hasta el punto de que evitan todo contacto con nuestra sociedad laica. Sin embargo, como toda comunidad que se precie, también los haredíes tienen la necesidad de estar informados, tanto es así que cuentan con un medio de comunicación propio, el diario *Hamodia*. No todos los ultraortodoxos comulgan con las ideas o los métodos de los Neturei Karta. De hecho, la línea editorial de *Hamodia* es contraria a este grupo. ¿Por qué no intentamos un acercamiento ofreciéndoles la primicia de lo que vayamos descubriendo? Tal vez les interese.

—Sargento, pasa por alto un detalle: no tenemos nada que ofrecerles a los redactores del diario *Hamodia*, salvo que acepten a cambio un poco de arena del

desierto del Negev o sea usted un estudioso de la Torá y nos lo haya estado ocultando todo este tiempo —replicó el comisario.

—Pero ellos no lo saben. Si jugamos bien nuestras cartas será suficiente para que piensen que sabemos algo, que estamos estrechando el cerco a Neturei Karta. Los grupos ultraortodoxos son los primeros que detestan que los relacionen o vinculen con aquellos, puesto que la mayoría de sus miembros odia profundamente a los árabes y, por descontado, se niegan a entregarles Israel en bandeja de plata. De modo que es probable que los periodistas del diario *Hamodia* se presten a colaborar con nosotros si de esa forma socavan la credibilidad de Neturei Karta.

—Creo que puede funcionar —dijo la inspectora—. Al menos no perdemos nada, puesto que nada es lo que tenemos por ahora.

Si existía un mundo complejo y cerrado ese era el de los judíos ultraortodoxos, cuyos varones ni siquiera trabajaban en su afán por dedicarse al estudio de los textos sagrados. Que se avinieran a hablar con la policía era tan improbable como tocar el caparazón de una tortuga, pedirle que asomara la cabeza y que obedeciera.

El comisario Goldiak se tomó unos segundos antes de pronunciarse:

—De acuerdo, inspectora, hable con los responsables de *Hamodia*. Usted, Heller, tratará de dar con ese tal Andriy o como diablos se llame. A ver si entre todos somos capaces de desenredar de una vez por todas esta madeja. Ahora volvamos con el testigo.

El ucraniano vomitó lo que acababa de comer en cuanto vio la fotografía del cadáver de Leonid Kovalenko, y asintió mientras no paraba de sollozar cuando le fue mostrada una fotografía (en este caso de cuando estaba vivo) de Elijah Shapiro.

—Sí, este hombre es el periodista que nos avisó del peligro que corríamos —aseguró.

—¿Sabría llevarnos al lugar desde el que escaparon? —preguntó Heller.

—Era un piso pequeño en un edificio viejo. Teníamos la orden de no salir a la calle bajo ningún concepto. Llegamos de madrugada y huimos cuando ya había caído la noche. Si teníamos que abandonar el piso, lo hacíamos siempre en una ambulancia y de noche. Tal vez si me llevan hasta el parque donde nos refugiamos... Aunque no creo que...

—¿Cómo entró en contacto con ustedes el periodista? —tomó el relevo la inspectora.

—Tocó a la puerta.

—¿Tocó a la puerta? ¿Así, sin más?

—En efecto. Tocó a la puerta y nos conminó a huir por los motivos que ya he mencionado.

—¿En qué idioma se comunicaron? —preguntó el sargento.

—Andriy habla un poco de inglés. Él nos fue traduciendo.

—A pesar de todo, ustedes tardaron una semana en huir —intervino el comisario.

—El tipo nos dijo que esperaríamos dos o tres días, pero no volvió a aparecer.

—Pero esperaron siete. ¿Por qué?

—Me gustaría ver cómo reaccionarían si se vieran en Kiev o en otra ciudad de Ucrania mientras aguardan para someterse a un trasplante ilegal de órganos y un extraño les dijera que sus vidas corren peligro. Después de que ese tipo no volviera a aparecer nos quedamos paralizados, sin saber qué hacer. Teníamos muchas dudas. Además, carecíamos de dinero o de documentos y no conocíamos la lengua local. Para colmo, Andriy era partidario de seguir adelante. Al sexto día, un miembro de la organización nos dijo que todo estaba preparado, y nos instruyó sobre los pasos a seguir para la intervención. Ya sabe, nos indicó que no podíamos comer o beber en las diez horas previas, etc. Fue entonces cuando Leonid y yo decidimos huir.

—Ya que menciona Ucrania, ¿por qué no intentaron ponerse en contacto con la embajada de su país? —preguntó ahora el comisario.

—Porque está en Tel Aviv y no sabíamos cómo encontrar el número de teléfono. Y aunque lo hubiéramos encontrado, tampoco disponíamos de una moneda para llamar.

—¿Acaso no sabían que en Israel hay un millón de rusos y que hay lugares donde es más fácil entenderse en ruso que en hebreo? Esta misma comisaría es conocida como el Complejo Ruso, entre otros motivos por la iglesia ortodoxa de aquí al lado —incidió el comisario espesando el tono de su voz.

—Aunque hablemos el ruso, somos ucranianos, y desconocíamos que en este país vivieran tantos rusos. Sabíamos que había algunas comunidades rusas en Israel, pero no tantas ni en el centro de Jerusalén. ¡No íbamos a ponernos a gritar en ruso para hacernos notar! ¡Habíamos huido! ¿Acaso lo ha olvidado?

—Cabe la posibilidad de que el piso franco donde se escondían estos hombres esté en el inmueble de la calle Nablus donde Shapiro tenía alquilado el apartamento. Si está de acuerdo, comisario, me llevaré al señor Bodarenko a dar una vuelta —propuso el sargento.

—Sí, pongámonos en marcha. Manténganme informado de cualquier novedad.

Tuvo que ponerse una falda por debajo de la rodilla y cubrirse el pelo con un pañuelo con el propósito de que su atuendo no predispusiera en su contra al responsable de comunicación del diario *Hamodia*, periódico que, entre otras lindezas, no publicaba jamás fotografías de mujeres aduciendo que contravenían las leyes de modestia que habían de observar los buenos judíos. Algo que entraba dentro de la lógica teniendo en cuenta que los matrimonios ultraortodoxos dormían separados, en camas individuales, y que durante la menstruación y los siete días posteriores a la misma los cónyuges ni siquiera podían tocarse.

De los seiscientos trece preceptos de la Torá, la inspectora no creía cumplir ni una docena, y si los observaba era por mera costumbre, porque los había incorporado a su vida cotidiana y no le causaban ninguna molestia práctica. De hecho, detestaba por absurdos y antediluvianos la mayoría de ellos. Por ejemplo, abominaba la «estricta» o «santa separación» entre hombres y mujeres que promovían muchos de estos grupos ultraortodoxos (los había incluso que pretendían que hombres y mujeres caminaran por aceras separadas); que no se pudiera mezclar lino y algodón en una prenda por tratarse de una mixtura híbrida que iba en contra de la naturaleza; que no se pudiera combinar la carne con la leche o que solo estuviera permitido comer pescados que tuviesen aletas y escamas, lo que excluía el marisco. A este respecto, estaba de acuerdo con una frase que le había oído decir, cómo no, a Heller: «Si a esta colección de atávicas costumbres las llamamos tradición, tal y como aseguran los ultraortodoxos, el canibalismo es entonces gastronomía». Sea como fuere, al margen de los chascarrillos del sargento, resultaba evidente que el judaísmo ultraortodoxo tenía numerosos puntos en común con el islamismo radical, y el primero de ellos era el papel secundario, de sometimiento, que le otorgaba a la mujer. ¿Por qué diablos las mujeres de los judíos piadosos no podían mostrar sus cabellos en público, hasta el extremo de que muchas utilizaban pelucas? ¿Para ser modestas y poco atractivas como había oído decir en innumerables ocasiones? ¿Por qué tenían que vestir manga larga, faldas hasta el tobillo y medias tupidas? ¿Si hasta la tienda Hamashbir de Bnei Brak había abierto una sección exclusiva para ellas, donde los varones tenían prohibida la entrada! ¿Qué diferencia existía, salvo por el distinto nombre de su Dios, entre las mujeres ultraortodoxas judías y las mujeres musulmanas que usaban el *hiyab*? Ninguna. Después de todo, tanto árabes como judíos procedían del mismo tronco étnico. Solo había que echarle un vistazo a los gentilicios de ambas comunidades: Ibrahim, Abraham; Harum, Aarón; Ishaq, Isaac. ¿Acaso en el Corán no aparecían personajes como Adán, Noé, Abraham, Moisés, Jesús de Nazaret y Juan Bautista como profetas islámicos?

Siempre había sentido rechazo hacia las greñas enmarañadas de los ultraortodoxos y la forma que estos tenían de significarse con esos atuendos que atentaban contra cualquier forma de evolución. También en ese extremo los ultraortodoxos judíos se asemejaban a los radicales islámicos, cuya visión del mundo estaba fosilizada por ancestrales creencias y costumbres.

El hombre encargado de atenderla, quien en su condición de responsable de comunicación del diario *Hamodia* era el único miembro de la redacción que estaba dispuesto a mantener con ella una conversación en hebreo (idioma que los ultraortodoxos no empleaban por ser sagrado) y no en yídish, lengua que utilizaban para comunicarse, la recibió con los ojos entornados por el recelo, sentado detrás de una mesa atestada de papeles que anunciaban gimnasios, playas y hasta líneas de autobuses kosher, es decir, donde la separación entre hombres y mujeres estaba garantizada.

—Me llamo Katz y me encargo del área de comunicación de nuestro periódico. ¿Es usted una mujer religiosa, inspectora Toledano? —le preguntó su interlocutor, cuya mandíbula angulosa rumió las palabras cual bovino, lenta y despaciosamente, pasándolas de un lado al otro de la boca.

No estaba dispuesta a que aquel hombre la intimidara, a pesar de que había tenido que claudicar con respecto a la indumentaria y enfundarse una falda oscura por debajo de la rodilla, así que replicó:

—¿Acaso eso importa? Estoy aquí por un caso policial, no para discutir con usted sobre cuestiones morales.

—Por teléfono no nos ha quedado del todo claro el objeto de su visita.

La voz del señor Katz sonó ahora autoritaria, con cierto tono despectivo, más propia de una persona que no considera a las mujeres como a sus iguales que de un hombre piadoso. Definitivamente, aquel individuo rumiaba las palabras antes de pronunciarlas. En cuanto a su aspecto, la expresión de su rostro era tan renuente como la de la docena de rabinos que adornaban las portadas de la publicación y que colgaban a su vez de las paredes del despacho donde estaba teniendo lugar la reunión.

Estaba claro que tendría que armarse de paciencia si quería conseguir algo, pensó la inspectora.

—Mi presencia aquí tiene que ver con el asesinato del periodista Elijah Shapiro —dijo—. Sabemos que el día de su muerte había abierto un archivo en su ordenador con el nombre «Neturei Karta», y previamente había acopiado numerosos recortes de prensa sobre dicha organización. La cuestión es que, según el director del periódico para el que trabajaba, Shapiro se encontraba inmerso en un reportaje sobre el tráfico de órganos humanos en Israel.

El hombre se arrellanó en su sillón, como si al hacerlo quisiera mostrar el desinterés que aquella conversación le producía. Luego, mirándola de soslayo, dijo:

—Nuestro periódico solo recoge esa clase de noticias a través de las agencias, pero no las tratamos directamente, ninguno de nuestros reporteros lo hace. No nos

interesan. Nuestros articulistas de cabecera son básicamente exégetas, expertos en la Torá, que es la que rige nuestra línea editorial y nuestras vidas. Todo lo demás nos resulta, digámoslo así, ajeno a los intereses de nuestra comunidad.

—Lo sé. Como también sé que no aprueban los principios programáticos de Neturei Karta.

—No, no los compartimos. Nosotros sí reconocemos al Estado de Israel, si bien con reservas debido a su laicidad y permisividad. No vivimos en un Estado religioso, y en nuestra opinión todos los problemas tienen su origen precisamente en ese hecho. Somos, por tanto, ambivalentes en cuanto a la importancia del Estado de Israel en el judaísmo. Para expresarlo de un modo que usted pueda entenderlo, no somos judíos ortodoxos modernos, puesto que no estamos integrados en la sociedad gentil y ni siquiera aprobamos el sionismo religioso, pero tampoco comulgamos con Neturei Karta, cuya interpretación de los textos sagrados nos parece desafortunada. Representamos, por decirlo así, el centro de la ortodoxia, y por supuesto rechazamos la interacción con las comunidades no judías, por ejemplo los palestinos. Nosotros no dudamos sobre quiénes son los verdaderos propietarios de esta tierra: el pueblo judío, el pueblo elegido.

—Comprendo. Ahora permítame que concluya mi exposición —intervino de nuevo la inspectora—. Shapiro mantenía una relación sentimental con una joven árabe, y esta, como ya sabrá, fue lapidada en Beit Orot.

—Aicha Uazir —interrumpió el señor Katz para corroborar que estaba al tanto de lo que le hablaba la inspectora—. Una joven díscola. Seguí su caso a través de las noticias de agencia que llegaban hasta nuestra redacción cuando decidió apostatar de su religión. Si me permite decirlo, ya entonces me pareció que su vida corría serio peligro.

—Así es. Pero se negó a aceptar la protección que le ofrecimos. En resumidas cuentas, tenemos a Elijah Shapiro y a su novia árabe asesinados, y un montón de recortes de prensa y un archivo vacío con el nombre de Neturei Karta. Obviamente, estos están los primeros en nuestra lista de sospechosos. Sin embargo, las pruebas con que contamos a día de hoy resultan demasiado circunstanciales para poder acusarlos de un delito. Sé que representa a una publicación piadosa cuya principal finalidad es la de clarificar y difundir el mensaje de la Torá, pero los Neturei Karta forman parte también de su comunidad, aunque sus miembros se hayan convertido en las ovejas negras de la misma. La pregunta que nos hacemos en la policía es si ustedes, en tanto que son una voz autorizada de la comunidad de hombres religiosos, han oído o detectado algún movimiento extraño o fuera de lo corriente entre los miembros de Neturei Karta. Obviamente, lo ideal sería poder formularle esta misma pregunta a alguno de los representantes de dicha organización, pero al ser contrarios al Estado de Israel no reconocen nuestra autoridad, de modo que solo podríamos interrogarlos siempre que contáramos con pruebas que demostraran su vinculación con algún delito.

—Cosa que no han podido hacer —apuntó el hombre con tono seguro, al tiempo que los tirabuzones con aspecto de plantas trepadoras oscilaban en ambos lados de su cara siguiendo el movimiento de negación de la cabeza.

—Así es —reconoció Toledano.

—Voy a serle sincero, inspectora: no me importan demasiado esos crímenes de los que me habla, ya que considero que quienes se desvían del camino recto saben que corren ciertos riesgos, entre los que se encuentra perder la vida de manera violenta. La lapidación de la joven de Beit Orot es una prueba del peligro que toda persona asume cuando le da la espalda a su Dios. *Yehareg veal Yaavor*. Es preferible morir a cometer una transgresión. Es preferible el martirio antes que cometer idolatría o una inmoralidad. Eso dicen los textos sagrados.

—¿Y un asesinato? —interrumpió la inspectora.

—Me refiero a que, como señalan nuestros libros sagrados, todo precepto debe de ser llevado a cabo de manera incondicional, de la misma manera que hay acciones que un creyente no debe realizar jamás. También la vida pecaminosa tiene su reverso, sus inconvenientes. No obstante, como representante de un medio de comunicación, estoy al tanto de las cosas que ocurren en el mundo en general y en mi comunidad en particular. Para no extenderme demasiado, no creo que los Neturei Karta tengan nada que ver con los crímenes que ustedes investigan, pues si bien estos abogan por la disolución del Estado de Israel, lo hacen por medios pacíficos, pese a que a veces pueda parecer lo contrario. Desconozco por qué Elijah Shapiro guardaba esos recortes de prensa de los que habla, pero de algo estoy seguro: Neturei Karta no está detrás de la lapidación de la joven de Beit Orot; en caso contrario yo lo sabría, nosotros lo sabríamos. Los servicios de Inteligencia nos vigilan estrechamente, están al acecho, a la espera de que cometamos un error para entonces poder así descargar su ira contra nosotros. Neturei Karta siempre han ido un paso más lejos de lo que era aceptable, con sus tratos con Arafat y con ese monstruo que rige los destinos de Irán o por el hecho de que pidieran a la ONU que les concediera el estatus de refugiados, siguiendo el ejemplo de los palestinos, pero por esa misma razón carece de sentido que se expongan a ser detenidos y la organización prohibida por haber cometido un delito tan «bíblico» como es la lapidación de esa joven. En cuanto al asunto del tráfico de órganos, creo que su mentalidad secular les ha hecho pasar algo por alto: los judíos religiosos, y los Neturei Karta lo son, somos contrarios a esas prácticas. Nuestros preceptos nos prohíben donar órganos, menos aún comerciar con ellos. Si los Neturei Karta piensan que la creación del Estado de Israel es contraria a la literatura rabínica que señala que los judíos fuimos expulsados de nuestra tierra por nuestros pecados, no parece que tenga mucha lógica que sean ahora ellos quienes pequen para provocar el fin de este exilio, puesto que lo que ellos esperan es que sea Dios quien establezca el momento de nuestra vuelta, coincidiendo con la llegada del Mesías. Tal vez le resulte demasiado compleja mi exposición, pero no creo equivocarme. Detrás de sus crímenes no está Neturei Karta. Si me permite, en mi

opinión, la organización que cometió esos crímenes es secular y no religiosa.

La larga perorata del señor Katz hizo comprender a la inspectora que la pista de los Neturei Karta conducía a un nuevo callejón sin salida, lo que significaba que tendrían que empezar por el principio. Su implicación en el caso no había sido más que un señuelo, una añagaza, tal y como habían sugerido Horowitz y Heller ante la posibilidad de que, como parecía, el ordenador de Shapiro hubiese sido manipulado y los recortes de prensa colocados con el propósito de desviar la atención. La pregunta era quién podía estar detrás de aquellos crímenes una vez excluidos los grupos árabes radicales y Neturei Karta. Como no tenía una respuesta a mano, Sarah acabó recordando una cita de Mario Benedetti que el sargento solía utilizar siempre que un caso entraba en una vía muerta provocando el consiguiente y generalizado desconcierto: «Cuando creíamos que teníamos todas las respuestas, de pronto, cambiaron todas las preguntas».

—Cuando creíamos que teníamos todas las respuestas, de pronto, cambiaron todas las preguntas —repitió en voz alta de manera inconsciente.

—Solo Yahvé tiene la respuesta a todas las preguntas, inspectora. Solo Él —intervino el señor Katz a modo de conclusión, como si fuese el destinatario de aquel adagio.

En tan solo una semana, Ari había envejecido como un whisky joven en una barrica de Jerez, hasta adquirir los aromas y el sabor de un gran reserva. Jamás había imaginado que el amor, una vez realizada la germinación y fermentación y lograda la infusión de cebada malteada, pudiera dar origen a un destilado tan complejo, tan rico en sabores y tan lleno de matices.

—¿En qué piensas? —preguntó el joven mientras la estrechaba entre sus brazos y la obligaba a sentarse junto a él en el sofá. Hacía varios días que Ari disponía de un juego de llaves de su apartamento que ella misma le había proporcionado, y había comenzado a visitarla con más frecuencia, casi a diario. Incluso se había quedado a dormir en tres ocasiones, lo que evidenciaba lo rápido que se estaba produciendo la «fermentación».

—En ti. Te comparaba con un whisky —reconoció la inspectora.

—¿De veras? Whisky, pistolas... Nuestra relación se parece cada vez más a una película del oeste —bromeó él.

—Tal vez todas las relaciones amorosas tengan un componente salvaje, de aventura.

—¿Y cómo crees que acabará? ¿Con un duelo al sol? ¿Tú y yo frente a frente?

—Tu pistola es más grande que la mía, pero yo también tengo mis armas... —dijo la inspectora al tiempo que posaba su mano izquierda sobre el sexo de su compañero.

—Armas de mujer.

—Bésame. He tenido un día horrible.

—Te haré algo mejor: el amor.

—No vayas a pensar que esto va a ser así toda la vida. Tengo un compañero de trabajo que asegura que la única relación amorosa duradera es la que forman Barbie y Ken, dado que sus corazones son de plástico, que es un material que tarda cuatro mil años en degradarse.

—Muy ingenioso tu compañero. La vida es este momento. La vida de mañana aún no es vida porque no existe y, por tanto, no debe preocuparnos.

—Demasiado romántico. Demasiado poco realista.

—No lo creas. Tengo solo media hora. Esta noche hago guardia en el hospital. Como ves, también soy un hombre práctico.

—Así que lo que pretendes es irte aliviado al trabajo. Hagámoslo entonces mientras nos duchamos. Me siento sucia.

—Yo te limpiaré. Yo lameré tus heridas.

—Para eso necesitarás más de media hora.

—El tiempo hay que medirlo por su intensidad. Un buen beso, aunque dure unos pocos segundos, puede transmitir la sensación de eternidad. Un terremoto dura segundos y en cambio parece eterno. Es la intensidad de las cosas lo que importa, no su duración.

—Solo existe una forma de saber si tu teoría tiene o no fundamento empírico: que me des uno de esos besos que saben a eternidad.

—Antes prométeme que no abrirás el grifo del agua fría como el otro día.

—La promesa eterna. ¿Por qué los hombres sois tan reacios al agua fría? A veces os comportáis como gatos.

—Tal vez se deba a que el agua fría disminuye el calibre de nuestra pistola. La Beretta se convierte de pronto en una pistola de bolsillo del calibre 22.

—El tamaño no importa.

—Tal vez, pero en cambio la autoestima tiene una importancia capital.

—Los eternos problemas masculinos.

—Anda, no nos eternicemos discutiendo.

Estaba en la cama desnuda y en un agradable estado de duermevela, con el olor de Ari aún impreso en el olfato, cuando la puerta de la calle se abrió y volvió a cerrarse. No habían pasado ni diez minutos desde que el joven se marchara, así que pensó que había olvidado algo.

—¿Cariño? —preguntó.

Esta vez oyó pasos, pero de varias personas. Rodó rauda por encima del colchón y alcanzó el revólver que guardaba en una de las mesitas de noche. El mismo movimiento le sirvió para clavar las rodillas en el suelo y parapetarse tras el colchón, con el arma amartillada y apuntando hacia la puerta.

Cinco segundos más tarde un sujeto con el rostro cubierto por un pasamontañas y tocado con una *kufiyya* entró en el dormitorio seguido de otros cuatro o cinco individuos vestidos de la misma guisa. Inmediatamente supo que no podría hacerles frente. Disparó repetidas veces, tratando de impactar en el mayor número de blancos posibles, pero tras alcanzar dos veces al hombre que abría la comitiva, el resto se parapetó detrás de él, con lo que a la postre fue este quien recibió todos los disparos. Al cabo, como el tronco de un árbol recién talado, el cuerpo del herido le sobrevino encima después de rodar por la cama tal y como ella había hecho unos instantes antes, hasta hacerla desequilibrar y aprisionarla contra el suelo. Era un tipo verdaderamente pesado.

Desnuda y sin pistola, pensó que había llegado su final.

Consciente de su aturdimiento y de la respiración jadeante y excitada de los cuatro hombres que habían allanado su dormitorio (el quinto yacía inerte a su lado, en una posición parecida a la que adoptaba Ari después de hacer el amor, con la pierna derecha sobre la de ella y su brazo derecho cubriéndole el pecho), fue arrastrada por

los tobillos unos cuantos metros por el suelo, y sus muñecas y piernas atadas a la espalada con cinta americana.

Una vez inmovilizada, con los brazos doblados y los talones encajados en las corvas, sintió el duro y caliente acero de su pistola entrar y salir de su vagina. Fue lo mismo que si le estuvieran marcando las entrañas con un hierro incandescente. Acababa de disparar varias veces y el cañón aún seguía caliente. Una sensación tan desagradable como humillante.

—¿Te gusta, puta? —le susurró uno de los hombres en árabe antes de propinarle una patada en la sien.

Su cuerpo quedó desmadejado sobre el suelo. Sin solución de continuidad, notó cómo el puño de otro de los hombres comenzaba a reptar por su ano hasta desgarrarlo por completo. Jamás había experimentado un dolor tan lacerante. Luego percibió cómo aquellos dedos gruesos hacían por abrirse paso en dirección a sus entrañas, en un intento por atraparlas. Cuando creía que iba a desmayarse por el dolor, la mano se retiró como lo hubiera hecho el tapón de una botella de una bebida gaseosa, liberándola de aquella presión. La sensación de vacío que la embargó por dentro fue tan dolorosa como la propia agresión.

—Si no dejas de meter las narices en nuestros asuntos, te lapidaremos como a esa puta. ¿Entendido, zorra judía? —dijo un segundo hombre también en árabe.

—¿Entendido? —repitió un tercero esta vez en hebreo.

—Ya lo has oído. Un paso más en falso y te jodemos a ti y a tu principito —intervino de nuevo el primer hombre, también empleando la lengua hebrea.

Movió la cabeza, si bien no estaba segura de haberlo hecho con la suficiente energía como para que su gesto pudiese interpretarse como un signo de asentimiento.

Esta vez no pudo contar el número de patadas que recibió por todo el cuerpo, aunque fue consciente de que le habían roto una costilla que, a su vez, se clavó en algún lugar de su pecho, tal vez en el pulmón derecho, lo que le impidió moverse o respirar con normalidad.

Por último, uno de los hombres profirió un insulto en árabe y le escupió en la cara.

No se percató de que los agresores se habían marchado hasta que no cayó en la cuenta de que el hombre que yacía a su lado estaba muerto (la brutal agresión le había hecho olvidar lo que había ocurrido tan solo unos instantes antes), y de que en la habitación, en definitiva, no había nadie más que ellos dos.

Había disparado al menos en seis ocasiones, y eso había tenido que alarmar a los vecinos, quienes a su vez habrían llamado a la policía. Tal vez por ese motivo sus agresores no se habían ensañado más con ella. No había terminado de preguntarse por qué aquellos tipos no se habían llevado el cadáver de su compinche con ellos cuando cayó en la cuenta de que lo más importante era rescatar los restos del salivazo que resbalaba por su mejilla, por si los de la científica pudieran obtener trazas de ADN.

Se arrastró como pudo hasta el baño, y tras cortar las ataduras con unas pequeñas

tijeras que usaba para la manicura, rasuró los restos de saliva de su agresor con el mango del cortaúñas, se refrescó la cara con agua fría, se enjuagó repetidas veces la boca ensangrentada, se cubrió el cuerpo con el albornoz y por último buscó el teléfono móvil.

Cuando la ambulancia puso por fin rumbo al hospital universitario Hadassah del distrito de Ein Kerem, el ulular de la sirena interfirió en el pensamiento del sargento Heller, quien en ese momento trataba de ordenar las últimas palabras pronunciadas por la inspectora antes de ser evacuada: «Esos tipos se dirigieron a mí en árabe y en hebreo, pero su forma de hablar árabe era propia de colegiales». Eso significaba que quienes habían perpetrado aquella agresión habían aprendido los rudimentos del árabe en la escuela o la universidad y, en consecuencia, muy probablemente fueran judíos. ¿Por qué entonces, además de ir cubiertos con pasamontañas, iban tocados con la *kufiyya*? ¿Qué pretendían disfrazándose de árabes? Tal vez la respuesta la tuviera el cadáver que yacía en el dormitorio, pero para obtenerla había que esperar a que el forense Roth llegara para hacer su trabajo.

Por primera vez en mucho tiempo, Heller sintió alivio cuando hicieron acto de presencia los hermanos Horowitz primero y el comisario Goldiak más tarde.

—No vamos a consentir esta clase de ataque, sargento. Bajo ningún concepto permitiremos que algo así quede impune. ¿Y la inspectora, cómo se encuentra? —se pronunció el comisario con tono enérgico después de echar un vistazo por todo el apartamento.

—Acaban de trasladarla al Hadassah. Tiene múltiples tumefacciones y una costilla clavada en el pulmón. Pero lo peor se lo han hecho por detrás. Uno de los tipos le ha introducido el puño por el ano y otro el cañón de la pistola reglamentaria por la vagina.

—¡Hijos de puta! —exclamó el comisario.

—La inspectora cree que sus agresores eran judíos. Se dirigieron a ella tanto en árabe como en hebreo, pero asegura que tenían una mala pronunciación del árabe.

—Eso no prueba nada. Muchos palestinos hablan un pésimo árabe, sargento. ¿Y el doctor Roth?

—Siempre llega el último, como la novia a la boda.

—Heller, no creo que sea el momento para...

—Lo lamento —se disculpó el sargento.

—Horowitz, ¿puede retirarle el pasamontañas al cadáver? Me gustaría verle el rostro —ordenó el comisario dando una primera muestra de impaciencia.

—Ahora mismo, comisario —dijo Groucho Horowitz.

—Según la inspectora, usaron al tipo como escudo. Creo saber de quién se trata —se descolgó el sargento.

—Yo también. Es uno de los ucranianos —aseveró el comisario.

—O Kovalenko o el tal Andriy. De lo contrario, no hubieran abandonado el

cadáver.

—Hemos recibido información adicional de la policía ucraniana, así que tal vez nos llevemos una sorpresa sobre la identidad del cadáver —dejó caer el comisario.

—Quizá deberíamos habernos mostrado más enérgicos. Llevar a cabo detenciones, apretarles las tuercas a nuestros confidentes en el hampa —se lamentó el sargento.

—Nadie podía imaginar que fuéramos a llegar a esta situación —reconoció el comisario.

—Nos han estado siguiendo, lo cual dice muy poco a nuestro favor teniendo en cuenta que somos policías. Deberíamos haber estado más atentos —dijo Heller.

—¿Quiere que lo releve del caso? Ya sabe que, ante todo, un policía ha de evitar que sus sentimientos personales interfieran en su trabajo —sugirió el comisario.

—Tal vez sea eso lo que buscan los agresores. No, no quiero que me separe del caso.

—La puerta ha sido abierta con una ganzúa —señaló Groucho Horowitz mientras decidía junto a su hermano Harpo qué pasos seguir para desenmascarar el cadáver.

El comisario se atusó el cabello repetidas veces, como si ese gesto le facilitara la comprensión de lo que estaba ocurriendo.

—En cualquier caso, la agresión sufrida por la inspectora es una indicación de que la investigación va por buen camino —observó.

—El problema es que seguimos sin intuir siquiera quién puede encontrarse al final de ese camino.

—Lo importante es que sigamos dando pasos hacia delante. ¿Y la visita a la calle Nablus?

—Ese tipo, Bodarenko, sería incapaz de reconocer su propia casa en Ucrania.

—Cuando quiera, comisario —intervino Groucho Horowitz.

El rostro que apareció debajo del pasamontañas se correspondía, en efecto, con el de un eslavo de piel lechosa, cabello pajizo y ojos grandes y grises. Estos estaban abiertos de par en par, con expresión de asombro infinito, tal y como los muertos suelen recibir a la muerte, y las pequeñas venas oculares que adornaban la materia blanda de los ojos presentaban un aspecto demasiado marcado y una tonalidad excesivamente opaca incluso para un difunto. La boca la tenía sellada con un trozo de cinta americana.

—¿Leonid Kovalenko, Andriy Timoshenko? ¿Quién diablos eres? —se dirigió Heller al cadáver.

—Casi con toda seguridad se trata de Leonid Kovalenko —respondió el comisario.

—¿Kovalenko?

—Así es.

—Explíquese.

—Quien vino a pedirnos ayuda a la comisaría no fue Oleksandr Bodarenko, sino

Andriy Timoshenko —aclaró el comisario.

—Como dice Eurípides, lo esperado nunca sucede; es lo inesperado lo que acontece. Prosiga, se lo ruego.

—El propósito de Timoshenko era el de eliminar a Bodarenko para apropiarse de su identidad, ergo lo más lógico es que el cadáver encontrado en el Parque de la Independencia pertenezca a este. En ese caso, la inspectora ha disparado contra Leonid Kovalenko —expuso el comisario.

En ese momento llegó el doctor Roth, quien había realizado el trayecto entre Tel Aviv y Jerusalén en tiempo récord.

—¿Cómo se encuentra la inspectora? —preguntó sin siquiera saludar a los presentes.

—Va camino del Hadassah. Ha recibido una paliza y ha sido agredida sexualmente, pero se recuperará —explicó el comisario.

—¿Y el cadáver? —preguntó el forense a continuación.

—En el dormitorio. A los pies de la cama. Sígame —intervino el sargento.

Tras el primer reconocimiento, el forense dictaminó que el difunto no tenía córneas, y que, al igual que el cadáver encontrado en el Parque de la Independencia, presentaba una incisión recién cosida en el costado derecho que indicaba que acababa de ser sometido a una intervención quirúrgica de mayor calado. Después de tantear con los dedos en la zona con el ímpetu y la sensibilidad de un pianista interpretando una pieza que requiriese ser ejecutada con enérgica precisión, dijo:

—Le han extirpado las córneas y un riñón no hace más de cuarenta y ocho horas, tal vez un poco más, de modo que lo más probable es que lo hayan traído hasta aquí casi a rastras. Además, tiene seis impactos de bala en la zona pectoral, incluso uno le ha alcanzado de lleno el corazón.

—Buena puntería —masculló el sargento en alusión a la inspectora.

—Salvo por el hecho de que el primer tipo murió *stricto sensu* apuñalado y este lo ha hecho por disparos de balas, yo diría que en todo lo demás los casos son idénticos. Tendré listo el informe forense mañana entre la una y las dos de la tarde. Me temo que será extenso.

—De modo que han traído al ucraniano para que la inspectora lo acribillara —divagó el comisario.

—Si cinco tipos allanaran mi casa vestidos de esta guisa, yo también dispararía a matar —se pronunció el forense.

—Se le llama defensa propia —aclaró Heller, como si semejante comentario fuera necesario.

—La embajada de Ucrania nos ha remitido un menú completo de las actividades del señor Timoshenko, que incluye entrada, plato principal y postre. El menú trae incorporada una fotografía del chef, y la cara que aparece es la de nuestro testigo,

cuyo nombre es Andriy Timoshenko, quien se encuentra cómodamente custodiado en nuestras dependencias a la espera de ser repatriado a su país bajo la identidad de Oleksandr Bodarenko. Al parecer, no es ni la primera ni la segunda vez se ve involucrado en un asunto de esta naturaleza.

—¿A qué se refiere? —preguntó Heller.

—Hace seis años Andriy Timoshenko trabajaba como enfermero en el Instituto de Trasplantes Shalimov de Kiev, hasta que se descubrió que una organización que operaba dentro del instituto se dedicaba a realizar trasplantes ilegales. Dicha organización estaba dirigida por un israelí, ya que los recipientes o receptores eran en su gran mayoría israelíes. En total fueron detenidos el cabecilla y once ucranianos, entre los que se encontraban cuatro cirujanos, que cobraban el diez por ciento del dinero que el cliente pagaba por el trasplante, entre 100.000 y 200.000 dólares, y varios ayudantes. El papel secundario de Timoshenko le libró de ir a prisión, aunque quedó inhabilitado para volver a ejercer. Sin embargo, acabó reincidiendo, y hace cosa de cuatro años fue inculpado como integrante de una nueva banda organizada que pretendía introducir en Israel niños ucranianos que, en apariencia, pero solo en apariencia, iban a ser adoptados por familias judías. En realidad lo que escondían estas adopciones era la utilización de los pequeños como piezas de recambio en futuros trasplantes.

—¿Piezas de recambio? Es lo más repugnante que he escuchado en todos los días de mi vida —intervino el forense.

—Sin duda, lo es. La operación se llamó «Cosecha humana», y gracias al trabajo conjunto de la policía ucraniana y de nuestros servicios de inteligencia pudo abortarse en origen. Timoshenko, dada la experiencia que había adquirido en el Instituto de Trasplantes Shalimov en sus años de enfermero, jugaba el papel de «cosechador», es decir, se encargaba de seleccionar a posibles presas en los orfanatos de su país. Como la «exportación» no llegó a consumarse y no se pudieron demostrar todos los cargos, solo le cayeron tres años de prisión. Hace nueve meses fue puesto en libertad. Desde entonces no había vuelto a meterse en ningún lío. Aunque, por lo visto, ha decidido volver a las andadas y montar su propio negocio.

—Así que el hijo de puta nos mintió —rezongó el sargento.

—De principio a fin. Sospeché cuando le pedí que repitiera su historia y lo hizo sin variar una coma. Un hombre no puede contar dos veces la misma historia sin modificar siquiera una sola palabra. Le puse el señuelo de que quería comprobar que no hubiera contradicciones en su discurso, y el tipo respondió repitiéndolo todo como un loro, como quien se ha aprendido la lección de memoria. Pero lo que terminó de convencerme fue el hecho de que él y su compañero tardaran tanto tiempo en huir. Nadie esperaría una semana cruzado de brazos sabiendo que está en peligro.

—Si nos ha mentado con respecto a su identidad, lo habrá hecho también sobre todo lo demás. Por ejemplo sobre el asunto del apartamento de la calle Nablus. ¿Recuerda las ropas de distintas tallas que encontramos en el apartamento de Elijah

Shapiro? Tal vez parte de las prendas fueran de los ucranianos, tal vez conocieran el apartamento del periodista.

—Tendremos que apretarle las tuercas a Timoshenko —indicó el comisario.

—Será todo un placer. ¿Me permitirá que esta vez me encargue yo del interrogatorio?

—Es todo suyo, sargento.

—¿Hay algo más que deba saber?

—Solo Oleksandr Bodarenko entró en el país con su verdadera identidad y con un visado de turista. Al menos no nos consta la entrada de ningún Andriy Timoshenko ni de ningún Leonid Kovalenko. Claro que eso tiene una explicación: Bodarenko era el único que no contaba con antecedentes penales, algo que imagino facilitaba los planes de Andriy Timoshenko a la hora de cambiar de identidad, de regresar a Ucrania convertido en otra persona.

—De esa forma, Andriy Timoshenko, el «cosechador», se convertiría en Oleksandr Bodarneko, un simple «liquidador» de Chernóbil al que nadie echaría en falta. Aunque lo más probable es que ni siquiera Bodarenko o el tal Leonid Kovalenko fueran «liquidadores» de Chernóbil, puesto que tanto sus córneas como sus riñones fueron al final extirpados, tal y como muestran sus respectivos cadáveres. De modo que con toda probabilidad eran simplemente la mercancía que Timoshenko entregó a sus socios aquí en Israel a cambio de poder borrar su pasado, de convertirse en otra persona.

—Ya que los menciona, da la impresión de que esos tipos, los socios de Timoshenko, quieren jugar con nosotros —elucubró el comisario—. Primero nos ponen sobre la pista de los Neturei Karta, y ahora asaltan el domicilio de la inspectora disfrazados de comandos palestinos. O son extremadamente profesionales o, por el contrario, son un hatajo de chapuceros. Confío en que el señor Timoshenko se avenga a aclararnos algo sobre ese particular.

—¿Qué le parece si me llevo como traductor a KGB? No hay en toda la policía un «mecánico» que apriete mejor las tuercas —sugirió el sargento.

Se refería a Kolia Abramovich, un antiguo agente del KGB tan grande como el sargento y que había emigrado a Israel en 1992. Desde entonces había duplicado su masa muscular y tomado parte como instructor en diversos cursos de técnicas de combate impartidos a miembros de la policía. Su mirada era de acero, su voz tan desagradable como la de un tubo de escape y su sentido del humor comparable al de una cobra.

El comisario hizo un gesto de asentimiento.

Ni siquiera los calmantes que le habían sido suministrados para el dolor, y que la mantenían semisedada, bastaron para que no se percatara de la presencia de Ari en cuanto este entró en la habitación. Vestía una bata blanca y la luz cegadora de la sala le confería un aire etéreo, casi de ángel de la guarda, que se acentuaba con la lividez de su rostro. No obstante, al mismo tiempo que sintió una gran alegría por su presencia, una profunda vergüenza se apoderó de ella. ¿Cómo podía explicar lo que había ocurrido, lo que había experimentado, empezando por el dolor físico y terminando por la humillación? ¿Cómo expresar lo que había sentido con aquella mano tratando de alcanzar sus entrañas, el mismo apéndice que había tomado parte en la lapidación de Aicha Uazir?

—No hace falta que hables —le dijo Ari como si le hubiera leído el pensamiento, al tiempo que tomaba su mano derecha con la suavidad de un novio a punto de pedirle matrimonio a su amada—. Tienes una costilla fracturada y el simple hecho de hablar o de respirar puede provocarte un intenso dolor. Estoy al tanto de lo que ha ocurrido, y lo superaremos juntos. Juntos, tú y yo. ¿De acuerdo? Estamos buscando la mejor habitación para que puedas estar tranquila. Yo me ocupo de todo. Ahora procura descansar.

—Nunca había matado a un hombre —logró balbucir la inspectora.

—Ha sido en defensa propia.

—Entraron en la habitación y se abalanzaron contra mí, en fila india —prosiguió hablando con la lengua entorpecida por la medicación—. Eran cinco hombres, cuatro de ellos bastante corpulentos. El último, en cambio, era de pequeño tamaño. El tipo que abría la comitiva iba desarmado. Hacía aspavientos con las manos abiertas. Lo vi perfectamente. Pero aun así, disparé. Estaba desnuda, no sabía qué querían... Me sentí aterrorizada.

El príncipe Ari apretó la mano de la princesa prometida hasta convertir sus dedos inertes en los de una paciente. Luego, empleando un tono más enérgico, dijo:

—Si sigues hablando, tu estado empeorará. Todo se aclarará. Ahora procura descansar.

—Descansar. Sí, necesito descansar. Pero ¿qué ocurrirá cuando despierte? —dijo tensando el rostro, cerrando los ojos y empleando un tono de voz muy bajo, casi susurrante.

—Que yo estaré a tu lado. Eso será exactamente lo que ocurra.

—No volveré a ser jamás lady Scotch. No quiero volver a ser la clase de persona que era, que he sido desde que llegué a Israel.

—No tienes ninguna necesidad de volver a serlo. A partir de ahora serás de nuevo

Sarah, Sarah Toledano, sin más.

La imagen angelical de Ari se había ido transformando en una figura rutilante conforme había ido transcurriendo la conversación. Un cambio que a la inspectora se le antojó fruto de una conversión interior más que por el efecto de la luz.

Cuando volvió a caer en los brazos de Morfeo, soñó que la agresión no había sido tal, sino una intervención quirúrgica, y que la mano que había reptado por su interior hasta alcanzar sus entrañas no pretendía causarle dolor, sino vaciarla por dentro, como si le estuviera arrancando un carcinoma, un tumor maligno llamado Israel. Como por arte de magia, comenzó a expulsar escombros e ingentes cantidades de tierra, tras lo cual se sintió liberada, como si acabara de alumbrar (de desembarazarse) de un monstruo estragado que llevaba tiempo corroyéndola por dentro, robándole la vida. Era plenamente consciente de que aquello no era más que un sueño, pero aun así experimentó una gran sensación de alivio.

Una vez hubo despertado de aquel espeso sueño, supo que algo había cambiado para siempre.

La táctica que Kolia Abramovich empleaba para intimidar a su presa era muy sencilla: una vez se había acercado lo suficiente a ella, su aliento se transformaba en anhídrido carbónico. Luego, antes de proferir una palabra, esgrimía un rictus tan fiero como el de un león, retrayendo las aletas de la nariz, distendiendo la boca hacia atrás y mostrando una sarta de dientes gastados y amarillentos.

—*Kak tebya zovut?* —preguntó con una voz ronca y cavernosa que parecía brotar del interior de una cueva.

Las palabras del ruso golpearon el rostro del ucraniano como un viento huracanado.

—*Menia zovut* Oleksandr Bodarenko —respondió este.

El ruso se tomó unos segundos. Luego continuó hablando empleando el mismo tono estentóreo y cadencioso:

—¿Sabes cómo me llamo yo?

El ucraniano se encogió de hombros, como si aquella pregunta no fuera con él.

—KGB. Con ese nombre me conoce todo el mundo. ¿Sabes por qué? Porque durante diez años trabajé para el KGB, en la época gloriosa de la madre Rusia. Por aquel entonces tipos como yo utilizábamos Ucrania como retrete. Lo más curioso es que después de que Gorbachov lo jodiera todo, la mitad de los ucranianos sigáis añorando a la madre Rusia. ¿Añoras tú a la madre Rusia? ¿Los buenos tiempos de Chernóbil? ¿Los ejércitos de «liquidadores» sacrificados en pos de una mentira? No, no lo creo, lo que he oído de ti es propio de alguien que ni siquiera añora a su propia madre. Te lo preguntaré una vez más: ¿cómo te llamas?

—Oleksandr Bodarenko, ya te lo he dicho, ruso.

KGB tenía la habilidad de usar los dedos de las manos como brocas de un taladro, de modo que en cuanto hundió uno de sus pulgares en un punto entre el cuello y la clavícula del ucraniano, el semblante de este dibujó una mueca de intenso dolor.

—No, te llamas Andriy Timoshenko y eres una miserable cucaracha a la que me gustaría aplastar.

Cuando el segundo pulgar hizo lo propio en el otro lado del cuello, el ucraniano fue consciente de la extraordinaria habilidad que tenía aquel individuo para infligir un dolor indescriptible empleando tan solo un par de dedos. ¿Qué ocurriría cuando decidiera valerse de los diez de las dos manos?, se preguntó.

—De acuerdo, me llamo Andriy Timoshenko —claudicó el ucraniano—. Quiero un abogado y ponerme en contacto con la embajada de mi país.

KGB fingió una sonrisa. Luego, recobrando el rictus de felino hambriento delante de su presa, dijo:

—Eso ya lo hemos hecho nosotros, Andriy, ¿y sabes qué es lo que nos han dicho tus compatriotas?: que te diéramos recuerdos, que te encerremos en una de nuestras confortables cárceles en compañía de un millar de presos palestinos y que a continuación dejemos correr un rumor: por ejemplo que estás allí por traficar con órganos de niños palestinos sin recursos. Algo que, por otra parte, es muy probable que entrara dentro de tus planes. ¿Sabes qué será de ti cuando propalemos el bulo, Andriy? ¿Lo imaginas? Yo te ayudaré: harán de ti carne picada antes de que veas el primer amanecer. Sí, eso será lo que harán contigo. Si yo estuviera en tu lugar, donaría mis órganos. Ya que te has lucrado traficando con órganos ajenos, podrías redimirte donando los tuyos. ¿Sabes cuál ha sido tu error, Andriy? Creer que este país era una de tantas repúblicas que se escindieron de la Unión Soviética que están gobernadas por la corrupción. Esto es Israel, Andriy, Israel. ¿Acaso no habías oído hablar de Israel? Somos expertos en joder a quien nos quiere joder, que es casi todo el mundo. Pregúntales a los palestinos de lo que somos capaces. Pregúntale al resto de árabes. ¿De verdad pensaba una insignificante cucaracha como tú que podía venir a jodernos? Lo dicho, Andriy: harán contigo carne picada, y luego te diseminarán por un retrete, ya que los musulmanes no comen carne de cerdo ucraniano.

—¿Qué quieren que haga? —se ofreció Andriy, cuyo rostro parecía ahora un trozo de yeso.

—Eso es cosa del sargento Heller. Lo que más me molesta de la gente como tú es que vais de duros y luego no soportáis el dolor. Lo infligís a gente inocente a la que matáis o maltratáis; sin embargo, os aterra el dolor en carne propia. La única dignidad que le queda al criminal cuando ha sido capturado es el estoicismo, Andriy, y tú ni siquiera sabes qué significa esa palabra —se explayó el ruso.

—¿Cómo va la cosa, Abramovich? —preguntó en hebreo Heller, quien se había mantenido en un discreto segundo plano pero sin perder detalle de aquel espectáculo que recordaba la representación de una obra rusa de teatro en lengua vernácula. Siempre le había parecido que el ruso era la lengua más solemne de todas dada su extraordinaria contundencia y sonoridad.

—Es todo suyo, sargento. Ha admitido ser quien en verdad es, y la descomposición de su expresión es debido a que le he dicho que cuando lo encarcelamos haremos correr el rumor de que se dedicaba a traficar con órganos de niños palestinos sin recursos.

Era cierto que un velo de lividez había cubierto el rostro del ucraniano, que había pasado a adoptar una actitud más sombría. Si algo podía desprenderse del discurso de aquel ruso era que no bromeaba. Cada palabra suya era como una piedra arrojada con una honda de la que era ciertamente difícil protegerse. El resultado era una lluvia de piedras que acababa por sepultar a quien iba dirigida.

—Ahora voy a contarte una historia, Andriy, una historia que tiene que ver contigo. Quiero que me digas si estoy equivocado en algo o si paso por alto algún detalle —tomó las riendas el sargento.

KGB tradujo y Andriy Timoshenko asintió tímidamente.

—Oleksandr Bodarenko y Leonid Kovalenko no eran «liquidadores» de Chernóbil; eran hombres perfectamente sanos. O mejor dicho, presentaban una tara, pero no física, sino de otra índole: eran hombres pobres y probablemente estuvieran desesperados, tanto como para vender algunos órganos. Después de pasar dos años y medio a la sombra por participar como «cosechador» de niños que iban a ser vendidos como piezas de recambio aquí en Israel, pensaste que las posibilidades del negocio eran infinitas, que el sector del tráfico de órganos humanos seguía siendo muy pero que muy lucrativo, sobre todo en el próspero Israel, donde había escasez de donantes. Así las cosas, y como conservabas algún contacto de tu etapa anterior, convenciste a Bodarenko y a Kovalenko para que se dejaran extirpar sendos riñones, a cambio de una elevada suma de dinero que mejoraría sus maltrechas economías. No en vano, un hombre puede vivir perfectamente sin un riñón, pero no sobrevive al hambre. Pero tus verdaderas intenciones eran otras, la recompensa que tú ibas a obtener pasaba por apropiarte de la identidad de Oleksandr Bodarenko, quien carecía de antecedentes penales y a quien nadie, por su condición de menesteroso, iba a echar de menos. Como para iniciar una nueva vida requerías además algo de dinero, involucraste también a Leonid Kovalenko, un ex presidiario con quien habías coincidido en la cárcel. En resumidas cuentas, como ni Bodarenko ni Kovalenko iban a regresar con vida a Ucrania, tu camino quedaría despejado. Tus socios en Israel recibirían la carne y tú volverías a tu país limpio de toda mácula, siendo otro hombre, presto para la recolección de una nueva «cosecha». Hasta aquí la primera parte.

Cuando KGB terminó de traducir, Timoshenko dijo con voz trémula:

—Podría añadir algún matiz, pero continúe. Le escucho.

—Sí, escúchame. Ya tendrás tiempo de responder a mis preguntas más adelante. La segunda parte comienza cuando aparece en escena un tipo que decía llamarse Abdel Hadi Said, que se hacía pasar por un árabe dispuesto a vender sus órganos a la misma organización para la que tú trabajabas. Llegado el momento, y es solo una forma de hablar, Hadi Said os confesó que era un periodista y conocía las verdaderas intenciones que quienes estaban detrás de aquel turbio negocio tenían para con vosotros, sin saber que tú formabas parte del mismo. Ignoro cómo Elijah Shapiro pudo descubrir lo que se estaba cocinando, pero de alguna manera lo hizo. No en vano, todo hay que decirlo, ese periodista era un auténtico tocacojones. A partir de ahí todo se precipitó, puesto que a ti no te quedó más remedio que poner en conocimiento de tus socios la verdadera identidad de Elijah Shapiro. En el apartamento de este había ropas de distintas tallas, por lo que deduzco que tal vez, en algún momento, estuvisteis allí todos reunidos. De lo que no me cabe ninguna duda, en cambio, es de quién acuchilló a Oleksandr Bodarenko en el Parque de la Independencia: tú, Andriy. De la misma manera que tenías que ser tú quien aparecieras al cabo de las horas en comisaría para poder reconocerlo y de esa manera apropiarte de su identidad. Sin embargo, cometiste un error de cálculo: pensaste que

nos conformaríamos con tu versión de los hechos. Tu forma de contar lo que, según tú, había sucedido, hizo sospechar al comisario. Eras tan exacto como un reloj suizo, con la salvedad de que no eres suizo, sino ucraniano. Esto es Israel, Andriy, y si de algo sabemos los judíos más que nadie es de letanías. Entra en una sinagoga y encontrarás a un montón de tipos repitiendo lo mismo una y otra vez. Sí, Andriy, tu versión de los hechos no era más que una maldita letanía.

—¿Me permite intervenir? —dijo al fin el ucraniano, empleando ahora un tono mucho más dócil.

KGB trasladó la petición al sargento.

—Por supuesto. Estoy deseando escucharte.

—Cuando ese periodista se presentó en nuestro piso franco alertándonos del peligro que corríamos, no nos quedó más remedio que refugiarnos temporalmente en su apartamento. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Si me hubiera negado y convencido a mis compañeros para desacreditar a aquel tipo con la finalidad de quedarnos donde estábamos, me hubiera puesto en evidencia. De hecho, Bodarenko ya había empezado a tener dudas sobre la conveniencia de seguir adelante con el plan. Afortunadamente antes de huir pude dejarles una nota a mis socios contando lo ocurrido. En unas pocas horas dieron con nosotros, pues no en vano la organización también le había proporcionado alojamiento a ese periodista. Luego todo se precipitó, para emplear sus mismas palabras. Bodarenko y Kovalenko fueron sedados y trasladados a la clínica donde más tarde serían intervenidos. En cuanto a mí, tuve que esperar varios días hasta que Bodarenko estuvo en disposición de ponerse en pie y de caminar al menos unos pasos por sus propios medios. Además del riñón le habían extirpado las córneas, así que no podía ver nada. Por último, nos trasladamos en una ambulancia hasta el Parque la Independencia. Fue más difícil de lo que en un principio pensé, porque Bodarenko estaba bajo los efectos de la sedación y apenas podía mantenerse en pie. Lo cargué como si se tratara de un borracho. El resto ya lo conocen.

—¿Qué pasó con Kovalenko? ¿Y con el periodista? —preguntó el sargento.

—No lo sé. No eran asunto mío. A mí solo me interesaba Bodarenko.

—Así que eliminaste a un tipo indefenso, al que habían extirpado las córneas y un riñón y estaba sedado. Eres escoria, Andriy —le recriminó el sargento.

—No me vengan con remilgos —dijo el ucraniano como si de pronto hubiera recuperado la determinación—. Tuve la misma consideración hacia Bodarenko que ustedes tienen hacia los palestinos. Además, son ustedes los que propician esta clase de negocio. Les faltan donantes y les sobran recipientes. No es culpa mía. Yo solo soy un intermediario. ¿Acaso creen que Ucrania es el único país donde se «recolectan» donantes? Israel cultiva órganos para trasplantar en numerosos países del mundo. Comunidades de gente pobre que son convertidas en campos de cultivos humanos. A mayor número de gente pobre, mayor número de donantes. Así son las cosas. Todo el mundo lo sabe.

—¡Vaya, Andriy, no podía imaginar que tuvieras el don de la elocuencia! —

exclamó el sargento—. ¡Si hasta se diría que te mueve la conciencia! ¿Acaso crees estar en disposición de darnos lecciones de moral? ¡Gente pobre vendiéndoles sus órganos a despiadados y malvados judíos que se aprovechan de su precaria situación económica! Ese discurso es tan antiguo como la Biblia. Seguro que habiendo crecido en la Unión Soviética hasta has leído *Los protocolos de los sabios de Sión*. Pero siendo ese trabajo que realizabas de intermediación, de «cosechador» o como quiera que se llame, uno de los más repugnantes que puede llevar a cabo un ser humano, hay un detalle no precisamente nimio que pasas por alto: eres también un vulgar asesino. Has apuñalado a sangre fría a uno de esos pobres a los que, según tú, Israel explota y masacra. Y no te ha temblado el pulso. En mi opinión, lo más probable es que no haya sido este tu bautismo de sangre. Pero ese asunto ya tendremos tiempo de resolverlo más adelante. De hecho, Andriy, disponemos de todo el tiempo del mundo. De modo que procura que tu conciencia, o mejor dicho tu falta de la misma, no te confunda, y guarda tu elocuencia para cuando estés delante del juez. Ahora dime, ¿dónde está esa clínica?

La invectiva del sargento hizo que el ucraniano recordara cuál era su papel en aquella representación.

—Solo sé que se encuentra en una ciudad que no es Jerusalén, aunque no está lejos. Como ya les he mencionado, siempre nos movíamos de noche y dentro de ambulancias. Francamente, no me preocupaba el paisaje o el nombre de los lugares. No he venido aquí de turismo o para hacer amigos.

El número de suburbios, pueblos o ciudades cercanos a Jerusalén en un radio de veinte kilómetros superaba la decena, por lo que habría que acotar aquellas poblaciones que dispusieran de hospitales o clínicas.

—Bueno, Andriy, creo que ha llegado el momento de que nos digas quiénes son tus socios y dónde encontrarlos.

—Judíos, mis socios son judíos, por descontado. El tipo con el que trato habitualmente se llama Dudi Cohen. Naturalmente, no sé dónde pueden encontrarlo, ya que era él quien me buscaba a mí y no al revés.

El sargento y KGB se buscaron las miradas. Ambos hombres fruncieron la frente a la vez, sin ocultar el desconcierto que aquel nombre les provocaba. A continuación, el sargento preguntó:

—¿Sabes quién es Dudi Cohen, Andriy?

—Mi socio —respondió el ucraniano—. Acabo de decírselo.

—Sí, acabas de decírmelo. Para tu información, Dudi Cohen es el comisionado general de la policía de Israel. El jefe supremo de la policía —aclaró el sargento—. ¿Sabes lo que es un alias?

A Andriy no pareció impresionarle ese dato.

—Puedo darle más nombres —dijo.

El sargento y KGB se buscaron de nuevo con los ojos.

—¡Adelante! —exclamaron al unísono, uno en hebreo y otro en ruso.

—Moshe Karadi es la mano derecha de Dudi Cohen, y el conductor de la ambulancia se llama Samuel Goldiak, sí, Samuel Goldiak, estoy seguro —se explayó el ucraniano—. También había un médico, cirujano creo, al que llamaban Doctor Frankenstein. A este lo conocimos en la clínica y solo lo he visto un par de veces.

—Así que uno de los tipos se llamaba Doctor Frankenstein. Bueno, Andriy, no voy a negarte que nos has quitado un peso de encima. Moshe Karadi es otro comisionado general de la policía. O mejor dicho, lo fue entre los años 2004 y 2007. En cuanto a Samuel Goldiak, resulta que es el comisario que tomó parte en tu interrogatorio. ¿Te acuerdas de él? Ese tipo tan simpático de ojos azules a lo Paul Newman.

—Bueno, si mis socios son sus jefes supongo que a partir de ahora recibiré un mejor trato —se descolgó ufano el ucraniano.

El sargento y KGB volvieron a mirarse. O estaba habiendo un problema de comunicación por culpa de la traducción, cosa que parecía improbable, o la nueva táctica del ucraniano pasaba por hacerse el estúpido.

—¡Por supuesto, Andriy! Después de saber que Dudi Cohen es el cerebro de la organización para la que trabajas, y que el comisario que lleva esta investigación es el conductor de la ambulancia que os servía para moveros clandestinamente por Israel, después de saber eso, como digo, te dispensaremos un trato VIP. ¿Qué tal un buen solomillo para cenar y la compañía de una prostituta de lujo para pasar la noche? Pero de esos detalles hablaremos más tarde. Ahora que hemos descubierto que casi somos socios, que casi eres uno de los nuestros, me gustaría que me ayudaras a resolver una cuestión que me ronda la cabeza. ¿Cómo te ponías en contacto con Dudi Cohen?

—A través de un teléfono móvil, por supuesto —respondió el ucraniano.

—Bien, ¿y dónde está ese teléfono?

—Tuve que devolverlo antes de marcharme. Formaba parte del trato. ¿Acaso cree que el máximo responsable de la policía de Israel no sabe cómo cubrirse las espaldas para no dejar rastro de sus delitos?

Por un momento dio la impresión de que el ucraniano hablaba en serio, ufano, como si de verdad creyera que quienes estaban detrás de aquella organización criminal fueran los más altos cargos de la policía israelí. Por alguna razón, había decidido aferrarse a aquella táctica.

—Empiezo a preguntarme por qué motivos tus socios te dejaron con vida —elucubró el sargento.

—¿Mataría usted a quien le da de comer? Una vez me convirtiera en Bodarenko, mi propósito era ampliar el negocio. Yo me encargaría de seleccionar a los mejores donantes, gente sana y sin recursos, y mis socios se ocuparían de encontrar a los recipientes con mayores medios económicos. Todos saldríamos ganando. Tenía órdenes de regresar a Ucrania y empezar a agilizar los trámites para poner en marcha una nueva «recolección». De hecho, la tengo ya muy avanzada.

—Supongamos que nos estás diciendo la verdad. Si has devuelto el móvil

mediante el cual te comunicabas con Dudi Cohen, ¿cómo iba este a ponerse en contacto contigo? ¿Cómo iba a saber Dudi Cohen que había una nueva «cosecha» lista para la «recolección»?

—Muy sencillo. Todos los lunes a primera hora de la tarde tengo la obligación de pasar por la recepción del hotel Dniprovskiy de Kiev y preguntar si está hospedado el señor Cohen. Siempre alquila la habitación Alla, llamada así en honor a una de las más famosas divas de la música rusa: Alla Pugacheva. En ocasiones se hospeda dos veces al mes; otras, en cambio, puede estar dos o tres meses sin aparecer. Lo importante es que cuando decida visitar Kiev, yo tenga algo que ofrecerle.

—Alla Pugacheva es la mujer más famosa de Rusia. Todos los rusos la admiramos. En Israel no existe nadie comparable a ella —intervino KGB.

—Sé que hemos empezado con mal pie, señores, pero a poco que todos pongamos un poco de nuestra parte podríamos arreglar este asunto con un gran beneficio para todas las partes. Tengo cincuenta clientes a punto para la «recolección». Solo falta poner en orden el papeleo y poco más. No todos tienen que venir a Israel. Solo aquellos cuyos recipientes no pueden viajar fuera de su país por su delicado estado de salud. Pueden ser ocho o nueve, tal vez diez en los próximos cuatro o cinco meses. Ustedes podrían recibir cinco mil dólares por cada uno de ellos.

—¿Nos mandarías el dinero por giro postal, Andriy? —ironizó el sargento.

—Ustedes eligen la forma de pago, por supuesto —se avino el ucraniano.

—Una propuesta muy interesante, Andriy —volvió a intervenir el sargento—. Pero puesto que Dudi Cohen es también nuestro jefe, creo que vamos a tratar con él los términos del acuerdo. En lo que a mí concierne, ya hemos terminado por ahora. Sin embargo, creo que KGB quiere que le enseñes a identificar si un riñón o un hígado están sanos al tacto. Ha oído decir que se logra hundiendo los dedos sobre el órgano en cuestión, pero quiere que un experto como tú le enseñe la técnica. ¿Estoy en lo cierto, KGB?

—Lo estoy deseando, sargento Heller —corroboró el ruso después de traducir las palabras del sargento.

—¿No pretenderá dejarme a solas con esta bestia? —se desmarcó el ucraniano sobresaltado, dando muestras por primera vez de un compungimiento que parecía sincero.

En esta ocasión KGB esbozó una sonrisa cuando tuvo que traducir el temor del testigo.

—¿Acaso no te fías de nosotros, Andriy? Ahora somos tus socios, como Dudi Cohen, el comisionado de la policía de Israel. Ahora todos formamos parte del mismo equipo, de la misma familia de «cosechadores» —le respondió el sargento mientras se levantaba de la silla y ponía rumbo a la puerta.

—Sí, Andriy, solo quiero que me enseñes a detectar si un riñón o un hígado están en perfectas condiciones para ser trasplantado. Yo pondré mis dedos en tu abdomen y tú dirás si lo estoy haciendo bien. ¿Qué tal si para empezar me enseñas a utilizar estos

dos dedos? —dijo el ruso al tiempo que mostraba los dos pulgares que antes había empleado para presionar el cuello del ucraniano.

Había que comenzar por el principio, y en opinión del sargento Heller la nueva casilla de salida había que situarla en la manipulación del ordenador portátil de Elijah Shapiro, que había sido encontrado en la habitación del hotel Hashimi. Ese mismo hotel contaba entre sus miembros con la recepcionista con la que tan buenas migas había hecho, así como las grabaciones de las cámaras de seguridad de la entrada y del hall, habida cuenta que el establecimiento se encontraba enclavado en pleno barrio musulmán de la Ciudad Vieja de Jerusalén, donde habían tenido lugar un buen número de altercados o incluso de ataques terroristas. Era cierto que él ya había visionado aquellas grabaciones, pero no lo era menos que se había limitado a controlar las entradas y salidas de Shapiro del edificio, y que en aquellos movimientos no había encontrado nada que le resultara sospechoso. Por no mencionar que las vistas desde la terraza del hotel Hashimi atraían a muchos visitantes, con lo que el número de transeúntes que aparecían en aquellas grabaciones no tenía fin.

No obstante, parecía claro que alguien había insertado un programa para liberar espacio en el disco duro del ordenador del periodista, y para poder hacerlo había tenido que colarse en la habitación de este. Al mismo tiempo, para acceder a una habitación había que pasar obligatoriamente por delante de las cámaras del circuito cerrado de televisión. Como sabía qué día había desaparecido Shapiro y cuándo había aparecido su cadáver en el hospital St. John, lo que tenía que hacer era revisar con detenimiento las grabaciones efectuadas en ese lapso de tiempo, por si se le hubiera escapado algún detalle. Puesto que no existe persona más avezada para conocer a su clientela que el anfitrión de la misma, le pidió al director del hotel, el señor Saleh, que le ayudara en la revisión de las grabaciones.

Como la amabilidad no está reñida con la agudeza y el sentido común, al cabo de una hora y media el señor Saleh había calificado de sospechosos a dos tipos fornidos que, justo al pasar por delante de sendas cámaras, habían inclinado la cabeza más de la cuenta, como si temieran ser filmados. Era obvio que podía tratarse de una casualidad o incluso de una actitud premeditada, puesto que no eran pocas las personas a las que molestaba ser grabadas por unas cámaras por distintos motivos, pero, con todo, había algo en la actitud de los dos hombres que hizo sospechar al director del hotel. Heller no solo estuvo de acuerdo, sino que creyó reconocer a uno de ellos. Un hombre grande jamás olvida a otro hombre grande, menos si el grandullón en cuestión parece un querubín de una pintura renacentista dentro del cuerpo de un forzudo. Heller había visto a aquel tipo de frente y de espalda, y hubiera reconocido aquella nuca rubicunda encima de aquellos hombros macizos en cualquier

lugar.

—¡Boludo! ¡Sos un salame, un nabo, un papafrita, Lautaro! La chapuza no la han cometido ellos, sino nosotros —masculló el sargento después de hacer avanzar y retroceder tres o cuatro veces las mismas imágenes.

—¿Cómo dice? —preguntó el señor Saleh.

—Yo conozco a uno de esos tipos —aclaró Heller en hebreo—. Se llama Levi Sadek, es celador y trabaja en el hospital St. John.

—Solo te pido que te portés bien, que arranques cuando tengás que arrancar y que no te pares cuando no tengás que hacerlo. ¡Che, se trata de la inspectora! ¿La recordás? ¡Sí, la morenita tan linda! ¡Un hijo de puta le ha roto la concha! Sí, como oís. Así que hay que hacerlo por ella, no por vos ni por mí, sino por ella —le dijo Heller a su coche, mientras aguardaba que el turno de Levi Sadek tocara a su fin—. Si vos te portás bien, prometo lavarte por fuera y por dentro, y pulirte la carrocería. Y hasta te pongo uno de esos reproductores de CD para que podás escuchar a Gardel como es debido. Yo canto como un molusco en comparación con el auténtico e inigualable Carlos Gardel. Creo que la oferta es irrechazable. ¿Qué decís? ¿Aceptás? —añadió.

Hacía ya varios años que no había tenido que hacer de sabueso, y esperar tantas horas en el coche no ayudaba a calmarlo; todo lo contrario, empezaba a sentirse como un animal enjaulado. O más exactamente, como un orangután encerrado en la jaula de un macaco.

Por fortuna, a las doce en punto el celador salió del hospital, montó en su coche y se puso a circular por el centro de Jerusalén, abriéndose paso con cierta impaciencia. Después de dar varias vueltas en busca de aparcamiento, el tipo consiguió estacionar cerca del pasaje Hanashbir. Nada más descender del vehículo, se le acercó un hombre de cuya boca prendía un cigarrillo sin encender, y el celador le dio fuego después de sacar del bolsillo de su pantalón un mechero. Luego se dirigió caminando hasta un café restaurante *kosher* llamado Belinda, sito en el número 20 de King Street, junto a las torres Wolfson. Un local frecuentado por norteamericanos donde servían sopas, sándwiches, quiches y ensaladas en un ambiente bullicioso. Allí permaneció por espacio de una hora. Tras el almuerzo, volvió a montarse en el coche y puso rumbo a la autopista A1, por la que condujo hasta la salida de Shar Hagay, para luego tomar la carretera 38 en dirección a Beit Shemesh.

—¡Será boludo el musculitos! ¿Adónde carajo me llevás? —masculló Heller en voz alta.

Beit Shemesh era la segunda urbe del Distrito de Jerusalén, y distaba de esta unos treinta kilómetros en dirección oeste. Pese a ser una ciudad con una población muy joven y sin apenas paro, últimamente había saltado a la fama por culpa de un grupo de mujeres ultraortodoxas que habían decidido cubrirse con el velo integral, una especie de burka al estilo hebreo que había motivado que los propios varones

ultraortodoxos solicitaran la mediación de la autoridad rabínica, quien había decidido prohibir el uso de la citada prenda. La disputa había resultado lo bastante cómica como para poner en evidencia las creencias de los hombres piadosos, que habían tenido que pararles los pies a sus propias mujeres cuando estas tomaron la decisión de taparse más de lo que ya lo hacían por iniciativa propia. El asunto se complicó sobremanera cuando un representante de los hombres religiosos afectados declaró que lo que habían hecho aquellas mujeres era una «tomadura de pelo» en toda regla. Teniendo en cuenta que el primer signo de modestia de la mujer ultraortodoxa judía consistía en ocultar el cabello bajo un velo o una peluca, el comentario acabó provocando numerosos chascarrillos y chistes en la prensa nacional, lo que a su vez molestó a las partes en disputa.

El celador detuvo su Mazda Active 3 delante de un enorme edificio de piedra caliza, una construcción moderna de varias alturas que se asentaba sobre un promontorio a las afueras de la ciudad y que estaba coronada por un cartel que rezaba: Centro de Salud Integral Aurora.

—¿Qué carajo es un centro de salud integral? ¿Vos lo sabés, viejo? —volvió a dirigirse al coche.

»Así que tenés un segundo laburo —le habló ahora al celador, que en ese momento entraba en el Centro de Salud Integral Aurora.

»Y aun así tenés tiempo para visitar la terraza del hotel Hashimi en compañía de otro forzado. El hotel donde se hospedaba el tipo que vos encontraste malherido en la puerta del otro hospital donde trabajás.

»Como dijo tu compatriota Víctor Hugo, viejo, «es extraña la ligereza con que los malvados creen que todo les saldrá bien» —se dirigió ahora al coche.

Ante la disyuntiva de qué hacer, decidió anotar todos los datos en su cuaderno, desde la matrícula del vehículo del celador al nombre de la calle donde se encontraba, y pedir por teléfono información sobre las actividades del Centro de Salud Integral Aurora.

Tenía ganas de entrar a husmear. Era improbable que, dadas las dimensiones del edificio, fuese a encontrarse con el celador, y aun en ese supuesto las probabilidades de que el tipo lo reconociera seguían siendo escasas. Al fin y al cabo, él era el policía. Sin embargo, terminó por prevalecer su sentido de la profesionalidad y se quedó fuera. Si algo había aprendido en todos estos años era que la prudencia solía ser más rentable que la astucia. Bueno, la astucia era algo consustancial a todo investigador de la policía, pero a veces una determinación excesiva o una acción mal medida acababa convirtiéndola en precipitación.

Quince minutos más tarde recibió por teléfono la información que había demandado a la central. El Centro de Salud Integral Aurora era, al parecer, un complejo sanitario que incluía un total de ciento cincuenta plazas para pacientes, un centro de salud mental, otro de atención de urgencias y un tercero de atención primaria de diagnóstico por la imagen. Además, contaba con un centro de

rehabilitación ambulatoria, así como otro de infartos especializado en niños y jóvenes. La lista de actividades continuaba y se enredó en su cerebro hasta perderse en algún recoveco del mismo. En resumidas cuentas, se trataba de uno de esos centros médicos interdisciplinarios, y sus instalaciones sumaban un total de siete mil metros cuadrados. El director del complejo era un médico llamado Joel Sandler y, curiosamente, el propietario mayoritario del gigantesco inmueble era la Maxi Cohen Real Estate, quien a su vez se ocupaba de las labores de mantenimiento a través de una empresa subsidiaria.

Otros quince minutos más tarde, una ambulancia con el logotipo del Centro de Salud Integral Aurora partió con rumbo desconocido, así que decidió seguirla, esta vez más por instinto que por otro motivo. En realidad, prefería estar en movimiento antes que esperar dentro del coche como un pasmarote, máxime teniendo en cuenta su gran tamaño y la escasez de espacio del habitáculo. Además, el ucraniano había asegurado que se trasladaban de un lugar a otro en ambulancia, de modo que, en caso de ser aquella la clínica de la que había hablado, cabía que se dispusiera a realizar un servicio especial. Tal vez se dirigiera a uno de los pisos francos de la organización. Lamentó no llevar encima una cámara fotográfica. Tal vez si se acercaba lo suficiente podría hacer unas cuantas fotos con la cámara del teléfono móvil, pero le pareció que era correr demasiado riesgo.

Cuando llevaba más de veinte kilómetros detrás de la ambulancia, se arrepintió. ¿Y si su destino era el desierto del Negev, al sur del país? ¿Y si estaba errando el tiro? Afortunadamente, el destino final fue el asentamiento de Pisgat Zeev, un suburbio judío a las afueras de Jerusalén rodeado de aldeas árabes; uno de esos asentamientos de colonos judíos que estaba en el punto de mira tanto de los palestinos como de la comunidad internacional. La ambulancia se detuvo al fin en el número 12 de la calle Simcha Holtzberg. El conductor y el enfermero que lo acompañaba descendieron del vehículo y, tras hablar con alguien a través del telefonillo, extrajeron una silla de ruedas de la parte trasera del vehículo y se adentraron en el portal.

Al cabo de cinco o seis minutos reaparecieron en compañía de un hombre de unos sesenta años sentado en la silla de ruedas —un tipo de facciones demacradas y aspecto enfermizo— y una mujer de la misma edad más o menos, de líneas rotundas y mejillas sonrosadas como las de quien ha bebido demasiado vino, que portaba una pequeña maleta.

El sargento tuvo tiempo de anotar todos los detalles en su cuaderno antes de que la ambulancia emprendiera el camino de regreso. Entonces se le ocurrió una idea. Descendió del coche y caminó raudo hacia el inmueble, cuyo portal estaba custodiado por un portero enjuto de rostro, abdomen y brazos descarnados.

—¿El hombre de la ambulancia era el señor...? ¡No puedo creer mi mala suerte! ¡Ahora tendré que...! —dijo empleando un tono lastimero.

—¿El señor Peretz? Sí, acaban de llevárselo. ¿Qué desea? —reaccionó el portero imprimiendo a su voz cierto tono de desconfianza al tiempo que fruncía el ceño.

El sargento introdujo la mano derecha en el bolsillo del mismo lado de la chaqueta y sacó la placa que lo acreditaba como agente de la policía. Fingió un resuello antes de decir:

—Soy el sargento Lautaro Heller del departamento de la policía de Jerusalén, y estoy aquí por un caso policial que tiene que ver con el señor Peretz.

—¿El señor Peretz implicado en un caso policial? Me deja usted de piedra, sargento. En todos los años que llevo en esta portería, al señor Peretz no le han puesto siquiera una multa de tráfico. No creo haber conocido a nadie tan formal en todos los días de mi vida —dijo el portero, empleando ahora un tono en el que la desconfianza había sido reemplazada por la condescendencia. En el brillo de sus ojos se apreciaba la alta estima que profesaba a los miembros de las fuerzas de seguridad.

—La implicación del señor Peretz es en calidad de testigo. No se alarme —improvisó el sargento.

—¡Ya me extrañaba a mí! —exclamó, ahora animoso—. Ese hombre es más bueno que el pan. Pero me temo que el señor Peretz tardará algún tiempo en regresar. Necesita un trasplante de hígado, y su estado ha empeorado en las últimas semanas. Ahora se ha vuelto un asunto urgente, de vida o muerte. Se lo han llevado a una clínica donde pueda estar más controlado hasta que aparezca un donante.

—Comprendo. Voy a dejarle mi tarjeta, por si se enterara de alguna novedad. Cuento con usted. Eso sí, le ruego la mayor discreción en este asunto.

—¡Por supuesto! —exclamó el portero entusiasmado ante la posibilidad de poder colaborar con la policía.

Cuarenta y cinco minutos más tarde estaba de nuevo delante del Centro de Salud Integral Aurora. El Mazda del celador seguía aparcado en el mismo lugar.

—De manera que en este lugar aguardan los «recipientes» para ser llenados. ¡Blanco y en botella, Lautaro, blanco y en botella! —se dijo.

Pasaron otras dos horas y media hasta que el celador puso el motor de su Mazda de nuevo en marcha.

—¿Hora de ir a casa? —preguntó siguiendo su costumbre de hablar consigo mismo.

El siguiente destino fue la calle Elilat, sita en el sector de Nahla'ot, en pleno corazón de Jerusalén. Un barrio de casamatas de una, dos o tres plantas a lo sumo. Allí Levi Sadek aparcó el coche casi en la esquina de la calle Agripas y entró en una vivienda de dos plantas de piedra antigua que, a tenor de su buena conservación, era probable que hubiese sido restaurada recientemente acogiendo al programa de desarrollo interno de la ciudad. En realidad, estaba a poca distancia de la plaza Safra y del Complejo Ruso, y a tan solo unas pocas manzanas de la vivienda de la inspectora Toledano.

Llamó al comisario Goldiak y dio parte de la situación. Recibió la orden de seguir

vigilando.

Como no había comido nada desde el desayuno y tenía los brazos y piernas entumecidos, se acercó hasta un pequeño restaurante donde compró un *shawarma* de cordero y un refresco de naranja, que ingirió y bebió sin quitarle la vista al portal. Cuando cayó la noche y el frío arreció, volvió al coche, arrancó el motor y puso la radio. Un tipo contó que en el Pacífico Norte existía una gigantesca isla de residuos plásticos que ocupaba la superficie de Francia, con una profundidad que superaba los diez metros, y que, según la estimación de los expertos, contenía entre cien mil y trescientas mil toneladas de desperdicios como botellas, bolsas de plástico, tapones, etc. Con ser esto terrible, pues la mancha se encontraba en aguas internacionales y ningún país se hacía responsable de la misma, peores eran los comentarios sobre el particular vertidos en ciertas páginas web y blogs propalestinos, que proponían que el Estado de Israel fuera trasladado a dicha isla de residuos plásticos, con lo que se cumpliría la misión de arrojar al mar a los judíos, siguiendo la propuesta de la República Islámica de Irán.

—¿Y vos qué pensás, viejo? Nos cagamos el planeta. ¡Qué bárbaro! ¡Y la solución, como siempre, es mandar a los judíos a un nuevo éxodo! Claro, vos como sos francés no entendés —se dirigió el sargento al coche.

Lo despertó el ruido de un gatillo amartillándose y la voz de un hombre de baja estatura que, oculto el rostro con un pasamontañas, le dijo apuntándole a la cabeza:

—Desciende del coche con las manos en alto. Si haces un movimiento que no me guste, no dudaré en disparar.

Obedeció. ¿No había descrito la inspectora Toledano a uno de sus agresores como un hombre pequeño?

En la calle aguardaba otro individuo, más grande y corpulento, que se encargó de desarmarlo.

—¡Vaya, la Barak es más ligera de lo que había imaginado! —dijo el grandullón como si hablara consigo mismo.

Se refería al la pistola reglamentaria del sargento, una SP-21 de 9 milímetros también conocida como Barak.

—Camina —le dijo el hombrecillo—. Y ahórrate preguntar en qué dirección. Sabes perfectamente el lugar adonde nos dirigimos.

Puso rumbo a la casa de Levi Sadek. Una vez en la puerta, el tipo corpulento tocó el telefonillo y, tras varios minutos de espera, la voz pegada al paladar del celador preguntó:

—¿Quién es?

—Somos nosotros. Tenemos un problema. Abre la puerta —respondió el tipo que llevaba la voz cantante.

—No sé qué pretendéis, pero no creo que todo esto sea una buena idea... —intervino Heller rompiendo su silencio.

—Nadie te ha pedido tu opinión, así que mantén la boca cerrada —replicó esta vez el grandullón, al tiempo que le hundía el cañón de su propia pistola en el riñón derecho.

Las dos plantas de la casa de piedra, al parecer, habían sido convertidas en sendos apartamentos independientes, a los que se accedía a través de un pequeño patio. Levi Sadek aguardaba bajo el dintel de la puerta de entrada de su casa. Se había vestido a toda prisa y su camisa estaba mal abotonada. Su cara de niño travieso presentaba un semblante más avieso que de costumbre.

—Te ha seguido. ¿Dónde tienes los ojos, Levi? —intervino el hombre pequeño imprimiéndole a su voz un tono de reproche.

—¡Joder! —exclamó el celador—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Pégale una buena hostia —ordenó el hombrecillo.

—¿Quieres que le pegue una hostia?

La orden cogió tan de sorpresa al celador como al sargento.

—Sí, una que duela, para que este cabrón aprenda a no meter las narices donde no debe. Luego ya veremos qué hacemos con él —remató el comentario el ordenante.

Sadek Cara de Niño soltó un puñetazo que impactó de lleno en el mentón del sargento Heller, que se tambaleó.

—¡La concha de tu madre, carajo! —exclamó el sargento en castellano.

—Bueno, los árboles no suelen caer a la primera. Propínale otro —indicó el hombrecillo.

En esta ocasión el sargento trató de protegerse colocando los brazos delante del rostro, pero el grandullón le obligó con su pistola a bajar la guardia. El segundo puñetazo, que le alcanzó de lleno el pómulo y el ojo izquierdos, le hizo hincar las rodillas en el suelo.

—¡La puta que te parió, gil de cuarta! —se quejó ahora el sargento.

—Ahora propínale una patada.

—Llevo puestas unas pantuflas. Me habéis sacado de la puta cama. Son casi las dos de la madrugada —se excusó Sadek Cara de Niño.

—Está bien. Es suficiente —contemporizó el hombrecillo.

—¿Y ahora qué? ¿No pensaréis cargarme a mí el muerto? Ya tengo muchos problemas, así que lo liquidáis en otro lugar —volvió a intervenir el celador.

—No, por supuesto. El «muerto» es cosa nuestra. Pero ándate con más ojo la próxima vez, ¿entendido?

—Sí. Tendré más cuidado.

—OK. Todo aclarado, pues. Ya nos podemos ir —indicó el hombrecillo.

Acto seguido el grandullón, realizando un rápido movimiento que pilló por sorpresa a todos, apuntó al pecho del celador con el cañón de la pistola del sargento y disparó a quemarropa hasta vaciar el cargador. Sadek Cara de Niño cayó al suelo como un saco de patatas.

—Asunto resuelto, sargento —volvió a intervenir el hombrecillo.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —preguntó Heller aún no repuesto de los golpes y del estruendo de los disparos.

—Eso tendrás que responderlo delante de tus superiores. A todos los efectos, acabas de vaciar tu cargador en el pecho de este hombre después de haberlo seguido durante todo el día y de mantener una pelea con él. ¿Por qué motivo? Supongo que para vengarte por lo que le ha ocurrido a tu superior. Claro que si te dejase con vida, aunque te retirasen del caso hasta que finalizara la investigación, podrías instruir a tu sustituto. De modo que, lamentándolo mucho, tendré que dispararte. No te lo tomes como algo personal.

Heller tardó apenas un par de segundos en digerir las palabras del hombrecillo, sabedor de que su vida dependía de su rapidez de reflejos y de su poder de convicción.

—Bueno, caballeros, si encuentran mi cuerpo junto con el del señor Sadek, ambos acribillados a balazos y con tumefacciones, la policía creerá que nos hemos peleado y

disparado mutuamente, en efecto, pero de inmediato investigarán al señor Sadek y será cuestión de horas que descubran que, además de en el hospital St. John, trabaja también en la clínica Aurora donde, al parecer, se realizan trasplantes de órganos humanos de manera ilegal —reaccionó el sargento—. De modo que si van a matarme tendrán que llevarse mi cuerpo, aunque me temo que tampoco eso será suficiente. Si encuentran aquí el cadáver del señor Sadek también será cuestión de tiempo que investiguen sus antecedentes y descubran que las balas que hay en su cuerpo pertenecen al arma reglamentaria de un policía. Por no mencionar que hace cuatro horas hablé con mi superior y le dije dónde me encontraba y lo que había hecho a lo largo del día. Me temo que, tomen la decisión que tomen, están jodidos.

—De eso estoy seguro, pero me temo que tú lo estás más que nosotros —expresó el hombrecillo encañonando a su víctima.

—Acaban de efectuar varios disparos y eso es algo que provoca mucho ruido. En Israel todo el mundo sabe distinguir un disparo de bala de un petardo, por ejemplo; todos, hombres y mujeres, hemos pasado por el ejército, todos hemos sido entrenados y hemos disparado con armas de fuego, de modo que con toda seguridad alguien habrá llamado a la policía y esta aparecerá en cuestión de minutos. Olvidan que estamos en el centro de Jerusalén —argumentó el sargento.

—Tiene razón —se atrevió a decir el grandullón.

—Tal vez. Pero me temo que has pasado un detalle por alto —dijo el hombrecillo con delectación.

—¿A qué detalle se refiere?

—¿No te has preguntado cómo hemos dado contigo? ¿Acaso crees que llevamos todo el día siguiendo a Sadek, igual que tú?

—Entonces alguien les ha dicho dónde podían encontrarme —elucubró el sargento en voz alta.

—Saca lo que lleva Sadek en los bolsillos —ordenó el hombrecillo.

—¿Quiere que registre al muerto? —preguntó el sargento sin ocultar su sorpresa. El movimiento del cañón de la pistola fue suficiente respuesta.

—Unas cuantas monedas, un teléfono móvil y un mechero, eso es todo —dijo Heller una vez cumplido el registro.

—¿De verdad no te suena el mechero? —intervino de nuevo el hombrecillo, al tiempo que sacaba un mechero Zippo de color dorado de su bolsillo, idéntico al que el sargento acababa de extraer del celador e idéntico también al que usaba el comisario Goldiak—. ¿Lo entiendes ahora?

Fue lo mismo que recibir un tercer puñetazo. La única persona que sabía dónde se encontraba era el comisario Goldiak.

—Todos los miembros de la organización disponemos del mismo modelo; de esa forma nos identificamos los unos a los otros. En cuanto al ruido de los disparos, sin duda alguien habrá llamado a la comisaría, donde tienen orden de informar a Goldiak, quien a su vez se personará para comprobar lo ocurrido. No vendrá ninguna patrulla,

sino el propio comisario Goldiak para hacerse cargo de la situación. ¿Comprendes ahora? —aclaró el hombrecillo.

—¡Goldiak! —exclamó Heller.

El hombrecillo amartilló de nuevo su pistola, presto para disparar.

—¡Goldiak les ha tendido una trampa! Está esperándoles ahí afuera. No saldrán con vida de aquí —logró balbucir el sargento.

El hombrecillo mantuvo firme el pulso, con la pistola apuntando a su objetivo. Era cuestión de segundos que apretara el gatillo.

—Tal vez tenga razón —volvió a decir el grandullón.

—Es solo un farol para que no dispare —dijo el hombrecillo manteniendo la posición de tiro.

—¡Escuchémosle! —intercedió el grandullón.

—Los llamó para que acabaran conmigo y con Sadek, pero les abatiré en cuanto pongan un pie en la calle. ¿Saben por qué? Porque no puede permitir que encuentren mi cadáver junto al del celador, puesto que eso pondría a la policía, como les he dicho, tras la pista de la clínica Aurora. Me apuesto lo que quieran a que esta casa es de alquiler y pertenece a la Maxi Cohen Real Estate, y que el nombre de Levi Sadek no figura en el contrato de arrendamiento porque se trata de un subarriendo. De modo que Goldiak necesita el cadáver de otra persona para que me haga compañía. Alguien, por ejemplo un matón o un delincuente con antecedentes penales, pero al que nada lo relacione con la clínica Aurora o con los trasplantes de órganos humanos. Creo que ambos encajan perfectamente en ese perfil. ¿Por casualidad no pertenecerán ustedes a una organización del tipo Neturei Karta? Porque, para los fines que persigue el comisario, eso sería lo más conveniente.

Al propio sargento le resultó sorprendente que fuera capaz de mostrarse tan elocuente en aquella situación.

—Somos miembros de la Kahanism —soltó el grandullón.

Se refería al más peligroso grupo de la extrema derecha nacionalista, hasta el punto de que las dos organizaciones que componían esta facción política habían sido incluidas en las listas de grupos terroristas del Estado de Israel, de Estados Unidos y Canadá y de la Unión Europea. Sus postulados abogaban por la acción contra los árabes, y exigían además que todos los ciudadanos del Estado de Israel fueran obligados a aceptar la ley religiosa judía. Es decir, pese a que los Kahanism eran sionistas religiosos, su interpretación de la ortodoxia los situaba en las antípodas de los Neturei Karta, que eran para ellos tan enemigos como podían serlo los partidos progresistas. Su líder, el rabino Meir Kahane, había llegado a formar parte del parlamento, si bien acabó siendo asesinado en Nueva York, de donde era natural. La acción más destacada de los Kahanism había tenido lugar en 1994, cuando uno de sus miembros, un médico llamado Baruch Goldstein, asesinó a veintinueve árabes que oraban en la Tumba de los Patriarcas. Después de que la organización fuese ilegalizada y pasara a engrosar la lista de organizaciones terroristas, se habían

dividido en dos facciones que residían indistintamente en las colonias de Kiryat Arba, al este de Hebrón, y en Kfar Tapuach, en la llamada Ribera Oriental.

El hombrecillo hizo girar el cañón de su arma hasta que este quedó apuntando a su compañero. Fue un movimiento tan rápido como el de una veleta que cambiara de dirección por un golpe de viento.

—¡Hablas demasiado! —le imprecó.

—Si no nos ponemos nerviosos, tal vez tengamos una oportunidad de salir de aquí con vida —trató de contemporizar el sargento.

—¿Qué propones? Habla —ordenó el hombrecillo encañonando de nuevo a Heller.

—Primero deje de apuntarme. Tal vez necesite la munición para salvar el pellejo.

El hombrecillo obedeció.

—Subiremos a la terraza y quemaremos colchones y algunos muebles. Acto seguido llamaremos a los bomberos —propuso el sargento.

El grandullón hizo ademán de quitarse el pasamontañas, pero el hombrecillo reaccionó de inmediato.

—¡No descubras tu rostro, idiota! —exclamó—. ¿No te das cuenta de que se trata de nuestro salvoconducto? Subiremos a la terraza y quemaremos esos colchones para que vengan los bomberos, pero, en cuanto oigamos que se acercan las sirenas, nos marcharemos por los tejados de las casas vecinas. Eso es lo que haremos. ¿Entendido?

—Por mí de acuerdo, pero si huyen por los tejados no puedo garantizarles su seguridad —advirtió el sargento—. ¿Y si Goldiak se ha hecho acompañar de un francotirador? Es lo más probable. Lo mejor es salir en grupo, en compañía de los bomberos. Además, en cuanto estos lleguen, la calle se llenará de curiosos. La gente se asomará a ventanas y terrazas y el francotirador, en caso de haberlo, no tendrá más remedio que desistir.

—Pero entonces tendríamos que descubrirnos y nos verías los rostros. Si nos detienes y nos llevas a comisaría seremos igualmente hombres muertos —argumentó el hombrecillo.

—Puedo hablar con alguien de los servicios de inteligencia. Si se avienen a colaborar, si se convierten en testigos protegidos, ellos les garantizarán la seguridad.

—¿Testigos protegidos? ¿Contra quién se supone que hemos de testificar? ¿Quieres que testifiquemos contra los líderes de nuestra organización? ¿Contra tu comisario? No, gracias, no haremos tal cosa. Si quieres que no dispare tendrás que aceptar mis condiciones: nada de quitarnos el pasamontañas, y huiremos por los tejados en cuanto los bomberos estén cerca de aquí. Doy por seguro que tratarás de cazarnos más adelante, pero eso será otra historia —indicó el hombrecillo.

—Si así es como quieren hacer las cosas, allá ustedes. Después de todo, no me gusta discutir con personas armadas.

—En efecto. Nosotros seguimos teniendo las pistolas. De modo que no trates de

hacernos una jugarreta. Al menor movimiento sospechoso, abro fuego. No lo olvides.

—Nunca olvido cuando alguien está apuntándome con una pistola. Pero si me dispara, ¿quién les quitará de encima al comisario Goldiak en el futuro? Si me mata, él tendrá de nuevo las manos libres y, créame, entonces de nada habrá servido que huyan de aquí por la terraza. Más temprano que tarde dará con ustedes. Ahora pongámonos manos a la obra. ¡Mierda, mi teléfono móvil se ha quedado en el coche! —dijo Heller.

—¿No pretenderás que llame a los bomberos desde mi terminal para que la llamada quede registrada? No soy tan tonto como para caer en una trampa como esa. Coge el teléfono móvil de Levi Sadek y marca el número de los bomberos. Yo hablaré con ellos —se desmarcó el hombrecillo.

Tardaron cinco minutos en rociar el colchón de la cama del celador con alcohol y en hacer astillas una mesa y varias sillas, que el sargento y el grandullón subieron hasta la terraza bajo la atenta mirada del hombrecillo y de su pistola.

—Si van a marcharse y quieren que les quite de encima a Goldiak, antes deberían aclararme algunos aspectos de este asunto que se me escapan. Necesito reunir pruebas contra el comisario, de lo contrario nada de esto habrá servido. A mí me retirarán del caso y Goldiak dará con ustedes —dijo el sargento.

—¿Qué quieres saber? —preguntó el hombrecillo.

—No alcanzo a comprender qué relación puede existir entre el comisario Goldiak, los grupos que forman los Kahanism y el asunto de los trasplantes.

—Muy sencillo, Maxi Cohen es nuestro mecenas en Estados Unidos, puesto que comparte al cien por cien nuestro ideario político. Desgraciadamente, la crisis inmobiliaria y la caída de ciertos bancos norteamericanos han mermado sus recursos hasta dejarlo al borde de la quiebra. De pronto, los fondos con los que manteníamos el entramado de nuestra organización empezaron a escasear. Vivimos en colonias judías de Judea Samaria por una cuestión de principios, para reivindicar que esa tierra no se llama Cisjordania ni pertenece a los árabes, sino a nuestro pueblo, al pueblo judío, pero semejante reivindicación requiere disponer de muchos medios de seguridad privados, y estos cuestan mucho dinero. De modo que la quiebra económica del señor Cohen ponía en peligro nuestra propia seguridad, nuestras propias vidas. No creo que sea necesario recordarte lo que ocurrió en el año 2000, cuando unos jodidos palestinos asesinaron a uno de nuestros líderes en Kfar Tapuach, que es uno de nuestros bastiones. Así las cosas, le propusimos al señor Cohen redirigir su atención hacia otra clase de negocios más rentables, sin riesgos, al margen de las inestables inversiones inmobiliarias o del mercado de valores: el trasplante de órganos humanos a ciudadanos de Israel, dada la escasez que nuestro país presenta en esa materia. Uno de los nuestros había tenido que someterse a un trasplante de hígado por el que pagó una fortuna. Comprendimos entonces que se trataba de un lucrativo

negocio libre de impuestos.

»Cohen y Goldiak habían coincidido en el ejército, eran amigos y compartían la ideología sionista desde la juventud, así que para facilitar las cosas el empresario le propuso a tu superior que colaborara con nosotros. El siguiente paso consistió en involucrar a ciertos cirujanos que trabajaban en la clínica Aurora (cuyo accionista mayoritario es también el señor Cohen), dispuestos a recibir un sobresueldo, si me permites expresarlo con esas palabras. En la mayoría de los casos, las intervenciones se realizan fuera del país, en lugares como Azerbaiyán, Ecuador o Filipinas. Así se minimizan los riesgos. En esos casos nuestra labor es parecida a la de una agencia de viajes para enfermos. Hacemos viajar a los clientes allí donde se encuentra el donante y las autoridades locales no hacen demasiadas preguntas. Pero, en otros casos, las condiciones de salud del recipiente no son las más óptimas, no puede viajar o en caso de que pudiera tendría que hacerlo en un avión preparado especialmente para la ocasión, con los costes que eso supone, por lo que el trasplante ha de realizarse aquí, en Israel. De ahí que nos veamos obligados a importar donantes de países pobres. Más o menos, eso es todo.

—¿Y qué me dice de Aicha Uazir y de su novio? —inquirió el sargento.

—Todo fue idea de Goldiak —aseguró el hombrecillo—. Nos limitamos a ejecutar el plan que había pergeñado, a cumplir sus órdenes. Ese tipo, Shapiro, nos engañó haciéndose pasar por un donante palestino, pero cometió un error: reveló su identidad a unos donantes que acaban de llegar a Israel desde Ucrania, sin saber que uno de ellos era nuestro proveedor en aquel país. Se convirtió en un problema que había que resolver. El comisario sabía que, en cuanto apareciera el cadáver del periodista, el director del periódico para el que trabajaba pondría a la policía sobre la pista del tráfico de órganos humanos en Israel. Sin embargo, existía una manera de darle un enfoque nuevo al caso. Shapiro mantenía una relación sentimental con una apóstata del islam que se había hecho muy famosa y que, además, había rechazado una y otra vez la protección de la policía. ¿Por qué no convertir entonces el asesinato de Shapiro en un crimen pasional, lapidando a su vez a la joven árabe de forma que todo el mundo pensara que quienes estaban detrás era su propia gente, a la que había traicionado? Era una ocasión única de asestarle un golpe a la credibilidad internacional de los palestinos. Pero incluso un plan maestro como este era susceptible de ser mejorado. Manipulando el ordenador de Shapiro podíamos implicar también a los Neturei Karta, una sarta de bastardos que quieren regalar Israel a los jodidos árabes. El resto correría a cargo del comisario Goldiak, quien habría de dirigir la investigación, la orquesta, según conviniera en cada momento. ¿Todo aclarado? Ahora prende fuego a esos cachivaches para que podamos irnos.

—Llamemos primero a los bomberos. Ganaremos tiempo.

—De acuerdo.

El sargento marcó y el hombrecillo habló, tal y como habían acordado.

—Estarán aquí en ocho minutos —comunicó.

—Después de escuchar su historia, me sorprende que Goldiak haya dejado un cabo sin atar —dijo el sargento al tiempo que prendía fuego a una de las esquinas del colchón.

—¿A qué cabo suelto te refieres? —se interesó el hombrecillo.

—Uno de los ucranianos sigue vivo. El tipo que colabora con ustedes en Ucrania, Andriy Timoshenko, sigue vivo.

—Es cierto, pero no durará mucho tiempo vivo en cuanto pise una de nuestras cárceles. Tú lo sabes tan bien como yo. Fui yo quien le enseñó lo que tenía que decir en el interrogatorio y también quien le proporcionó los nombres de los comisionados de la policía por recomendación del propio comisario. Cada vez que viajaba a Kiev me convertía en Dudi Cohen. Cuando decidimos que los tres ucranianos viajaran hasta Israel, Goldiak quiso incorporar su nombre a los que ya conocía nuestro hombre, de forma que en cuanto cantara quedara desacreditado. Créeme, ese tipo jamás sospechó que le estuviéramos contando la verdad, que detrás de todo estuviera la figura de un policía. Ni siquiera pisó Ma'alot Tarshina. Se tragó el anzuelo, sin más, preocupado como estaba por convertirse en un hombre nuevo.

—¡Yo también me tragué el anzuelo! ¡Todos en comisaría nos lo tragamos! Por lo que me cuenta, Goldiak ha pensado hasta el último detalle, de manera que la única posibilidad de salir con vida de aquí pasa por armar mucho ruido y hacerlo en compañía de los bomberos —insistió el sargento.

—Ya te hemos dicho que no nos vamos a quedar aquí para que nos obliguen a testificar contra quienes no queremos hacerlo. Tú no puedes protegernos, así que tendremos que ponernos a salvo por nuestra cuenta. Creí que eso había quedado claro —volvió a desmarcarse el hombrecillo.

—¿Y usted qué opina? —preguntó Heller al grandullón.

Este respondió encogiéndose de hombros.

El aumento de las llamas coincidió con el lejano ulular de las sirenas de un coche de bomberos.

—Dentro de cuatro minutos estarán aquí. Es hora de dejarnos de charla. Ahora siéntate en el suelo y no trates de seguirnos —concluyó el hombrecillo después de consultar su reloj de pulsera.

Dos minutos después de que la noche y los tejados de las casa vecinas se hubieran tragado a los dos encapuchados, sonaron dos detonaciones. Al instante el sargento supo que no había equivocado el guión.

Parapetado tras el pretil de la terraza comenzó a gritar:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!

Su pistola Barak estaba sin munición, con lo que se reducían sus probabilidades de repeler un ataque en igualdad de condiciones. A cambio contaba con el teléfono móvil de Levi Sadek, así que decidió llamar a los de la científica para que enviaran una unidad a la dirección de la calle Elilat cuanto antes. No en vano, el poder de Goldiak se circunscribía a la policía de Jerusalén. Luego marcó el teléfono de la policía de fronteras y, tras identificarse, contó que dos terroristas encapuchados habían huido por los tejados en dirección a la calle Agripas, donde habían sido abatidos por disparos de un francotirador. Por último, llamó a la inspectora Toledano pese a la hora.

—¿Diga? —dijo la voz somnolienta de la inspectora.

—Soy yo, Lautaro Heller.

—Dígame que estoy teniendo una pesadilla, sargento. ¿Ha olvidado que estoy ingresada en el hospital, que estoy de baja? ¿Desde qué teléfono me llama? El número no aparece en mi listado de contactos —dijo la inspectora sin ocultar su desagrado.

—Es una larga historia. Lamento tener que molestarla, inspectora, y espero que se encuentre más repuesta, pero se trata de un asunto de vida o muerte —se excusó el sargento.

—¿De vida o muerte? ¿Qué ocurre, Lautaro?

—Escuche con atención y no me interrumpa, ya que tengo poco tiempo. He resuelto el caso. Encontré al celador del hospital St. John en una de las grabaciones del hotel Hashimi. Decidí seguirle los pasos. Resultó estar pluriempleado y trabajar también en un lugar llamado Centro de Salud Integral Aurora, que se encuentra a las afueras de Beit Shemesh. Es allí donde se llevan a cabo los trasplantes de órganos. El accionista mayoritario de la clínica es Maxi Cohen, quien utilizaba algunos de los apartamentos de su propiedad en Jerusalén Este como pisos francos para los donantes, que son personas sin recursos. El proceso era siempre el mismo: Maxi Cohen compraba pisos con inquilinos a los árabes, pero cuando los contratos expiraban no lo comunicaba a las autoridades y los subarrendaba a terceros, quienes a su vez utilizaban documentación falsa. Ahora estoy en la terraza de la casa del celador. Este está muerto y dos de sus compinches han huido por los tejados de Nahla'ot, pero alguien les ha disparado. Al parecer, todos formaban parte de la organización terrorista Kahanism. Le cuento todo esto porque el comisario Goldiak es uno de ellos, y está esperando a que asome la cabeza para volármela.

—¿Goldiak, uno de ellos? —rezongó la voz de la inspectora desde el otro lado de la línea.

—El comisario y Maxi Cohen son amigos desde la juventud. Este estaba pasando apuros económicos, así que decidió invertir en un negocio más seguro, al margen de los vaivenes de los mercados financieros y de la burbuja inmobiliaria: el trasplante de órganos humanos. De esa forma no solo se enriquecía él, sino también las organizaciones armadas de la extrema derecha, con las que tanto él como el comisario Goldiak, al parecer, simpatizan.

—¿Tiene pruebas de lo que está diciendo?

—No, pero podré obtenerlas si logro salir de aquí con vida.

—No se mueva de ahí, sargento. Ahora mismo le mando una patrulla para que le proteja —dijo la inspectora.

—No se preocupe. Tengo la situación bajo control. He quemado un colchón y unas astillas de madera y los bomberos y la policía de fronteras están de camino. ¿No oye el ulular de las sirenas? No obstante, me gustaría que hiciera algo por mí.

—Usted dirá.

—Quiero que le mande al comisario un SMS con el siguiente texto: «Sé dónde se encuentra el sargento Heller, y también lo sé todo sobre usted. Retire al francotirador y entréguese». ¿Hará eso por mí?

—Por supuesto, Lautaro. ¿Qué es eso del francotirador?

—Ahora no tengo tiempo para demasiadas explicaciones.

—De acuerdo, Lautaro, ahora mismo escribo ese mensaje. Manténgame informada. Y ándese con mucho cuidado.

Una vez Heller hubo colgado el teléfono, gritó en dirección a la calle:

—¡Comisario, los bomberos, los de la científica y la policía de fronteras están de camino! ¡También he hablado con la inspectora Toledano! ¡De modo que todo se ha terminado! ¿Me ha oído? ¡TODO SE HA TERMINADO!

Las ventanas de las casas vecinas habían empezado a iluminarse, y el sonido de las sirenas llegaba cada vez más próximo. Estaba claro que, por el momento, había desactivado el plan del comisario, aunque era consciente de que no podía confiarse.

Estaba a punto de amanecer cuando pudo abandonar por fin la casa del celador Levi Sadek. Previamente había tenido una larga discusión con el responsable del retén de bomberos cuando le explicó que el incendio había sido provocado y que en todo momento había estado controlado por él; tampoco le resultó sencillo aclarar lo ocurrido a la patrulla de la policía de fronteras, cuyos miembros tardaron más de diez minutos en dar con los cuerpos sin vida de los dos encapuchados. Cuando por fin pudo enfrentarse al rostro desenmascarado del hombrecillo reconoció a Beny Ackerman, un activista de la extrema derecha israelí al que había conocido con motivo de las protestas a que dio lugar el juicio al que fueron sometidos siete árabes israelíes acusados de haber linchado hasta la muerte a Zahal Eden Natan Zada, quien previamente había disparado su arma de manera indiscriminada en un autobús lleno de civiles, asesinando a cuatro de ellos. En aquella ocasión, Beny Ackerman y otra docena de extremistas se vistieron de naranja, color que simbolizaba la oposición al

plan de retirada del Ejército de los Territorios Ocupados, y se encadenaron, cual cuerda de presos, frente a la Corte Suprema para mostrar su desacuerdo con aquel proceso, puesto que, según opinaban, la única justicia posible pasaba por entregar a los siete acusados a una turbamulta para que fueran linchados.

A él le tocó intervenir para que aquellos activistas depusieran su actitud, cosa que se negaron a hacer, entre otras razones por el empecinamiento de Beny Ackerman, quien dio con sus huesos en la comisaría. Contrarrestaba su pequeño tamaño con sus fuertes convicciones y una elocuencia que, envuelta en la bandera de Israel, se antojaba demasiado arrogante. A Heller la discusión con aquel tipo le resultó tan violenta como una pelea con un peso pesado. Nunca había olvidado el incidente, y ahora que tenía el cadáver de Ackerman delante le sorprendió no haber reconocido su voz debajo del pasamontañas, quizá por los años transcurridos.

El sargento recordó entonces una frase de Ben Gurion, quien dijo que Israel se convertiría en un verdadero estado cuando aparecieran ladrones y prostitutas que hablaran hebreo. Pues bien, desde hacía ya algún tiempo, además de ladrones y prostitutas, también había terroristas que hablaban esa lengua.

No había terminado de acomodarse en su coche cuando recibió una llamada de la inspectora:

—Debería tratar de descansar, inspectora.

—¿Cree que puedo dormir después de lo que me ha contado, sargento? ¿Tiene alguna noticia del comisario? Le mandé el mensaje que me dijo, pero luego pensé que lo mejor era hablar con él. Pero no atiende mis llamadas.

—Por aquí tampoco se ha dejado ver, aunque estoy seguro de que no debe de andar muy lejos.

—Tenga mucho cuidado.

—Me dirijo a la comisaría. Pienso quedarme allí hasta que esto se resuelva.

—Tenga mucho cuidado —repitió la inspectora.

—Lo tendré. ¿Cuándo le dan el alta?

—Este mediodía

—Eso es estupendo. Si las circunstancias me lo permiten, yo mismo iré a recogerla.

—No se apure por eso. Tengo quien me lleve a casa —se desmarcó la inspectora.

¿Se refería al doctor Roth, el Muerto Viviente?, se preguntó Heller.

Después de tres intentos fallidos de poner en marcha el motor, le dijo al coche:

—Lo sé, viejo, te has quedado frío. Pero tendrías que ver la noche que he pasado yo. A mí tampoco me alcanza el aliento. Necesito que arranques, ¿lo entendés? Bueno, tenés un minuto para recobrar el resuello. ¿Querés que os cante un tanguito?

Cuando alzó la cabeza, creyó ver una figura perfilarse por entre las sombras, a cincuenta o sesenta metros del coche. Luego la figura se fue haciendo más y más

grande, hasta que quedó perfectamente definida ante sus ojos: se trataba del comisario Goldiak, quien avanzaba raudo con el brazo derecho estirado, en cuya mano portaba una pistola que apuntaba en su dirección.

—¡Farsante hijo de puta! ¡Voy a acabar con vos! —le espetó Heller.

Diez pasos, nueve, ocho, siete. Sonó una detonación y una primera bala atravesó el parabrisas y silbó junto a su oreja izquierda. Incluyó el cuerpo sobre el volante y ladeó la cabeza, al tiempo que con la mano derecha lograba empujar la palanca de cambios hasta colocarla en segunda marcha. ¡El habitáculo del coche era tan pequeño! Un segundo disparo le alcanzó en el hombro izquierdo, y un tercero se incrustó en el reposacabezas. Al fin, tras escurrir el cuerpo todo lo que pudo por el asiento, accionó la llave de contacto y pisó el acelerador. Entonces el coche salió brincando como un potro salvaje, a toda velocidad, hasta que la carrocería impactó de lleno contra el cuerpo del comisario Goldiak, que acabó rodando por encima del capó y cayendo sobre el asfalto.

—¡Maldito hijo de puta! —exclamó Heller después de la embestida. Luego, una vez hubo detenido el vehículo, efectuó un somero reconocimiento de su hombro, que había empezado a sangrar profusamente. Encontró un trapo en la guantera y lo empleó para taponar el orificio y cortar la hemorragia.

—Tengo las piernas rotas. No puedo moverme —dijo el comisario desde el suelo, desde una posición que quedaba fuera del alcance de la vista del sargento.

—Yo estoy herido. Debería acelerar y terminar el trabajo. Necesito que me vea un médico —expresó Heller.

—Le ofrecí la oportunidad de retirarse del caso, pero usted no quiso —dijo ahora el comisario—. ¿Sabe lo que más me fastidia? Que la culpa de todo la haya tenido esa joven, Aicha Uazir. Uno no se puede fiar de los palestinos. Más tarde o más temprano lo joden todo.

—¿Qué tiene que ver Aicha Uazir en todo esto?

—¿De dónde cree que sacaba el dinero para poder permitirse vivir en ese apartamento de lujo del distrito de Mamilla? Aicha Uazir era cualquier cosa menos una joven altruista y desinteresada, al menos al principio. Se armó tanto revuelo después de que renegara de su religión que recibí la orden de brindarle protección, pero en cuanto me entrevisté con ella comprendí que podía sernos muy útil en otro sentido. Era una joven ambiciosa, con carisma, y tenía vocación de líder. De hecho, nos percatamos de que tras su declaración aumentó el número de jóvenes musulmanas dispuestas a seguir sus pasos. Lo único que las frenaba era, básicamente, la cuestión del dinero, el hecho de no disponer de recursos para sobrevivir en caso de que se decidieran a dar el paso de apostatar de su religión. Pero eso era algo que yo, que nuestra organización, con la ayuda de Aicha Uazir, podíamos remediar. ¿Cómo? Muy fácil. Las jóvenes apóstatas recibían una suma de dinero a cambio de vendernos un riñón, entre cuarenta y cincuenta mil dólares. De esa forma lograban la ansiada independencia económica. Una vez garantizada esta, había que solucionar el asunto

de la seguridad. Para resolverlo, yo, gracias a mi posición, les proporcionaba un pasaporte y un visado para poder viajar a un país del norte de Europa, donde poder rehacer sus vidas como refugiadas políticas.

—¡Sin un riñón, hijo de puta! —exclamó Heller.

—Usted siempre tan melodramático, sargento. Todos salíamos ganando, Israel en primer término. ¿No lo comprende? El discurso de Aicha Uazir era una mina para nuestro país, hacía que las jóvenes terminaran socavando los pilares de su propia sociedad, con lo que eso suponía: para empezar, provocaban una fractura en el seno de sus propias familias, basadas en muchos casos en matrimonios o en compromisos de conveniencia. Lo mejor de todo era que los réditos de la venta de los riñones de estas jóvenes palestinas no solo eran empleados para financiar nuestra organización, sino que nos proporcionaban los medios materiales para combatir a la propia sociedad palestina. En cierto sentido, era como si los propios palestinos sufragaran el sometimiento de su pueblo.

—De modo que Aicha Uazir era una «cosechadora», de ahí que se viera obligada a rechazar la protección policial. Si hubiera estado sometida a vigilancia se hubieran acabado descubriendo los vínculos que la unían con su organización.

—Así es. Sí, Aicha Uazir era la mejor «cosechadora» que se pueda imaginar, al menos hasta que conoció a ese tocacojones de Shapiro. Un día este le solicitó una entrevista, tras la cual empezaron a salir juntos. Como consecuencia de esa relación, la joven empezó a hablar más de la cuenta y el tipo comenzó a sospechar. Si de mí dependiera, prohibiría la profesión periodística. Los periodistas son dentro del género humano el equivalente a los buitres en el reino animal: carroñeros que se alimentan de los despojos ajenos, de las desgracias de los demás. Disfrutan hurgando en las heridas ajenas. La tinta de los periódicos no es tal, sino la sangre seca y ennegrecida de sus víctimas.

—Y por eso decidieron lapidar a la joven.

—Esto duele. Bueno, un día nos vino con la cantinela de que estaba arrepentida de lo que estaba haciendo, que cuando apostató del islam no lo había hecho para sacar provecho económico, sino para mostrar el camino de la libertad a las mujeres musulmanas, etc. Como comprenderá, las actividades a las que se dedica nuestra organización no permiten que sus miembros puedan abandonarla así por las buenas. Nadie obligó a Aicha Uazir a que colaborara con nosotros, lo hizo voluntaria y conscientemente y jamás puso reparo alguno al dinero que le pagábamos, de modo que nos debía un poco de lealtad. Pero ya sabe cómo son los asuntos del corazón, sargento. Como le negamos la posibilidad de dejarnos en la estacada, la joven decidió entonces acabar con la organización a través de ese periodista. Involucró a Shapiro. Le contó todo con pelos y señales. Afortunadamente, este no era de esa clase de hombres que levantan el auricular del teléfono y llaman a la policía. Era periodista y quería llegar al fondo del asunto, con lo que acabó metiéndose en la boca del lobo, como suele decirse.

—Hay algo que no alcanzo a entender. ¿Por qué no se limitaron a eliminar a Aicha Uazir y a Elijah Shapiro y a enterrar sus cuerpos en el desierto de Negev? Si lo hubieran hecho así ahora no estaríamos aquí.

—Lo sé, sargento. La lógica recomendaba obrar de esa manera, pero en ese punto había algo más importante que los intereses egoístas o personales: Israel. Lapidando a la joven palestina y vinculando su crimen con el de su novio, un periodista judío progresista, asestábamos un golpe a la credibilidad internacional de la causa palestina. Después de la operación Plomo Fundido y de los ataques a esa jodida flotilla humanitaria que se dirigía a Gaza, la posición de Israel en el mundo estaba cada vez más en entredicho, de modo que había que devolver el golpe. Además ese tipo, Shapiro, había establecido su cuartel general en una habitación del hotel Hashimi, de modo que más tarde o más temprano se hubiera conocido su desaparición —se explayó el comisario.

—¿Quién mató al periodista?

—¿Acaso eso importa? Fue Levi Sadek, por indicación mía.

—¿También fue usted quien ordenó la agresión sexual contra la inspectora Toledano?

—Ordené que la asustaran, pero a los chicos se les fue la mano.

—De modo que a sus chicos se les fue la mano. Es usted el mayor bastardo que he conocido en toda mi vida, Goldiak.

—También en eso se equivoca, Heller. Solo trato de ser un buen judío. Aunque no lo crea, todo lo hago por Israel, por judíos como usted y la inspectora, pese a que sé que nunca me lo agradecerán.

—¿De verdad pretende que le agradezca los crímenes que comete en nombre de Israel?

—Creo que tengo rotas las dos piernas, así que tendrá que ayudarme. Ni siquiera puedo ponerme en pie.

—¿Dónde está su pistola? —preguntó el sargento.

—No lo sé, no la veo. Tal vez esté debajo del coche. ¿Acaso cree que tengo intención de dispararle?

—Ya lo ha hecho. Me mata, luego hace lo propio con la inspectora Toledano y vuelta a empezar —elucubró el sargento.

—¡Tengo las piernas rotas! ¡Ni siquiera puedo caminar!

—Arrástrese hasta que yo pueda verle. No me fío de usted.

Un minuto más tarde el comisario había reptado hasta situarse a pocos metros de la ventanilla del conductor.

—¿Le parece bien así? ¿Tiene un teléfono móvil a mano? —preguntó entre resuellos.

—Sí.

—Yo no encuentro el mío. ¿A qué espera para llamar a una ambulancia?

—Antes llamaré a la policía, comisario. Antes llamaré a la policía.

Después de girar tres veces la llave de contacto sin ningún resultado, la inspectora cantó: «Que el mundo fue y será una porquería, ya lo sé. / En el 506 / y en el 2000 también. / Que siempre ha habido chorros, maquiavelos y estafaos, / contentos y amargaos...» Giró la llave una vez más y el motor del coche arrancó sin más.

—¡Verdaderamente sorprendente! Eres increíble, viejo. ¿Puedo llamarte viejo? Ahora tengo que llevarte al taller. Se lo he prometido a tu dueño, así que pórtate bien. Para cuando te hayan arreglado, el sargento ya estará curado. Tiene un problema en el hombro, pero no es gran cosa: una clavícula rota. Tú, en cambio, pareces estar malherido. El sargento me ha dicho que te comportaste como un héroe, y que como premio va a instalarte un reproductor de CD, para que ni él ni yo tengamos que volver a cantarte.

Era la primera vez que la inspectora le hablaba a un coche.

La bocina de otro automóvil sonó repetidas veces.

La inspectora miró a través del espejo retrovisor, buscando la procedencia de aquella bocina. Se trataba de Ari, quien se había convertido en un fiel escudero desde que fuera agredida, que aguardaba en su coche para seguirla y recogerla cuando hubiera dejado el coche del sargento Heller en el taller. Hizo un gesto con el pulgar de la mano derecha que indicaba que ya estaba lista, sintonizó una emisora de radio y arrancó.

—Elena Bravo para Israel Kol Radio Internacional. Y ahora la canción prometida en honor de Aicha Uazir, la joven lapidada en Beit Orot —dijo la locutora, cuya voz le resultó familiar por tratarse de la joven que la había entrevistado.

Unos segundos más tarde comenzaron a sonar los acordes de la música y la rítmica voz de Khaled cantó:

*Aicha, como si yo no existiera
Pasó a mi lado, sin una mirada
Reina de Saba
Dije, Aicha, toma, todo es para ti
Aquí las perlas, las joyas
También el oro alrededor de tu cuello
Los frutos maduros con sabor a miel
Mi vida, Aicha, si me quieres*

—«Mi vida, Ariel, si me quieres» —canturreó la inspectora cambiando el nombre

de la protagonista de la canción.

Otro tanto hizo cuando llegó el pegadizo estribillo:

—«Ariel, Ariel, / escúchame. / Ariel, Ariel, no te vayas. / Ariel, Ariel, / mírame. / Ariel, Ariel, respóndeme...»

Volvió a mirar por el espejo retrovisor. Allí estaba Ariel, y más atrás Jerusalén, la vieja y controvertida Ciudad Santa, sumida en una luz macilenta que agrisaba el color de la piedra y le confería al conjunto el aspecto de un gigantesco túmulo funerario.

Detuvo el coche en el arcén de la carretera. Ari situó su coche detrás del suyo y se bajó para preguntarle si se encontraba bien.

—Sí, estoy perfectamente. He parado porque tengo que hacer una llamada telefónica.

—¿A quién tienes que llamar? —preguntó Ari.

—Se trata de una llamada que tenía que haber hecho hace mucho tiempo; un viejo número de teléfono que aprendí de memoria en su día, pero que nunca marqué. Ahora ha llegado el momento.

»Soy la inspectora Sarah Toledano del departamento de la policía de Jerusalén, y quiero romper mi silencio...

Mientras hablaba, volvió a contemplar el perfil plomizo de Jerusalén que entre las nubes recibía trémulos resplandores. Entonces lo vio todo claro: en aquella ciudad con cinco mil años de antigüedad, que no era otra cosa más que un gigantesco túmulo de piedras insatisfechas, tendría lugar el Fin del Mundo.

Un segundo después de colgar fue consciente de las consecuencias que iba a tener para su futuro el paso que acababa de dar: probablemente sería expulsada de la policía y, le gustara o no, se convertiría en una suerte de Aicha Uazir judía; una mujer denuncia.

Por último, la rabia contenida durante tanto tiempo terminó por desbordarse. Comenzó a llorar.

Nota aclaratoria

El artículo sobre la lapidación que aparece en el capítulo 5 está firmado por Victoria Torres Benayas.

La pregunta de Ayaan Hirsi Alí que figura en el cuaderno de Aicha Uazir forma parte de una entrevista realizada por Yolanda Monge a esta activista y política holandesa.



EMILIO CALDERÓN (Málaga, 1960) es un historiador, editor y escritor español. En 1984 se licenció en Historia Moderna por la Universidad Complutense de Madrid. En 1989 fundó la Editorial Cirene. Se inició escribiendo ensayos históricos, como *Historias de las grandes fortunas de España* o *Amores y desamores de Felipe II*, y en 1995 comenzó a escribir novelas juveniles y cuentos para niños. Desde entonces ha publicado una docena de títulos, entre los que destacan *La momia que me amó*, *Continúan los crímenes en Roma*, *Roma no paga traidores*, *El cielo encendido* y otros misterios, *El último crimen de Pompeya* y *El misterio de la habitación cerrada*. En 2003 obtuvo la beca Valle-Inclán de la Real Academia de España en Roma. Ha vivido en Madrid, Roma, y Manila. Su paso por la capital filipina le hizo cambiar su visión de la sociedad y del mundo en su conjunto. Su obra *El mapa del creador*, ha sido publicada en 23 países. Tras el éxito de su primera novela para adultos, ha publicado también *El secreto de la Porcelana*, *El judío de Shanghai* (2008, XIII premio Fernando Lara de Novela), *La bailarina y el inglés* (2009, finalista del premio Planeta) y *Los sauces de Hiroshima*.